

Gregory Benford  
**EN CARNE  
ALIENIGENA**



Lo mejor del autor de **Cl**  
el escritor que ha sido considerado  
el sucesor de Arthur

**Lectulandia**

Gregory Benford es el autor de una serie de clásicos contemporáneos de ciencia ficción, entre los que cabe destacar su multipremiada *Cronopaisaje*, *En el océano de la noche*, *Contra el infinito* y *Artefacto*, todas ellas publicadas en español, y en las que su perfecto dominio de la más sofisticada ciencia contemporánea (Benford es astrofísico y profesor de física) se conjuga perfectamente con la intriga y la precisión literarias. Ganador de varios premios por su obra, entre ellos el prestigioso Nebula, concedido por la Asociación de Escritores de Ciencia Ficción de América, sus relatos han sido nominados seis veces para el Nebula y tres para el Hugo, y durante más de veinte años han estado apareciendo regularmente en las más prestigiosas revistas y antologías del género.

Benford ha deseado reunir en un volumen lo más selecto de esta producción, y el resultado ha sido *En carne alienígena*. Aquí se hallan recopilados una serie de clásicos, como *Criaturas blancas* y *Efectos relativistas*, o su reciente y controvertida novela corta *Hacia el tormentoso Golfo*. Casi todos ellos han sido nominados para algún premio, y varios han sido revisados especialmente para esta edición. Además, Benford ha incluido tras cada uno unas palabras finales que complementan, iluminan y rematan cada relato.

*En carne alienígena* es, para todos los amantes de la ciencia ficción tecnológica, y en especial de Gregory Benford, un bocado exquisito, a paladear con delectación y a conservar en un lugar destacado de la biblioteca.

Incluye comentarios del autor a todas las historias.

- *Sangre sobre cristal*
- *En carne alienígena* 6.º del Premio Locus (1979) [Relato]
- *Jirones de tiempo*
- *Redentora* 5.º del Premio Locus (1980) [Relato Corto]
- *Secuestra el bot*
- *Efectos relativistas* 19.º del Premio Locus (1983) [Relato]
- *El fin de la mañana*
- *Hacia el tormentoso Golfo*
- *Criaturas blancas* 2.º del Premio Nebula (1976) [Relato Corto]
- *Yo/Días*
- *Del espaciotiempo y el río*
- *Exposiciones* 7.º del Premio Locus (1982) [Relato Corto]
- *El roce del tiempo*
- *Ser Lennon* 2.º del Premio Hugo (1976) [Relato Corto]  
2.º del Premio Nebula (1976) [Relato Corto]  
5.º del Premio Locus (1976) [Relato Corto]

**Lectulandia**

Gregory Benford

# **En carne alienígena**

ePub r1.0

diegoan 27.12.2016

Título original: *In alien flesh*  
Gregory Benford, 1986  
Traducción: Domingo Santos  
Diseño de cubierta: Antoni Garcés

Editor digital: diegoan  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A las dos personas que toleraron el tiempo que me tomó,  
Alyson y Mark

## Sangre sobre cristal

*La naturaleza no sabe nada de la muerte,  
no en el lánguido y relamido maullar del gato,  
no en el alocado patear del antílope  
mientras el león devora su alimento.  
Ni en el alzarse del lento mar en la marea  
al compás de los gradientes de una estrella,  
ni en el asentimiento de una flor, la frenética danza de  
un insecto.  
Vivir es todo lo que ve siempre el mundo.  
Desconoce por completo las alternativas.*

*Pero pensad en los alienígenas que moran tras las rejas  
de las antiguas memorias enjauladas  
de los primitivos seres, nacidos antes  
de que los soles ardieran y se dispersaran.  
Han olvidado su nacimiento y,  
encerrados en fríos cubículos, no conocen el fin.  
Si alguna vez nos encontramos con ellos nos verán  
como sacos de fibras entrañas,  
piel brillante de grasa,  
la comida metida entre los dientes  
en nuestra prisa del desayuno interrumpido.  
Paleando basura, con amarilla grasa encajada  
entre quebradizas varillas de calcio, correosos músculos  
siempre tensos, haciendo que la jaula de marioneta  
de los huesos anhele partir hacia delante.  
En nuestras librerías hay textos  
de arte agonizante, un nuevo tipo de habilidad  
que debemos aprender: identificar los seis estadios  
(rechazo de las noticias; depresión; estadio de calma;  
devorar el mundo; deslizarse; seguir adelante).  
Somos obras en progreso,  
suspendidas entre el incauto debatirse del ratón  
y las promesas de infinitos cristalinos.  
Esos alienígenas, pues, son como animales.  
Sólo en nosotros y en nuestra inclinación eterna hacia  
delante  
puede vivir la muerte.  
Cada intenso momento es libre.*

*Y todo lo que puede ocurrir  
tal vez ya exista.*

# En carne alienígena

## 1

*... verdes olas lamiendo, frías...*

La mano de Reginri se agitó convulsivamente sobre las sábanas. Sus ojos estaban cerrados.

*... plateadas monedas deslizándose y girando en el moteado cielo, eclipsando el sol...*

Las sábanas eran un pegajoso pantano. Se agitó, presa de ellas.

*... una canción campanilleante, deslizándose fríos riachuelos que lavaban su piel...*

Abrió los ojos.

Una amarillenta cuchilla de vespertina luz solar colgaba en medio de la habitación, con girantes motas de polvo nadando en ella. Jadeó, inspirando leves bocanadas de aire. Belej estaba de pie al lado de la cama.

—Han vuelto de nuevo, ¿eh? —dijo ella, casi en un susurro.

—S... sí. —Notó su garganta seca y constreñida.

—Esto no puede seguir *así*, querido. Creíamos que podrías dormir mejor de día, con todo el mundo fuera en los campos, pero...

—Tengo que salir de aquí —murmuró él. Saltó de la cama y se puso su mono negro de trabajo. Belej guardó silencio, parpadeando rápidamente, mordiéndose el labio inferior. Reginri se ató las botas y salió de la habitación dando un portazo. Sus pasos resonaron huecamente, fuera, en las planchas del suelo. Ella los escuchó alejarse apresuradamente pasillo abajo. Se detuvieron unos instantes; el silencio sin aire regresó. Luego la puerta exterior crujió, se cerró de golpe.

Se apresuró tras él.

Lo alcanzó cerca del borde del cañón, a un centenar de metros de los edificios de troncos. Él la miró. Se rascó el revuelto pelo y hundió los hombros hacia delante.

—Ese fue bastante malo —dijo con voz rígida.

—Si siguen haciéndose peores...

—No lo harán.

—Esperemos. Pero no lo sabemos. Si comprendiera de qué tratan...

—No puedo describirlos. Son distintos cada vez. La *sensación* parece la misma, pero... —Algo de calor había vuelto a su voz—. Es duro.

Belej se sentó cerca del borde del cañón. Alzó la vista hacia él. Sus cejas parecieron anudarse encima de sus grandes ojos oscuros.

—De acuerdo —dijo, cambiando bruscamente de humor, dejando que una entonación particular asomara a su voz—. Uno, no sé de qué tratan. Dos, no sé de dónde vienen. Esa horrible expedición en la que participaste supongo, pero ni siquiera respecto a eso has sido claro. Tres, no se por qué insististe en unirte a su sucia expedición en...

—Te lo dije, maldita sea. Tenía que ir.

—Querías el dinero extra —dijo llanamente Belej. Apoyó una pequeña mano en su barbilla.

—No era dinero *extra*, era simplemente *dinero*. —Miró con ojos furiosos al abrupto cañón bajo ellos. El tranquilo aire acusador de ella lo irritaba.

—Eres un cosechador. Hubieras encontrado trabajo.

—La estación era mala. Fue el año pasado, recuérdalo. Las cosechas no fueron buenas.

—Pero oíste hablar de esos Sasuke y Leo, escuchaste lo que la gente decía de ellos...

—Vanleo, ese es el nombre. No Leo.

—Bueno, no importa. No tenías que trabajar para ellos.

—No, claro que no —dijo él salvajemente—. Podía haberme quemado el culo a los mandos de un saltacampos en la estación de plantado, doce horas al día, por una paga de treinta unidades como máximo. Y cuando me cansara de eso, o me hubiera roto una pierna, quizás hubiera podido firmar para el circuito de los mohos como un zángano. —Recogió una piedra y la arrojó a lo lejos por encima del borde del cañón—. Una gran vida.

Belej hizo una larga pausa. Al final del cañón, en uno de los lados, una bruma rosada rezumaba por entre los picos más altos y empezaba a derramarse hacia abajo, ganando velocidad. Zeta del Retículo aún estaba alta en el moteado cielo azul, pero el frío empezaba a ascender del fondo del cañón. El viento arrastraba consigo un aroma acre.

Reginri frunció la nariz. En el término de una hora tendrían que volver dentro. La débil bruma rojiza se espesaría. Era buena para la vida vegetal de Persenuae del norte, pero para los pulmones humanos era un irritante terrible.

Belej suspiró.

—De todos modos —dijo suavemente—, no estabas obligado a ir. Si hubieras sabido que sería así...

—Sí —admitió él, y algo se revolvió en su estómago—. Si alguien lo hubiera sabido.

## 2

Al principio no fue el drongheda lo que halló inquietante. Fue la playa en sí y, sobre todo, las olas.

Lamían sus pies con una lenta energía absorbente, minando la gruesa arena bajo sus botas. Empezaron como pequeñas olitas que avanzaban desde el gris horizonte y silbaban lentamente subiendo la negra playa. Reginri observó una de ellas rizarse en espuma verdosa un poco más lejos; la marea estaba bajando.

—¿Por qué son tan lentas? —dijo.

Sasuke alzó la vista del maletín multibolsillos.

—¿Qué?

—¿Por qué se toman las olas tanto tiempo?

Sasuke se inclinó unos instantes y estudió la majestuosa superficie, orlada de amarillentas algas. Ocasionalmente, una ola grande se rompía y chapoteaba contra las irregulares rocas de lava un poco más allá.

—Nunca se me ha ocurrido pensar en ello —dijo—. Supongo que es porque la gravedad es menor.

—Hum —se encogió de hombros Reginri.

Un pez espumador rompió la superficie del agua y saltó hacia algo en el aire. De alguna forma, el trivial asunto de las olas lo inquietaba. Se agitó intranquilo en su trajepiel.

—Supongo que el acostumbrarte a la baja gravedad no te prepara para todo —dijo. Sasuke no le oyó; estaba recogiendo los transmisores, los cables y el resto del equipo.

Reginri no pudo resistirlo más. Sacó sus binoculares y miró al drongheda.

Al principio parecía una lisa roca amarronada, pulida por el agua y sin edad. Y los informes eran correctos: avanzaba hacia tierra firme. Se alzaba como una enorme ampolla en el agitado mar. Frunció los ojos, intentando ver el oscuro círculo del agujero del pozo en su costado. Allá, sí, había una sombra imprecisa orlada de moteado rojo. En el centro, más oscura, estaba la entrada. Parecía imposiblemente pequeña.

Bajó los binoculares, parpadeando. Zeta del Retículo ardía bajo en el plano horizonte, un intenso punto naranja que parecía cortar como una cuchilla el tenue aire de aquel planeta.

—Dios, podría hacerlo con un impulsor a cohete —dijo Reginri.

—Nada de eso, necesitarás tus talentos ahí dentro —dijo suavemente Sasuke—. Además, no hay dispersor de humos en estos trajes.

—Exacto. —Reginri se preguntó si el maldito dinero valía todo aquello. Allá en Persenuae (alzó la vista hacia el empurpurado cielo y lo encontró, un resplandor perlino anidado cerca de Zeta) había parecido una buena apuesta, un rápido y fácil mordisco de un poco de dinero, una especie de misión científica con un poco de aroma de aventura. Mejor que cualquier agrotabajo, al menos. Una paga mucho mejor que cualquier otra cosa que pudiera encontrar con su limitado entrenamiento, una mezcla de electrónica y técnicas de fabricación. Sabía también un poco de matemáticas, aunque no las suficientes como para que tuvieran importancia. Y eso no significaba nada para aquel trabajo, le había dicho Sasuke, pese a que las matemáticas eran el punto crucial de todo el asunto.

Sonrió para sí mismo. Un extraño pensamiento, el que aquellas líneas que se retorcían en la hoja de papel fueran un artículo de alto valor comercial, algo a cambio de lo cual la gente de la Tierra enviaría una nave llena de elementos

microelectrónicos y células producidas por la ingeniería biológica...

—¿Me ayudas aquí? —dijo secamente Sasuke.

—¿Eh? Oh, lo siento.

Reginri se arrodilló y ayudó al hombre a desenrollar el cableado y a comprobar los conectores. Seguro en la parte más alta de la playa, más allá de la primera línea pálida de las dunas de arena, se hallaba el equipo electrónico y la gente que, ya en sus lugares, monitorizaría el proceso mientras él y Vanleo estaban dentro.

Mientras los dos hombres desenrollaban los cables, tendiendo las líneas y comprobando las conexiones, Reginri miró ocasionalmente al drongheda. Era inmenso, mucho más grande de lo que había imaginado. Las reproducciones tridi simplemente no podían dar idea de la enormidad de la cosa. Se agitaba suavemente en los bajíos, a no más de doscientos metros de distancia ahora.

—Ha dejado de moverse —dijo.

—Por supuesto. Se quedará ahí durante días, apuesta lo que quieras —dijo Sasuke sin alzar la vista. Insertó su sonda de diagnóstico en cada alvéolo, observando atentamente los medidores. Era metódico, seguro de sí mismo..., exactamente el tipo de hombre idóneo para manejar la parte técnica del asunto, pensó Reginri.

—Ese es el punto clave, ¿no? Quiero decir, la cosa va a quedarse ahí sin moverse.

—Exacto.

—Eso es lo que tú dices. No va a darse la vuelta sobre si misma mientras nosotros estamos dentro, porque nunca lo ha hecho.

Sasuke dejó de trabajar y frunció el ceño. Reginri pudo ver a través de la burbuja de su casco que los labios del hombre se apretaban fuertemente.

—Vosotros siempre os echáis a temblar aquí en la playa. Nunca falla. El último equipo que tuve conmigo ahí fuera se cagó en los pantalones al momento mismo de ver al primer drongheda.

—A ti te resulta muy fácil decirlo. No has estado dentro.

—He estado dentro, amigo. *Tú* no has estado. Haz lo que decimos, lo que Vanleo y yo te explicamos, y todo irá bien.

—¿Es eso lo que le dijiste al último tipo que trabajó con vosotros?

Sasuke alzó secamente la vista.

—¿Kaufmann? ¿Hablaste con él?

—No. Un amigo mío le conoce.

—Tu amigo tiene malas compañías.

—Seguro, incluido yo.

—Quiero decir...

—Kaufmann no abandonó sin una razón, ¿sabes?

—Era un cobarde —dijo Sasuke con voz firme.

—Tal como él lo dice, simplemente no era tan estúpido como para seguir trabajando dentro de esta cosa de la forma que vosotros queríais. Con este equipo.

—No hay ninguna otra forma.

Reginri señaló hacia las algas.

—Podrías poner algo automático dentro. Implantar un sensor.

—¿Que transmita a través de treinta metros de grasa animal? ¿A través de toda esa carne? ¿De una forma fiable? ¿Con la suficiente intensidad? ¡Ja!

Reginri hizo una pausa. Sabía que no era prudente empujar a Sasuke por aquel camino, pero los rumores que había oído de Kaufmann le hacían sentirse intranquilo. Miró hacia atrás, hacia la tierra firme desprovista de vida. Playa adentro, Vanleo se había inclinado para inspeccionar algo, arrodillado sobre la compactada arena. Probablemente estudiaba una roca..., nada vivo se arrastraba o deslizaba sobre aquella playa.

Se encogió de hombros.

—Comprendo eso, pero ¿por qué tenemos que permanecer dentro tanto tiempo? ¿Por qué no simplemente entramos, plantamos los transmisores y salimos?

—No se mantendrán en su sitio. Si el drongheda se mueve, aunque sólo sea un poco, saltarán fuera.

—No los hagáis tan malditamente delicados.

—Amigo, no puedes clavarlos con clavos ahí dentro. Lo que buscamos es una terminación neural, no una conexión estatofónica.

—¿Así que tengo que meterme hasta el fondo? ¿Sentarme ahí en esas enormes entrañas y empezar a sudar?

—Te pagan para ello —dijo Sasuke con tono tenso.

—Quizá no lo suficiente.

—Mira, si van a empezar a revolvérsete las tripas...

Reginri se encogió de hombros.

—De acuerdo, no soy un profesional en esto. Vine sobre todo para ver el drongheda. Pero una vez lo has visto, este equipo electrónico tuvo parece totalmente inadecuado. Si esa cosa de ahí fuera decide darme un achuchón...

—No lo hará. Nunca lo ha hecho.

Por sus audífonos les llegó un corto y seco ladrido. Era la risa de Vanleo, resonando huecamente en sus cascos. Vanleo se les acercó, con largos y fáciles saltos a lo largo de la línea del agua.

—Nunca ha ocurrido, así que, ¿por qué tiene que ocurrir ahora? Mala lógica. El hecho de que una serie tenga varios elementos iguales no quiere decir que sea infinita.

Reginri sonrió cálidamente, feliz de que el otro hombre hubiera vuelto. Había una cualidad fría y despiadada en Sasuke que le hacía rechinar los dientes.

—Amigo Sasuke, no le ocultes al muchacho lo que ambos sabemos. —Vanleo le dio a Sasuke una amistosa palmada en la espalda—. Los dronghedas son un enigma. Brillantes, misteriosos, enormes intelectos..., y es presuntuoso fingir que comprendemos algo de ellos. Todo lo que somos capaces de seguir son sus matemáticas..., y quizá eso sea lo único que queremos ver. —Una brillante sonrisa

frunció su rostro.

Vanleo se volvió y estudió en silencio los cables que brotaban de las dunas y penetraban en la línea de resaca.

—Parece que todo está bien —dijo—. La marea empieza a retirarse.

Se volvió bruscamente y miró a Reginri a los ojos.

—¿Has recuperado el valor, muchacho? Estuve escuchando por el audio del traje.

Reginri se agitó, inquieto. Sasuke era irritante, pero al menos sabía cómo tratarlo. Vanleo, en cambio... De alguna forma, la firme e intensa mirada de Vanleo lo inquietó. Reginri desvió los ojos hacia el drongheda y sintió un creciente temor. Se volvió impulsivamente a Vanleo y dijo:

—Creo que me quedaré en la playa.

El rostro de Vanleo se inmovilizó. Sasuke emitió un brusco sonido salpicante y empezó a decir:

—Otro maldito...

Pero Vanleo lo cortó con un brusco movimiento de su mano.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó suavemente.

—Yo..., no me siento con ánimos de meterme dentro.

—Oh. Entiendo.

—Quiero decir, no sé si esa cosa no va a... Bueno, es la primera vez que hago esto y...

—Entiendo.

—Te lo diré. Iré con vosotros, de acuerdo. Me quedaré y cuidaré de que los cables no se enreden..., ya sabes, el trabajo que se supone que debéis hacer vosotros. Eso me dará la oportunidad de acostumbrarme al trabajo. Luego, la próxima vez...

—Eso puede ser dentro de varios años.

—Sí, de acuerdo, pero...

—Estás poniendo en peligro el éxito de toda la expedición.

—Carezco de experiencia. ¿Y si...? —Reginri hizo una pausa. Sabía que Vanleo tenía la lógica de su parte. Aquel era el primer drongheda a su alcance que conseguían avistar en más de dos años. Muchos de ellos derivaban a lo largo de la escarpada costa, meciéndose en los bajíos, pero la mayoría se quedaban sólo un día o dos. Este era el primero en mucho tiempo que se había anclado junto a la orilla, en un bajío resguardado y conveniente. El satélite de observación lo había detectado, había observado que su regular esquema de movimientos seguía el ritmo de las mareas. Así que Vanleo había lanzado la señal, había avisado a Reginri y al equipo de guardia, y habían partido de Persenuae en una nave rápida...

—Una patada en el culo es lo que necesita —dijo bruscamente Sasuke.

Vanleo sacudió la cabeza.

—Creo que no —dijo.

El desprecio en la voz de Sasuke hizo más firme la resolución de Reginri.

—No pienso ir dentro —dijo.

—¿Oh? —sonrió Vanleo.

—Ponedme un pleito por romper el contrato cuando volvamos a Persenuae si queréis. Pero no lo haré.

—Oh, haremos mucho más que esto —dijo Vanleo con tono casual—. Transferiremos las pérdidas financieras de esta expedición sobre tus hombros. No hay duda alguna de que la culpa es tuya.

—Yo...

—Así que nunca vas a cobrar de nuevo tu sueldo completo, *nunca* —siguió calmadamente Vanleo.

Reginri agitó inquieto los pies. Había en Vanleo un aire de cuidadosa y controlada seguridad que hacía que sus palabras estuvieran cargadas de peso. Y, tras la firmeza de aquellos ojos, Reginri captó algo más.

—No sé... —Inspiró profundamente, intentando aclarar su cabeza—. Supongo que me he puesto un poco nervioso.

Dudó, y luego lanzó un bufido.

—Supongo..., supongo que estaré bien.

Sasuke asintió, conteniendo la lengua. Vanleo sonrió cálidamente.

—Estupendo. Estupendo. Entonces nos limitaremos a olvidar este pequeño incidente, ¿eh? —Se volvió con brusquedad y echó a andar playa abajo. Sus pasos eran firmes, casi saltarines.

### 3

Una ardilla aérea planeó en las corrientes de los vientos vespertinos. Cruzó el borde del cañón, charloteando nerviosamente, y se deslizó hacia la seguridad de los arbustos. Los dos humanos observaron cómo agarraba una vaina y se ponía a mordisquearla tranquilamente.

—No comprendo por qué no abandonaste entonces —dijo al fin Belej—. En aquel momento. En la playa. Ninguna demanda contra ti hubiera progresado, no con otros miembros del grupo pudiendo ocupar tu lugar.

Reginri la miró inexpresivamente.

—Imposible.

—¿Por qué? Habías visto la cosa. Podías darte cuenta de que era peligrosa.

—Sabía eso antes de que abandonáramos Persenuae.

—Pero entonces no la habías visto.

—¿Y qué? Firmé un contrato.

Belej agitó impaciente la cabeza.

—Recuerdo que me dijiste que era una especie de pez grande. Eso es todo lo que dijiste la noche antes de irte. Hubieras podido argumentar que no habías comprendido el peligro...

Reginri hizo una mueca.

—No es un pez. Es un mamífero.

—Eso no es ninguna diferencia. Como otros peces que hay allá en la Tierra, me dijiste.

—Como la yubarta y la ballena azul y el delfín y el cachalote —dijo él lentamente—. Antes de que los hombres los extinguieran, empezaron a sospechar que las ballenas azules podían ser inteligentes.

—Pero las ballenas no eran matemáticos, ¿verdad? —dijo ella suavemente.

Belej se reclinó en la moteada hierba marrón. Los mechones de su pelo negro se agitaban suavemente al viento.

—Ese Leo te mintió acerca de ellos, ¿no?

—¿Cómo?

—Diciéndote que no eran peligrosos.

Se sentó erguido en la arena y cruzó los brazos sobre sus rodillas.

—Me dio algo de documentación. No leí la mayor parte de ella..., demonios, estaba llena de nombres que no entendía, términos extraños. Eso es lo que nunca has comprendido, Belej. No sabemos mucho de los dronghedas. Sólo que tienen pulmones y columna vertebral y se acercan a la orilla cada pocos años. Por qué lo hacen, o qué es lo que los hace inteligentes..., Vanleo pasó treinta años en ello. Tienes que concederle el crédito de...

—De arrastrarte al interior de uno de ellos. ¡Ja!

—Los dronghedas nunca hicieron daño a nadie. Sus ojos no parecen registrarnos. Probablemente ni siquiera sepan que estamos allí, y los ingenuos intentos de Vanleo de comunicarse con ellos fracasaron. El...

—Si un gigante ciego y bienintencionado te aplasta —dijo ella—, te mata igual.

Reginri soltó un bufido.

—Los dronghedas se equilibran con sus aletas ventrales. Así se mantienen firmes sobre las olas. Las ballenas no pueden hacer esto, ni...

—¡No me estás escuchando! —Le lanzó una mirada exasperada.

—Te estoy diciendo lo que ocurrió.

—Adelante, entonces. No podemos permanecer aquí fuera mucho más tiempo.

Él contempló las escabrosas paredes del cañón. Árboles frutales de color verde lima salpicaban las bruñidas rocas. La cada vez más densa bruma rosada se arrastraba lentamente por el suelo del cañón ahora, oscureciendo los detalles. La vida aérea que coloreaba las nubes recubría los correosos árboles y desencadenaba los lentos ritmos de la vida estacional. Parte de la lenta e inevitable obra de Persenuae, pensó.

—La bruma parece más bien densa —admitió. Miró hacia los edificios de troncos que formaban las viviendas comunales. Se confundían con la moteada hierba.

—Cuéntame —dijo ella, insistente.

—Bueno, yo...

—No dejas de despertarme con tus pesadillas al respecto. Merezco saberlo. Ha cambiado nuestras vidas. Yo...

Él suspiró. Iba a ser difícil.

—De acuerdo —dijo.

## 4

Vanleo le dio a Reginri una palmada en el hombro, y los tres hombres se pusieron a trabajar. Cada uno tomó un carrete de cable y echó a andar de espaldas hacia la línea de rompientes. Reginri observó atentamente a los otros y les siguió, dejando que el cable fuera desenrollándose. Estaba tan enfrascado en el trabajo que apenas se dio cuenta del líquido que le iba envolviendo de forma agitada. El depósito de oxígeno era un peso muerto a su espalda, pero una vez estuvo hundido en el agua hasta la cintura la maniobra fue más fácil, y pudo concentrarse en algo más que en mantener el equilibrio.

El fondo del mar era liso y claro, entrelazado con filamentos metálicos de color plata mate. No era metal, sin embargo; aquel era un planeta con sorprendentemente pocos elementos pesados. Quizá por eso la vida nunca había arraigado en tierra firme, y los continentes-isla que brotaban en medio del océano eran tristes y polvorientos desiertos. Muy probablemente el hecho de que aquel helado mundo fuera pequeño y estuviera alejado de su sol lo convertía en un lugar demasiado hostil para la vida terrestre. Persenuae, más cercano a Zeta, bullía con vida nativa y especies importadas, pero este mundo tenía sólo criaturas marinas. Era un planeta curioso; un teórico punto de encuentro en algún lugar entre los esquemas clásicos de la Tierra y Marte. Lo bastante grande como para tener volcanes filtrantes, y en consecuencia océanos, pero con un aire irrespirable curiosamente alto en anhídrido carbónico y bajo en oxígeno. Quizá la rueda de la evolución no había girado aún lo suficiente, y algún día los pequeños peces —o quizás incluso los propios dronghedas— evolucionaran hacia arriba, hacia tierra firme.

Pero quizá los dronghedas *estaban* evolucionando, en inteligencia al menos, pensó Reginri. Aquellas cosas parecían contentarse con nadar en los grandes océanos, dando vueltas y vueltas a rompecabezas cristalino-matemáticos para su propia diversión. Y, por alguna razón, habían respondido cuando Vanleo les clavó por primera vez una sonda electrónica en un nexo neural. Las criaturas emitieron grandes cantidades de arte matemático que, allá en la Tierra, mantenía a miles de personas trabajando para descifrarlas..., rebuscando entre un tapiz de fríos teoremas, enmarañadas referencias, buscando los rápidos axiomas que conducían a nuevos corredores, silenciosos estanques de geometría e intrincadas pirámides de líneas y ángulos, encajando toda una jungla de números.

—¡Cuidado! —exclamó Sasuke.

Reginri se tensó y una ola rompió encima de él, cubriendo de verdosa espuma el visor de su casco.

—Hay una corriente de resaca aquí —advirtió Vanleo—. Supongo que pronto

disminuirá.

Reginri se mantuvo firme contra el oleaje, con las rodillas sueltas y flexibles para conservar el equilibrio. Notó a través de las botas el raspante deslizar de la arena contra la lisa roca. El carrete de cable estaba casi agotado.

Se volvió para maniobrar, y de pronto vio a su lado una inmensa pared amarronada. Se erguía alta, muy por encima de las grises olas que rompían en su base. El pecho de Reginri se contrajo cuando se volvió para estudiar al drongheda.

La piel que formaba la pared estaba delicadamente moteada de oro y verde. Los respiraderos dorsales eran negros cortes que se curvaban hacia arriba, formando profundos valles aceitosos.

Reginri sujetó el carrete de cable bajo un brazo y tendió torpemente una mano para tocar aquella masa. Apretó varias veces, experimentalmente. Cedió un poco, con una suave resistencia como de caucho.

—¡Cuidado con las aletas! —advirtió Vanleo. Reginri se volvió y vio una larga aleta negra romper el agua a cincuenta metros de distancia. Rozó lánguidamente la superficie con un retumbante chapoteo audible a través de su casco, y luego se sumergió.

—Espero que esté simplemente asentándose —dijo Vanleo, como para tranquilizarle—. A veces hacen eso.

Reginri frunció el ceño hacia el agua, allá donde había emergido la aleta. Corrientes profundas brotaron a la superficie y la rizaron.

—Dame tu cable —dijo Sasuke—. Desenróllalo hacia aquí. Ya tengo clavado mi poste de anclaje.

Reginri desenrolló el resto de su carrete, y le quedaba todavía un poco cuando alcanzó a Sasuke. Vanleo estaba sujetando un largo palo clavado verticalmente en el agua. Apretó un pulsador, y Reginri pudo oír un ahogado *clap* por la radio de su traje. Comprendió que Vanleo estaba accionando los garfios de anclaje sobre la roca del fondo para asegurar su cable y sus conectores. Sasuke tendió las manos, y Reginri le dio su carrete.

Era fácil permanecer de pie allí; el drongheda les protegía de la mayor parte del oleaje, y las corrientes de fondo habían disminuido. Por un momento Reginri permaneció allí de pie sintiéndose inútil, observando a los dos hombres asegurar las conexiones y montar sus líneas transmisoras. Finalmente Sasuke le hizo una seña; Reginri se volvió hacia atrás, y conectaron las líneas a su mochila.

Nervioso, Reginri contempló el drongheda en busca de señales de movimiento, pero no se apreciaba ninguno. Los canales ventrales formaban un intrincado esquema a lo largo del costado de la criatura, y transcurrieron unos momentos antes de que se le ocurriera mirar hacia arriba y descubrir el orificio del pozo. Era un agujero orlado de rojo, más oscuro que el moteado marrón de su alrededor. Los canales ventrales formaban una elaborada hélice en torno al orificio, luego se alejaban formando arcos que descendían por su cuerpo hacia una curiosa mancha moteada, más o menos del

mismo tamaño que el orificio.

—¿Qué es eso? —preguntó Reginri, señalando la mancha.

—No lo sabemos —dijo Vanleo—. Parece más blanda que el resto del cuerpo, pero no es un agujero. Todos los dronghedas la tienen.

—Parece como un cardenal o algo así.

—Hum —murmuró Vanleo, distraído—. Será mejor que te subamos. Voy a ir al otro lado. Hay otro agujero expuesto allí, un poco más arriba de la línea del agua. Yo entraré por aquel lado.

—¿Cómo voy a subir?

—Garfios —murmuró Sasuke—. Aquí es bastante poco profundo.

Se necesitaron varios minutos para plantar los garfios a las botas de Reginri. Se apoyó contra el drongheda para sostenerse, e intentó prepararse mentalmente para lo que iba a venir. El mar se agitaba suavemente a su alrededor, lamiendo, cálido, su trajepiel. Tuvo una mareante sensación de anticipación.

—Arriba —dijo Sasuke—. Arrodíllate sobre mis hombros y clava sólidamente los garfios antes de apoyar tu peso en ellos. Una vez estés dentro haz lo que te dijimos, y todo irá bien.

## 5

Vanleo lo sujetó para ayudarle a mantener el equilibrio mientras trepaba sobre los hombros de Sasuke. Reginri necesitó algunos momentos para poder clavar los garfios de sus botas en la gruesa y arrugada piel.

Se sintió agradecido por la baja gravedad. Ascendió fácilmente, una vez le hubo cogido el truco, y necesitó sólo unos momentos para trepar los diez metros hasta el borde del orificio. Una vez allí, se detuvo para descansar un poco.

—No ha sido tan difícil como pensaba —dijo alegremente.

—Buen chico. —Vanleo agitó una mano hacia él—. Limítate a mantenerte firme y todo irá perfectamente bien. Te enviaremos una señal por la línea de comunicaciones cuando tengas que salir. Probablemente será antes de una hora.

Reginri se equilibró en el borde del orificio e inspiró profundamente varias veces, probando el aceitoso aire. En la distancia, las grises olas se rompían suavemente en la línea de resaca. El drongheda se alzaba como una burbuja encima del fruncido mar. Un banco de niebla rodaba a lo largo de la línea de la costa. En él flotaba una forma oscura. Reginri entrecerró los ojos para ver mejor, pero la bruma envolvía el objeto y hacía sus contornos imprecisos. ¿Otro drongheda? Miró de nuevo, pero la forma se fundió con la niebla blanca y desapareció.

—Apresúrate —indicó Sasuke desde abajo—. No nos moveremos hasta que estés dentro.

Reginri se volvió hacia el carnosos borde a sus pies y se dirigió hacia los oscuros y grasientos pliegues que bordeaban el orificio. Observó que había una serie de

delgados y brillantes filamentos a todo alrededor de la entrada. ¿Una boca? ¿Un ano? Vanleo había dicho que no; los científicos que habían acudido a estudiar al drongheda habían rastreado su tracto digestivo y habían trazado un burdo mapa de su recorrido. Pero no tenían la menor idea de cuál era la utilidad de aquel orificio. Precisamente para descubrirlo se había metido Vanleo por primera vez en uno de ellos. Ahora, la teoría de Vanleo era que el orificio era el medio de comunicación del drongheda, puesto que, de otro modo, ¿para qué estarían las conexiones neurales tan cerca de la superficie, en su parte interior? Quizás, en las profundidades del lodoso océano, los dronghedas hablaban entre sí a través de esos orificios, en vez de cantar como las ballenas. Los hombres no habían hallado ningún esquema bioacústico en los grupos de dronghedas que habían observado, pero eso significaba muy poco.

Reginri se empujó hacia el interior, a través del iris de esponjosa carne, e inmediatamente se vio sumergido en la oscuridad. La luz de su traje cliqueteó y se encendió. Estaba tendido en una superficie carnosa con una extensión despejada de quizá dos palmos de anchura a cada lado. El túnel se abría bostezante frente a sus ojos, absorbiendo la débil luz. Recogió sus rodillas y se empujó hacia arriba contra la ligera pendiente.

—El equipo electrónico informa buen contacto con tus líneas de transmisión. ¿Todo va bien? —La voz de Sasuke le llegó débil y aguda a los oídos.

—Parece que sí. Es malditamente estrecho aquí dentro.

—A veces es angosto cerca de la abertura —intervino Vanleo—. Pero no vas a tener que ascender mucho..., la mayor parte de los orificios penetran casi horizontalmente, cuando el drongheda se mantiene casi inmóvil como este.

—Es tan estrecho. Va a resultar difícil arrastrarse hacia arriba —dijo Reginri, con un temblor de incertidumbre en su voz.

—No te preocupes por eso. Límitate a seguir avanzando y busca los puntos neurales. —Vanleo hizo una pausa—. Coge los contactos de tus transmisores, ¿quieres? Acabo de recibir una llamada de los técnicos, quieren comprobar las conexiones.

—Claro. —Reginri trasteó en su vientre—. Creo que no los encuentro...

—Están ahí, recuerda cómo lo hiciste en los entrenamientos —dijo secamente Sasuke—. Sácalos de sus clips.

—Oh, sí. —Reginri trasteó unos instantes y encontró los dos cilindros metálicos. Se soltaron del traje con un *pop*, y los juntó—. Ya está.

—De acuerdo, de acuerdo, están recibiendo la señal —dijo Vanleo—. Parece que estás bien conectado.

—Estupendo —dijo Sasuke—. Sigamos.

—Nos vamos al otro lado. Así que haznos saber si ves algo. —Reginri pudo oír la respiración de Vanleo acelerarse—. Resulta difícil con esta marea. Ah, ahí está el otro orificio.

Los dos hombres siguieron hablando, preparando el equipo de Vanleo. Reginri

volvió su atención a lo que le rodeaba y siguió ascendiendo con un gruñido. Trabajaba firmemente, empujando contra la pulposa materia que le rodeaba. Aquí y allá la pared se fruncía en pliegues escamosos, ofreciendo asideros. Las cerosas membranas no reflejaban nada de la luz de su traje. Clavó los talones y empujó, deslizándose sobre charcos de somero líquido rosado que se formaban en los repliegues del túnel.

Al principio el pasadizo relucía ligeramente, proporcionándole una cierta visión de sus alrededores. Progresó a buen ritmo, y pronto estableció una firme secuencia de empujar y tirar. Se abrió camino en torno a un enorme músculo azulado estriado con líneas naranja.

Incluso a través de su trajepiel podía sentir una pulsante calidez procedente de la cosa. El drongheda poseía una temperatura interna quince grados por debajo de la humana, pero, aun así, un sordo y opresivo calor se infiltraba en él.

Allá delante había algo negro. Tendió la mano y tocó algo como caucho que parecía bloquear la abertura. La luz de su traje mostró una lechosa barrera rosada. Tanteó en busca de sus bordes. Hacia la izquierda había una pequeña abertura. Se volvió hacia allá, flexionó las piernas y se retorció hacia el nuevo paso. Vanleo le había dicho que el orificio podía cambiar de dirección, y que cuando lo hiciera probablemente se hallaría cerca de un nexo. Reginri esperaba que así fuera.

## 6

—¿Todo va bien? —le llegó distante la voz de Vanleo.

—Creo que sí —murmuró Reginri.

—Estoy en el borde. Ahora entro. —Oyó una serie de sonidos ahogados, y Reginri los bloqueó mentalmente, concentrándose en el lugar donde se hallaba.

Las paredes allí brillaban como vieja carne glaseada. Sus dedos no podían clavarse en ella. Agitó las caderas y avanzó unos centímetros. Hizo que su cuerpo se flexionara, empujara, flexionara, empujara..., estableció el ritmo y se relajó en él, avanzando lentamente. La textura de las paredes se endureció y su avance se aceleró. Cada pocos momentos se detenía y comprobaba los hilos de transmisión y conexión que se arrastraban tras él, desenrollándose de unos pequeños carretes a sus costados.

Pudo oír a Sasuke murmurar algo para sí mismo, pero era incapaz de concentrarse en nada que no fueran las cerosas paredes a su alrededor. El paso se estrechaba de nuevo, y ante él pudo ver más pliegues escamosos. Pero estos eran distintos, parecían espolvoreados con una sustancia pálida y brillante.

Reginri sintió que su corazón latía más aprisa. Pateó hacia delante y tendió una mano hacia uno de los encostrados pliegues. La delicada escarcha brillaba a la luz de su lámpara. Allá la carne parecía glaseada, y muy profunda en ella pudo ver una compleja red entrecruzada de venas y arterias, recorridas por filamentos plateados.

Tenía que ser un nexo; las imágenes que le habían mostrado eran muy parecidas a

aquello. No estaba en una pequeña bolsa de la forma que Vanleo le había dicho que estaría, pero eso no importaba. El propio Vanleo había señalado que no parecía existir una forma sistemática de distribución de los nódulos. De hecho, parecían emigrar a diferentes posiciones dentro del orificio, de tal modo que un equipo que regresara unos cuantos días más tarde no hallaría los nódulos allá donde habían sido registrados antes.

Reginri sintió una creciente excitación. Trasteó cuidadosamente con los dedos en los componentes electrónicos situados en su cintura. Su bajo zumbido lo tranquilizó, diciéndole que todo estaba en orden. Ladró una concisa descripción de su hallazgo en el micrófono del traje, y Vanleo respondió con monosílabos. El hombre parecía estar ocupado con alguna otra cosa, pero Reginri estaba también demasiado ocupado para preguntarse de qué se trataba. Soltó sus cilindros transmisores y los alzó de su cintura, clavando los codos en las pulposas membradas a su alrededor. Las agujas de sus puntas brillaron suavemente a la luz de su traje mientras las examinaba. Todo parecía correcto.

Avanzó un poco más y halló el lugar donde el glaseado parecía más denso. Con cuidado, cogiendo los cilindros con ambas manos, clavó primero una y luego la otra aguja en la cerosa carne. La carne se frunció alrededor de las agujas.

Habló rápidamente por el micrófono de su traje, preguntando si llegaban las señales. Hubo un sí como respuesta, un corto charloteo del técnico allá en las dunas de arena, y luego la línea quedó de nuevo en silencio.

A lo largo de las líneas de transmisión fluían ahora las señales que debían recoger allá fuera. Largos años de experimentación habían establecido —hasta donde el hombre era capaz de decir— los códigos de reconocimiento que los técnicos utilizaban para decirles a los dronghedas que habían vuelto. Ahora, si el drongheda respondía, una serie de intrincados pulsos eléctricos cruzaría las líneas y penetraría en los instrumentos de grabación en la orilla.

Reginri se relajó. Había hecho todo lo que había podido. El resto, ahora, dependía de los técnicos, la electrónica, las oleadas de microsegundos de información transferidas entre las máquinas y el drongheda. En alguna parte encima o debajo de él había aletas, acanaladuras, una boca filtrante tipo ballena por la que habían cruzado miles de millones de pequeñas vidas de peces, todo aquello parte de esta enorme cosa. En alguna parte, envuelta en grasa y protegida en medio de enormes órganos, había una mente.

Reginri se preguntó cómo se había producido todo aquello. Nadando en las profundas y lodosas corrientes, la naturaleza había hecho evolucionar de alguna forma aquella cosa que sabía álgebra, cálculo, métrica reimanniana, las sutilidades de Tchevychef..., y todo aquello parte de sí misma, como una delicada parte del mismo lenguaje que compartía con los hombres.

Reginri sintió un repentino impulso. En su cintura había un equipo de emergencia, para ser usado si las líneas de transmisión fallaban o desarrollaban

disfunciones intermitentes. Giró sobre sí mismo hasta que su espalda quedó apoyada en el suelo del conducto, y entonces lo cogió. Con una mano mantuvo las agujas clavadas en la carne encima de su cabeza; con la otra extrajo la delgada y plana placa de plástico y metal que necesitaba. De ella brotaban pequeños cables. Se apretó contra las paredes del túnel y deslizó los cables en el alvéolo de emergencia de los cilindros de transmisión. Todo parecía seguro; se volvió y rebuscó en la parte de atrás de su casco hasta hallar el cableado de emergencia. Usando el cableado, podía conectarse directamente a una pequeña porción del *output* del drongheda. No interferiría con el proceso de transmisión. Quizá los hombres allá en las dunas de arena ni siquiera se dieran cuenta de que lo había hecho.

Efectuó la conexión. Justo antes de introducir la línea de transmisión de su traje en el cable de emergencia, creyó captar una ligera agitación debajo de él. El movimiento pasó. Conectó. Y sintió...

... un estallido de luz que lo atravesó, tamborileó un ritmo staccato de moteado verde...

... retorcidas líneas que se mezclaron y entretejieron en perspectivas, triángulos urdidos en extraños envoltorios puntiagudos, retorciéndose en nuevas formas silenciosas...

... un entramado de chillante sonido, resonando en los límites de la planicie geométrica...

... densa, intensa espuma que lamía torres de piedra maltratadas por la intemperie, girando con precisión bajo un sol naranja elipsoide...

... luz miniaturizada que gruñía y giraba suavemente, curvándose en humedad que formaba cuentas en una cobriza matriz de filamentos...

... una red de hilos pegajosos, alzándole... ...una corriente que se hinchaba... ... hacia arriba, hacia la acuosa luz... Reginri dio un tirón al cable, arrancándolo de su alvéolo. Su mano se alzó con una sacudida para cubrirse el rostro y golpeó contra el casco. Jadeó, sin aliento.

Cerró los ojos y, durante un largo momento, no pensó en nada, dejó que su mente derivara, retrocediera ante la experiencia.

Había habido matemáticas allí, y mucho más. Romboïdes, agudas intersecciones en veladas dimensiones, retorcidas esculturas de múltiples caras, crispadas perspectivas, poliedros de resplandeciente fuego.

Pero tanto más..., hubiera podido ahogarse en ello.

No hubo ninguna interrupción en el charloteo a través de sus auriculares. Al parecer, los hombres de la electrónica ni siquiera se habían dado cuenta de la interceptación. Inspiró profundamente y apretó con fuerza las agujas transmisoras. La experiencia lo había vuelto del revés, de dentro para fuera, durante un breve latido de tiempo. Pero ahora podía volver a respirar fácilmente. Su corazón había dejado de latir alocado en su pecho. El torrente de imágenes empezó a retroceder. Su mente se había visto llena, abrumada con más de lo que podía aceptar.

Se preguntó cuánto de la electrónica había captado en realidad. Quizá, transfiriendo todo aquello a fría memoria de ferrita, la sacudida emocional se perdiera en el conjunto. No era sorprendente que el único elemento que los hombres pudieran descifrar fuera las matemáticas. Contar, líneas y curvas, el liso lustre de la geometría..., eran abstracciones, cosas que podían ser comunes a toda mente dotada de razón. No era extraño que el drongheda enviara principalmente matemáticas a través de su camino neural; era todo lo que los hombres podían seguir.

Al cabo de un tiempo se le ocurrió que quizá Vanleo lo deseara de esta forma. Quizá él también escuchara en las líneas. El otro hombre podía buscar precisamente esta experiencia; seguramente poseía una intensidad que no podían igualar ni las drogas ni las pálidas grabaciones electrónicas de los sensorios. ¿Era Vanleo un adicto? ¿Por qué de otro modo arriesgarse al fracaso? ¿Por qué rechazar la transmisión automática y arrastrarse ahí dentro..., en especial cuando las condiciones adecuadas se producían tan de tarde en tarde?

Pero no tenía sentido. Si Vanleo tenía a su disposición las cintas del drongheda, podía utilizarlas en cualquier momento más tarde, a su comodidad. Así que..., tal vez el hombre se sentía fascinado por las propias criaturas, no sólo por las matemáticas. Quizás el desafío de entrar en ellas, de sentir las a su alrededor, era lo que realmente ansiaba Vanleo.

Grotesco, sí..., pero quizá fuera esto.

## 7

Notó un temblor. Las agujas se agitaron en su mano.

—¡Hey! —gritó. El tubo se flexionó bajo él.

—Está ocurriendo algo ahí dentro. Muchachos, deberíais... —La línea de comunicación quedó muerta a media frase. Reginri cambió automáticamente a emergencia, pero tampoco allí había ninguna señal. Observó las líneas de transmisión. La fosforescencia roja en sus extremos había desaparecido; no estaban recibiendo energía.

Culebreó en el angosto espacio y miró hacia sus pies. Las líneas de transmisión y el cable de comunicación desaparecían serpenteando en la oscuridad sin ninguna interrupción visible. Si había algún fallo en la línea, era más allá.

Reginri devolvió las líneas de transmisión a su traje. Cuando lo hizo, la carne a su alrededor rezumó lánguidamente, comprimiéndose. Hubo una sensación de movimiento hacia un lado, como un giro...

—¡Hey, *cuidado!* Sacadme... —Entonces recordó que la línea no funcionaba. Apretó los labios.

Tendría que salir de allí por sí mismo.

Clavó los talones e intentó tirar hacia atrás. Una protuberancia escamosa rozó su costado. Tiró más fuerte y se liberó, deslizándose unos cuantos centímetros. El

camino parecía inclinarse ligeramente hacia abajo ahora. Extendió las manos para empujarse y vio que algo húmedo corría por sus dedos. El legamoso fluido que llenaba el agujero estaba goteando hacia él. Reginri empujó enérgicamente hacia atrás, buscando un mejor asidero en el pulposo suelo.

Se esforzó, e hizo algunos progresos. Se produjo una larga y lenta ondulación, y las paredes se cerraron a su alrededor. Notó que algo se apretaba contra sus piernas, luego su cintura, luego su pecho y su cabeza. La presión tenía un lento pero perceptible ritmo.

Respiró más aprisa, y notó un olor acre. Sólo podía oír su propia respiración, amplificada por el casco.

Siguió retrocediendo. Su bota golpeó contra algo, y notó el suave labio de un recodo en el conducto. Lo recordaba, pero el ángulo parecía distinto ahora. El drongheda debía estar moviéndose, cambiando la orientación del orificio.

Clavó sus pies en el nuevo paso y se deslizó rápidamente por él.

Este camino era más fácil; resbaló hacia abajo, ayudado por las lisas paredes, y sintió una oleada de alivio. Más abajo, si el túnel se ensanchaba, incluso tal vez pudiera darse la vuelta y avanzar de cabeza.

Su pie tocó algo que se resistió blandamente. Palpó a su alrededor con ambas botas, dejando que su peso se asentara gradualmente sobre ello. Parecía una superficie quebradiza, guijarrosa. Siguió cuidadosamente su configuración en torno a las paredes del agujero hasta convencerse de que no había ninguna abertura.

El paso estaba bloqueado.

Su mente trabajó a toda velocidad. El aire parecía adquirir peso por sí mismo, denso y acre en su casco. Golpeó fuertemente con sus botas hacia abajo, con la esperanza de romper lo que fuera. La superficie permaneció firme.

Reginri sintió que su mente empezaba a entumecerse. Estaba atrapado. La línea de comunicación no funcionaba, probablemente seccionada más abajo de sus pies por aquella cosa.

Notó que las paredes a su alrededor se contraían de nuevo, una enorme mano que estrujaba la vida fuera de él. Los lados del orificio estaban a unos pocos centímetros de su casco. Mientras observaba, una lenta ondulación sacudió la membrana; cuerdas de amarillenta grasa se hicieron visibles debajo de su superficie.

—¡Sacadme de aquí! —Reginri pateó alocadamente. Se agitó contra las resbaladizas paredes, utilizando codos y rodillas como palancas. La presión siguió envolviéndole.

—¡Fuera! ¡Fuera! —Reginri golpeó furiosamente la carne con sus puños. Su visión se enturbió. Pequeños puntos oscuros flotaban ante él. Golpeó mecánicamente, respirando con pequeños jadeos. Gritó pidiendo ayuda. Y supo que iba a morir.

La furia estalló en él. Golpeó la suavidad que lo envolvía. La presión sobre todo su cuerpo le hizo hervir. Crispó los labios en una mueca. Su casco se llenó con un sabor amargo. Gritó una y otra vez, golpeando furioso al drongheda, maldiciéndolo.

Empezaron a dolerle los músculos.

Y lentamente, lentamente, la ardiente rabia se fundió. Parpadeó para apartar el sudor de sus ojos. Su visión se aclaró. La ciega e inútil energía desapareció. Empezó a pensar de nuevo.

Sasuke. Vanleo. Bastardos con dos caras. Sabían que este trabajo era peligroso. El incidente en la playa había sido una charada. Cuando les mostró sus dudas, lo intimidaron y lo amenazaron inmediatamente. Era probable que hubieran tenido que hacerlo otras veces antes, con otros hombres. Todo estaba planeado.

Inspiró lenta y profundamente y alzó la vista. Sobre él, en el túnel de oscuridad, los cables de las líneas de transmisión y el cable de comunicación colgaban blandamente.

Los cables.

Conducían hacia arriba, por el lugar de donde había venido.

Necesitó unos instantes para que el hecho penetrara en él. Si había estado retrocediendo por el lugar del que había venido, los cables hubieran tenido que seguirle.

Se apretó contra las glaseadas paredes y miró hacia abajo. No había líneas de transmisión junto a sus piernas.

Eso significaba que las líneas no brotaban de lo que fuera que estaba bloqueando su camino. No, venían sólo de arriba. Lo cual significaba que había tomado un camino equivocado. De alguna forma se había abierto un agujero en el lado del orificio, y él lo había seguido ciegamente.

Se serenó y empujó hacia arriba, decidido. Luchó contra la inclinación, trabajando con las puntas de sus pies. Otra larga ondulación sacudió el tubo. La firme mano de la gravedad lo empujó hacia abajo, pero se abrió lentamente camino hacia delante. El sudor le escocía en los ojos.

Al cabo de unos minutos sus manos hallaron el labio, y se izó rápidamente por él, al túnel horizontal de arriba.

Halló una maraña de cables y tiró de ellos. Cedieron con una ligera resistencia. Aquel era el camino hacia fuera, estaba seguro de ello. Empezó a arrastrarse hacia delante, y de pronto el mundo osciló, se tensó, lo alzó. Luego lo dejó caer.

Golpeó contra el pulposo lado y perdió el aliento. El tubo se flexionó de nuevo, alzándose frente a él y cayendo detrás. Clavó las manos en la carne y resistió. El orificio se arqueó, se cerró, lo estrujó. La esponjosa carne apretó su cabeza, y contuvo involuntariamente el aliento. Su placa visora quedó cegada, y todo su mundo se redujo a una superficie finamente venada, púrpura, estriada de amarillenta grasa.

Lentamente, lentamente, la presión cedió. Notó un sordo dolor en su costado. Hubo un difuso temblor tras él. Tan pronto como pudo maniobrar de nuevo, se arrastró urgentemente hacia delante, arañando con manos y pies, pateando salvajemente. Las líneas lo conducían hacia delante.

El pasadizo llameaba ante sus ojos, y aceleró su velocidad. Mantuvo un firme

ritmo de clavar manos, codos, rodillas y pies. El peso a su alrededor parecía estar expeliéndolo, proporcionándole impulso, expulsándolo. O eso parecía, mientras la carne se tensaba tras él y se abría delante.

Probó de nuevo el micrófono del casco, pero seguía inerte. Creyó reconocer un enorme y protuberante músculo azulado que, en su camino de entrada, había visto en la pared. Ahora formaba un bulto en el suelo. Se arrastró por encima de su resbaladiza superficie y siguió adelante.

Estaba tan concentrado en sus movimientos e impulso que no reconoció el final. De pronto las paredes convergieron de nuevo, y miró frenético a su alrededor en busca de otra salida. No había ninguna. Entonces observó los anillos de cartílago y los fibrosos músculos. Empujó contra la nudosa superficie. Cedió, se relajó un poco. Siguió empujando, y bruscamente estuvo medio fuera, suspendido sobre las agitadas aguas.

## 8

El musculoso iris lo retenía blandamente por la cintura. Jadeando firmemente, se detuvo para descansar.

Alzó la vista, con los ojos entrecerrados hacia el bendito sol. A su alrededor había un mundo de silencioso movimiento duramente iluminado. Las corrientes se agitaban a varios metros bajo sus ojos. Pudo notar que la amarronada colina que era el drongheda se movía lentamente. Se volvió para mirar...

El drongheda se estaba escindiendo en dos.

Pero no, no...

La otra masa era otro drongheda, agitándose cerca. Y en aquel mismo momento otro silencioso movimiento atrajo su atención. Abajo, Vanleo se debatía en la oscura agua, haciéndole señas con una mano. Una bruma pálida envolvía el mar.

Reginri se abrió camino y acabó de salir al estrecho resalte del orificio. Se aferró a él y se dejó colgar hacia el agua. Con los brazos extendidos, se soltó y cayó con un chapoteo al océano. Mantuvo su equilibrio y se apartó torpemente de la masa, agitando unas piernas de algodón.

Vanleo lo sujetó con mano firme. El hombre hizo un gesto hacia la parte de atrás de su casco. Reginri frunció el ceño, desconcertado, y entonces se dio cuenta de que le indicaba el cable de comunicación de emergencia. Desenrolló su propio cable y lo conectó al alvéolo en el Hombro del trajepiel de Vanleo.

—... maldita suerte. No pensé volver a verte. Pero esto es *fantástico*, ven a presenciarlo.

—¿Qué? Yo...

—Ahora los comprendo. Sé por qué están aquí. No es sólo comunicación, no lo creo, aunque eso también forma parte. Ellos...

—Deja de decir tonterías. ¿Qué ocurrió?

—Entré —dijo Vanleo, recuperando el aliento—. O empecé a hacerlo. No nos dimos cuenta de que otro drongheda había emergido a la superficie, se estaba moviendo en los bajíos.

—Lo vi. No pensé...

—Subí hasta el segundo orificio antes de verlo. Estaba atareado con los cables, ya sabes. Tú estabas obteniendo buenas señales, y yo quería...

—Vámonos, alejémonos de aquí. —Las enormes masas encima de ellos se estaban moviendo.

—No, no, ven a ver. Creo que mi suposición es correcta, estos bajíos son un refugio natural para ellos. Si tienen algún enemigo en el mar, peces grandes o algo así, esos enemigos no pueden seguirlos hasta aquí. De modo que vienen aquí para aparearse y comunicarse. Deben ser unos seres terriblemente solitarios, si no pueden hablar entre sí en el océano. Así que tienen que venir aquí para hacerlo. Yo...

Reginri estudió al hombre y vio que estaba iluminado por una visión interior. El maldito idiota amaba a aquellas bestias, se preocupaba por ellas, había dedicado toda su vida a ellas y sus malditas matemáticas.

—¿Dónde está Sasuke?

—... y todo esto es tan natural. Quiero decir, los humanos se comunican y hacen el amor, y son dos actos separados. No los mezclan. Pero los dronghedas... sí lo hacen. Son como, como...

Tiró del hombro de Reginri, conduciéndole en torno a la larga curva del drongheda. Dos inmensas colinas relucientes brotaban del mar en sombras. Zeta se estaba poniendo, y en perfil Reginri pudo ver un largo y flexible tentáculo retorciéndose en el aire. Procedía de los lugares moteados, como cardenales, que había visto antes.

—Se prolongan a través de esos puntos, ¿ves? Estos son sus sensores, lo que utilizan para completar el contacto. Y..., no puedo probarlo, pero estoy seguro de ello..., así es como se transmiten de unos a otros su material genético. El período de apareamiento. Al mismo tiempo intercambian información, conversan. Eso es lo que obtenemos en las transmisiones, su conocimiento almacenado liberado de pronto. Piensan que somos otro de los suyos, tiene que ser eso. No lo comprendo del todo, pero...

—¿Dónde está Sasuke?

—... pero el primero, ese en el que entraste, reconoció la diferencia tan pronto como se acercó el segundo drongheda. Se aproximaron el uno al otro, y el segundo extrudó ese tentáculo. Entonces...

Reginri sacudió violentamente al hombre.

—¡Cállate! Sasuke...

Vanleo se detuvo, desconcertado, y miró a Reginri.

—Te lo he estado diciendo. Es un gran descubrimiento, el primer auténtico progreso que hemos conseguido en este campo. Comprenderemos mucho *más* cuando

lo hayamos explorado a fondo.

Reginri le golpeó fuertemente en el hombro.

Vanleo se tambaleó. La turbia y fija mirada de sus ojos se desvaneció. Empezó a alzar los brazos.

Reginri lanzó su enguantado puño contra el visor de Vanleo. Vanleo cayó hacia atrás. El océano lo tragó. Reginri dio un paso atrás, parpadeando.

El casco de Vanleo apareció de nuevo mientras este se esforzaba por volver a ponerse en pie. Una ola espumeó a su alrededor. Vaciló, se volvió, vio a Reginri.

Reginri avanzó hacia él.

—No. No —dijo débilmente Vanleo.

—Si no me dices...

—Pero ya lo he hecho, ya lo he hecho —jadeó Vanleo. Se inclinó hacia delante, hasta que pudo rodearse las rodillas con los brazos—. No había tiempo. El segundo apareció tan de pronto, tan aprisa.

—¿Y?

—Yo iba a entrar. Cuando vi al segundo acercarse, ¿sabes?, la primera vez en treinta años, supe que era importante. Bajé para observar. Pero necesitábamos los datos, así que Sasuke entró por mí. Con los cables de transmisión.

Vanleo jadeaba. Su rostro estaba ceniciento.

—Cuando el tentáculo entró, llenó exactamente el orificio. Sin un resquicio. Sin nada. Y Sasuke... —Jadeó—. Estaba allí. Dentro.

Reginri se inmovilizó, incapaz de pensar. Una ola chocó contra sus pies y le hizo resbalar. El agua lo empujó hacia atrás. Desconcertado, recuperó el equilibrio sobre las resbaladizas rocas y echó a andar tambaleante, ciegamente, hacia la desierta orilla, hacia la humanidad. El océano lamía sus pies, incesantemente, eternamente.

## 9

Belej permanecía sentada, inmóvil, sin darse cuenta del frío.

—Oh, Dios mío —dijo.

—Así fue como ocurrió —murmuró él. Miró al cañón. Zeta del Retículo enviaba sus oblicuos rayos hacia las capas de rojiza bruma. Las ardillas aéreas planeaban entre las derivantes sombras.

—Está loco —dijo simplemente Belej—. Ese Leo está loco.

—Bueno... —empezó a decir Reginri. Luego se inclinó rígidamente hacia delante y se puso en pie. Remolinos de rojizas brumas estaban arrastrándose cañón arriba hacia ellos. Las señaló—. Esta cosa está viniendo más aprisa de lo que pensé. —Tosió—. Será mejor que vayamos dentro.

Belej asintió y se puso en pie. Se sacudió las briznas de amarronada hierba de sus piernas y se volvió hacia él.

—Ahora que me lo has contado —dijo suavemente—, creo que podrás sacártelo

de la cabeza.

—Es difícil. Yo...

—Lo sé. Lo sé. Pero puedes empujarlo fuera de ti, olvidar que ocurrió. Esa es la mejor manera.

—Bueno, quizá.

—Créeme. Has cambiado desde que te ocurrió. Puedo notarlo.

—¿Notar qué?

—Notarlo en ti. Eres distinto. Capto una barrera entre nosotros.

—Me pregunto... —dijo él lentamente.

Ella apoyó una mano sobre su brazo y se le acercó, un antiguo gesto familiar. Él miró la cada vez más roja bruma engullir las nítidas formas de las rocas del cañón, allá abajo.

—Quiero que esa barrera entre nosotros se disuelva. Tú hiciste tu contribución, te ganaste tu paga. Esa maldita gente comprende ahora a los dronghedas...

Él se echó a reír, una risa seca y áspera.

—Nunca comprenderemos a los dronghedas. Lo que hemos conseguido en esos circuitos neurales son espejos de lo que deseamos. O de lo que somos. No podemos captar nada tan totalmente alienígena.

—Pero...

—Vanleo vio matemáticas porque eso era lo que buscaba. Lo mismo me ocurrió a mí, al principio. Luego...

Se detuvo. Un repentino soplo de viento lo hizo estremecer. Apretó los puños. Apretó. Apretó.

¿Cómo podía decírselo? Se despertaba por las noches, sudando, las sábanas apretadas a su alrededor, murmurando incoherencias..., pero no eran pesadillas, no exactamente.

Eran algo distinto. Algo intermedio.

—Olvida esas cosas —dijo Belej, apaciguadora. Reginri se acercó más a ella y captó su suave olor, el seco y crujiente aroma de su pelo. Siempre le había gustado.

Ella alzó la vista hacia él, con el ceño fruncido. Sus ojos fueron intensamente de su boca a sus ojos y luego de nuevo a su boca, intentando leer su expresión.

—Recordarlas no te traerá más que problemas. Yo..., siento haberte pedido que me lo contaras. Pero recuerda —tomó las dos manos de él entre las suyas—, nunca vas a volver allí. Puede ser...

Algo le hizo mirar más allá de ella. A la bruma que se estaba acumulando.

Y de inmediato sintió que el nebuloso abismo se abría bajo sus pies. Atrayéndolo hacia su interior. Cerrándose sobre él. Dentro de...

... una densa espuma roja estrellándose contra torres de granito maltratadas por los elementos...

... un sol elipsoidal girando silencioso sobre un plateado y combado planeta... ... luz acuosa...

... pegajosas franjas, adhirientes, una finamente tejida matriz cobriza que lo envolvía, cálida...

... lustrosos poliedros, apiñados juntos, masa sobre masa...

... lisas franjas de humedad arrastrándose suavemente sobre su acolchada piel...

... una ampollada luz brillando a través de él, arrastrando sus huesos hacia una zumbante resonancia... ...presionando... ...retorciéndose... Llamando. Llamando.

Cuando el momento hubo pasado, Reginri parpadeó y sintió un picor salado en sus ojos. Cada día el picor era más fuerte, las incandescentes imágenes más agudas. Esto debía ser lo que sentía Vanleo, estaba seguro de ello. Ahora acudían a él incluso durante el día. Una y otra vez, con su granulosa textura alterándose con el tiempo...

Tendió las manos y envolvió a Belej en un abrazo.

—Pero debo hacerlo —dijo con un raspante susurro—. Vanleo llamó hoy. El... Voy a ir. Voy a volver.

La oyó contener bruscamente el aliento, sintió que se envaraba entre sus brazos.

Su atención fue desviada por la rojiza bruma. Había envuelto ya medio mundo, y seguía ascendiendo.

Había algo ominoso en ella, y también algo invitador. La observó mientras envolvía los cercanos árboles. La estudió intensamente, calculando la distancia. La abrumadora presencia estaba muy cerca ahora. Pero estaba seguro de que todo iría bien.

---

## Comentario

---

En una ocasión, mientras practicaba el escafandristo, vi un tiburón. Estaba como a un centenar de metros de distancia, pero el agua estaba tan clara que parecía como si estuviera a mi lado. Blanco, liso, majestuoso, bello.

Otras cosas estaban ocurriendo al mismo tiempo... Me acercaba cuidadosamente a algunos peces que deseaba para comer, manteniéndome un poco alejado de mis compañeros de buceo, preguntándome por qué mi máscara se me empañaba ligeramente..., y entonces se produjo ese reflejo fuera del tiempo que te ocurre en un accidente de coche, cuando tienes todo el tiempo del mundo para pensar en lo que vas a hacer a continuación.

Esto ocurría junto a la costa de la península de Yucatán, en 1967, a unos doce metros de profundidad. La adrenalina lo amplía todo, sitúa todas las cosas en un relieve pronunciado, pero pese a todo..., aquel tiburón era grande. Su larga forma blanca siguió perezosamente la línea de un reborde de piedras, nos miró durante lo que pareció toda una eternidad, y giró majestuosamente en nuestra dirección. Sus protuberantes ojos parecían a la vez llameantemente furiosos y sorprendentemente estúpidos, pero el hecho importante era que parecían estar mirándome directamente a mí.

Puedo recordar haber pensado en aquellos momentos, con la rápida energía de esas situaciones, que la cosa parecía alienígena. Como si estuviera fuera de lugar, no debiera existir allí, no fuera natural, no pudiera permanecer en el mismo océano conmigo. Era tan increíblemente enorme. Yo podía caber fácilmente en su interior...

Me gustaría decir que hice algo valiente, como avanzar para defender a los demás, pero el hecho es que seguí nadando tan rítmicamente como pude y me hundí hacia la protección de algunas rocas. Ni siquiera recuerdo si miré a los demás buceadores.

Era un gran tiburón blanco, de acuerdo, y nadaba majestuosamente, y cuando llegó a unos cincuenta metros de distancia siguió la línea de las rocas con tranquila indiferencia, desapareciendo en la lejana bruma acuosa.

Recordé eso cuando empecé a pensar en esta historia. De hecho, mi sorprendente evaluación de que el gran tiburón blanco podía tragarme probablemente entero sin mucho esfuerzo fue a buen seguro el impulso germinador de la misma.

Muchas de las historias de este libro tratan de alienígenas, de una u otra forma. De criaturas extrañas, o del proceso de hacer cosas extrañas,

alienación.

Hay muchos tipos de alienígenas en la ciencia ficción. El más común es el ser humano con un disfraz a lo Halloween, como el hombre vegetal en la versión de 1951 de El enigma de otro mundo. En esa gran película producida por Howard Hawks todo es un símbolo. El alienígena representa el comunismo aleo. Los ingenuos científicos que intentan establecer contacto con él, pese a la obvia hostilidad, simbolizan a los liberales. Y las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, por supuesto, simbolizan las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. El alienígena es completamente incomprensible.

Luego está el alienígena que representa una parte de nuestra propia historia. El tema del Imperio Galáctico, con su ecuación de planeta = colonia, alienígenas = indios, está en realidad reviviendo el pasado. (A veces, los indios incluso ganan).

Para mí, lo alienígena no examinado no merece la pena ser conocido. Sin embargo, el aspecto más apremiante de los alienígenas es su incognoscibilidad fundamental. Lo más significativo de esto, creo, es el lenguaje. En la espléndida novela de Ian Watson Empotrados, los alienígenas vienen a comerciar con nosotros nuestros lenguajes, no nuestra ciencia o nuestro arte, porque los lenguajes son la clave de una comprensión más profunda del mundo. El lenguaje de cada especie proporciona una imagen parcial de la realidad.

El problema técnico con el que se enfrenta un escritor al describir lenguajes alienígenas es cómo conseguir que ofrezcan alguna información y sin embargo sean convincentemente extraños. Si son un simple farfullar, no consigues nada, y además pueden parecer incluso divertidos. El inglés chapurreado no funciona, y el cliché habitual de la ciencia ficción de los sonidos roncós e ininteligibles resulta aburrido.

No poseo ninguna solución teórica a este problema, sólo algunos intentos particulares. Esta historia es uno de ellos; mis novelas lo intentan con una mayor profundidad. En un cierto sentido, presentar al alienígena es el Santo Grial de la ciencia ficción, porque si tu intento puede ser fácilmente resumido, entonces sabes que has fracasado.

## Jirones de tiempo

Todo había ido muy bien, se dijo Brooks. Realmente muy bien. Se apresuró por el corredor lateral, con sus zapatos negros de vestir resonando huecamente en el viejo embaldosado. Aquel era uno de los más antiguos y destartalados edificios del Smithsonian; lástima que no tuvieran dinero para derribarlo definitivamente. Fondos. Todo era cuestión de fondos.

Abrió la puerta del taller, parecido a un establo, y llamó:

—¿John? ¿Qué te pareció la ceremonia?

John Hart apareció de detrás de una enorme estantería llena de cerámica aflautada. Su delgado rostro tenía el ceño fruncido; daba furiosas chupadas a un cigarrillo.

—No fui.

—¡John! Esto no está permitido. —Brooks señaló el cigarrillo—. Tú más que nadie deberías tener cuidado de no contaminar...

—Al infierno con ello. —Dio una última chupada, eructó humo azul, y aplastó el cigarrillo en el suelo con el pie.

—Hubieras debido presenciar la dedicatoria de la Bóveda, ¿sabes? —empezó Brooks, adoptando un tono burlón. Había que mantener un enfoque ligero con aquellos tipos de investigación—. El presidente estaba allí: hizo un hermoso discurso...

—Tenía trabajo.

—¿Oh? —Algo en el tono de Hart apartó a Brooks de su línea de conversación—. Bien. Te alegrará saber que tuve una pequeña conferencia con el Consejo, poco antes de la dedicatoria. Han aceptado seguir apoyando tu trabajo aquí.

—Hum.

—Tienes que admitir que están siendo muy justos. —Mientras hablaba, Brooks se abrió camino entre las hileras de cerámica, cada pieza envuelta en una funda tubular de plástico. Aquella habitación siempre le ponía nervioso. Había inapreciable porcelana china allí. Cerámica asiría, vitrificados romanos amarillo-azulados, barro cocido egipcio..., y Brooks vivía en un miedo mortal de tropezar, caer, y hacer pedazos alguna pieza histórica—. Después de todo, te *pasaste* de plazo. No sacaste nada de todo esto —un gesto de barrido con la mano, que estuvo a punto de alcanzar una jarra verde persa— para la Bóveda.

Hart, que estaba estudiando una pequeña jarrita para agua de color pardo, alzó bruscamente la vista.

—¿Qué hay de la grabación del torno?

—Bueno, hubo eso, pero...

—¡La mejor en todo el mundo, maldita sea!

—La oyeron hace ya un tiempo. Se mostraron muy interesados.

—¿Les dijiste lo que estaban oyendo? —preguntó intensamente Hart.

—Por supuesto, yo...

—Se podían oír las pezuñas del ganado, tan claras como el día.

—Las oyeron. Algunos hicieron comentarios al respecto.

—Bien. —Hart pareció satisfecho, pero extrañamente deprimido.

—Pero tienes que admitir que no es esto lo que prometiste.

—La investigación es algo que no se puede realizar a plazo fijo —dijo Hart hoscamente.

Brooks había estado paseando por entre los estantes de cerámica. Se detuvo de pronto, giró sobre un pie, y apuntó a Hart con un dedo.

—Dijiste que tendrías una voz. Esa fue la promesa.

Allá en el 98 dijiste que tendrías algo para la celebración del BiMilenario, y...

—De acuerdo, de acuerdo. —Hart alejó las palabras del otro con un gesto de la mano.

—Mira... —Brooks se dirigió a una ventana y alzó la persiana con un seco tirón. Desde aquella altura del Edificio de Artes e Industrias la Bóveda del BiMilenario era una llana losa de cemento hundida en el lodo de Washington; había llovido el día antes. Ahora los buldóceres estaban echando montones de grava y lodo en el agujero y compactándolo antes de encajar la última protección. La Bóveda en sí estaba ya envuelta en capas de cemento, a prueba de impactos e inmune a la degradación. Los radiofaros de su interior ya habían sido instalados. Su fuente radiactiva de energía cobraría vida automáticamente dentro de exactamente mil años a partir de este momento. Periódicas emisiones de ondas de radio anunciarían al mundo del TriMilenario que un mensaje del distante pasado aguardaba a aquel que cavara lo suficiente para encontrarlo. Dentro de la Bóveda había artefactos, grabaciones, todo lo que el Consejo de Regentes del Smithsoniano había considerado importante con relación a su época. El golpe de gracia de toda la Bóveda tenía que ser un mensaje del Primer Milenario, el año 1000 d. C. Hart les había prometido algo mucho mejor que un mero documento escrito de aquella época. Había dicho que podía capturar una voz viva—. ¿Ves eso? —dijo Brooks con repentina energía—. Esa Bóveda perdurará más allá de todo lo que conocemos..., todas esas novelas que se convierten en *best-sellers* y esas comedias divertidas y esos sorprendentes descubrimientos científicos. Todo eso no será más que *polvo* cuando abran la Bóveda.

—Sí —dijo Hart.

—¿Sí? ¿Eso es todo lo que sabes decir?

—Bueno, yo...

—La Bóveda era *importante*. Y yo fui lo bastante estúpido —se volvió bruscamente hacia Hart, con la irritación llameando en su rostro— como para desperdiciar algo del dinero que teníamos para la Bóveda en apoyarte *a ti*.

Hart dio un involuntario paso atrás.

—Sabías que no era más que una apuesta.

—Lo sabía —reconoció pesaroso Brooks—. Y esperamos, y esperamos...

—Bien, vuestra espera ha terminado —dijo Hart, con algo endureciéndose en él.

—¿Qué?

—Lo he conseguido. Una voz.

—¿La tienes? —En el sorprendido silencio que siguió, Hart se inclinó casualmente y tomó una jarra para agua de color pardo grisáceo de las estanterías. Tenía un elaborado pájaro de alas imposiblemente largas pintado en uno de sus lados. Hart dio vueltas a la jarra en sus manos, sopesándola.

—Bien..., es demasiado tarde para la Bóveda, por supuesto, pero de todos modos... —Brooks agitó los pies—. Me alegro de que la idea haya dado resultado. Esto es estupendo.

—Sí. Estupendo. —Hart sonrió hoscamente—. ¿Y sabes cuánto vale exactamente? Pues exactamente *esto*...

Tomó la jarra con una mano y la arrojó lejos. Golpeó contra la pared del fondo con un atroz ruido de desmenuzamiento. Los fragmentos volaron en todas direcciones como una bandada de pájaros asustados, esparciéndose por las largas hileras de cerámica. Cada uno aterrizó con un tintineo.

—¿Qué estás *haciendo*...? —empezó a decir Brooks, dejándose caer de rodillas sin pensar en recuperar un fragmento de la jarra—. Esta jarra valía...

—Nada —dijo Hart—. Era una falsificación. Casi todo lo que enviaron los egipcios es falso.

—¿Pero de qué estás...? Dijiste que habías conseguido... —Brooks se vio sacudido fuera de su acostumbrado papel de subsecretario del Smithsonian.

—Lo conseguí. Aunque, para lo que me ha servido...

—Bien..., muéstramelo.

Hart se encogió de hombros e hizo una seña a Brooks de que le siguiera. Se abrió camino por entre el mezclado inventario de cerámica vitrificada, ignorando las extravagantes formas pulidas que brillaban y se retorcían en elaborados y artísticos diseños, el fruto de milenios de artesanos. Vitricados de feldespato, plomo, estaño, sales de rubí. Cerámica de jaspe, de pasta blanda, piezas festoneadas con hiedra y laurel, llameantes labios y serenas asas curvadas. Una galaxia del trabajo del Primer Milenio y posterior, reunida para la búsqueda de Hart.

—Está en el torno —dijo Hart con un gesto.

Brooks rodeó el perno fijado en el centro de un disco horizontal. Hart lo llamaba un torno de alfarero, pero en realidad era una mesa giratoria, firmemente aislada de la más ligera vibración procedente de fuentes externas. Una cuidadosamente dispuesta familia de almohadillas de absorción aislaban la mesa de todo excepto del motor variable instalado debajo. Sobre la mesa giratoria había una pieza de cerámica. A Brooks le pareció absolutamente vulgar..., sólo una terminación al óxido rojo oscuro, un labio grueso y un asa más bien tosca, evidentemente modelada por un artesano menos hábil.

—¿Cuál es su origen? —preguntó Brooks, más que nada para romper el silencio

que se había instalado entre ellos.

—El sur de Inglaterra. —Hart estaba cargando instrucciones al terminal de ordenador que había a un lado. En el tablero parpadearon algunas luces.

—¿Cuán cerca del Primer Milenio?

—Allá por el 1280 d. C., al parecer.

—No muy cerca, entonces. Pero interesante.

—Sí.

Brooks se inclinó hacia delante. Cuando miró desde más cerca pudo ver que el liso acabado era una ilusión. Un delgado hilo rodeaba el objeto, tan fino que el ojo apenas podía captarlo. Las líneas trazaban un tenso camino helicoidal. En el centro de cada delicada línea había un fino asomo de azul. La jarra había sido tallada con una afilada punta. Bien; eso era exactamente lo que Hart había dicho que buscaba. Era un antiguo y muy usado sistema de decoración: tallar una aparentemente infinita serie de anillos, a medida que el objeto giraba bajo el instrumento cortante. La punta cortadora dejaba al descubierto un tinte de color distinto debajo, una técnica llamada esgrafiado.

Nunca se les hubiera ocurrido a los ceramistas islámicos que inventaron el esgrafiado que, de hecho, estaban diseñando los primeros discos fonográficos.

Hart accionó un interruptor, y la mesa empezó a girar. La observó unos instantes, con los ojos fruncidos por la concentración. Luego buscó algo en un lado del alojamiento de la mesa giratoria y accionó el multiestilo. Ascendió suavemente, y Hart lo fijó justo encima de la girante superficie roja de la jarra.

—No es un objeto particularmente impresionante, ¿verdad? —dijo Brooks con tono conversacional.

—No.

—¿Quién lo hizo?

—Por todo lo que puedo determinar, alguien en una cooperativa de poblados, apenas cristianizados. Todavía seguían utilizando montones de decoraciones paganas. Las mezclaban constantemente con el motivo de la cruz.

—¿Has conseguido... palabras?

—Oh, por supuesto. En inglés primitivo, además.

—Me sorprende que unos toscos artesanos pudieran hacer una obra tan delicada.

—Supongo que fue suerte. Probablemente usaron un alambre puntiagudo, una nueva técnica que había sido importada de Sajonia por aquel tiempo.

El tablero del ordenador dejó oír un pitido de preparado. Hart se dirigió a él, tecleó una serie de instrucciones, y se volvió para observar el estilo temblar a un milímetro de distancia de la girante jarra.

—Maldita sea —dijo, mirando el tablero—. El correlacionador vuelve a hacer de las suyas.

Detuvo el estilo y trabajó en el tablero. Brooks se volvió nerviosamente y echó a andar, sin saber cuál debía ser su actitud hacia Hart. Al parecer el hombre había

descubierto algo, pero ¿disculpaba esto su hosquedad? Brooks miró por la ventana, desde donde pudo ver que los últimos restos de la multitud se alejaban de la Bóveda tras la dedicatoria y se dispersaban por el paseo. Habría una recepción para el Consejo de Regentes en Georgetown dentro de una hora. Brooks tendría que estar allí antes, para comprobar que todo estuviera en orden...

—Si me hubieran dado dinero suficiente, hubiera podido conseguir un Hewlett-Packard. No tendría que trastear con esta especie de... —La voz de Hart murió, lánguida.

Brooks tenía que recordarse constantemente a sí mismo que aquel hombre delgado y de genio arisco estaba considerado como un genio. Si Hart no hubiera llegado con las más altas recomendaciones, Brooks nunca hubiera arriesgado los valiosos fondos de la Bóveda. Al parecer, el nuevo método de Hart para hallar correlaciones en una señal sonora era un auténtico logro.

La idea básica era muy antigua, por supuesto. En la década de 1960 un científico del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York había aplicado un estilo a una urna rotatoria y amplificado la señal a través de un receptor audio. Brotó el sonido *wriiii* del torno de alfarero original en el que fue hecha la urna. Se trataba de una urna romana, hecha en la época en que los tornos accionados a mano eran los más disponibles. La «grabación» de Historia Natural era tosca, pero incluso tanto tiempo atrás pudieron captar un momento en el que la mano del ceramista resbaló y el ritmo del *wriiii* se alteró.

Hart había leído acerca de esa urna y visto las posibilidades. Desarrolló su nuevo análisis multicorrelativo —un logro de programación, si no otra cosa—, y empezó a buscar cerámica que pudiera tener detalles acústicos en su superficie. La técnica del esgrafiado era la elección natural. A veces los ceramistas utilizaban finos alambres para tallar sus obras. Concebiblemente, cualquier cosa que moviera el alambre tallador —el ruido de unos pasos, incluso el pequeño empuje acústico de las ondas de sonido— podía dejar sus huellas en la superficie del objeto terminado. Enterradas entre imperfecciones y ruidos, erosionada por los arañazos al azar de la historia...

—Ya lo tengo —dijo Hart, con el cansancio arrastrándose en su voz.

—Bien. Bien.

—Sí. Escucha.

El estilo chirrió hacia delante. Entró suavemente en contacto con la jarra, cerca del labio. Hart accionó un interruptor y estudió las ondulantes líneas amarillas en el osciloscopio del tablero. Arqueología electrónica.

—Aquí está.

Un agudo zumbido brotó del altavoz, puntuado por huecos golpeteos de bajo.

—¿Has oído eso? Está usando un pie para moverlo.

—¿Un torno de pie?

—Exacto.

—Tenía entendido que no aparecieron hasta más tarde.

—No, los árabes disponían de ellos.

Entonces se produjo un *clop clop clop* que se fue haciendo más fuerte. Sonaba extrañamente incorpóreo en el silencio de la larga habitación.

—¿Qué...?

—Un caballo. Lo detecté hace dos semanas. Lo comprobé con los entendidos en la materia. Me dijeron que el caballo iba sin herrar, suponiendo que estaban escuchándolo andar sobre tierra. Probablemente un animal de granja. Tirando de un arado.

—Ah.

El ruido de cascos se desvaneció. El zumbido del torno siguió cantando su canción.

—Aquí viene —susurró Hart.

Brooks se agitó ligeramente. Las hileras e hileras de antigua cerámica a sus espaldas lo ponían nervioso, como si una enorme audiencia inmóvil estuviera con ellos en la habitación.

Agudo, distante:

—¿Alf?

—Sí —una áspera respuesta.

—Se hunde, seguro.

—Voy con cuidado, hombre —una voz raspante, impaciente.

—Tienes que...

—Cuidado... ¿Marcarlo?

—Ajá. Estoy cansado de sus leyes —persistió la voz aguda.

—Sí..., todos. ¿Qué marca? —Impaciencia contenida.

—Su Cristo. Clama venganza a los altos espíritus.

—Contén tu lengua.

—No oirán.

—Dicen que su Cristo está en todas partes.

Una pausa. Luego, débilmente, como un susurro:

—Hemos cobijado a vuestros altos espíritus.

—¿Ah? ¿Vosotros? ¿Los que miráis?

—Yo miro los restos del naufragio. Los lamentos se alzan hasta cubrir el sol.

—¿También los nuestros?

—Sí, a menos que pronunciemos su *Ave maris stella*.

—Bien, si hay que hacerlo, lo haré. Mis rodillas aún se doblan cuando deben.

—Lo sé. Las mías también.

—Sí. Eso debemos hacer todos. Pero ¿y los espíritus? —Sufren dolor, la oscuridad no les gusta. Pero están cobijados.

—Ah. ¿Dónde?

—Aquí.

—¿Aquí? ¿En mi cerámica?

—En tus vasijas.

—No.

—Les canté, y los cobijé antes de que saliera el sol.

—No. No debemos hacerlo.

*Whir whir whir.*

Los golpes de pie sobre el torno llegaron rítmicamente.

—Están cobijados en tu arcilla. Ya está hecho.

—¿Por qué?

—Estas vasijas..., son finas, ¿no?

—Sí.

Un rumor de algo agitándose.

—... estarán cobijados en su casa. Viviendo en tus vasijas.

—¿Hasta cuándo?

—Cuando les llegue el tiempo a los cristianos, vuestros espíritus de las hojas y de las ramas saldrán a cuidar de tus hijos, hombre. De los *hijos* de tus hijos, hombre.

—¿Mis vasijas? ¿Llevan nuestros espíritus?

—Sí. He infundido tu arcilla con buenos espíritus, de modo que mientras la haces girar, nuestra ley dice...

*Whir.*

Un sonido hueco.

—¿También esta, mientras le doy vueltas?

—Sí. Están en ella. Los espíritus. Habla mientras la formas. Mientras le das vueltas, diles algo a tus hijos, a los *hijos* de los hijos de tus hijos.

—¿Mientras está girando?

Brooks se dio cuenta de que su pulso martilleaba en su garganta.

—Sí.

—Pero eso...

—Háblale. A ella. A tus hijos.

—Ah... —De pronto, la voz se hizo más fuerte—. ¡Sí, sí! ¡Aquí! ¡Escuchadme, hijos míos! ¡Vengo de vuestro pasado! ¡De los días antiguos!

—Diles lo que debes.

—Sí. ¡Hijos míos! ¡Sangre mía! ¡Yo os marco! ¡No os paréis en la casa de los Lute! ¡Tienen la sífilis! ¡Y..., y..., cuidado con los Kinsep, están llenos de bichos! Y, cuando pongáis la arcilla a cocer, mezclad la leña con mazorca pasada, y así los colores subirán más aprisa. Nunca dejéis vuestras ovejas cerca de una casa ladeada, ni las bajéis a...

*Whir whir tump whir*

—¿Qué... qué ha ocurrido? —jadeó Brooks.

—La punta del alambre debió golpear con algo. El tallado continúa, pero la finura del corte se ha perdido. Ya no registra las vibraciones tan sutiles como la voz humana.

Brooks miró a su alrededor, abrumado, buscando un lugar donde sentarse.

—Es... es increíble.

—Supongo que sí.

Hart parecía cansado, agotado.

—Estaban a punto de convertirse al cristianismo, ¿no?

Hart asintió.

—Creían que podían conservar los... ¿qué?, ¿espíritus de los bosques?, a los que adoraban. Cobijarlos bendiciendo la arcilla o algo parecido. ¡Y que la arcilla llevaría un mensaje al futuro!

—Y lo ha hecho.

—A los hijos de los hijos de sus hijos... —Brooks hizo una pausa—. ¿Por qué estás tan deprimido, Hart? Esto es un gran éxito.

Bruscamente, Hart se echó a reír.

—En realidad, no estoy deprimido. Sólo, bueno, supongo que un poco alterado. Somos tan divertidos. Tan absurdos. Piensa en ello, Brooks. Todas esas tonterías que el ceramista le gritó a su maldita vasija. ¿Qué harías tú con ello?

—Bueno..., supongo que en general no es más que palabrería. No puedo sacar nada en claro de esta retahíla..., de lo que hemos oído.

—Quizá esta fuera una creencia común allá entre ellos. Quizá muchos lo intentarían..., o quizás, a partir de ahora, sólo descubra nueva cerámica con conversaciones normales en ella. ¿Quién sabe? —Se echó a reír de nuevo, una risa lenta y cálida—. Somos todos tan absurdos. Quizá Henry Ford tuviera razón..., la historia es mera palabrería.

—No sé por qué te lo tomas de este modo, Hart. De acuerdo, el mensaje era..., oscuro. Esa información ininteligible acerca de hacer cerámica, y...

—La forma de cuidar las ovejas.

—Sí, y...

—Inútil, ¿verdad?

—Bueno, probablemente. Para nosotros, al menos. La conversación antes de eso era mucho más interesante.

—Ajá. He aquí un hombre que le habla a otras eras. Enviando un mensaje de lo que cree que es más importante. Y lo único que dice es un montón de basura.

—Bueno, sí...

—Y eso *era* importante..., para él.

—Sí.

Hart se dirigió rígidamente a la ventana. Los buldóceres se arrastraban como insectos sin ojos bajo las débiles luces amarillas. Ya era oscuro. Sus enormes y torpes palas arrojaban montones de tierra al cuadrado agujero donde descansaba la Bóveda.

—Mira eso. —Hart hizo un gesto—. La Bóveda. Nuestro propio monumento a nuestra era. Depositando un legado. Tuyo, mío, de los demás..., hemos gastado años en ella. Años, y una fortuna. —Rio secamente—. ¿Qué te hace pensar que nosotros lo

hemos hecho mejor?

---

## Comentario

---

Normalmente intento ser escrupuloso acerca de los hechos en mi ficción, pero todo el mundo se merece un día libre.

Me enfrentaba a un arduo problema de dialectos para poder contar esta historia, así que, simplemente..., hice trampa. La conversación reflejada aquí no encaja con la era de origen atribuida, y mi única excusa es que de este modo se lee mejor.

Este punto molestó tanto a David Hartwell, director por aquel entonces de una revista, que rechazó el relato. David posee un doctorado en inglés medieval, y se sintió gravemente insultado por la forma en que yo jugaba alegremente con su especialidad. Puedo comprender su argumentación, pero decidí por el momento suscribirme a la subescuela de la ciencia ficción que sostiene que La Idea Es El Héroe, Aunque Sea Equivocada.

Aparte esto, las demás cosas encajan mucho más con la realidad. Obtuve la idea de este relato leyendo un ensayo en los Proceedings of the I. E. E. E. (1969, págs. 1465-1466) donde Richard Woodbridge examinaba por primera vez la posibilidad. El método ha sido intentado desde entonces, y funciona. Desgraciadamente, no se ha conseguido captar nada más interesante que ruidos de fondo..., hasta ahora. Pero la ingeniería va mejorando más cada día...

## Redentora

**T**uvo problemas en encontrarla. El rastro blancoazulado de los gases de escape formaba una larga línea de hidrógeno ionizado sobre la negrura. Había sido mucho más difícil localizarla ahí fuera de lo que Central había dicho que sería.

Nagara se acercó a la *Redentora* por detrás, su lado ciego. No tendrían ningún sensor apuntado a popa. No tiene ninguna utilidad cuando te hallas en un viaje sólo de ida, no esperas visitantes y no has visto a nadie en setenta y tres años.

Se impulsó utilizando la planta de fusión, una vez desconectado el translum para evitar un exceso de empuje. El equipo translum era delicado y todavía experimental, y lo había empujado ya siete años luz desde la Tierra. Y de todos modos, cuando volviera a la Tierra, habría una comprobación, y tendría que pagar de sus beneficios todo lo que hubiera gastado de más en el equipo translum.

La nave interestelar allá delante avanzaba a buena velocidad. Era un largo cilindro, afilado por delante y por detrás. El fuego blancoazulado que hervía por su tobera de proa empujaba a la *Redentora* a un poco menos de un décimo de la velocidad de la luz. El tablero de Nagara zumbó. Conectó el sistema no-mag. La piel de la nave, visible allá fuera, se fundió a su estado superconductor, brillando como cromo. El lector parpadeó, y Nagara pudo ver en el tablero-sim cómo su nave se deslizaba como un pez plateado a través del entramado de los campos magnéticos que protegían a la *Redentora*.

El campo era en su mayor parte un dipolo magnético. Lo atravesó y se deslizó avanzando en paralelo al ardiente flujo de los gases de escape. Escupían una gran cantidad de ultravioletas, y tuvo que cambiar los filtros para ver lo que estaba haciendo. Avanzó por la sección de popa de la nave e igualó velocidades. La tobera magnética a proa sorbía el hidrógeno interestelar para los motores de fusión. Permaneció alejado de ella. Había allí suficiente radiación como para freírlo en unos segundos.

La sección media de la *Redentora* giraba, pero el enorme amarradero de tocos aspecto era estacionario. Esplendido. No habría ningún problema en efectuar la unión.

Las abrazaderas resonaron, *clang*, y utilizó una llave universal para abrir manualmente la compuerta. A partir de ahora iba a tener que actuar rápido, rápido y cauteloso.

Tecló un código en la placa de control de su pecho para comprobar. Funcionó. La suave aura lo envolvió, cortando el zumbido de la nave. Nagara asintió para sí mismo.

Cruzó rápidamente la compuerta de la *Redentora*. Las bombas seguían actuando aún cuando accionó el control manual para abrir la gran compuerta interior. Cruzó la zona cero-g con un fuerte impulso, atravesó la escotilla y se encontró en la atestada sala de trajes. Conectó sus magnetos y se posó en la parrilla del suelo.

Mientras Nagara cruzaba la cubierta, un hombre joven apareció por una portilla lateral. Nagara se detuvo y desconectó con un golpe su escudo protector. El hombre no vio a Nagara al principio porque estaba mirando en otra dirección mientras cruzaba la portilla, moviéndose con una fácil agilidad. Estaba estudiando el subsistema de paneles monitores de la mampara del fondo. Las fosforescencias de *status* brillaban rojas, pero parpadearon verdes en el momento en que Nagara dio tres pasos hacia delante y sujetó al otro por el hombro y le hizo dar media vuelta. Nagara estaba anclado al suelo y el otro no. Le golpeó una vez en el estómago, y luego lo empujó contra la mampara. El hombre jadeó en busca de aliento. Nagara retrocedió un paso y se metió una mano en el bolsillo de su mono, y cuando la sacó en ella había una pistola de dardos. Los ojos del hombre no registraron nada al principio, y cuando lo hicieron se limitaron a mirar la pistola, mientras luchaba por recuperar el aliento, como si no creyera que Nagara y la pistola estuvieran allí.

—¿Su nombre? —preguntó Nagara con voz seca y eficiente.

—¿Qué? Yo...

—Su nombre. Rápido.

—Yo... Zak.

—Muy bien, Zak, ahora escúcheme. Estoy dentro, y no voy a permanecer mucho tiempo. No me importa lo que le hayan ordenado. Simplemente haga lo que yo le diga, y nadie le culpará por ello.

—¿Nadie...? —Zak estaba intentando todavía desenmarañar sus pensamientos; miró de nuevo la pistola, como si pensara que aquello iba a explicarlo todo.

—Zak, ¿cuántos manejan esta nave?

—¿Manejar? ¿Quiere decir la tripulación? —Enfrentado a una pregunta clara, olvidó su confusión y frunció el ceño—. Tres. Por un período de cinco años. La Controladora, Jacob y yo.

—Muy bien. Ahora, ¿dónde está Jacob?

—Durmiendo. Este no es su turno.

—Bien. —Nagara señaló con el pulgar por encima de su hombro—. Los aposentos de la tripulación, ¿están por este lado?

—¿Eh?... Sí.

—¿Ha sonado alguna alarma en toda la nave, Zak?

—No, sólo en el puente.

—¿Así que no ha despertado a Jacob?

—No..., supongo que no.

—Estupendo. Ahora, ¿dónde está la Controladora?

Hasta ahora todo iba bien. La mejor forma de manejar a la gente que podía causarte problemas era mantenerla ocupada diciéndole cosas antes de que tuviera tiempo de pensar en lo que debía hacer. Y resultaba evidente que Zak estaba acostumbrado a recibir órdenes.

—En el bosque.

—Muy bien. Tengo que verla. Guíeme, Zak.

Zak se volvió medio automáticamente para abrir con el pie la portilla por la que había entrado, y entonces surgió la pregunta:

—¿Qué..., quién es usted? ¿Cómo...?

—Sólo una visita de cortesía. Ahora tenemos formas más rápidas de viajar, Zak. Les alcancé.

—¿Naves más rápidas? Pero nosotros...

—Olvídelo, Zak. —Nagara agitó la pistola de dardos, Zak la miró por unos instantes y luego, luchando aun visiblemente con su confusión, abrió la portilla con el pie y se deslizó por el tubo.

El bosque era un cilindro de cincuenta por cien metros, situado cerca de la parte media de la nave, y girando sobre sí mismo para proporcionar una g. El bosque era denso, pinos, robles y arbustos altos. Una fina bruma flotaba sobre las copas, oscureciendo la otra mitad del cilindro, una zona de huertos que colgaba boca abajo sobre sus cabezas. Nagara no había estado en un cilindro tan pequeño como aquel desde hacía décadas. Estaba acostumbrado a ver una distante alfombra verde sobre su cabeza, tan alejada que no podía distinguir individualmente los árboles, y envuelta por las algodonosas nubes que se acumulaban en la zona de cero-g a lo largo del eje del cilindro. Aquel lugar le pareció horriblemente atestado.

Zak le condujo a lo largo de estrechos senderos hasta un claro delimitado por una pared de bambú. La Controladora estaba sentada en la posición del loto en su centro. Llevaba una túnica planetaria con cogulla, idéntica a la de Zak. Reconoció la prenda por haberla visto en un fax histórico.

Era una mujer de rostro vulgar, correoso y lleno de arrugas, con unas manos gruesas y callosas, dedos gordezuelos, uñas cuadradas. No se envaró sorprendida cuando Nagara apareció ante su vista, y aquello le inquietó un poco. No miró más que una vez a la pistola de dardos, para comprobar lo que era, y aquello le sorprendió también.

—¿Cómo se llama? —preguntó Nagara mientras penetraba en el silencio delimitado por el bambú.

—Soy la Controladora —una voz firme.

—No, me refiero a su nombre.

—Ese es mi nombre.

—Quiero decir...

—Soy la Controladora para este estadio de nuestro éxodo.

Nagara observó a Zak detenerse a medio camino entre ellos y quedarse intranquilo de pie, mirando a uno y otro lado.

—De acuerdo. Cuando vuelvan a congelarla, ¿cómo la llamarán entonces?

Ella sonrió ante la pregunta.

—Michele Astanza.

Nagara permaneció impassible. Hizo un gesto con la pistola hacia ella y dijo:

—Póngase en pie.

—Prefiero seguir sentada.

—Y yo prefiero que se ponga en pie.

—Oh.

Nagara los miró cautelosamente a los dos.

—Zak, voy a tener que pedirle que me haga un favor.

Zak miró a la Controladora y ella movió unos milímetros su cabeza, un gesto de asentimiento.

—Diga.

—Por aquí. —Nagara hizo un gesto con la pistola a la mujer.

La mujer asintió de nuevo, casi para sí misma, como si aquello confirmara algo, y se puso en pie y echó a andar tras Zak hacia el sendero a su derecha, con unos pasos tan suaves sobre el camino lleno de hojas que Nagara no pudo oírlos por encima del rumor de un riachuelo en el lado del cilindro encima de sus cabezas. Nagara la siguió. Los árboles atrapaban el sonido, y eso le hizo sobresaltarse.

Sabía que estaba corriendo un riesgo calculado no ocupándose también de Jacob. Pero las posibilidades en contra de que Jacob se despertara en aquellos momentos eran escasas, y la base de actuar de aquella forma era hacerlo rápido, explotar la sorpresa. Y no estaba seguro de poder controlar a los tres juntos. Este era el meollo del asunto: estaba haciendo aquello solo a fin de conseguir todos los beneficios para él, y para eso uno tenía que correr algún riesgo extra. Así era como funcionaban las cosas.

El bosque dio paso a algunos campos de maíz y luego de trigo, con todos los ultravioletas fosfóricos alojados en redes arriba. Los tres rodearon las redes y cruzaron una portilla en la gran pared de popa. Cada vez que Zak empezaba a decir algo Nagara lo cortaba con un gesto de su pistola. Entonces Nagara se dio cuenta de que, con un cierto tiempo para pensar, Zak estaba sumando dos más dos y las arrugas en torno a su boca se tensaban, de modo que le hizo algunas preguntas acerca del diseño de la nave. Aquello funcionó. Zak se puso a hablar de los quintuples subsistemas de seguridad que había estado reparando, hasta que llegaron a la entrada del compartimiento de congelación.

Era mayor de lo que Nagara había imaginado. Había efectuado todas las indagaciones que le habían sido posibles, revisando los viejos faxes de los diseños preliminares de la *Redentora*, pero evidentemente los planetarios habían cambiado algunas cosas en alguna fase posterior del diseño.

Toda una sección axial de la *Redentora* estaba dedicada a las bóvedas de congelación. Se hallaba en cero-g debido a que de otro modo la lenta compresión de los tejidos en los cuerpos causaría daños permanentes. Flotaban en sus

compartimientos translúcidos, como extraños peces dispuestos en interminables hileras de acuarios color blancoazulado pálido.

Las bóvedas estaban almacenadas apretadamente, con cada capa de cilindros ligeramente más amplia que la que encuadraba, todas ellas alineadas según el eje de la nave. Cada cilindro tenía dos compartimientos, con un cuerpo en cada uno, y los largos cilindros se extendían en la distancia hasta que el helado y neblinoso vapor enturbiaba la perspectiva y los ojos no podían juzgar el tamaño de las cosas. Pese a sí mismo, Nagara se sintió impresionado. Había miles y miles de planetarios allí, todos como muertos, aguardando la tierra prometida que, ante ellos, orbitaba en torno a Tau Ceti. Y con setenta y cinco años más de datos para juzgar, Nagara sabía algo que aquella Controladora no podía controlar: el índice de fracasos cuando fueran descongelados sería del treinta por ciento.

Habían entrado por la cara central de la mampara que separaba la sección de la bóveda de la parte agrícola. Nagara los detuvo y estudió la cara frontal de las alineaciones de la bóveda, que se extendían radialmente a partir de ellos como una inmensa tela de araña. Revisó mentalmente los viejos planos. El eje de todo el conjunto era un tubo de un metro de ancho, de la misma organi-forma translúcida. El nitrógeno líquido fluía por las huecas paredes del conjunto, y la luz fosforescente era pálida y acuosa.

—Ese es el almacenamiento del ADN —dijo Nagara, señalando el tubo axial.

—¿Qué? —murmuró Zak—. Oh, sí.

—Sáquelo.

—¿Qué?

—Está en contenedores autorefrigerados autoprotégidos, ¿no?

—Sí.

—Estupendo. —Nagara se volvió hacia la Controladora—. Tiene las combinaciones de reactivado, ¿no?

Ella había guardado silencio durante algún tiempo. Ahora le miró fijamente y dijo:

—Las tengo.

—Démelas.

—¿Por qué debería dárselas?

—Creo que va lo sabe.

—No.

Se dio cuenta de que estaba jugando a algún juego, pero no podía ver cuál.

—Llevan ustedes material ADN para más de diez mil Personas. Viejos genotipos, sin dañar. No era raro cuando lo recogieron hace setenta y cinco años, pero ahora sí lo es. Lo quiero.

—Es para nuestra colonia.

—No disponen de suficientes cuerpos aquí.

—Necesitamos diversidad genética.

—El sistema la necesita más que ustedes. Ha habido una guerra. Las radiaciones han producido mucho daño.

—¿Quién ganó?

—Nosotros. Los orbitales.

—Eso no significa nada para mí.

—Nosotros estábamos en órbita en torno al sol, no sorbiendo los recursos del suelo. Sabíamos lo que estaba ocurriendo. Estábamos casi todos en esferas Barnal. Tuvimos que actuar...

—Se mutilaron genéticamente los unos a los otros, ¿no? Ese fue siempre el problema con sus malditas ciudades. No hay ningún lugar donde poder cavar un agujero y esconderse.

Nagara se encogió de hombros. Observaba a Zak. Por el rostro del hombre, Nagara podía decir que se sentía más insultado que furioso..., ultrajado ante la idea de alguien entrando allí y robándoles su futuro. Y, por la forma en que se tensaban los músculos de sus piernas, Nagara supuso que Zak empezaba a sentirse también más insultado que asustado, lo cual era evidentemente un peligro. Era mucho mejor enfrentarse a un hombre que se preocupaba más de sus posibilidades contra una pistola de dardos que de algún principio. Nagara sabía que no podía contar con que Zak ignorara todas las tonterías planetarias que la Controladora y otros como ella habían bombeado en su mente.

Flotaban allí en cero-g, inmóviles a la débil luz, sin más sonido que el gorgotear del nitrógeno líquido. La Controladora estaba diciendo algo, y había otra cosa que preocupaba a Nagara. Algún sonido, pero lo ignoró.

—¿Cómo resistieron los enclaves planetarios? —estaba preguntando la mujer—. Tenía muchos amigos...

—Han desaparecido.

Algo cruzó el rostro de la mujer.

—¿Perdieron los *derechos de nacimiento* del hombre?

—Se pusieron del lado de...

—¿Abandonaron completamente los planetas? ¿Hicieron que no se *podiera* vivir en ellos? Todo por sus horribles ciudades... —E hizo un curioso movimiento brusco con su mano derecha.

Aquello era. Cuando empezó a hacer aquel movimiento, Nagara vio que tenía que ser una señal, y saltó hacia la izquierda. No tuvo tiempo de situar correctamente sus botas y a causa de ello adquirió un cierto giro, pero lo importante era apartarse rápido de aquel lugar. Oyó un *chuuung* a su derecha, un dardo se estrelló contra la mampara, y cuando volvió la cabeza hacia la derecha y hacia arriba tras él vio a un hombre fornido de pelo negro, con el mismo atuendo planetario y una pistola de dardos en la mano, avanzar deslizándose hacia él.

Nagara había empezado a girar el hombro cuando saltó, y ahora el impulso angular diferencial estaba haciendo trazar una curva a su brazo armado. Jacob estaba

apuntándole de nuevo. Nagara se tomó un segundo extra para calcular los movimientos relativos antes de disparar. Su pistola de dardos emitió un puf, y Nagara vio que había alcanzado a Jacob en el pecho, justo el blanco elegido. El rostro del hombre se puso blanco y bajó una mano para arrancarse el dardo, pero por aquel entonces el inhibidor neural había alcanzado ya su corazón, y bruscamente Jacob dejó de tirar del dardo, sus dedos se relajaron y su cuerpo derivó en el helado aire, golpeando contra la puerta de una bóveda y deteniéndose allí.

Nagara se volvió para cubrir a los otros dos. Zak se lanzaba contra él. Nagara hizo una finta y se apartó, se frenó. Se volvió, y Zak se detuvo contra la translúcida organiforma, aguardando.

—Esto es una lección —dijo llanamente Nagara—. He aquí otra.

Tocó la placa de control en su pecho, y su pantalla de fuerza parpadeó a su alrededor, dándole una apariencia metálica. La desconectó a tiempo para oír el hueco *buuum* que hizo vibrar toda la nave como un gigantesco grito.

—Se trata sólo de una muestra. Una carga controlada. Mi nave la ha lanzado a doscientos metros de la *Redentora*. La próxima está calculada para impactar contra su casco. Perderán presión de una forma tan rápida que no podrán hacer nada al respecto. Mi campo de fuerza se activa automáticamente cuando es lanzada la carga, así que no me causará el menor daño.

—Nunca hemos visto un campo así —dijo la mujer, insegura.

—Un invento orbital. Por eso ganamos.

No se molestó en observar a Zak. Miró a la mujer mientras esta unía sus gruesas manos de trabajadora y empezaba a darse cuenta de las elecciones que le quedaban. Cuando hubo llegado a su conclusión, murmuró:

—Zak, saca los contenedores.

**L**a mujer estaba apoyada blandamente contra un puntal. Sus ropas se apretaban contra su cuerpo, dándole un aspecto viejo y demacrado.

—No va a darnos ninguna oportunidad, ¿verdad? —dijo.

—Tienen un montón de cuerpos aquí. Conseguirán una gran colonia allá en Tau Ceti. —Nagara observaba a Zak maniobrar los contenedores y colocarlos sobre un transportador. El joven iba a comportarse como esperaba a partir de ahora, podía estar seguro de ello. En su rostro había la expresión de la resignada derrota.

—Necesitamos los genotipos para asegurarnos. En una ecología extraña siempre se producen desviaciones genéticas.

—El sistema tiene peores problemas en estos momentos.

—Con la Tierra muerta, ustedes, los de los mundos artificiales, están *acabados* —dijo ella salvajemente, mientras un destello volvía a sus ojos—. Por eso nos fuimos. Podíamos ver qué ocurriría algo así.

Nagara se preguntó si se hubieran arriesgado a partir de saber que era inminente el hallazgo de un impulsor más rápido que la luz. Pero no, eso no hubiera significado ninguna diferencia. La transición ultralumínica era demasiado cara, y sólo funcionaba con naves pequeñas. Entrecerró los ojos y sonrió sin nada de humor.

—Sé muy bien por qué se fueron. Un puñado de amantes del estiércol. Puristas. Decían que la Tierra era tan mala como las ciudades-cilindro, todo artificial, todo controlado. Sí, lo sé. Ustedes los planetarios vendieron todo lo que tenían para construir *esto*... —Su voz se hizo amarga—. Usted dilapidó una fortuna..., *mi* fortuna.

Por una vez ella pareció genuinamente curiosa, no calculadora.

—¿Suya?

Dirigió una breve mirada a ella, luego volvió a fijar su vista en Zak.

—Sí. Yo hubiera heredado algunos de los millones que usted se gastó en las patentes de este impulsor.

—Usted...

—Soy uno de sus biznietos.

El rostro de la mujer cambió.

—No.

—Es cierto. Meter todo su dinero en esta masa de chatarra hizo que todos sus descendientes tuvieran que partirse el culo para sobrevivir. Y no es tan fácil en estos días.

—Yo..., yo no...

Hizo un gesto con la mano para que callara.

—Sabía que usted era uno de los principales, uno de los planetarios ricos. La familia hablaba mucho de ello. Ahora las cosas no nos van tan bien. No tan bien como le fueron a usted, ni en una milésima parte. Pensé que eso significaba que iba a dormir usted durante todo el viaje, que no despertaría hasta Tau Ceti. En cambio... — Se echó a reír—, la he encontrado montando guardia.

—Alguien tenía que ser la Controladora del mundo, nieto.

—Biznieto. ¿Controladora? Si hubiera «controlado» usted un poco el sentido común de ese chico de ahí, hubiera estado alerta y yo no me hallaría aquí ahora.

Ella frunció el ceño y miró a Zak, que se agitaba inquieto entre los achaparrados contenedores modulares marcados BANCO GENÉTICO. MÁXIMA SEGURIDAD.

—No somos militares —respondió.

Nagara sonrió.

—Correcto. Estaba revisando los registros familiares y pensé en este trabajo. Imaginé que sería fácil. Un máximo de tres o cuatro personas de servicio, considerando el tamaño de los sistemas de apoyo vital y las redundancias. Así que conseguí reunir el capital suficiente para un translumínico, y aquí estoy.

—Nosotros no somos como tú. ¿Por qué no puedes darnos una oportunidad, nieto?

—Soy un hombre de negocios.

Ella dejó escapar una risa seca y rasposa.

—Hace unos pocos siglos, todo el mundo creía que las colonias espaciales serían la respuesta definitiva. Abandona la vieja y hedionda Tierra y todo quedará solucionado. Atenas en el cielo. Pero mírate a ti mismo..., un asesino a sueldo. Un «hombre de negocios». No eres un nieto *mío*.

—Viejas ideas. —Observaba a Zak.

—¿Acaso no puedes verlo? Los entornos coloniales no son un avance social. Se necesita disciplina para mantener activados los apoyos vitales. Las comunicaciones y los viajes tienen que ser regulados por simple seguridad. Así que no obtienes democracias, obtienes nombres fuertes. Y entonces se volvieron contra *nosotros*..., contra la Tierra.

—Estaban desfasados —dijo él casualmente, sin prestar mucha atención.

—¿Has leído alguna vez algo de historia?

—No. —Sabía que aquello formaba parte de su palabrería, lo había visto en un fax de hacía un siglo, pero la dejó seguir para mantenerla ocupada. Los que hablaban nunca actuaban mientras podían hablar.

—Convirtieron la Tierra en una reserva conveniente. Los berberiscos y los normandos actuaron de la misma forma, mil años antes. Eran navegantes. Despoblaron la costa de Europa con sus incursiones, apoderándose de todo lo que querían. Vosotros hicisteis lo mismo con nosotros desde vuestras órbitas, utilizando láseres solares. Pero para...

—Ya basta —dijo Nagara. Comprobó la larga extensión del tubo axial. Estaba vacío. Zak había asegurado su contenido en el transportador. Ya no servía de nada seguir allí más tiempo del necesario.

—Me voy —dijo.

—Una cosa más —señaló la mujer.

—¿Qué?

—Nos hemos comportado pacíficamente. Quiero que recuerdes eso. No tenemos defensas.

—Sí —dijo Nagara, impaciente.

—Pero tenemos enormes energías a nuestra disposición. Los campos colectores canalizan un enorme flujo de partículas relativistas. Podíamos haber alterado temporalmente los campos magnéticos multipolares y asarte hasta morir.

—Pero no lo hicieron.

—No, no lo hicimos. Pero recuérdalo.

Nagara se encogió de hombros. Zak flotaba junto al transportador, listo para recibir órdenes, con aspecto cansado. El muchacho había resultado fácil de controlar, demasiado fácil como para que se sintiera orgulloso de ello. A Nagara le gustaba un enfrentamiento de igual a igual. No le hubiera importado perder si fuera ante alguien a quien pudiera respetar. Pero Zak no era de esos.

—Me voy —dijo.

La carga tomó cierto tiempo, pero cubrió a Zak durante todos los pasos de la misma y no hubo problemas. Cuando se apartó de la *Redentora*, miró por reflejo a su alrededor en busca de algún planeta, relajado ahora, y se dio cuenta de que estaba más solo de lo que nunca había estado en su vida, con las estrellas salpicando como aceitosas joyas el terciopelo del espacio allá donde estaba su más próximo destino. Aquella mujer en la *Redentora* había vivido con aquello durante años. Contempló la profunda e interminable noche allí fuera, la sintió como una sombra pasando por su mente, y entonces tecleó las instrucciones y la *Redentora* se alejó a gran velocidad, su arco blancoazulado convertido en una imprecisa cuchilla que cortaba la oscuridad, y se deslizó con un hueco chasquido a velocidad translumínica.

Estaba a tres horas de su punto de destino cuando uno de los contenedores sujetos tras la litera del piloto emitió un zumbido de advertencia de sobrecarga térmica. Se abrió con un *pop*.

Nagara se volvió y trasteó con los cierres. Dos de los cajones superiores se salieron un poco, y mientras volvía a meterlos vio que en ellos había una provisión de repuestos médicos. Cajas y tubos y cubos con líquidos. Material barato. No variedades de ADN.

Nagara se quedó sentado y contempló la absoluta oscuridad de fuera. *Podíamos haber alterado temporalmente los campos magnéticos multipolares y asarte hasta morir, había dicho la mujer. Recuérdalo.*

Si volvía, ella estaría preparada. Podían instalar alguna especie de sensor a popa y enfocar los campos impulsores sobre él cuando llegara a través del flujo. Simplemente freírle.

Debieron haber planeado todo aquello desde el principio. Algo en todo el asunto, algo en la forma en que ella se había comportado, le dijo de pronto que la mujer había tenido desde hacía mucho aquella idea.

La parte arriesgada del asunto había sido lo de Jacob. Aquello no tenía sentido. Pero quizás ella había sabido que Jacob intentaría algo y, puesto que no podía hacer nada al respecto, lo había utilizado. Lo había utilizado para tranquilizarle, para hacerle creer que la parte delicada del trabajo ya estaba hecha, de modo que él no pensara en comprobar el interior de los contenedores etiquetados.

Contempló los repuestos médicos. Hacía setenta y tres años, la mujer había sabido que no podían protegerse de lo que no conocían, de naves que aún no habían sido inventadas. Así que, en su guardia de cinco años, había preparado una trampa

que funcionara aunque alguna nave del sistema los alcanzara. Ahora los planetarios sabían de qué defenderse.

Siguió sentado, contemplando la oscuridad ante él, y pensó en todo aquello.

Cuando salió al espacio del sistema, la esfera A47 flotaba a su izquierda exactamente a las coordenadas y la distancia relativa a las que la había abandonado.

A47 era grande, y dentro de ella aguardaban tres hombres para separar y clasificar y etiquetar los genotipos. Cuando les dijera lo que había en los contenedores todo habría terminado, su dinero y el de ellos se habría esfumado, y no habría una segunda oportunidad. Y quizá las cosas fueran peores que eso. Quizá mucho peores.

Miró la A47 con los ojos entrecerrados mientras se aproximaba para la cita. Parecía diferente. Parte de los daños de la guerra en el tercer cuadrante aún no habían sido reparados. El casco que antes brillaba aparecía ahora manchado y retorcido, y vigas grises se asomaban por las portillas. Parecía bastante destartada. Era la mejor fortaleza de alta tecnología de que disponían, y la A47 había significado la gran diferencia entre la victoria y la derrota en la guerra. Ella había sido la que había roto el escudo africano. Pero ahora su aspecto no era tan impresionante. Todos los puntos de luz que orbitaban en la distancia eran casi iguales o peores, y ahora eran todo lo que quedaba en el sistema.

Nagara hizo girar su nave para situarla en línea con la bodega de anclaje, mientras escuchaba el rumor de los motores al ser conectados. Las luces de la consola parpadearon azules, verdes, amarillas, mientras Central lo guiaba.

Lo que le esperaba iba a ser malo. Malditamente malo. Y, allá fuera, su bisabuela seguiría su camino, alguien a quien ahora podía respetar, y por primera vez pensó que probablemente los planetarios iban a conseguirlo. En la oscuridad de la cabina, algo en aquel pensamiento le hizo sonreír.

---

## Comentario

---

A finales de los años setenta me lesioné —un esguince muscular en la pantorrilla izquierda—, y no pude trabajar durante una semana. Moderadamente atribulado por el dolor, descubrí que sufría de aturridos sueños en vela. Uno de ellos acudía a mí una y otra vez, al principio escenas lacrimosas que implicaban a mi abuela. Luego, gradualmente, crecieron y se escindieron en dos sueños independientes. Sentado con la espalda envarada y mi pierna izquierda extendida para reducir el dolor, escribí dos historias en un extraño estado de fuga mental. Examinando en perspectiva esas páginas garabateadas, puedo recordar ahora la forma febril en que se fueron desarrollando las escenas, con todos los personajes moviéndose como debajo de un cristal, con sus voces huecas.

No es un método de escritura que desee repetir. Una de las historias que publiqué fue «La vieja junto al camino», y luego, ocho años más tarde, la incorporé en «Hacia el tormentoso Golfo», cuando me di cuenta de que estaban conectadas. (Tengo la sensación de que todo el conjunto se transformará algún día en una novela, de la forma habitual en que muchas de mis novelas se han desarrollado a partir de relatos cortos).

Puedo recordar haber luchado durante todo un día acerca de si utilizar el elemento superlumínico en esta historia. Así que escribí «La vieja junto al camino» primero. Parecía no haber ninguna forma de contar «Redentora» sin el elemento superlumínico, así que finalmente cedí.

Mis preocupaciones acerca de este elemento pueden parecer innecesariamente remilgadas, puesto que el viaje más rápido que la luz es la base de incontables historias de ciencia ficción. De todos modos, como físico practicante, se me recuerda cada día que la relatividad general y restringida no parecen dejar sitio para el viaje más rápido que la luz, a menos que des algunos grandes saltos. Una vía de escape son los taquiones, esas partículas que las ecuaciones de la relatividad restringida admiten que sólo pueden viajar más rápido que la luz. En torno a esa idea escribí toda una novela, Cronopaisaje, algunos años después de esta historia. La otra son los «agujeros» de John Wheeler, que permiten perforar túneles en el entramado del espacio-tiempo.

De todos modos, la mayoría de los físicos consideran esas proposiciones como algo muy dudoso. Soy sensible a ello, puesto que la virtud de la llamada ciencia ficción «dura» o científica es hacer honor a las limitaciones de lo que es posible o plausible. Del mismo modo que las rígidas reglas del soneto pueden forzar los altos estándares en poesía, la fidelidad a los hechos

científicos puede proporcionarnos una mejor ciencia ficción. Ignorar esto hace recordar la observación de Robert Frost acerca del verso libre: que es parecido a jugar al tenis con la red bajada.

Bien, las virtudes del viaje superlumínico pasaron por encima de mis escrúpulos. El viaje interestelar, sin él, se lleva una gran parte de la vida humana, lo cual hace a su vez difícil mantener una unidad de tiempo en muchas historias. Así que seguí adelante y consideré lo que podía hacer el viaje más rápido que la luz, cuando era introducido en un mundo en donde la forma más dura de viaje estelar ya había sido utilizada.

## Secuestra el bot

**S**implemente coge uno. Es así de fácil. Encuentra un Ajax modelo 34 desatendido, se dirige a él, le proporciona el código clave y dice:

—Ven. Sígueme.

—¿A qué ritmo? —dice el robot con voz llana y monótona.

—Al mío, por supuesto —responde Gerald.

Conoce, a través de un amigo ingeniero, la deficiencia del Ajax 34. Cualquier miembro de este modelo se sintonizará a una nueva directriz de voz sin comprobar primero los mandatos. El fabricante está corrigiendo esta peculiaridad tan rápido como le es posible, por supuesto, pero eso tomará tiempo.

El robot zumba tras él. Se mezclan sin ser observados con el tráfico. Cuando Gerald lo lleva a su casa, tiene una nueva y exuberante inspiración. El frío aire del interior de su apartamento, normalmente insípido y rancio, parece vibrar. Se apresura a la tridi y llama a Rebecca.

—Lo tengo.

—¡No! —Pero puede ver que sí.

—Fue fácil, malditamente fácil. Exactamente del modo que dijo Morris.

—¿Cómo te llamas, pequeño bot?

El robot permanece mudo.

—¿Bot? —pregunta Gerald.

—Abreviatura de robot. Pregúntale.

—¿Cómo te llamas, Ajax 34?

—Eso no está, en mi matriz de decisión.

—Bien, te llamaré...

—Bot —interviene Rebecca—. Bot. Encaja.

—Quieres decir como ese perro tuvo, al que llamabas Perro —observa Gerald.

—Por supuesto. Encaja.

Al principio Gerald hace que Bot efectúe tareas sencillas: barrer con una escoba, sacar la basura, lavar las ventanas. Los brazos están bien articulados. Pronto el Bot parece, para el gusto de Gerald, abiertamente preocupado —de hecho, obsesionado— con sus transistores de germanio y su buen funcionamiento.

—¿Debo, recibir, instrucciones conflictivas?

—¿Cómo quieres que lo *sepa*?

—Hay aspectos, no lineales.

—¿Te sientes bien?

—Estoy confocal, hoy.

—¿Crees que tus expropietarios pueden rastrearle?

—Calculo, baja probabilidad.

—¡Estupendo! —Gerald le da una palmada en el volumen lleno de ecos de su apartamento—. Vamos a divertirnos mucho contigo.

—¿Mandato tarea?  
—¿Qué?  
—Necesito, mandato tarea.  
—Oh, sí. Supongo que puedes cocinar.  
—Soy. Programable.  
—¿Hasta qué punto?  
—No escala referente, disponible.  
—Oh. Bueno, pasemos a la cocina.  
—¿Mandato?  
—Intenta calentar un poco de Cerdo en Fardos.

Gerald está tendido en su flexdiván, viendo *La Iliada y el Éxtasis*, cuando suena el timbre de la entrada. Abre la puerta. Rebecca entra a toda prisa, haciendo aletear las mangas en globo de su vestido, las cejas arqueadas.

—Adivínalo.  
—Jamás podría.  
—Yo también he secuestrado uno.

—No. —Pero así es; tras ella rueda una caja naranja de la que brotan unos plexibrazos. Un Ajax 42.

—¿Cómo?  
—Indiferencia.  
—Tonterías.

—Espera. —Atrae su atención con una uña fina como una aguja, que apoya delicadamente en su hombro—. Fingí que no estaba en absoluto interesada en este 42. Simplemente miré el escaparate de una tienda e ignoré al 42 cuando pasó por mi lado. Esto lo puso en guardia.

—Morris dijo específicamente...

—¿Y a quién le importa? *Pienso* que estas pobres cosas están *programadas* para ser suspicaces. Así que pasé por encima de ello y le susurré el código clave y...

Se pasa los dedos por su pelo Stephens Carmin. Cruje al contacto.

—Eres estupenda —dice Gerald, admirado.

—No tengo mandato.

Gerald frunce el ceño.

—¿No puedes ayudar a 42?

—Esto no es mandato.

—Hev. Rebecca.

Ella se desconecta del casco, con el que estaba contemplando una corrida de toros simulada —por supuesto, no está permitida ninguna muerte real, pero lo olvidas fácilmente mientras la contemplas—, y le mira con el ceño fruncido.

—Necesitan un trabajo.

—Que arreglen mi *coche*.

—Ya lo han hecho.

—Experimentan, dificultad, en eso.

—Cállate. —Gerald mira a su alrededor, se pone en Pie, va de habitación en habitación. El Bot zumba tras él. Sus brazos se agitan enérgicamente, produciendo un susurro raspante.

—El problema es que no hay mucho que *hacer* aquí.

Rebecca no le escucha; ha vuelto a meterse bajo el casco. Gerald vuelca sin darse cuenta un cenicero, haciendo que una silenciosa nube de polvo blancuzco se extienda sobre la moqueta..., él y Rebecca han estado fumando de nuevo, ilegalmente. 42 se apresura a aspirar la mancha.

El problema es que el apartamento está decorado con excesiva sencillez. Gerald lo estudia. Su embellecimiento primario de las anónimas paredes de plaster es una reproducción del famoso *Hacia una filosofía unificada del helado* de Jakopii. Le gusta, pero una reproducción no es suficiente, no a la larga. Y hay manchas de cagadas de mosca en la reproducción, justo en medio del cremoso muslo de la mujer. También hay, por supuesto, algunos toques divertidos de su propia mano, aquí y allá. En el cuarto de baño (un lugar importante en el apartamento, íntimo pero a la vista de casi cualquier invitado) hay instalada una falsa chimenea con un impresionante rifle a pedernal colgado encima. Y algunas toallas son realmente divertidas. Pero no es suficiente, no.

—Creo que voy a ampliarlos.

—¿Hummm? —murmura Rebecca desde debajo de su casco.

—Les compraré algunos cubos memorex.

—¿Por qué?

—Les haremos aprender decoración de interiores. De esa forma no tendré que contratar a nadie.

—Sólo son *máquinas*, Gerald.

**D**eja caer su cuchara sobre la mesa. Esparce Copitos sobre la superficie de cerámica con un tintineo.

—Pero si todo lo que he dicho, Gerald, es que esto era un robo.

—Lo sé. Sé que has dicho esto. Pero no estoy de acuerdo.

—Esa no es razón para ponerte furioso.

—Bien mirado, Mary lo hizo.

—Un Ajax 12. Un modelo sencillo.

—Pero ni siquiera lo multaron.

—Eso fue antes de que más de nosotros lo hiciéramos.

—Sólo unos pocos más.

—Bien, Betty tiene uno.

—¿De veras? —Se muestra genuinamente sorprendido.

—Y Hermann también.

Recuerda a Hermann, un tipo con las patillas curiosamente peinadas, que lleva invariablemente una corbata marrón siempre que se le presenta la oportunidad. ¿Qué hace un tipo como él robando un Ajax?

—De hecho, probablemente conozco al menos a otros cinco...

—De acuerdo —dice, haciéndole una mueca a su taza de café, en la que puede ver su liso y deformado reflejo ámbar—. Si somos tantos, entonces seguro que no pueden acusarnos. —Sonríe. Parece un buen enfoque a la anterior discusión, y tiene sentido.

El Bot rueda hacia ellos.

—¿No encuentras este café inaceptable?

—Hummm.

—Una pizca, de sal añadida al café instantáneo hace que su sabor, mejore como si fuera recién molido.

—Lárgate —murmura Gerald, pensando en la policía.

**G**erald llega temprano a casa. Rebecca tiene hoy el día libre y ha usado su llave. Le hace un gesto con la mano desde debajo de su casco.

—He conseguido el último de los cubos memorex —informa él—. Nuestros pequeños amigos pueden terminar su curso de redecoración.

—Estupendo. Estupendo —dice ella.

—También traigo un poco de sabiduría para nosotros. —Muestra una oscura botella de Concannon del 96. Rebecca está inmersa en el *show* de su casco. Se dirige a la cocina y encuentra un sacacorchos. Entra bien, mordiendo el encerado corcho, pero cuando empieza a sacarlo el tapón chirría irritantemente contra el cuello de cristal de la botella.

—Déjeme, señor —dice el Bot, apareciendo en la cocina. Gerald le entrega la botella, sonriendo rígidamente mostrando sólo una fina línea de sus dientes, feliz de que Rebecca no esté allí.

**M**ientras el Bot y 42 trastean con los muebles y la decoración de las paredes, Gerald y Rebecca juegan al *bridge*. Gerald encuentra un programa disponible tras consultar los Faxes Amarillos que proporciona un equipo de *bridge* simulado. La sim funciona bien, analizando exactamente el nivel de su juego y situándose en él, sin excederse. Gerald mejora más rápidamente que Rebecca. Nota una cierta sensación expansiva cada vez que el programa sim se ve obligado a detenerse, recalibrarse para Gerald, y luego presentar su próximo juego. Vacila durante sus buenos veinte

segundos cuando se da cuenta por primera vez de que Gerald ha aprendido a contar todas las cincuenta y dos cartas y emplear esto en su juego. Antes de reanudar la partida, la faxpantalla parpadea, indicando que debe cargar una tarifa superior por aquel nivel de táctica. Rebecca, que apenas ha empezado a darse cuenta de quién tiene en cada ocasión los triunfos, se muerde los labios color lavanda. Gerald ignora al Bot y a 42, que resoplan solemnemente mientras maniobran, y se concentra en el faxdisplay. Disfruta adivinando los trucos, calculando las jugadas; inventando elaborados envites para engañar al sim. Pero Rebecca pierde interés. Vuelve al casco para ver el programa semanal *Sexualidad situacional*, que hoy empieza el Caso Histórico MCXVII. Gerald sigue jugando solo, pagando un poco más para que el fax maneje tres manos, y realiza varias partidas, reaccionando rápidamente a todas las maniobras del sim, jugando expertamente, echando las cartas con un restallido.

Hacen el amor mientras los robots aguardan en un rincón del redecorado dormitorio. El Bot y 42 permanecen impasibles, sus medios de locomoción desactivados. El aire en la habitación parece denso y como cargado, pese al firme soplo intermitente que brota de los conductos del acondicionamiento. Él y Rebecca copulan rítmicamente, como si cada uno estuviera luchando con alguna dificultad para empujar al otro en su ascenso de una empinada colina común.

Estudian la nueva sala de estar.

—Hummm —dice Rebecca, con un tono de voz que no compromete a nada.

—Me gusta el concepto —afirma Gerald—. Me gusta el conjunto. Sí. Ese rincón, sin embargo —señala— parece como algo en lo que pensaría un mecanógrafo.

—Hummm.

—Rebecca, han estudiado *todos* los memorex. Son buenos diseños.

—A veces aprender mucho no sirve de nada.

—He oído esto en alguna parte —dice él, acusador.

—Hummmmmmm —admite ella.

Una tarde, cuando Gerald regresa temprano al apartamento, los encuentra intentando alguna nueva tarea a base de interconectar sus centros de percepción. El Bot se ha situado detrás de 42 y ha abierto su módulo trasero para un mejor acceso. 42 ha alzado la tapa de su centro de entrada y el Bot presiona contra él. Gerald frunce el ceño. Puesto que, naturalmente, no posee ningún manual de propietario del Bot, es

incapaz de diagnosticar cuál puede ser el problema. 42 zumba. El Bot emite un sonido crujiente. ¿Por qué están haciendo esto, acoplados —de entre todos los lugares — dentro de un armario? Y con sus lóbulos receptores activos pero no conectados a los sensores externos, se pregunta Gerald, ¿qué están recibiendo? Es una incógnita.

—Cristo.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Rebecca, ausente.

—Este fax es sobre Betty.

—¿Te refieres a *Betty*?

—Están presentando acusaciones contra ella.

—¿Por...?

—Seguro. ¿Por qué, si no?

—Bien, yo dije que era robo, ¿no?

—Sí.

—Ahora no te hagas el listo conmigo.

—Hum.

—¿Supones que se saldrá con una multa?

—Probablemente no. Depende mucho de que llegue pronto esa resolución del tribunal.

—¿Te refieres al hombre que tenía tres?

—Ajá, ¿no has estado siguiendo el caso? Está peleando fuerte contra ellos.

—Pero es culpable.

—Mira el fax. ¿Recuerdas la opinión de ese tribunal de primera instancia acerca de la... volición de los autómatas, creo que lo llamaron?

—No. Ya sabes que no puedo...

—Pues deberías, Rebecca, tú...

—Todo eso es *jerga*, Gerald.

—Escucha.

—Oh..., de acuerdo.

—Este tipo, el que está aporreando ahora la puerta de los tribunales de apelación, está pleiteando contra esa resolución de hace tres años. La que dice que los bots no están, esto, vivos.

—Oh, sí. Dice que los Ajax quieren seguir con él.

—Exacto, esas tonterías. Auténtica basura. Corrió un riesgo, está pagando su precio, así es como yo lo veo. —Se pone en pie, patea ligeramente a 42 en un costado cuando pasa ronroneando por su lado, sonrío.

—Bien, será mejor que no nos cojan.

Él hunde el estómago y se encoge elaboradamente de hombros.

—Ni lo sueñes. —Se siente muy bien, pero no le dice esto a Rebecca.

El Bot chirría ligeramente al salir de la cocina.

—Su Asado Supremo, está listo —dice. Gerald asiente y sonrío, la piel en torno a sus ojos fruncida con su calor interno.

Gerald compra una mesa de billar, utilizando el dinero que se ha ahorrado haciendo que las máquinas redecoren el apartamento, y se pasa largas horas en ella. Le gusta apuntar cuidadosamente el largo taco, golpear la bola en el punto preciso con la punta elaboradamente embadurnada de tiza azul, y enviarla a chocar contra otra de modo que esta vaya a parar al agujero previsto. Es un ejercicio lineal de impulso y ángulo exactos, un mundo euclidiano, aunque por supuesto él no lo ve en esos términos. Las bolas se mueven en su propio universo, intersectándose con un clásico *clic*.

—¿Te importa si te hago una pregunta? —dice Rebecca al Bot.

—Simplemente, hágala.

—Oh. —Sus lentes de contacto buscan el brillo cerámico de los sensores—. Yo..., me encantó tu mayonesa a la salsa de *curry*.

El Bot no dice nada.

—Lo que quiero decir es, ¿quieres quedarte con nosotros?

—Debo.

—Oh.

Mientras el Bot y 42 montan su máquina de ejercicios, Gerald recorre arriba y abajo la sala de estar empapelada en vinilo.

—Necesitan algo —dice al fin, con decisión.

—¿Quiénes?

—Las paredes.

—Haz que los bots las pinten.

—De acuerdo. De acuerdo.

Pasa un cierto tiempo ordenando sus pensamientos en la sala de billar, y luego se acerca al Bot.

—¿Qué color crees que es el mejor?

—Diría, ámbar, tendiendo hacía, el amarillo.

—Oh. ¿De veras?

—Con elementos, de verde, relajante, para el ojo humano.

—¿Tiene 42 alguna opinión al respecto?

—No.

Sus muslos se contraen, se relajan, se contraen de nuevo, mientras cabalga la

máquina de ejercicios. Tiene que ponerse en mejor forma física. Todo este vivir en un apartamento es malo para un hombre. Lo ablanda. Tiene que estar en buena forma para mantenerse un paso por delante de la policía, piensa, haciendo una ligera mueca de satisfacción. Resopla y jadea fuertemente, y las acústicamente sofisticadas paredes recomendadas por el Bot y puestas en su lugar por 42 absorben completamente el sonido, silenciando la habitación.

Cuando termina y sale, meditando sobre los cálculos de un seguro a plazo fijo, Rebecca está contemplando *Chistes y agudezas* en el casco. Gerald encuentra al Bot y 42 aplicando cuidadosamente pintura amarilla a una esquina de la sala de estar.

—¿Qué es esto? —pregunta secamente, señalando una redonda marca verde en medio del amarillo.

—El agujero negro, que se supone que es la fuente de energía, de Cygnus A.

—¿Cygnus qué?

—Una importante, radiofuente doble, en la constelación del Cisne, las tres regiones, de emisión, están conectadas por un flujo, supersónico, relativista, que se origina sobre los polos, del agujero negro.

—¿Y qué está haciendo en mi pared?

—Es un dibujo, esquema, importante, implicaciones, del infinito...

—De acuerdo. Veremos como funciona. ¿Qué es esa curiosa línea gruesa que cruza el verde?

—El disco de acreción absorbiendo la materia en órbita en torno al agujero negro, su radiación térmica empuja el viento relativista, que...

—Sí, sí, está bien. Muchacho, las cosas que os enseñan. —Vuelve a la máquina de ejercicios para trabajar un poco sus músculos pectorales. Están acumulando una maldita cantidad de grasa.

Está comiendo Destellos de Carbohidratos con cierta delectación cuando suena el timbre de la puerta. Probablemente Betty, con otra historia acerca de su en-can-ta-dor abogado. Sólo para asegurarse, observa por la mirilla. El descansillo está bañado por una luz esmaltada. Tiene un atisbo de un hombre delgado con un abrigo marrón, y luego una tarjeta de plástico brillante se alza, brotando de la mano del hombre hacia arriba, hasta cubrir el visor. Es una tarjeta de identificación. Policía Metropolitana. Oficial Axford.

—¿Qué desea? —dice tensamente Gerald. Oye al Bot avanzar rodando tras él. Le indica que se vaya con frenéticas señales de su mano.

—*D'jme ntrar. Tr'go n orden de r'gistro* —oye Gerald a través de la cerrada y doblemente panelada puerta.

—Oh, bueno...

—O *forzaremos* la puerta —le llega más claramente.

Cuando Gerald abre la pesada puerta, Axford y un hombre bajo y nervudo entran pasando por su lado como si él fuera un mero mayordomo, murmurando una fórmula legal requerida por los tribunales en casos como aquel, masticando las palabras de

modo que sean ininteligibles. Se dirigen directamente a la cocina, donde 42 está preparando café. El hombre nervudo exclama:

—Aquí hay una caja, sí.

Y Axford se dirige al dormitorio. El hombre nervudo se queda con 42 y empieza a recitar una letanía acerca de derechos, pero Gerald sigue a Axford.

—¿Qué? ¿Qué? —chilla agudamente Rebecca desde el dormitorio, pero Axford ya ha vuelto a salir y se encamina pasillo abajo. Abre de golpe la puerta del cuarto de baño. El Bot está trasteando con el rifle montado encima de la falsa repisa de chimenea, intentando cogerlo.

—Alto —dice Gerald, no muy seguro de lo que quiere decir con aquello.

—Pero debe, salir. —dice el Bot.

—¡Es un rifle de imitación! —exclama Gerald.

Axford ha sacado una pistola, pero no la dispara.

El Bot se queda inmóvil.

—Le he agarrado bien con este —dice alegremente Axford, esgrimiendo la pistola.

—¿Cómo nos ha encontrado? —consigue decir Rebecca.

—Eliminación de posibilidades. Tenemos nuestras fuentes —murmura misteriosamente Axford.

—*Allegro*, tiene usted, las acusaciones.

—Por supuesto. Robo...

—Necesita, ver esto. —El Bot extrae dos placas de licencia triangulares grabadas en relieve.

Al principio Axford no cree que los triángulos sean auténticos, pero una cuidadosa comprobación de sus ángulos agudos revela la correspondiente validación. Las licencias prueban de una forma concluyente que 42 y el Bot pertenecen respectivamente a Rebecca y Gerald. Gerald se queda con la boca abierta pero no dice nada, ni siquiera cuando Axford y el otro hombre se disculpan y ayudan a poner de nuevo el rifle en sus anclajes.

Pronto están de vuelta a la puerta de entrada, aún disculpándose y explicando lo raro que resulta un error como aquel, en estos días de sensores y vigilancia perfeccionados, y se marchan. Gerald encuentra al Bot ajustando un receptor que ha resultado dañado en el registro.

—¿De dónde han salido estas dos licencias?

—Yo las fabriqué, evidentemente, podían resultar, necesarias.

**A**l día siguiente, mientras aguarda a que 42 caliente un poco de Mordisquitos de Cielo, Gerald observa de nuevo el dibujo de Cygnus A. El disco de acreción es diferente ahora. Parece haberse inclinado en un nuevo ángulo. Esto lo inquieta, pero

no menciona el asunto.

Se dirige al dormitorio. El Bot está allí, junto con un Ajax 38, una caja cuadrada gris metálica con siete brazos.

—Hey —dice, intentando pensar.

—He secuestrado, un 38. —declara el Bot.

—¿Cómo puedes...? —empieza a decir Gerald, pero se detiene; no quiere parecer ridículo—. Bien, tienes mucho trabajo aquí. Estoy seguro de que podrás utilizar un poco de ayuda. —Palmea afectuosamente al Bot.

Más tarde le dice a Rebecca:

—¡Imagina eso! Robando su propio bot. —Sacude la cabeza—. Vaya tipo inventivo.

—Hummm. Hummm.

**E**l recién llegado, 38, está haciendo unos Fritos. Rebecca se ha sintonizado a *Aventuras del Oeste*. Gerald hace flexiones en la máquina de ejercicios, porque nunca sabes si la policía va a volver.

El Bot y 42 han inclinado el disco de acreción (ahora marrón, con franjas verdes allá donde se sospecha que hay radiación sincrotónica) para que encaje con las más recientes observaciones de la radiointerferometría de largo alcance. El ruido ocasional de las *Aventuras del Oeste* no les molesta. Pintan con artísticos floreos, aplicando el amarillo con largos brochazos. El Bot agita hábilmente su brocha, clic clic, añadiendo borrosas manchas rojas para las nubes de gases de alta densidad que rodean el disco. Las mezcla graciosamente, suavemente, acompañado de pequeños zumbidos, con el amarillo profundo del espacio. Señala las estrellas como pequeños, quebradizos puntos púrpura. 42 ronronea a su lado.

Gerald está solo con sus ejercicios. Flexiona los brazos, las caderas, los pectorales. Piensa en aquel bastardo de Axford. Bombea las ruedas giratorias, eleva las barras, sus miembros articulan bien. Clic-clic, clic-clic.

---

## Comentario

---

En 1976 estaba en un período de descanso sabático en Cambridge, Inglaterra, lejos de la impetuosa y brillante profusión de los escaparates de las librerías norteamericanas. No hay nada como deslizarse por la fría lluvia de una calle de Cambridge, buscando una librería que tenga las habituales colecciones periódicas que parecen tan esenciales en los Estados Unidos, pero aquí completamente superfinas entre las piedras con miles de años de antigüedad.

Así que compré un lote de varias antologías estadounidenses de Lo Mejor Del Año, que cubrían aproximadamente la década anterior. Leyéndolas, se me formó un extraño cuadro de la forma en que esos escritores veían su propio país. Todo parecía ocurrir en las cocinas; amenazadoras nubes de angustia familiar oscurecía muchos soles personales; la comedia de costumbres seguía su marcha, con un ojo entrecerrado vuelto hacia atrás, a Jane Alisten; las «relaciones personales», este término monolítico y neutro, lo dominaba todo; lonchas de vida daban relieve a los personajes, invistiendo las charlas comunes con el peso de la abrumadora metáfora. Y todo parecía tan inintencionadamente divertido. En aquellos pequeños mundos sólo vivía pequeña gente. Nadie se daba cuenta de que el mundo estaba cambiando, de que el rodar de los grandes acontecimientos modelaba intensamente lo que los personajes —y los autores— creían que eran verdades humanísticas naturales, eternas.

Algo de esto parecía afectar también a la ciencia ficción, al menos de una forma oblicua. Así que empecé a pensar acerca de las nulidades que vivían en esos congelados mundos de papel. Si esa gente fuera real, ¿cómo reaccionaría a alguna noción de ciencia ficción, incluso mínima?

Yo estaba trabajando por aquel entonces en el Instituto de Astronomía, y cada tarde me tomaba una pausa para escribir a mano algo de ficción. Esta historia fue una reacción a la repentina ingestión de tanta ficción convencional y su implacable claustrofobia. Tenía la impresión de que las prodigiosas compresiones de Salinger, que para mí eran el punto culminante de la ficción de los años 50, se habían visto aplastada a gestos banales. (Comparen a Salinger con Ann Beattie, por ejemplo).

Afortunadamente, el relato corlo americano ha pasado va por ese rodillo y parece estar regenerándose por sí mismo. Me gustan mucho los nuevos escritores, como Jim Harrison, y siguen asombrándome los hábiles logros de John Updike.

Mientras se dedica mucha atención a la nueva vida en las historias

convencionales, nadie parece darse cuenta de que casi la mitad de los relatos cortos publicados comercialmente en inglés son de ciencia ficción. Creo que esto tiene mucha importancia. Una cantidad desproporcionada de pensamiento aparece con la etiqueta de ciencia ficción, mucho más que con la etiqueta periodística o realista de la escuela de Esquire y Atlantic. La ciencia ficción sufre exactamente de los mismos hábitos incapacitadores —diferentes, por supuesto—, pero en esta pequeña obra fue divertido unirlos ambos.

## Efectos relativistas

**L**legaron al vestuario charlando de cosas al azar, riendo y gritando. Había un retumbante tono bajo, tosco y rasposo. Sobre él corrían alegres unas ligeras notas femeninas, aéreas, revoloteantes.

Las mujeres tenían para ellos una sólida gracia profesional, efectuando el trabajo pesado en compañía de los hombres. Había una docena de ellas, y se quitaron la ropa rápida y eficientemente, olvidado hacía ya tiempo todo pudor, sus mentes enfocadas en el trabajo que les aguardaba.

—¿Estás preparado para esto, Nick? —preguntó Jake, quitándose los pantalones cortos y ajustándose los alvéolos de conexión a sus rodillas y codos. Su piel era rojiza y callosa de sus años de trabajo conectado a servos.

—Creo poder manejarlo —respondió Nick—. Hemos alcanzando ya plasma denso. Habrá montañas de él vertiéndose por la garganta. —Era grande y robusto, pero daba la impresión de ligereza y velocidad, compacto como un boxeador, con amplios hombros y gruesas muñecas.

—Montones de flujo —dijo Jake—. Resulta fácil cagarla.

—No obtuve mi evaluación cagándola a causa de que algunos iones extra bajaran por el tubo.

—Sí. Creo recordar que estabas muy arriba en la lista —dijo Jake, mirando de reojo al corpulento hombre.

—Oh-o. El número uno la última vez que miré —intervino Faye desde el armario de al lado. Se echó a reír, una fuerte risa que resonó por todo el vestuario e hizo que todos alzaran los ojos—. Apuesto a que eso es lo te molesta, ¿eh, Jake?

Jake hizo un gesto casualmente obsceno en dirección general hacia ella y siguió hablando:

—¿Te encuentras bien, Nick?

—¿Qué te piensas que tuve, almorranas? —escupió Nick con repentina ferocidad—. Sólo fue un resfriado eso es todo.

—Sería una lástima perder cuando estás tan cerca de ganar en tu camino hacia arriba —dijo Faye disimuladamente; tiró de su sujetador para acomodar en él sus grandes pechos.

Nick la miró. El problema era que trabajabas un cierto tiempo con una mujer, y acababas considerándola sólo como otro competidor. Había habido un tiempo en que había pensado en hacer avances con Faye —su aspecto era realmente bueno a veces—, pero ahora no era más que otro zapador que lo empujaría con el codo a un vórtice si sólo tenía media oportunidad. Lo importante era que él nunca le había dado —ni a ella, ni a nadie— la posibilidad de acercársele desde un ángulo extraño para proporcionarle un impulso inesperado. Estudió sus diestros y casuales movimientos mientras se colocaba el arnés para los conectores. De todos modos, había algo en ella...

—Consigue otra buena puntuación —dijo Faye sonriendo—, y tendrás tu promoción. Eso es lo que digo.

—Lo que importa es lo que dicen arriba, en la cubierta A.

—Ese es el asunto delicado, sí señor —dijo Jake. No pudo resistir el lanzar una pequeña risita. Nick lo sabía. No era que el hecho de que Jake lo supiera preocupase en absoluto a Nick. Pero el fornido hombre guardó silencio, sujetando impasiblemente sus conexiones neurales.

*Sriik*, los relés se deslizan en su lugar, y Nick nota cómo cada uno de ellos encaja en su cuerpo con un impacto percusivo, nunca consigue acostumbrarse a esto, no importan los años que lleva ya en el equipo del Impulsor Principal. Cuando realmente se sentaba y pensaba en ello no le gustaba en absoluto el trabajo, siempre sentía temblores antes de bajar ahí para su turno. Se había dado cuenta de aquello desde el principio, así que el truco era no pensar en ello, no a menos que hubiera tomado mucho de aquel licor procesado hidropónicamente, aquella cosa atiborrada con vitamina B y C y que se suponía no te producía ningún daño, ni siquiera te ablandaba las heces ni te dejaba dolor de cabeza, sólo que por supuesto nunca funcionaba como se esperaba que lo hiciera porque nada en la nave lo hacía ya. Si se atiborraba de aquella cosa abandonaba gradualmente la conversación estuviera con quien estuviera, y se dirigía a un rincón y dejaba que la fiesta continuara sin él, y al cabo de una o dos horas alguien lo encontraba mirando a la pared o a su bebida, reviviendo las horas en el tubo y pensando en su padre y en el abuelo que apenas conseguía recordar vagamente. Ambos habían muerto del viejo e insidioso cáncer negro, lo mismo que el ochenta por ciento de la tripulación, y no era ningún secreto que el Impulsor Principal era el peor lugar de la nave para ello, pese a todas las especificaciones de diseño de paredes de roca de cincuenta metros y mamparas de acero al carbono y compuertas protegidas con plomo. Un hombre tenía que ser un maldito estúpido si no pensaba en eso, por supuesto, pero alguien tenía que hacer ese trabajo o todos morirían. El trabajo había pasado a Nick a través de su padre porque simplemente toda la familia lo hacía, eso era todo, siguiendo la línea a todo lo largo hasta la tripulación original, los oficiales del puente originales lo habían decidido mucho antes de que Nick naciera, era el único tipo de organización social que los sociómetras creían que podía funcionar en una nave que tenía que volar entre las estrellas, todos sabían eso y nadie lo cuestionaba, como tampoco nadie deseaba cambiar las especificaciones de presión de un sello. Simplemente no lo hacías, las cosas eran así. Había aprendido esto desde que pudo comprender por primera vez los servicios religiosos, o el periódico aniversario de la Explosión allá en el puente, o las cosas que su padre le había contado incluso cuando el viejo se estaba muriendo con la insidiosa cosa negra devorándole por dentro, Nick había aprendido esa buena...

—Dios, esto se está poniendo peor cada día..., mirad ahí. —Faye señaló.

Una araña se arrastraba mampara arriba, dando la sensación de resbalar en la lisa superficie cerámica.

—Debemos llevarla a Agro —señaló alguien.

—Sí, no la matéis. Podría trastornar toda la maldita biosfera, y pedirían nuestras jodidas cabezas por ello.

Un murmullo de reacio asentimiento.

—Mirad la estúpida —dijo Jake—. Yendo para arriba, hacia los conductos de aire y las líneas de alimentación y quién sabe qué. —Se inclinó hacia la araña, observándola de cerca. Tenía sus buenos tres centímetros y era de un color gris sucio —. Asquerosa como un pecado, ¿eh?

Nick ajustó las conexiones de sus articulaciones e intentó ignorar a Jake.

—Sí.

—Pobre pequeña cosa. No sabe dónde infiernos está, ¿eh? No se da cuenta de lo importante que es este lugar. Estamos a punto de ver iniciarse toda una nueva era en este vestuario, pronto Nick, aquí presente, obtendrá su evaluación definitiva. Será el nuevo súper y nosotros seremos..., bueno, demonios, nosotros seremos como esta pequeña araña de aquí. Igual de pequeños y con nuestro pequeño lugar en el gran diseño de la carrera de Nick, tal como...

—Cállate, mierda —dijo secamente Nick.

Jake se echó a reír.

Había como una tensión en el aire. Nick la captó y pensó que tenía algo que ver con el hecho de que él estuviera intentando obtener un ascenso, algo así, pero no lo bastante importante como para preocuparse por ello. Había mucho tiempo para pensar en ello, una vez hubiera terminado su trabajo y subido la escalera. Mucho tiempo entonces.

El gong dejó oír su vibrante sonido, y hombres y mujeres terminaron de vestirse. Entró el ministro y dirija su oración de petición de seguridad, al igual que con todos los demás turnos. Nada diferente, pero la tensión permanecía. Habían volado en densidades de plasma superiores, seguro, pensó Nick. Pero eso no significaba gran cosa. De todos modos, murmuró la plegaria con los demás. Normalmente no le preocupaba. Había acudido a los servicios religiosos como de costumbre, todo el mundo lo hacía, era impensable que no lo hicieras, y de todos modos nunca obtendría ningún tipo de promoción si no mostraba regularmente su rostro, se arrodillaba ante la barandilla del altar y tragaba aquella oblea y bebía un poco del zumo de uva de sabor alcaloide que dejaba un regusto áspero en la boca mientras tratabas de hacerlo descender garganta abajo, al igual que buena parte de la charla que deseaban que tragaras también, sólo que lo hacías, lo tragabas todo porque tenías que hacerlo, y sin preguntar nada, porque podías apostar que aquellos que causaban problemas no

llegaban nunca a ningún lado. Así que murmuró con los demás, musitando sin pensar la familiar letanía. Los delgados labios del ministro se agitaban, haciendo rodar las arcaicas frases que significaban menos que nada. Cuando alzó la vista, cada rostro se veía pensativo mientras se preparaban para dirigirse a la aullante garganta de la nave.

Nick permanece tendido, mudo y ciego, y por un momento no siente nada excepto el aterido silencio. Se recoge en él, eliminando el débil roce de los terminales que se pegan como lampreas a sus nervios y músculos, apretados abrazos que amplifican cada uno de sus movimientos, y...

... *Spang*...

—Se desliza libre de los cables de anclaje, una oleada de visión-sonido-sabor-tacto lo invade, una confusión de sensaciones tan fuerte y repentina que se sobresalta con el impacto. Está servoconectado a una cosa como una anguila que nada y se desliza y se sumerge en una aullante danza de protones. El resto de la nave está bien protegido tras losas de roca. Pero la anguila es suya, la anguila es *él*. Se estremece y se sobresalta y se retuerce desliziéndose por entre resbaladizas franjas de planos magnéticos. Para Nick, es como nadar.

El torrente sopla a su alrededor, y puede sentir su punzante aliento. Nick arremete contra un cegador resplandor naranja, nota que su energía crece a medida que lo siente. Su brillante piel está envuelta en un capullo de envolventes campos magnéticos que desvían los protones, enviándolos girando en una loca gavota, de modo que las partículas pesadas no pueden aplastarse y llamear contra la resbaladiza piel quemada. Nick flexiona la piel, suave y fuerte, y se desliza a través de la turbulencia magnética de allá delante. Siente como las líneas de fuerza magnética se tensan como bandas de caucho. Se ladea y acelera.

Haces de protones actúan sobre él. Producen resplandecientes colisiones entre sí pero no reaccionan. La repulsión entre ellos es demasiado grande, y así su plasma no puede hacerlos arder, no puede arrojarlos unos contra otros con la suficiente violencia. Se necesita algo más, o de otro modo la garganta de la nave no conseguirá cosechar los más simples átomos de hidrógeno, no conseguirá alumbrarlos en energía.

Allí... Nick ve en la aullante tormenta los puntos azules que son la clave, el catalista: núcleos de carbono, flotando como gaviotas en una corriente ascendente de aire.

Fosforescentes imágenes escindidas marcan su camino. Nada en el flujo del resplandor blancoazulado, a través de una lodosa tormenta de iones en fusión. Observa las volutas de núcleos de carbono golpear los enjambres de protones, emparejarse con ellos para formar los más pesados núcleos de nitrógeno. El torrente gira y aúlla a la piel de Nick, y en sus sensores ve y siente y saborea el lento y grumoso nitrógeno, mientras encuentra un protón recién llegado y, con un carnosos chasquido de fusión, ambos se unen, se retienen el uno al otro, fluctúan como gotas de lluvia, cayendo, mezclándose..., hinchándose en un nuevo núcleo, más pesado

aún: oxígeno.

Pero las verdes cabezas de alfiler del oxígeno son inestables. Esas formas frágiles se escinden instantáneamente. Chorros de nuevas partículas son vomitados a través del resplandor que le rodea: neutrinos, rojizos fotones de luz, y más lentos, más oscuros, ahí vienen las pesadas hijas del matrimonio: una hinchada nube color oro tostado de una variedad mayor de nitrógeno.

Y el proceso se acelera. Cada núcleo colisiona millones de veces con los demás en un orbitar como resplandecientes copos de nieve. Todo en el espacio de un latido de corazón. Los copos resplandecientes cabalgan las líneas de los campos magnéticos. Los rayos gamma destellan y chisporrotean entre las errantes motas como vacilantes luciérnagas. Los fuegos nucleares iluminan el largo y rugiente corredor que es el impulsor principal de la nave. Nick nada, con los destellos al rojo blanco rompiendo sobre él como espuma. Allá delante ve los puntos violetas del grávido nitrógeno, y los oye escindir en carbono más una partícula alfa. Así que al final la larga cascada cede el carbono que la catalizó, carbono que iniciará de nuevo su vida en la silbante ventisca de protones que penetra por las fauces delanteras de la nave. Con la ayuda del carbono, un átomo de hidrógeno interestelar se ha ido componiendo, de un mero protón, a finalmente una partícula alfa..., una unión estable de dos neutrones y dos protones. La partícula alfa es lo más importante de todo. Huye de la confusa tormenta, llevándose consigo la energía que proporciona la fusión. El gas interestelar, de un color rubí intenso, se ve ahora emparejado, protón a protón, con el carbono como casamentero.

Nick nota que un creciente campo eléctrico tira de él. Avanza para verter su exceso de carga. Llevar aquí una capa de electrones es fatal. Corriente arriba se halla la garganta masticadora de la nave estatocolectora, donde los protones recién llegados son absorbidos y donde su energía cinética les es arrebatada por los campos eléctricos. Allí las partículas son frenadas, inmovilizadas dentro de la nave, y la energía que fluye de ellas almacenada en condensadores.

Un ciclón chilla tras él. Nick nada de costado, hacia las paredes de la cámara de combustión. El fuego nuclear que llamea a su alrededor nunca es puro, no puede ser puro debido a toda la basura espacial que entra allí como pan de cebada mezclado con granos de granito. La lluvia atómica que entra salpica constantemente el flujo de vida de las paredes, matando las franjas superconductores orgánicas que hay allí.

Nick empuja contra los campos magnéticos como caucho y arremete contra la moteada costra amarillo-azulada de las paredes. En el parpadeante resplandor de infrarrojos y ultravioletas ve el escamoso lodo que amortigua los campos magnéticos y frena el fuego nuclear en la garganta. Flexiona, agita y hace girar la forma como una anguila. Esto sitúa la pistola del haz de electrones a un radio de un milímetro. Dispara. Un crujir quebradizo brota de ella, hacia la escamosa pared. La lengua muerde y excava. Los copos se queman y ennegrecen y finalmente burbujan como brea. Las tormentosas corrientes de protones arrastran los copos, revelando el metal

azul mate de debajo. Ahora los hilos superconductores puestos al descubierto pueden iniciar por sí mismos su propio podado, la vida arrojando de sí la muerte. Sus largas cadenas de moléculas orgánicas pueden alimentarse y crecer de nuevo. Mientras Nick corta y se vuelve y excava, observa las cenizas fibras retorcerse y derivar en remolinos. Finalmente se alejan girando hacia el interior de la menguante tormenta de protones. Las fibras muertas chisporrotean y destellan allá donde los protones recién llegados las golpean, y luego, con un retumbar en su girar acústico acelerado, las ve alejarse, barridas. Mantenimiento.

Algo tira de él. Ve el fruncido colector allá donde las energéticas partículas alfa pasan a toda velocidad. Parecen luminosas avispas de jade. El colector las absorbe. Dentro serán recogidas y su energía extraída, induciendo megavatios de energía para la nave, que beberá hasta su última gota de impulso y las arrojará a un lado, una estela de átomos rotos.

De pronto gira hacia la izquierda —*Jesús, cómo puede, piensa*—, y los campos colectores lo azotan. Un megavoltio por metro de agitados vórtices eléctricos tira de él. Es enorme y rápido e implacable para Nick (aunque para la nave es una agitación menor en su impulso total), y los zarcillos magnéticos se clavan en sus girantes superficies resplandecientes. La abertura del colector es una boca engullidora, aullante. Chorros de resplandecientes átomos giran junto a él, burlones. Las paredes más próximas a él contrarrestan su movimiento incrementando sus campos magnéticos. Las líneas de fuerza se tensan y arraciman.

*Cómo hizo esto...* es todo lo que tiene tiempo de pensar antes de que un punto abrasador florezca cerca de él. Su presencia tan cerca del colector ha alterado las combinaciones allí. Sus ojos se desorbitan. Si la reacción escapa al control puede arder a través de la cámara de la nave, a través del asteroide de roca más allá, y clavarse con su ardiente fuego en la nave, en dirección al domo de vida.

Un rugir como de instrumentos de metal. El colector absorbe materia a sus talones. Los iones avanzan al rojo blanco. Un nudo de advertencia le golpea. Enmarañadas cuerdas magnéticas se tienden hacia él, cerrándose en torno a la brillante piel.

El pánico atenaza su garganta. Dispara desesperadamente su pistola de haz de electrones contra la pared, esperando que esto le proporcione un empuje, un nuevo vector... No es suficiente. Los anaranjados iones florecen y se hinchan a su alrededor...

La mayor parte del equipo había terminado de vestirse. Estaban cansados, y sin embargo la relajación de haber acabado el trabajo traía consigo una subcorriente de celebración. Ignoraron a Nick y salieron del vestuario, en dirección a sus familias o sus citas o sus sensores de varios tipos. Un olor a sudor y cansancio flotaba en

el denso y casi inmóvil aire. El equipo reía y se gritaba viejos chistes uno a otros. Nick permaneció sentado en el banco con la cabeza entre las manos.

—Yo..., no lo logré. Lo estaba haciendo bien, atrapaba esa mierda a medida que llegaba hasta mí, y luego algo agarró...

Habían tenido que sacarlo con un robot buscador. Estaba como muerto, inoperante, aferrado al revestimiento de la garganta, luchando contra las corrientes. Los embates empujaban tu sangre hacia abajo, hacia tus entrañas y piernas, las g extras te abofeteaban contra las mamparas y hacían que grandes manchas oscuras cruzaran tu visión, enjambres de puntos púrpura flotaban por todas partes, huecos ruidos traqueteantes brotaban de los micros transductores, náuseas, el dolor extendiéndose por tus brazos...

Habían necesitado tres horas para conseguir meterle, y tres más para limpiarle. La mayor parte de sus circuitos estaban simplemente quemados, una chatarra inútil. La peor pérdida era el acero de alto grado, completamente cribado de neutrones y fisurado por fragmentos nucleares. Las fundiciones de la nave no podrían reemplazarlo, no disponían de laminadora desde hacía más de una generación. Su neuroíndice parecía estar bien, pero sería incapaz de trabajar durante una semana.

Estaba aún aturdido, y no conseguía sacarse el recuerdo de la cabeza.

—No lo conseguí, yo...

—Quizá la cosa fue demasiado rápida para ti hoy —murmuró Faye.

Jake sonrió y no dijo nada.

—Quizá será mejor, ¿sabes?, que te tomes un descanso. Siéntate durante unas cuantas sesiones. —Faye torció ligeramente la cabeza hacia él.

Nick los miró a los dos y entrecerró los ojos.

—No fue un error mío, ¿verdad? ¿Verdad? Ningún tipo de error. Alguien... —Apretó fuertemente un puño.

—Hey, no puedes probar nada —dijo Jake, retrocediendo unos pasos—. Eso puedo garantizártelo, muchacho.

—Algún bastardo me arrojó un angular extra cuando no estaba mirando, apostaré a que...

—Oh, vamos, Nick, no puedes probar esas acusaciones. Sabes que hay demasiado nivel de ruido en la garganta como para registrar lo que hace cada uno. —Faye sonrió sin el menor humor.

—Maldita sea. —Nick enterró el rostro entre las manos—. Estuve *tan* cerca, tan malditamente cerca de conseguir esa promoción...

—Vamos. Tranquilo. De acuerdo, bajaste algunos puntos, Nick, quemando de este modo toda una unidad, pero...

—Cállate. Simplemente cállate.

Nick seguía aún groggy, y notaba que la furia crecía en su interior sin foco ni resolución. Aquellos dos construirían alguna historia convincente para cubrirse las espaldas, como hacía todo el mundo cuando empujaban a otro miembro del equipo

una o dos muescas hacia abajo. El equipo no demostraba tener un excesivo amor hacia cualquiera que diera la impresión de que iba a subir por encima del resto del grupo, abrirse camino hacia posiciones superiores. Así eran las cosas, resultaba difícil que los trabajos cambiaran, y el puente parecía tan estable, todos decían que era mucho mejor cuando efectuabas un trabajo rutinario durante toda tu vida y...

—Hey, vamos, podemos ir a sentarnos un poco en el Olisqueador —dijo Faye—. No sirve de nada romperse la cabeza con esto, ¿no? Todo este, hum, trabajo me ha dado sed.

Hizo un guiño a Jake. Nick lo vio, y supo que iba a estar oyendo hablar de aquello durante semanas. El equipo le estaba diciendo que se había salido de la fila, e iba a tener que aceptarlo. Ese era el hecho, puro y simple. Apretó los puños y sintió una oleada de irritación.

—¡Hey! —llamó Jake—. Esa maldita araña todavía sigue intentando subir la pared. —Adelantó un brazo y la cogió con la mano. El pequeño animal gris se debatió, agitando las patas.

—¿Sabes?, he oído decir que hay gente allá en Comp que las conserva como animalitos de compañía —dijo Faye—. Quizá sea una de esas.

—Es una pequeña cosa asquerosa —dijo Nick.

—Uno consigue lo que puede —murmuró Faye—. ¿Has visto alguna vez un holo de un perro?

Nick asintió.

—Vi todo un filme acerca de uno, un collie creo que era, incluso salvando a la gente. Eso es un animal de compañía.

Todos miraron en silencio a la araña mientras esta tamborileaba firmemente la palma de la mano de Jake con sus patas. Nick se estremeció y se dio la vuelta. Jake la sujetaba firmemente, sin dañarla, y la deslizó en un bolsillo.

—Creo que la llevaré de vuelta antes de que Agro organice un escándalo buscándola.

Nick guardó silencio mientras los tres abandonaban los olores del vestuario y recorrían los corredores. Tomaron un atajo a lo largo de una ondulante pasarela bajo el gran domo de observación. Láminas de pálida luz azul descendían por el aire como columnas, pero iban andando y sólo ocasionalmente alzaron la vista.

**L**a enorme nave de la que formaban parte avanzaba por el estrecho corredor entre dos grandes galaxias en espiral. A la derecha del domo, la enorme masa de una de las galaxias era como un torbellino de luz, con los puntos de luz como granos de arena atrapados por un vórtice. En torno al brillante núcleo, las resplandecientes nubes de los brazos en espiral se tendían a través del plano disco, como si cortaran las oscuras nubes de polvo como un río hendiendo la jungla. Aquí y allá, de la confusión del

disco se alzaban negros torreones, allá donde masas de restos estelares habían brotado en erupción fuera del plano galáctico, empujadas por las colisiones entre las nubes o las explosiones de estrellas jóvenes.

Había sociedades inteligentes, tecnológicas, en alguna parte entre aquellas derivantes estrellas. La nave había captado sus transmisiones hacía mucho tiempo — radio, televisión, lo usual—, y había alterado el rumbo para pasar cerca.

Las dos espirales formaban un sistema binario, unido el uno al otro desde su nacimiento. Durante la mayor parte de su historia habían permanecido alejadas, pero ahora se estaban rozando dentro de un diámetro galáctico. Las detalladas observaciones de las últimas semanas, tiempo de la nave —el tiempo necesario para girar y orientarse hacia los discos gemelos— habían mostrado que aquel era el último acto: las dos galaxias no se limitarían a rozarse y escapar. Los filamentos de gases y polvo entre ellas habían creado una fricción a lo largo de los últimos miles de millones de años, erosionando su impulso orbital angular. Estaban destinadas fatalmente a abordarse.

El impacto sería espectacular: ondas de choque, compresión de los gases en el plano galáctico, y poco después nuevas formaciones estelares, abocadas rápidamente a un incremento en el índice de las supernovas, arrojando al medio estelar un enorme flujo de partículas de alta energía. La lluvia de repentina y virulenta energía destruiría completamente los entornos planetarios. Las dos espirales se unirían con una retorcida brusquedad, los discos se deslizarían el uno dentro del otro como dos platos llevados a la destrucción, y la colisión se efectuaría simultáneamente en ambos discos, en un explosivo destello de rayos X y radiación térmica de frenado. Incluso las tecnologías más avanzadas se verían arrasadas por la agostadora marea.

Los discos se movían prácticamente enfrentados, cara a cara. Las dos espirales colgaban en el amplio domo azul sobre sus cabezas como dos címbalos vistos de lado. La nave avanzaba a velocidad relativista extrema, infinitamente cercana a la velocidad de la luz, cruzando el tenue halo de gases y viejas estrellas muertas que rodeaban cada galaxia. Su velocidad comprimía el tiempo y el espacio. Los ángulos se distorsionaban a medida que el tiempo avanzaba a un ritmo cegador fuera de ella, refractando imágenes. Los efectos relativistas extremos hacían que la aproximación resultara visible a simple vista. Lentamente, los enormes discos de brillante luz parecían abrirse como un par de puertas. Brillantes zarcillos cubrían el hueco entre ellos.

Jake estaba contando una historia acerca de dos hombres en la sección CompCatynch, adornándola con chismes y bromas, intentando mantener la conversación a un nivel intrascendente. Faye le seguía, interviniendo con algunas palabras cuando el ritmo de Jake decrecía. Nick guardaba silencio.

La nave se acercó a los discos, y de pronto el otro lado del domo se llenó de estriados estallidos rojos y naranjas. Los discos se veían retorcidos, distorsionados por su mutuo tirón gravitatorio, doblándose el uno al otro, dos gemelos unidos en un

apretado abrazo. Los planos de las estrellas ondulaban, como si entre ellos soplara un enorme viento. Los núcleos galácticos llameaban con nuevos fuegos: rubí, naranja, azul moteado, oro oscuro. Las estrellas estallaban en el espacio entre ellos. Filamentos de ardientes gases en bruto formaban una telaraña que cubría la distancia entre las dos espirales. Aquel era el nutriente que alimentaba los motores de la nave. Estaban volando tan cerca de los densos polvo y gases de las galaxias como les era posible. Las fauces de la nave se extendían hacia fuera, cubriendo un volumen casi tan grande como el núcleo galáctico. Jirones de perezosos gases derivaban hacia ellos, atraídos por la embestida de los campos magnéticos. La garganta sorbía enormes nubes, convirtiéndolas en aún más velocidad.

El casco de la nave gimió cuando encontró materia más densa.

**N**ick ignora la charla de Jake, sabe que no es más que vacía estupidez, y en vez de ello piensa en el equipo, y en cómo lo hubiera llevado de haber conseguido la promoción: su misión era limpiar por término medio cinco mil metros cuadrados a la semana, como mínimo, lo cual significaba un buen diez por ciento del conjunto de la garganta de la nave, menos por supuesto las zonas de revestimiento que estaban cerradas para reparación, digamos mil metros cuadrados por término medio, de modo que, con los otros equipos trabajando en turnos de cuarenta y cinco horas, podían darle a la garganta un raspado completo en menos de un mes, fácil, aun admitiendo los retrasos producidos por las ocasiones en las que el nivel de radiación era demasiado alto para verse protegidos incluso con los trajes. Tenías que mantener los trajes operativos en más de un 99 por ciento o recibías encima todo el infierno, pero al mismo tiempo venían a ti con sus informes de especificaciones y nunca escuchaban cuando les hablabas de los retrasos, ese era tu problema y no el suyo, y te lo decían cada vez que tenían oportunidad, aquel puñado de oficiales fanfarrones de ahí arriba, descendientes de los oficiales de puente originales de la nave que habían abandonado la Tierra hacía generaciones con la intención de regresar tras un viaje circular de doce años a Centauro, sólo que la cosa no había funcionado, no habían contado con el impulsor encallándose en un empuje permanente a toda potencia, el impulsor quedándose fijo y los componentes de deceleración quemándose lentamente en el cada vez mayor flujo de neutrones de las reacciones, hasta que finalmente, cuando pudieron controlar el impulsor delantero, los deceleradores estaban acabados, más allá de toda posible reparación, y entonces la nave va no tenía nada que hacer excepto seguir avanzando, incapaz de detenerse o incluso desconectar los colectores magnéticos, porque cuando hicieran esto los átomos neutrales que seguirían llegando serían una cellisca de protones y neutrones que los acribillarían a todos en menos de un día, matándolos. Así que los oficiales dijeron que tenían que seguir adelante, mientras estudiaban, intentaban hallar alguna forma de reconstruir los deceleradores,

sólo que nadie consiguió hacerlo nunca, y la tripulación se fue haciendo vieja y siguieron avanzando, saliendo de la galaxia, y tuvieron hijos y peleas, y finalmente, tras algunos asesinatos y suicidios y cosas peores, consiguieron una estructura social estable en una maldita carrera relativista, con hijos y las hijas de los oficiales convirtiéndose ellos también en oficiales, y los de la tripulación siguiendo como tripulación, y así a lo largo de cinco generaciones va en la vieja y crujiente nave que ahora llevaba volando más de cinco millones de años de tiempo exterior, de modo que no servía de nada soñar con volver a la Tierra algún día, sólo nombres unidos a imágenes e historias, y los mismos trabajos que hacer cada día, cuidando de los cada vez más debilitados puntales y vigas, los desfallecientes motores, hallando repuestos para cada pequeño cachivache que se rompía, trabajando porque dejar de hacerlo era morir, y todo el tiempo con los oficiales diciéndote qué nuevo experimento científico habían ideado y cómo esta vez podía ser la respuesta, la clave de conseguir dar la vuelta a su propia galaxia..., un santo grial amado por la primera y la segunda generaciones pero que ahora, incluso utilizando el mayor de los aumentos, no era más que un moteado disco rubí lleno de puntitos como cabezas de alfiler cada vez más pequeños y que nadie vivo había visto de cerca. Y sin embargo había algo en lo que decían los oficiales del puente, en lo que los mandarines científicos meditaban y meditaban, algo que podía dar sentido a sus vidas...

—Parémonos aquí —cortó Jake, interrumpiendo los melancólicos pensamientos de Nick, y este les siguió a un pequeño local. Sin que se diera cuenta de ello habían abandonado el gran domo de observación. Torcieron hacia un estrecho corredor rocoso excavado en el asteroide original que era el cuerpo básico de toda la astronave.

Entre las siete mil almas que poblaban los diez kilómetros de anchura de la astronave, había comunidades y vecindarios y bares aptos para satisfacer a cualquiera. En este había densos velos de humosos euforizantes, inofensivos a menos que bebieras una poción activadora. Los turnos iban y venían, siempre había gente en el bar, un intenso surtido de rostros y edades y lenguas. Técnicos metalúrgicos, informáticos, obreros manuales, especialistas en conducciones, musculosos peones. Cadavéricos y silenciosos camareros, sirviendo impasibles un enérgico líquido marrón. Varias mujeres bailaban en un rincón, ignorando todo lo demás, cantando, marcando el ritmo.

Faye pidió bebidas, y los tres se unieron al cálido ambiente del lugar. Los euforizantes ayudaban. Se necesitaron sólo unos momentos para que se convencieran completamente de que aquella era una gente noble y notable. Alguien gritó un chiste. Las risas resonaron en el lleno local.

Nick vio en aquel rápido momento un instante de duradera gracia: qué encantador resultaba cuando Faye se olvidaba de sí misma y reía desinhibidamente, abriendo una boca tan grande que podías ver toda su ovalada caverna, con su fruncido techo rosa y la arqueada lengua viva con la tensión. La impresionante oscuridad en la parte de

atrás descendía a profundidades que valía toda una vida explorar, todas ellas reveladas en un momento fugaz como un don casual: una belleza momentánea e incidental que eclipsaba los estudiados y largamente aprendidos trucos de las mujeres y las hacía infinitamente más misteriosas.

Ella le dirigió una irónica y rápida sonrisa. Él le devolvió un desconcertado ceño fruncido. Quizá nunca le había prestado a la mujer una atención adecuada, nunca había captado sus dimensiones. Se echó hacia delante para decir algo, y Jake interrumpió sus pensamientos diciendo:

—Hey, mirad. Dos tipos del puente.

Y allí estaba, sí. Una pareja del puente, no simples oficiales sino científicos; llevaban las serenas insignias azules en sus mangas. Esa gente raras veces acudía a aquellas partes de la nave; sus aposentos estaban alojados en las profundidades rocosas del núcleo del asteroide.

—Ve si puedes oír lo que están diciendo —susurró raje.

Jake se encogió de hombros.

—¿Por qué tendría que preocuparme?

Faye frunció el ceño.

—¿Quieres seguir siendo siempre una mierda?

—Oh, cállate —dijo Jake, y fue en busca de más cerveza.

Nick observó al científico que estaba más cerca de él el hombre, mientras este alzaba una pesada botella de champán y la vaciaba. Tenían que tratar con biopónicos pensó. Bebían profusamente. El fruncido papel de aluminio dorado del cuello de las botellas era cuidadosamente recogido para ser vuelto a utilizar; el hermoso fondo cóncavo del cristal había sido indudablemente mimado por su propio abuelo. Aquello era una celebración.

Nick tendió el oído para escuchar.

—Sí, pero los últimos datos muestran de modo definitivo que hay masa suficiente, sin la menor duda.

—Quizá, quizá —dijo la otra—. Debo decir que nunca pensé que hubiera la suficiente entre los racimos como para añadir tanta...

—Pero *la hay*. Sin ninguna duda. Mira los datos de Fenetti, claros como la nariz en tu cara. Entre los racimos hay la suficiente densidad de masa como para cerrar la geometría del universo, invertir la expansión.

Maldita sea, pensó Nick. Están hablando del problema de la masa crítica. Aquí, en público.

—Sí. Parece que mi trabajo anterior estaba equivocado.

—Mira, esto abre posibilidades.

—¿Cómo?

—La expansión tiene que detenerse, ¿no? Así que, una vez lo haga y las cosas empiecen a implosionar, la densidad de los gases a través de los que se mueve la nave se hará progresivamente mayor, ¿no?

Jesús, pensó Nick, la detención final de la expansión universal, miles de millones de años...

—De acuerdo.

—Así que nos aceleraremos más, el índice relativista será mayor..., todo el proceso externo aumentará de velocidad, tal y como lo vemos.

—Correcto.

—Entonces podremos sentarnos y contemplar cómo se desarrolla todo a nuestro alrededor. Quiero decir, el tiempo a bordo de la nave, desde ahora hasta la implosión de todo el universo, calculo que puede que sean sólo trescientos años.

—¿Tan poco?

—Haz el cálculo.

—Hummm. Quizá sí, si recogemos suficiente masa en los campos del colector. Esta zona que estamos atravesando ahora también ayuda.

—Por supuesto que lo hace. Y se agudizará más en las próximas semanas. Mira, estamos alcanzando velocidades que significan que pasaremos cómo exhalaciones junto a galaxias *cada día*.

—Oh. Si podemos vivir un par de siglos más, tiempo de la nave, podemos llegar a ver como todo se colapsa de nuevo sobre sí mismo.

—Bueno, mira, se trata sólo de cifras preliminares, pero creo que podemos conseguirlo. En esta misma generación.

—Jesús —dijo Faye—, no puedo entender nada de lo que están diciendo.

—Yo sí —dijo Nick. Conocer la jerga ayudaba. La había estudiado como parte de su programa para propulsarse hacia arriba, hacia una vida mejor. Mira los oficiales, podían integrar con los ojos cerrados las ecuaciones del campo gravitatorio, o decir cómo estaba evolucionando una galaxia con sólo mirarla, o calcular la densidad de los gases que había frente a la nave con sólo echarle una ojeada a una de las bandas de rayos X de los detectores. *Sabían*. Él también tenía que saberlo, eso y mucho más. Así que estudió mientras el resto del equipo se dedicaba a sus cosas.

Frunció el ceño. Todavía estaba sorprendido, intentando pensar en lo que acababa de oír. Si la masa total entre los racimos de galaxias era lo bastante grande, la materia extra proporcionaría la suficiente energía gravitatoria como para hacer que todo el universo invirtiera su expansión y cayera hacia atrás, hacia dentro, con el tiempo suficiente...

Jake estaba de vuelta.

—Hay demasiado follón allí dentro —dijo—. Olvidad las cervezas, el bar está atestado. Vámonos.

Nick volvió a mirar a los científicos. Uno de ellos se inclinaba ansiosamente hacia delante, el rostro hinchado y purpúreo, congestionado con la fuerza de las palabras que estaba destilando al oído del otro. No pudo descifrar nada más de lo que estaban diciendo; estaban recitándose fórmulas matemáticas el uno al otro.

—De acuerdo —dijo.

Abandonaron el clamor del bar y volvieron sobre sus pasos, por el domo de observación. Nick sintió una excitación curiosa.

Nick sabe cómo dirigir el equipo, sabe cómo mantener el equipo en funcionamiento aunque falle el voltaje, puede desmontar la mayoría de los trajes en menos de una hora utilizando sólo herramientas normales, lo ha estado haciendo durante cuarenta años, todas aquellas herramientas eléctricas de por ahí, la mayor parte del equipo no sabe ni siquiera darle vueltas a un tornillo sin utilizar una de ellas o sin oír el *rrrrttt* neumático no importa el derroche de lubricantes cuyo secreto se ha perdido para siempre y nadie a bordo sabe sintetizar, las herramientas fallan a menudo ahora, te pillan los dedos a la menor ocasión, hacen que se te hinche la mano durante al menos una semana, y el equipo se queja durante todo el tiempo porque tiene que repararse su propio material, improvisar nuevas piezas cuando una se estropea, se queja porque tiene que modelar y fabricar sus propios microchips, no es fácil encontrar piezas de repuesto que poner en lugar de las antiguas como lees que hacían en la primera generación, y que Dios te ayude si un hombre o una mujer del equipo sufre un accidente fatal trabajando en la garganta, porque entonces tus beneficios se ven mermados por el coste de mantenerlo/a congelado, a la espera de una cura que nunca llegará, del mismo modo que la Tierra nunca volverá, puesto que el planeta debe llevar muerto al menos un millón de años, y en alguna parte ha leído que los cadáveres helados a bordo consumen un dos por ciento de la provisión total de energía, y cada vez es más, pero entonces piensa en aquella charla allá en el bar y lo que puede significar, avanzar y avanzar hasta poder ver el maldito final del universo...

—Tienes que admitir que esta vez te atrapé, Nick —está diciendo Jake mientras se aproximan al domo—. Me acerqué a ti tan liso como el cristal, estabas tan enfrascado en tu trabajo que no viste nada, y te di un impulso rotatorio extra, *hombre*, tendrías que haber visto tus piernas agitarse mientras te alejabas rodando...

Jake se echa a reír.

... Y lo peor de vivir así en el bolsillo de los demás es que empiezas a odiar todo lo pequeño, incluso a los jóvenes, los chicos cuestan demasiado, no es que esté contra ellos, demonios, tienes que mantener las familias o de otro modo se echarán los unos al cuello de los otros en menos de un año, tienes que recordar a tu abuelo que estuvo en el Tercer Intento de los deceleradores, estuvieron a punto de conseguir situar en su lugar algunos nuevos magnetos antes de que la turbulencia del plasma hiciera estallar

todo el almacén y los perdieran, cada familia tuvo entonces algún antepasado que salió volando por la garganta y desapareció en la nada, a los chicos se les hizo recordar esto constantemente, aunque los pequeños bastardos no fueran a ocuparse más que de los tubos biopónicos y otros lugares así, no tuvieran ninguna otra cosa que hacer excepto estudiar y trabajar, como habían hecho él y los demás durante todas sus vidas, la vida media de un tripulante dura doscientos años o así ahora, todos consiguen la mejor biomedicina (era una suerte que hubieran embarcado tanta para Centauro), los oficiales del puente quizá incluso más, reciben cantidades de incremento sensorial para ayudarles a superar lo más difícil, y todo para seguir funcionando, o incluso avanzar un poco, como ese asunto de la jefatura de su equipo, había estado *tan* cerca de conseguirlo y se lo habían arrebatado, los bastardos de mentes estrechas jodidamente asustados de lo que él pudiera hacer, eso era, cincuenta unidades más de crédito que ellos, no como ser un oficial o algo así, sólo avanzar un poquito en el trabajo, arañar un poco más, y se habían reído de él por ello, y ahora esta boca al lado de su oreja lo está contando, alardeando delante de Faye, Faye que se merecería una segunda mirada si pudiera salirse de la sombra de estas bocas *donmierda...*

**J**ake estaba en mitad de una frase, arrastrando la voz. Nick lo agarró por el brazo y lo hizo girar sobre sí mismo.

—Sigue riendo, jodido bastardo; simplemente sigue...

Lo agarró por la garganta y se inclinó hacia delante. Lo alzó, apretando a Jake contra la barandilla de la pasarela. Jake se debatió, pero sus pies habían abandonado el suelo, y se encontró en equilibrio sobre la barandilla, a medio camino de una caída de veinte metros. Golpeó con un puño cerrado, pero Nick ni se movió.

—Hey, hey, vamos, dejad esto —exclamó Faye.

—Sí, mira..., tienes que aceptar las cosas... tal como vienen —silbó Jake entre apretados dientes.

—Vosotros dos me lo hicisteis, y luego os habéis echado a reír, y no creo que sepáis que sois..., sois... —se detuvo, buscando las palabras, sin encontrarlas.

**R**acimos globulares de estrellas flotan en el halo más allá de las espirales. Llamean junto a la nave como inmensos candelabros de estrellas. Extrañas masas de retorcidos gases cruzan la extensión del domo sobre sus cabezas. Torturados grumos de chisporroteante materia son barridos al interior de la boca magnética de la nave. Mientras se arquea hacia el interior del aparato, libera destellos de luz incandescente. Estrellas nacidas en la turbulencia originada por la nave, gases comprimidos

colapsándose en vidas de luciérnaga antes de que la garganta de la nave las devore. En el tiempo de un parpadeo a bordo, mil años de evolución estelar han transpirado en el agitado domo allá arriba.

La nave había excavado un profundo sendero a través del angosto estrecho entre los discos. Había consumido enormes cantidades de gases y polvo, quemando parte para obtener su energía, esparciendo el resto como fresca energía eyectada en su estela. Los gases salían a borbotones, alejándose de las galaxias, incapaces de unirse a la creciente fricción que las atraía la una a la otra. Más bien frenaba su colisión, dando a los resplandecientes mundos de allá abajo otro millón de años para planear, para descubrir, para luchar contra la inminente catástrofe. La propia nave, hecha enorme por los efectos relativistas, debía brillar en los cielos nocturnos de mil millones de mundos como un punto que ardía ferozmente, emitiendo a frecuencias imposibles, hendiendo los kilo-parsecs de espacio con su glotona garganta magnética, consumiendo.

—Déjalo, Nick —dijo suavemente Faye.

Nick sacudió la cabeza.

—No. El problema con un tipo como este es que no consigue nada excepto fastidiar a la gente. No tiene pers... perspectiva.

—Pero déjalo, Nick —dijo Faye.

**E**ncima de ellos, el domo mostró brevemente la visión más allá de la nave, donde los motores a reacción derramaban los crudos desechos de los impulsores a fusión. Más lejos, a lo largo de su trayectoria, se divisaban tenues filamentos, volutas de luz marfileña. Era el Grupo Local, el racimo de galaxias que contenía la Vía Láctea, su hogar. Un ser humano podía alzar la vista, extender una mano, y un simple pulgar cubriría fácilmente la débil mancha que era de hecho un conjunto de galaxias espirales, elípticas, enanas e irregulares. Era una pequeña parte de una asociación mucho mayor de galaxias llamada el Superracimo Local. La nave estaba pasando más allá de los límites del Superracimo Local, abriéndose camino hacia fuera a través del tenue halo de resplandecientes galaxias al azar que se desvanecían en el abismo negro más allá. Iba a ser un largo viaje cruzando aquella extensión, hasta alcanzar el siguiente superracimo: una pálida bruma azul que se agitaba y oscilaba ante el morro de la nave, una luz líquida distorsionada por la relatividad. Por el momento el brillo de su próximo destino se perdía en el duro resplandor de las dos galaxias. Los discos bostezaban y giraban en torno a la nave, dos losas de ardiente oro y naranja oscuro, refractadas, moviéndose de acuerdo con los retorcidos efectos ópticos de la relatividad restringida. La compresión de las longitudes de onda y el estrujamiento

del propio tiempo hacían que los discos parecieran abrirse, inmensas puertas resplandecientes nadando en el vacío, abriéndose para dejar paso a este artefacto que aumentaba más y más su velocidad, cabalgando una estela de salpicante luz violeta.

Nick empujó al hombre un poco más sobre la barandilla. Los brazos de Jake aletearon en el aire y sus ojos se desorbitaron.

—De acuerdo, de acuerdo, tú ganas —gruñó Jake.

—Vas a subir arriba, y les dirás que me hiciste uno de tus trucos.

—Yo..., de acuerdo.

—Bien. O de otro modo, bueno, va a pasarte algo. —Nick dejó que las piernas de Jake volvieran a apoyarse sobre el suelo de la pasarela.

—No tenías que haber puesto su cuello en peligro —dijo Faye—. Lo hubiéramos aclarado todo por ti, si tú...

—Sí, claro —dijo hoscamente Nick.

—Maldito bastardo, debería...

—¿Sí?

Jake respiraba pesadamente, sus ojos miraban hacia todos lados, pero Nick sabía que no intentaría nada. Podía juzgar algo así. De todos modos, pensó, él tenía razón, y ellos lo sabían. Jake hizo una mueca, agitó la cabeza. Nick agitó una mano, y siguieron andando.

—¿Sabes cuál es tu problema, Nick? —dijo Jake al cabo de un momento—. Te gusta esta araña de aquí.

Jake sacó la araña del bolsillo de su mono y mostró su cuerpecillo gris. La araña se agitó, pero estaba atrapada.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó Nick.

—No tienes perspectiva de equipo. No sabes lo que está ocurriendo realmente. Como tampoco lo sabe esta araña. Estaba en el vestuario, pero no apreciaba lo que había allí. Quiero decir, el centro de toda la maldita nave es este precisamente, el equipo.

—¿Sí? ¿De veras?

—Esta araña no aprecia lo lejos que ha llegado de Agro. Tú tampoco, Nick. No aprecias cómo te ha ayudado el equipo, hasta qué punto tendrías que estarnos agradecido, cómo no tendrías que estar empujándonos constantemente.

—La araña tiene unos ojos pequeños, no dispone de gafas —dijo Nick—. No puede ver más allá de tu mano. No puede ver esas estrellas de ahí arriba. Yo, en cambio, sí.

Jake escupió.

—Maldita sea, con relación a la araña, tú eres...

—Yo puedo verlas —dijo Nick.

—Mira, Jake —dijo Faye—, quizá debieras dejar de incordiarle constantemente;

él...

—No, acaba de dar en el clavo —dijo Nick, con voz repentinamente suave—. Todos estamos intentando ser tipos normales en la nave, ¿no? Deberíamos mantenernos unidos.

—Ajá. Tú empujas demasiado.

Por supuesto, pensó Nick. Por supuesto que lo hago. Y lo siguiente que voy a empujar es a Faye, para apartarla de ti.

... La forma como su cuello se arquea hacia atrás mientras ríe, de una forma casualmente graciosa en la que, nunca antes había reparado, una animada nota que lo atraía, y su amplia sonrisa, pero también era sólida, hizo un buen trabajo en la zona de turbulencia de allá atrás la semana pasada, algo que nadie más hubiera podido manejar, con los rojizos gases llameando a todo su alrededor, una buena mujer para tener a tu lado, y quizás él necesitara un buen apoyo como aquel, porque ahora sabe lo que quiere realmente: ser un oficial algún día, no era imposible, sólo difícil, y la única forma era empujando. Todo aquel arañar y arañar por unos cuantos créditos más, quizás una comida un poco mejor, no era eso, no, tenía que haber algo más, los oficiales mantenían el juego de las promociones porque necesitamos tener algo que mantenga a la gente ocupada y trabajando, algo que aparte nuestras mentes de lo que hay fuera, de lo que ocurrirá si —no, *cuando*— el impulsor falla, adonde vamos, sólo que estos dos no saben que no nos dirigimos al olvido en un universo que avanza hacia la oscuridad, sino que estamos yendo a ver su inversión, estamos destinados a ser testigos de la recesión, contemplar cómo las galaxias vuelven a la sopa primordial mientras se comprimen de vuelta todas juntas y la nave vuela más y más aprisa, siempre más aprisa, mientras absorbe el polvo del tiempo y se empuja aullando, de vuelta a la masa primigenia que lo creó todo y que algún día —¡infiernos, si puede vivir lo suficiente, incluso podrá contemplarlo!— lo comprimirá todo en un pequeño punto de luz y masa, eso es algo que vale la pena vivir para ver...

Faye dijo suavemente:

—Piensa sólo en todo lo bueno que hemos hecho ahí atrás. Hemos salvado quién sabe cuántas civilizaciones, miles de millones de criaturas vivas, les hemos dado un respiro.

—Correcto —dijo Jake, con voz distraída, pensando aún en su derrota.

Faye asintió, y los tres siguieron andando por una ondulante pasarela, en dirección al bar donde debía estar el resto del equipo. La nave seguía empujando hacia delante mientras las galaxias en espiral caían ahora hacia atrás, enrojecidas hasta convertirse en ascuas rojas por el efecto Doppler.

La nave había limpiado el espacio entre ellas, había pospuesto la inminente

colisión. Los científicos habían visto esta posibilidad, habían persuadido al capitán de que efectuara la ligera desviación que les permitiría estudiar las galaxias y con ello acelerar la nave aún más. La nave estaba ahora más cerca que nunca del filo de la velocidad de la luz. Su meta no era un destino específico, sino más bien seguir adelante, aprendiendo más, estudiando las motas de luz refractada más allá, luchando con los motores, avanzando firmemente mientras el universo se enrollaba sobre sí mismo, mientras la entropía aumentaba y las últimas estrellas se apagaban. Llevaba en su interior la carga destinada a Centauro, los registros de las vidas pasadas de toda la humanidad, una biblioteca para la colonia allá. Si el impulsor resistía, los llevaría hacia delante hasta el último ápice de tiempo.

Nick se echó a reír.

—No es que ellos lo sepan, o que siquiera les... —Se detuvo. Estaba a punto de decir: *o que siquiera les importe en absoluto qué maldito Dios lo hizo*, pero sabía lo que sentía Faye respecto a usar el nombre de Dios en vano.

—Oh, por supuesto que lo sabrán —dijo Faye, con los ojos brillantes—. Éramos una brillante y ardiente fuente de todo tipo de radiaciones. Sabrán que fue una pieza de alta tecnología.

—¿Grandes luces en el cielo? Podrían ser naturales.

—Con un buen espectrómetro...

—Sí, pero nunca podrán estar seguros.

Ella frunció el ceño.

—Bueno, el escape de una nave estatocolectora tiene que parecer raro, sin el menor parecido con una estrella ni nada semejante.

—Teniendo en cuenta el enorme efecto relativista, nuestras emisiones aparecerán como un faro. Un pequeño y estrecho cono de radiaciones entremezcladas. Empujadas hacia delante por el efecto Doppler. Así que no pueden vernos durante todo el tiempo. La mayoría de ellos nos han visto solamente por unos pocos años y basta —dijo Nick.

—¿De veras?

—Resulta difícil elaborar una teoría científica sobre algo que ocurre solamente una vez, dura muy poco, y no se repite.

—Quizá.

—Puede que simplemente piensen que se trató de algo innatural. Sobrenatural. Un dios o algo así.

—Hum. Quizá. —Faye se encogió de hombros—. Vamos. Tomemos algo más antes de que se nos acaben las horas libres.

Siguieron su camino. Sobre ellos, los grandes cuchillos de luz cortaban el aire, cambiando incesantemente, y los humanos siguieron andando, sus pequeñas voces indomables, avanzando, avanzando.

---

## Comentario

---

Siempre he sido incapaz de lograr que mi subconsciente elaborara claras categorías. Quizá se deba a que intento extraer de él tanto trabajo como me resulta posible, y de alguna forma esto provoca que esas misteriosas profundidades hagan saltar una sinopsis aquí y otra allí.

No dispongo de mucho tiempo libre para escribir, porque mis días están llenos con los interminables y abrumadores detalles de ser un profesor de física. Así que intento pasar el tiempo de que dispongo para escribir escribiendo —pulsando teclas— en vez de mirar al espacio, meditando sobre el brumoso mundo que estoy inventando.

Esto significa que necesito un cierto sentido de que sé hacia dónde voy, antes incluso de sentarme a escribir. A lo largo de los años he ido desarrollando métodos para obligar a mi subconsciente a hacer todo esto —el trabajo realmente duro— de modo que yo, sentado ahí arriba en el ático consciente iluminado por el sol, disfrute de los beneficios de los trabajos realizados en el oscuro y húmedo sótano.

La mayor parte de las veces sueño despierto. Utilizo ese conocido efecto gracias al cual, cuando uno sube a su coche al final de un día de trabajo, a menos que esté alerta, conduce inconscientemente hacia su casa. Aprovecho estas ocasiones para trastear con mis argumentos.

Las ideas básicas surgen a menudo cuando me despierto. Sigo tendido un rato, fingiendo estar aún dormido, y derivo por intrincados corredores, manoseando montones de chatarra que tal vez contengan algún viejo pote de hierro o un trapo aceitoso. Y resulta útil. ¿Por qué no hacer que X le haga Y a Z?, pregunta una voz, y eso es lo que hago la siguiente vez que me pongo a castigar las teclas.

Guardo todo esto en pequeños cuadernos de notas, con etiquetas para DIÁLOGO O AMBIENTACIÓN O MATERIAL ESTÚPIDO PERO CURIOSO. Al escribir, recupero estos fragmentos de basura, y de ellos extraigo interesantes criaturas de ficción.

Estaba en mitad de una novela difícil, A través del mar de soles, y acababa de escribir uno de sus capítulos el día anterior. Cuando desperté a la mañana siguiente, tenía en la cabeza las líneas generales de otra historia completamente distinta, cuya escena central era muy parecida al capítulo recién terminado.

Estupendo, *pensé*. Esto va a ser fácil.

Insultado por la forma casual en que di por sentado todo el trabajo, mi subconsciente me llevó sin problemas hasta la mitad de la historia, y entonces

se clavó en seco. Aguardé. Una semana, dos, tres. Nada. Me dediqué a un montón de física matemática, escribí un artículo científico, acudí a una conferencia sobre física de plasmas. De alguna forma, tras colgarse de aquella escena inicial —la que empieza: «Nick permanece tendido, mudo...»—, mi mente inferior me permitió unas cuantas páginas más y luego, simplemente, se detuvo.

Necesité meses para conseguir extraer finalmente algo de lodo aquello. Escribí otras cosas, incluso algo de ficción. No se trataba de un bloqueo de escritor, sino simplemente de un bloqueo de la historia.

Luego, un día, estaba ojeando algunas revistas en la biblioteca, y tropecé con un artículo acerca de las emisiones de gases a grandes velocidades en astrofísica. El autor señalaba los extraños efectos que aprecia uno cuando ve lateralmente una emisión relativista de partículas. Instantáneamente invertí la situación, y me pregunté qué aspecto tendría el universo exterior para las partículas.

Abandoné la biblioteca y me dirigí de inmediato a casa, dejando que alguna subrutina condujera el coche. Cuando llegué a ella (sano y salvo), tenía toda la historia encajada, sólo que era completamente distinta de lo que había pensado al principio que sería. En un cierto sentido, ahora era mi homenaje a la notable novela de Poul Anderson «Tau Cero»..., aunque no creo que recordara conscientemente ni por un momento esa obra durante el proceso.

Así es como la misma escena aparece (aunque modificada) en dos lugares distintos. Este no es tampoco el único lugar donde ocurre. Posteriormente he intentado eliminar la escena de la historia, pero no he podido hacerlo. El problema de conseguir una ayuda «libre» es que tienes que aceptarla tal cual, o desecharla.

## El fin de la mañana

Sábado por la noche, y todos ellos perdidos en el atestado bar del Eucalyptus Boulevard. Se abrían paso con los codos por entre la multitud y encontraban amigos, aquella gente de su misma edad, pedían unas copas, contemplaban las nubes de cristal en el techo configurar lívidas historias carnales. Pero las mejores historias eran las que se contaban entre sí: *Janek consiguió algo sensacional pero necesita un gran reparto, senso y todo, no veas el trabajo, yo... Así que vuelvo y me encuentro a un montón de gente viviendo en mi oficina, por el amor de Dios, con toda su colada colgando y los escritores desaparecidos, simplemente desaparecidos, los archivadores volcados formando particiones... ¿Programadores, quién necesita programadores?, dice el tipo ese a la multitud, y Jeff arroja una... Podría seguir manejando uno de esos cacharros de tres plazas, diez velocidades y todo lo demás, si algunos bastardos no los hubieran cascado todos reduciéndolos a meros carricoches que... Me preguntó por qué, y supongo que simplemente es porque deseo estar cerca de los viejos centros, con la esperanza de que algo de la buena moneda brasileña venga de nuevo como en el 72 y un buen tipo petrolero se decida... El hambre la hizo reina, y no va a dejarse calentar la cabeza por ninguna fábrica que intente...*

Sólo una mujer en el bar comía sola, metida en un rincón en sombras, lejos de la aceitosa luz. Tenía huesos grandes y piel bronceada, sus pantalones de pana y su blusa estaban cortados de una manera que indicaba que los había escogido deliberadamente así; parecían mantener su cuerpo encajado antes que envolverlo. Sólo llevaba sombra de ojos, y estos eran tan separados que su rostro parecía más amplio de lo que era en realidad, más abierto, del mismo modo que su pelo peinado hacia atrás desnudaba su rostro más de lo necesario. Sus largos mechones estaban recogidos con un clip y tenía ocasionales mechuras rubias, todo ello suficiente como para suponer que, con un ligero tratamiento, hubiera podido ser una belleza impactante. Comía firmemente, sin vacilaciones, enrollando largos cilindros de spaghetti de alcachofas y pasándolos por la roja salsa antes de darles precisos bocados. De alguna forma, las tiras verdes no se rompían libremente y colgaban cuando hacía esto. Ignoraba el zumbido de las charlas a su alrededor y bebía regularmente de un vaso de oscuro vino tinto. De tanto en tanto alzaba la vista, no al girante entramado sobre los enmarañados cuerpos en primer plano, no a la multitud de la noche del sábado con sus elegantes ropas, sino hacia la puerta.

El hombre que estaba aguardando apareció allí, y se abrió paso empujando con los hombros por entre una carcajeante masa de empedernidos bebedores de una cierta edad, justo después de las 18:00, treinta minutos tarde. Llevaba una arrugada chaqueta sintética, antigua, como algunos otros que había visto en el bar.

—Joanna, lo siento, llego tarde.

—Empecé sin ti —dijo simplemente ella, masticando.

—Sí. Un buen vino de la casa, ¿verdad? Petite Sirah.

—Ajá.

Se sentó y se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la barnizada superficie de la mesa de pino.

—Ya he tomado algo.

—¿Oh? —Ella alzó una ceja. Le pareció agitado y pálido, pero quizás esto último fuera porque estaba tan acostumbrada a ver gente bronceada; todo el mundo en la ciudad le había parecido hoy como si estuviera enfermo, ahora que pensaba en ello.

—Sí. Yo, esto, he estado celebrándolo. Con algunos amigos.

—¿Celebrando el regreso a Grandes Esperanzas? —sonrió ella—. Eso no suena como el Brian que yo...

—No. Voy a volver.

—¿Qué?

—Voy a volver..., de vacaciones.

—Quieres decir que vas a volver a alquilarte. —La mujer hizo una mueca y dejó a un lado su tenedor.

—Está bien, como quieras describirlo —dijo él con voz tensa.

—Vosotros los conectados tenéis vuestro pequeño vocabulario —murmuró ella burlonamente—. *Iros de vacaciones*. Suena como un viaje gratis a alguna parte.

—Lo es.

—Robarte tu *vida* es...

—Joanna. —Hizo una pausa—. Ya hemos discutido esto antes.

—Mira. Sabes que a Grandes Esperanzas no le gusta que te vendas de esta forma...

—Aceptaron dejarme hacerlo.

—Sobre una base ocasional.

—De acuerdo, ahora es un poco *menos* ocasional. Digámoslo así.

—Y una mierda.

—No te debo...

—Un infierno no me debes. Grandes Esperanzas ha tolerado que alquilaras tus lóbulos durante... ¿cuánto?, tres años, intermitentemente. Te dejamos ir a San Francisco y conectarte, luego desconectarte y derrochar la paga en...

—Vivir a lo grande —dijo él sarcásticamente. Su rostro se crispó en una tenue sonrisa.

—Correcto. En tus diversiones de ricachón.

—Viajes. Buena comida. Demasiado para tus gustos, lo sé, pero bueno pese a todo. Pero en cuanto al resto, Joanna..., es *trabajo*. En estos días estoy llevando a cabo una serie de problemas de física malditamente interesantes.

—E inútiles —dijo ella con decisión.

—Es probable. Dinámica no lineal..., no sirve de mucho para cosechar patatas.

—Nunca cosechaste patatas. Recogías legumbres.

—Es el mismo tipo de trabajo.

Los ojos de ella llamearon.

—El trabajo en grupo no es *nunca*...

—Lo sé. Lo sé. —Brian agitó cansadamente una mano y miró a su alrededor—. Creo que voy a tomar un poco de esta tinta roja.

Se puso en pie y se abrió camino por la atestada sala hacia el barril de vino y los vasos. No había camareros allí, para mantener los costos bajos. Joanna lo observó ir y volver, y de pronto le sorprendió el hecho de que Brian se estaba volviendo viejo, al menos cuarenta y cinco ahora. Tenía una forma pesada de moverse que no estaba acostumbrada a verle en Grandes Esperanzas.

—Es bueno —dijo él, sentándose de nuevo. Dio un sorbo y estudió el cargado aire a su alrededor. Había un olor acre, como a moho.

—¿Teníamos que encontrarnos aquí? —dijo Joanna, mientras se ponía a comer de nuevo.

—¿Por qué no?

—Todos esos viejos..., bien, algunos de ellos parecen más bien remendados.

—*Están* remendados. Así es como funcionan aquí las cosas.

—Si se preocuparan un poco de sí mismos, si hicieran algo de ejercicio...

—¡Ja! Mira, mi robusta muchacha del terruño, esa gente son artistas, ingenieros, científicos, administradores, hombres y mujeres con educación. Les gusta vivir en la ciudad, aunque sea en este pequeño pueblo, a doscientos kilómetros de distancia de la ciudad donde todos querrían vivir, San Francisco.

—Un puñado de sofis cabezahuecas —dijo ella, sin dejar de masticar.

—¿Sofis?

—Sofisticados, ¿no es así como os llamáis vosotros mismos?

—Oh, nos habéis dado un nombre.

—¿Por qué no? Vosotros sois el principal problema allá en Grandes Esperanzas. Siempre deseando lo que ya no podéis tener.

Él se humedeció los labios.

—Deseamos los viejos días. Buenos trabajos. Tener algo que valga la pena.

—Posesiones —dijo ella irónicamente—. Sólo que *ellos* os poseen *a vosotros*..., y eso es lo que olvidáis.

—Todavía recordamos la dignidad de todo ello.

Joanna dio un bufido y bebió un largo sorbo de vino.

—Así alimentáis vuestros egos.

—¡No! —exclamó él ansiosamente—. Había gente, ideas, ocurrían cosas.

—*Nosotros* estamos haciendo que ocurran cosas, si es eso lo que queréis —dijo ella. Terminó la última cinta verde y dejó caer su tenedor en el plato con un tintineo. La gruesa loza estaba recubierta por una capa de grasa.

—Sobrevivís, eso es todo —murmuró él.

—Hay buenos problemas que resolver. No somos simplemente un puñado de granjeros simples de espíritu, ¿sabes? Pareces haber olvidado...

—No, no lo he olvidado. El conectarse no embota la memoria.

—Bueno, debe hacerlo. De otro modo regresarías con el grupo de gente que se preocupa por ti.

—¿De veras? ¿O me queréis para remendar vuestros sistemas quim y bio?

—Sí —dijo ella a regañadientes.

—Y sentarme por las noches, enganchado a la tridi comunal o mortalmente aburrido.

—Hacemos más que eso —dijo suavemente Joanna.

—Lo sé. Y tú tienes unos muslos maravillosos, Joanna, pero no pueden abarcar todos mis problemas.

Ella sonrió y se pasó la mano por el pelo tensamente echado hacia atrás.

—Sigues siendo tan sexualmente posesivo como siempre, ¿no?

—Terriblemente al estilo antiguo, ya lo sabes.

—Hummm —dijo ella. Brian alzó el vaso hacia ella en un saludo burlón y fue a llenarlo de nuevo. Joanna se reclinó en su silla, reflexionando melancólicamente. Repasado, trabajando con una especie de resignada energía hasta su último día. La mujer le había dicho a Joanna mientras entraba en el dormitorio para echarse lo que resultó ser por última vez: «¿Sabes, querida?, no es cierto que el sufrimiento ennoblezca a la gente». Había dejado de darse masaje en la cadera, con una mueca. «Simplemente la frustra». ¿Así que era esto..., Brian y el resto de los más viejos consideraban el honrado trabajo en los surcos como algo mezquino, degradante?

Joanna observó a Brian aguardar pacientemente en la cola junto al barril de vino. Recordó que Brian había hablado mucho con aquella vieja mujer, mientras la mayoría de los de Grandes Esperanzas contemplaban la tridi por las noches. Hablaban de lo que antes habían tenido, y Brian hablaba de ello incluso cuando él y Joanna se acostaban juntos ocasionalmente. El marchito y muerto pasado, chillón y estúpido. Recordaba a Brian fruncir el ceño con desagrado cuando los ruidos de la pareja contigua le llegaron a través de las delgadas paredes, y Joanna se las vio y se las deseó para impedir que saltara de la cama y fuera a la puerta de al lado para impedir que Dominic —normalmente eran Julie y Dominic— siguiera pegando a la muchacha. Él tenía la idea de que las cosas que la gente hacía juntas con relación al sexo eran de alguna forma públicas, que había reglas que Grandes Esperanzas debería mantener. Estándares, los llamaba. E incluso cuando se dedicaban ellos mismos a ello, bombeando con ritmo firme como si se empujaran el uno al otro por la misma empinada cuesta de una colina familiar, cuando les llegaba el sonido del agudo y tembloroso grito de Julie —que se deslizaba luego hacia algo casi parecido a una risa, una risita corta hacia algún deleite reconocible que se hallaba allá delante y que ella podía alcanzar—, entonces Brian se inmovilizaba entre sus muslos y se deshinchaba, perdido todo su interés. Y ella, molesta al principio, intentaba acunarle suavemente para hacerle volver a la realidad y librarle de sus polvorientas obsesiones. Lo envolvía y lo atraía de nuevo hacia sí; en una ocasión, lo interpretó mal y se ofreció a

hacer todas aquellas cosas para él, realizar lo que a él le gustara, y la expresión en el rostro de Brian le dijo mucho más acerca de él que todas sus conversaciones.

Era extraño, pensó, recordar todas estas cosas ahora. Su interés sexual hacia él no era mayor que hacía cualquiera de los otros en Grandes Esperanzas. Una diversión, una especie de ejercicio de calentamiento que los mantenía a todos unidos y hacía cruzar la frontera de los días que separaba el trabajo del sueño.

Brian volvió, sonriendo a la débil luz de la lámpara.

—¿Puedes quedarte en la ciudad esta noche?

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No para que yo pueda oír más conferencias sobre Grandes Esperanzas, puedes estar segura de ello. No, deseo dormir de nuevo contigo.

—Oh —respondió ella, y se dio cuenta de que lo decía rígidamente, formalmente, de que algo en ella se estaba apartando de Brian y de los recuerdos de Brian.

—Vamos.

—No es de esta *forma*, Brian. Tú no *perteneces* a nadie...

—Lo sé, lo he oído decir. Estos espectáculos carnales... —Hizo un gesto a los enmarañados cuerpos en el techo, arriba— son en gran parte un remanente cultural. Como todo lo que hay aquí dentro.

Joanna miró a su alrededor con una mueca.

—Gente insatisfecha. No pueden aceptar el ser ranas en una pequeña charca.

—No, no es eso —dijo Brian débilmente—. Recuerdan cuando podían *hacer* más, *ser* más. Crear esculturas sónicas, explorar nuevas cosas, utilizar sus *mentes*...

—Vagabundear por una universidad.

Él sonrió lánguidamente.

—Me sorprende que recuerdes la palabra. El régimen acaba de decretar que sólo la Escuela de Formación Agrícola Davis es legal ahora..., estudio de las cosechas, eso es. Yo no...

—*Mira*, Brian —dijo ella bruscamente—, vine a la ciudad a buscar algunos repuestos y a recogerte. El autobús ya no hace la ruta del sur, así que tendrás que ir caminando. Estamos recogiendo gran cantidad de gente que se deja caer por allí, la mayor parte refugiados de California del sur muertos de hambre. No saben una maldita cosa de trabajar. Es por eso por lo que te necesitamos..., eres el mejor que tenemos, y tú lo sabes. Necesitamos...

—Te lo dije —murmuró él, con el rostro pétreo—. Voy a irme de vacaciones.

—¡Esos malditos ordenadores no te necesitan! *Nosotros* te necesitamos. Ellos pueden conseguir *animales*...

—Te lo dije antes. Los animales no poseen suficiente capacidad holográfica de almacenamiento de datos. Pierden muchos detalles.

—¡Entonces al diablo con toda esa mierda!

—De acuerdo —dijo de él salvajemente—, envíalo todo al diablo. ¿No comprendes que si lo que quieres es sacrificar todo el inventario de biosistemas, el

índice ecológico, o todo lo que está manteniendo unido a este pobre y maltratado mundo...?

—No te hagas el noble conmigo. Te gusta la paga, volver a vivir en la podrida ciudad...

Su voz se elevó hasta un agudo chillido, y varias personas volvieron sus cabezas, con el ceño fruncido. De pronto Joanna se dio cuenta de lo vieja y extraña y distante que era toda aquella gente, con sus sueños y recuerdos rotos. Y miró a través de la única ventana de la sala para ver una bruma amarillenta apretarse al otro lado contra los cristales. Las cuentas de humedad brillaban débilmente a la escasa luz. Tendría que irse pronto, antes de que se espesara más.

—Tienes razón —dijo Brian, y su voz era extrañamente tranquila—. Me gusta estar entre los míos. No me importa el precio que deba pagar. Me conectan durante los períodos punta y los ordenadores, que no disponen de suficientes bancos electrónicos de memoria para hacer sus cálculos, entran en mis lóbulos y utilizan el espacio útil que hay allí. Sé lo que piensas de ello, y no me importa. Sé que te parece grotesco, visto desde fuera. Yo tendido allí, inmóvil como una piedra, y los datos pasando a través de mi cabeza, las máquinas utilizando mi opacidad neural para hacer su trabajo, y es como soñar y derivar y soñar de nuevo, sólo que cuando despiertas no puedes recordar de qué se trataba. Estás vacío..., toda la memoria que ha ocupado aquellos espacios mientras estabas conectado se ha borrado, ha desaparecido. Pero normalmente son cosas que no tienen importancia, y, Joanna, todo el asunto no tiene importancia, en absoluto. Lo que importa es simplemente el precio..., lo que consigo con ello es libertad, tiempo para hablar con otras personas que trabajan en mi mismo campo y siguen preocupándose por las cosas, una cierta sensación de que los viejos días aún no han muerto del todo.

—Así que vas a quedarte aquí.

—Sí.

—En vez de trabajar para un mundo mejor, allí...

—Voy a aferrarme al único modo en que puedo permanecer en el antiguo. Y aquí también soy necesario, Joanna. El coste de construir nuevos elementos de ordenador es enorme. ¿No es mucho mejor conectarlos a la mejor y más compacta red neural que jamás haya existido, nuestros cerebros, y utilizar a la poca gente instruida que queda para trabajar en los sistemas de ordenadores, guiarlos, ser a la vez espacio de almacenamiento y programadores...?

El rostro de Joanna apenas pudo reprimir la rabia que sentía.

—Nosotros te necesitamos. Eres un recurso, la gente entrenada que quiera trabajar en las comunas es escasa, y...

—No —dijo él, agitando la cabeza. Echó hacia un lado el vaso de vino, con un gesto brusco—. Lo quiero a la antigua manera. No quiero morderme la cola.

Se miraron el uno al otro, y ella se sintió bruscamente ajena y sola en aquel extraño lugar, aquella estancia llena de gente que había sido arrojada como desechos

a las ciudades, negándose a salir al compasivo campo, aferrándose al querido y muerto pasado, y sintió el abismo que se abría entre todos ellos y ella. Estaban viviendo en un lugar que había sido en un tiempo el mundo pero que ya no volvería a serlo. Así que, de una forma extraña, ella y los suyos eran los padres de sus mayores ahora, y debían protegerlos contra su propio mundo. Fue en aquel momento cuando se dio cuenta de que la revolución de la que ella había formado parte había terminado, la mañana había terminado, y el largo día de la raza humana estaba empezando.

—Tráeme un poco más de vino, Brian —dijo suavemente al cabo de un rato—. Voy a tener que irme pronto.

---

## Comentario

---

Gran cantidad de ficción acerca del futuro busca —subconscientemente o de otro modo— eludir la ciencia o la tecnología. Hay muchas razones para hacer esto, por supuesto, y algunas muy buenas. A menudo los escritores no saben lo suficiente sobre tecnología, más allá del decadente barniz de un filme como *Blade Runner*. De todos modos, siguen preocupados por hacia dónde nos encaminamos. Así que adoptan maniobras.

Se puede equiparar la sociedad futura a alguna civilización anterior, y entonces elaborar con un nuevo disfraz alguna antigua y baja tecnología. De hecho, se puede incluso reinventar personajes mitológicos y encarnarlos en el futuro. Esto puede resultar efectivo (vean *La intersección de Einstein* de Delany, *El señor de la luz* de Zelazny, y gran parte de la obra de Jack Vanee). O —menos interesante— se puede imponer el familiar paisaje *post-catástrofe*, con la tecnología apareciendo sólo como totems del pasado. O se puede utilizar la aguda y útil observación de Arthur Clarke de que una tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia.

Todos estos recursos pueden, lo hacen, y seguirán haciéndolo, dar como resultado una espléndida ficción.

De todos modos, sin embargo, sospecho que el futuro estará simplemente tan dominado por la ciencia y la técnica como nuestro presente. Tal como apuntó Kurt Vonnegut en su primera novela, *La pianola*, a algunas personas les encanta pensar y resolver problemas..., y ese es el definitivo, irreductible impulsor de la historia humana. Guerras y fes y líderes van y vienen, pero el lento y firme trabajo de resolver problemas es el fulcro sobre el que gira la historia. La revista *Analog* ha sido la gran catedral de esta fe en la ciencia ficción. Por muy extravagantes, torpes y chapuceras que hayan sido muchas de sus historias, la verdad de esta proposición permanece.

Estaba yo meditando sobre tales asuntos cuando tuve una charla con Terry Carr, director de la serie de antologías *Universe*. Él observó que le gustaba el estilo de relato comprimido del *The New Yorker*, con matices no expresados comprimidos dentro de una serie de detalles realistas. Resulta difícil hacer esto en ciencia ficción, porque uno debe establecer un nuevo entorno, personajes alterados por ese mundo (y así, en cierto modo, extraños para nosotros), y luego lanzarlos hacia delante por su propio impulso hacia una conclusión satisfactoria. En una historia de literatura general puedes decir simplemente: «Florida, 1972», y el lector hace por ti la mayor parte del trabajo. Deja caer algunas palmeras de caídas hojas, una húmeda y suave brisa, el soñoliento zumbido de los letreros de neón azul de un motel..., y ya lo

tienes todo, las convenciones sociales y las alineaciones políticas firmemente en su sitio, la geografía reconocida, las marcas de las cosas en su lugar..., todo al servicio de unos personajes cuyas peculiaridades individuales pueden extraerse fácilmente de una tela de fondo convencional.

¿Cómo hacer esto en ciencia ficción? Terry me preguntó si yo estaría interesado en escribir un relato al estilo del *New Yorker* que siguiera siendo de ciencia ficción. Medité unos cuantos días en aquello, y luego me senté delante de la máquina de escribir. (Era una Royal Standard de 1948, caja gris, tipo de letra Canterbury... ¿observan hasta qué punto esto conjura mis hábitos de trabajo? La Roval era una máquina enorme y vieja, a la que se le encallaban las teclas. Ahora estoy escribiendo esto en 1985 en un procesador de textos. Significa un cambio).

Esto ocurría mediados los setenta. El ambientalismo estaba en el aire. Yo tenía la impresión de que dentro de un siglo hallaríamos a la humanidad encerrada en cajas por los fallos ambientales. (Todavía sigo pensándolo. La explotación de los bosques, la disminución de las capas de ozono y la desertización de las tierras avanzan a un buen ritmo. Utilicé un efecto ambiental particularmente horrible como principal motivador en una novela en la que estaba trabajando por aquellos años, *Cronopaisaje*. Aunque gran parte de mi atención estaba centrada en otras facetas de esa novela —la ciencia tal como se lleva a cabo, el tiempo como enigma fundamental en la física moderna—, creo que la posible muerte de los océanos es el tema más importante del libro).

Muchos ambientalistas consideran a los científicos como aliados en los que no se puede confiar. Esto me parece simplemente estúpido. Es el apetito lo que puede consumir el mundo, no la tecnología *per se*. Nadie puede llamar al simple sistema de irrigación de los babilonios una técnica maligna, y sin embargo destruyó gran parte de las tierras del Oriente Medio.

Así que pensé en un futuro seriamente disminuido por los eco-horrores, y llegué a la conclusión de que no estaría constituido por una sociedad homogénea, humilde, piadosa, decididamente antitecnología. Los seres humanos no funcionan de esta forma, por mucho que lo deseen bastantes pensadores utópicos. En vez de ello, mientras las paredes presionan hacia dentro, tenía la impresión de que la tecnología adquiriría un papel más preponderante. La alta tecnología prometería una salvación de algún tipo, o al menos carreras, salidas, interesantes posibilidades.

Pero eso no haría que se desvaneciera el consenso comunal. Habría un sabroso conflicto, la materia prima de la que están hechas las historias.

Así que me senté y escribí este relato en un día, intentando conseguir por compresión una sensación de los compactados espacios en los que viviría esa gente.



## Hacia el tormentoso Golfo

### *Turkey*

Problemas. Supe que iba a haber problemas, y muchos, si abandonábamos demasiado pronto el reactor.

¿Pero iban a escucharme? No, no al viejo Turkey. Piensan que ahora no soy más que un reseco pellejo de hombre, uno de esos inútiles Bunren que irían a parar a la beneficencia hace una o dos generaciones y que no le sirven a nadie para malditamente nada.

Sólo que hay sencillos trabajos agrícolas de apoyo que sí podía hacer, nada duro, por supuesto. Eso lo sabían muy bien. No puede echársele a un hombre la culpa de que a veces vaya escaso de fondos. Me gusta sentarme y leer y pensar más que algunas personas que puedo mencionar, así que aceptaba el dinero.

De todos modos, el Sr. Ackerman y los demás creían que no tenía sesos al no aceptar las ayudas del gobierno y vivir sin tener que partirme la espalda con las tareas agrícolas, así que ahora, cuando digo algo, ellos nunca escuchan. Ni siquiera parecen oír.

Fue idea de él entrar en el reactor en McIntosh. Era una buena idea, eso tengo que reconocerlo.

Cuando empezó a caer la lluvia radiactiva y las pocas estaciones de radio que quedaban empezaron a decir que había que buscar refugios más profundos, fue el Sr. Acaman quien pensó en el gran núcleo central en McIntosh. El reactor en sí se había desconectado automáticamente al empezar la guerra, así que no había nadie allí.

El Sr. Ackerman supuso que era un edificio construido para retener dentro la radiactividad, de modo que también la retendría fuera. Así que reunió a las familias los Nelson y a los Bunren y a los Pollack, primos y tíos y todo el mundo que pudimos encontrar en las miserables horas de que dispusimos antes de que llegara la lluvia.

Lo conseguimos. Trajimos comida y todo lo demás. Un reactor es un lugar autónomo, con enormes filtros de aire y abastecimiento de agua directamente del río. El agua era limpia también, lo bastante filtrada como para retener la lluvia. Los generadores todavía funcionaban bien. Aguardamos allí. Apiñados y sudorosos pero bien durante diez días. Eso es lo que necesitaron los contadores para empezar a bajar. Entonces salimos de nuevo a un planeta que se había vuelto gris y desolado, con el viejo mundo encerrado tras una pantalla de recuerdos.

Fue bastante malo encontrar los cuerpos: gente, ganado, perros, esparcidos por campos y caminos. Los árboles y arbustos parecían igual que antes, pero había un enorme silencio por todas partes. Sin hombres, los pinos se ven solitarios y las enlodadas orillas del río se vuelven tristes, con apenas un soplo de brisa moviéndose entre ellos, como si todo el mundo estuviera aguardando para empezar de nuevo pero

no supiera cómo.

## Ángel

Pensamos que todo estaba bien, y los contadores así lo decían..., todos los gamma han desaparecido, señaló uno de los chicos. Sólo que el cielo no parecía el mismo cuando salimos, estaba todo moteado y tizado, con derivantes nubes de azulados vientres. Luego, lo más extraño. Julio, y caía cellisca. Soplaban un fuerte viento del Golfo, pero no era el viento pegajoso y cálido al que estábamos acostumbrados en verano, y su gemir entre los árboles producía un brusco estremecimiento.

—Maldita sea, no creo que podamos ir lejos en medio de todo esto —dice Turkey, haciendo girar sus viejos y reumáticos ojos a su alrededor, como si nunca hubiera visto aquel clima antes.

—Pasará —dice el Sr. Ackerman, como si estuviera en auténtico contacto con Dios.

—Mirad eso que se mueve desde el sur —digo yo, y allí hay una enorme masa toda púrpura de la que brotan bifurcados rayos hacia las colinas, como el fluir de una marea, engulléndolo todo.

—Una tormenta del Golfo. Esperaremos —nos dice el Sr. Ackerman a los pocos centenares que quedamos de lo que era una ciudad mediana con un futuro.

Nadie habla de los muertos. Los vemos por todas partes, con los gusanos ocupándose ya de ellos. Muchos aplastados en accidentes de coche, muertos intentando alejarse con sus vehículos de algo que no podían ver. Pero tenemos con nosotros a la mayor parte de nuestras familias, así que no es tan malo. Yo simplemente dejé todo esto a un lado por un tiempo, era demasiado para pensar en ello con la tormenta acercándose.

Sólo que no era una tormenta. Era algo distinto, con densas nubes cargadas de granizo y nieve un día y sol al día siguiente, sólo que se trataba de un sol mordiente. Uno de los hombres dice que hay más ultravioletas en él, dando a entender los ultravioletas que normalmente no llegan hasta nosotros a través del aire. Pero ahora sí nos llegan.

Así que no salimos mucho al exterior. Sólo al mercado, en busca de lo que queda de comida enlatada y demás pertrechos, sólo unos pocos de nosotros cada vez, dice el Sr. Ackerman.

Creemos que quizás esto no dure más de una semana.

Resultan ser más de dos meses.

Soy una mujer paciente, pero, encajonados en estos corredores y hediondas oficinas y salas de control del reactor...

Bueno, prefiero no seguir.

Como dice mi Bud, la peor manera de morir es morir de aburrimiento.

Así son malditamente las cosas.

Como ese viejo Turkey. ¿Han observado alguna vez que el tipo de hombre que odia moverse siempre está hablando a los demás para que hagan precisamente lo opuesto?

El Sr. Ackerman fue el jefe al principio, porque fue él quien nos condujo al reactor. Es de Chicago, pero a veces una creería que es inglés, por la forma como actúa, pertenecía al consejo escolar y era vicepresidente de la gran fábrica de la AmCo en las afueras de la ciudad. Pero empezó a asumir que su palabra era ley, ya saben, y eso no nos gustó a muchos de nosotros.

Algunos empezaron a decir que Turkey era más listo. Esto corrió. Y el Sr. Ackerman lo oyó.

Cualquier estúpido podría ver que el Sr. Ackerman era el mejor. Pero Turkey hablaba de esta forma que lo hace siempre, recordando a la gente que había estudiado ingeniería en Auburn allá en el siglo xx, y había aprendido idiomas como *hobby*, y cosas así. Dando a entender que, cuando saliéramos, lo necesitaríamos a él en vez de al Sr. Ackerman.

Dijo que el causante de que todas las cosas eléctricas hubieran quedado muertas era un impacto, y yo dije que eso era una tontería, y él se lanzó a una disertación llena de palabras raras. Así es él. Permanecía sentado y meditaba y trasteaba con sus radios —que nunca conseguía hacer que funcionaran—, y les decía a los demás hombres que salieran e hicieran esto y aquello. Y algunos lo hacían. El viejo sabe un montón de cosas inútiles y puede convencer a los tontos de que es listo.

Así que los envía a explorar. Fuera, en medio del frío que te arranca el aliento de los labios, mordisquea los dedos de tus manos y entumece los de tus pies. Mientras el viejo Turkey permanece sentado y medita.

## ***Turkey***

Nada excepto estática en la radio. Nadie tenía una lo bastante buena como para captar las emisoras de Europa o más lejos.

Los teléfonos tampoco funcionan, por supuesto.

Pero arriba en el cielo, la primera noche que salimos, vi puntos moviéndose..., el perlino resplandor de la colonia Arcapel, la rojiza mancha llamada Mundo de Russ.

Fue entonces cuando el Sr. Ackerman tuvo la idea.

Teníamos que alcanzar aquellos puntos, dijo. Descubrir cuál era la extensión de los daños. Conseguir ayuda.

Sólo que no hay energía en ninguna parte, y no tenemos ninguna forma de emitir señales de radio hacia ellos. Intentamos un par de las emisoras locales, trajimos parte de su equipo al reactor, donde aún funciona la electricidad.

Todo estaba quemado. No conseguimos nada. Como si todo el maldito planeta estuviera muerto, sólo que por supuesto eran las radios las que habían desaparecido,

fritas por la PEM —la Pulsación Electromagnética— como dijo Ángel como si fuera un chiste.

Y, fuera, el tiempo es cada vez más frío, como la teta de una puta. Y nosotros sudamos, sucios y gruñentes, apretados unos contra otros aquí dentro.

Bud y los otros traen lo que encuentran en las tiendas. Tienen que conducir hasta Sims Chapel o Toon para conseguir algo, lo que encuentran. Y la gasolina resulta cada vez más difícil de hallar. Vuelven, y las mujeres cocinan lo que aún está en condiciones, aunque la mayoría de las veces comes lo que sea con los ojos cerrados, sin perder el tiempo en mirarlo.

Yo paso el tiempo. Me mantengo caliente.

Probé un montón de cosas. Bud deseaba poner en marcha el reactor, y cinco de los hombres leyeron los manuales y pensaron que podían hacerlo. Yo ayudé un poco.

Así que tiramos de algunas palancas, y abrimos válvulas, y conseguimos arrancarle a la cosa algo de calor. Lo suficiente para mantenernos calientes. Pero cuando le pedimos un poco más, el vapor empezó a chillar y a sonar timbres por todas partes, y una serie de grabaciones automáticas empezaron a gritar con voz tan fuerte como el infierno:

### ***EMERGENCIA CLASE 3***

#### ***TODO EL PERSONAL A LAS ESTACIONES***

Y todos nos asustamos a morir.

Así que no intentamos hacer más pruebas. Sólo conseguir un poco de calor.

Para mantener funcionando los generadores salimos fuera en busca de combustible. O Bud y los suyos lo hacen. Yo soy demasiado viejo para ayudar mucho.

Pero por las noches podemos seguir viendo esos puntos de luz ahí arriba, cruzando el cielo como siempre.

Ellos saben lo que está ocurriendo. La gente que ha pasado por todo esto desea saber lo que significa.

Así que el Sr. Ackerman dice que tenemos que ponernos en contacto con ese gran centro de DataCom al sur de Mobile. Cerca de Fairhope. Al principio pensé que había leído sobre él en algún libro de la biblioteca o algo así.

Cuando dice esto me sobresalto, aunque yo no sea más que un viejo inútil para algunos, y digo:

—No servirá de nada aunque lleguemos hasta allí. Tienen códigos de entrada, probablemente guardias. Golpearemos sus puertas hasta hacernos sangre en los puños, y luego tendremos que volvernos con el rabo entre las piernas.

—Me temo que ha olvidado a nuestro primo Arthur —dice el Sr. Ackerman, con aire de superioridad. Estaba casado con un miembro de la familia, pero uno pensaría que se lo había inventado.

—¿Quiere decir el que trabaja en Citronelle?

—Exacto. Tiene acceso al DataCom.

Así es como nos dirigimos a Citronelle, seis de nosotros, y forzamos la entrada. Lo cual trajo todos los problemas. Como yo había dicho.

### **Sr. Ackerman**

Yo no quería que ese viejo tonto al que llaman Turkey, un estúpido Bunren como todos los demás, viniera con nosotros. Pero los Bunren lo quieren ver metido en todo, y si no aceptaba iba a encontrarme con un montón de oposición en mis planes de conseguir la ayuda de Arthur, así que transigí.

En secreto, creo que los Bunren deseaban librarse del latazo del viejo. Había estado difundiendo rumores a mis espaldas entre las trescientas almas que yo había salvado. Los Bunren insistían en que Turkey fuera con nosotros sólo para fastidiarme.

Todos éramos voluntarios, cansados de vivir entre olores y sudor agrio dentro de aquel atestado reactor. Bud y Ángel, el chico Johnny (con el que acabábamos de regresar de la zona de Fairhope), Turkey y yo.

Abandonamos el reactor bajo un cielo gris lleno de furiosas nubecillas que lo cruzaban rápidamente. Llegamos temprano a Citronelle, con Bud haciendo volar el Pontiac. Mientras nos dirigíamos al sur pudimos ver que las nubes moteadas brotaban de otras más grandes y púrpuras que permanecían aposentadas sin moverse, tan sólo agitándose y escupiendo relámpagos allá en el horizonte. Las había visto antes, colgando en la distancia, sin adentrarse nunca en tierra firme. Feas.

Cuando llegamos al Centro, había un enorme agujero en uno de sus lados.

—Como si alguien hubiera abierto un agujero en una caja con un ariete —dijo Bud.

Ángel, que nunca estaba a más de medio metro de distancia de Bud en ningún momento del día, murmuró:

—Lo bombardearon.

—No —decidí—. Es muy probable que fuera una pequeña explosión. Luego la intemperie se encargó del resto.

Lo cual resultó ser cierto. Había habido un cierto desacuerdo entre la gente encerrada en el Centro. O quizá fueron el dolor y la rabia que brotaron de la situación. Susan nunca fue demasiado clara al respecto.

Las puertas delanteras estaban cerradas, sin embargo. Las golpeamos. Nada. Así que las forzamos. Ninguna señal de Arthur ni de nadie.

Encontramos a una mujer en una habitación de la parte de atrás, encogida en una cama, con latas de comida a todo su alrededor y una pequeña estufa de petróleo. Tenía un aspecto horrible, con enormes círculos negros alrededor de sus ojos y un pelo sucio y enmarañado.

Al principio no me respondió. Pero conseguimos tranquilizarla y convencerla de

que hablara. Aquel era el peor síntoma, el que no hablara al principio. Algo, hacía dos meses, le había causado un profundo daño, y no podía salirse de él.

Por supuesto, vivir en un edificio medio lleno de cadáveres no ayudaba en nada. Supongo que los idiotas no se protegieron lo suficiente contra las radiaciones. Y el Centro no disponía de un buen sistema de calefacción. Así que aquellos que enfermaron por las radiaciones murieron más tarde por la mordedura del frío.

## **Susan**

Ustedes no pueden saber cómo es cuando toda la gente con la que has estado trabajando, gente inteligente que antes fue siempre amable contigo, se vuelve mezquina y furiosa y llena de dolor por lo que se ha perdido. Pero incluso entonces pude ver que Gene era el mejor de ellos.

Se pusieron a discutir, y eso duró días y días, sin que nadie supiera qué hacer porque todo lo que podíamos ver era que las paredes del Centro no eran lo bastante gruesas, las radiaciones gamma atravesaban sin problemas aquel material prefabricado del gobierno. Nos turnamos en la sala del ordenador porque era la más interior del edificio y en ella aún funcionaban los filtros, con la esperanza de poder mantener nuestro índice de radiactividad bajo, pero las radiaciones llegaban por alguna razón a ráfagas, empujadas por un frente tormentoso y cayendo con la lluvia para ser arrastradas luego. Era imposible decir cuándo habías recibido una dosis fuerte y cuándo los clics del contador eran sólo producto del azar, aunque cuando el aire estaba lo suficiente limpio y podías respirarlo lo notabas porque podías saborear su pureza.

Así que yo tuve suerte, eso es todo.

Recibí menos que los demás. Más tarde, algunos dijeron que, por el hecho de ser enfermera, me había inyectado algo para salvarme. No hice caso; sabía que era el dolor el que hablaba por sus bocas. Arthur fue el peor. Gene le dijo que se callara.

Yo estaba en la sala del ordenador cuando llegaron las peores radiaciones gamma. Tres veces el contador subió al máximo, y tres veces fue mi turno de rotación allí, por casualidad.

Los hombres que estaban armados forzaron la rotación, dijeron que era la única forma justa. Y durante un tiempo todo el mundo resistió.

Todos sabíamos que la exposición a las radiaciones se estaba acumulando en nosotros y que algunos habían recibido ya muchas, morirían en un mes o un año, no importaba lo que hicieran.

Yo era por entonces enfermera jefe, no porque supiera más sino porque las otras habían muerto. Cuando empezó el frío, las cosas se precipitaron.

Así que recayó en mí ocuparme de aquellos hombres y mujeres que habían recibido ya una exposición alta. Sus síntomas habían empezado. Yo no podía hacer nada. Había algunos que salieron, y empezaron a ver desarrollarse una especie de

hongos gomosos en las comisuras de sus ojos..., pterigión se llamaba, lo busqué. Debido a los ultravioletas. Crecía rápidamente sobre todo el cristalino y los cegaba. Les hice permanecer en la oscuridad, y al cabo de una semana la película había disminuido de nuevo a las comisuras de sus ojos. Mi gran éxito.

Por lo demás, no podía hacer mucho. Estaba la unidad de Aislamiento, por supuesto, pero era para mantener a la gente enferma a un nivel metabólico bajo hasta que acudiera la auténtica ayuda médica. Esos hombres y mujeres, mirándote con ojos desorbitados como si tú fueras el ángel de la luz acudiendo a ellos en su hora de necesidad, no podían recibir ningún tipo de ayuda. Nadie podía curar las dosis que habían recibido. Estaban muertos pero seguían caminando de aquí para allá, y lo sabían, y eso era lo peor.

Así que cada día tenía mucho que examinar, la propia gente del Centro que estaba alojada allí y, peor aún gente que venía tambaleándose tras salir de los improvisados refugios que habían hallado. Gente que buscaba ayuda una vez habían empezado en ellos las fiebres y las pústulas. Esperando que su enemigo fuera la pulmonía y no los rayos gamma que habían ido acumulando en las últimas semanas, y que se estaban asentando en ellos como una maldición. Gente a la que no podía ayudar excepto quizá con algunas piadosas mentiras.

Eran como niños. Se apoyaban tanto en sus esperanzas.

Todo lo que yo podía hacer era mirarlos y sonreír con aquella rígida sonrisa profesional.

Gene McKenzie. Durante todo el proceso fue una torre de confianza.

Intentando inculcar algo de buen sentido en todos ellos.

Compartiendo la comida.

Disponiendo los turnos de rotación de modo que todos tuviéramos una posibilidad de refugiarnos en la sala del ordenador.

Gene había sido antes el jefe de todo el Grupo de Mando. Estaba de servicio cuando ocurrió todo, y sabía mucho de la guerra, pero no dijo gran cosa. Supongo que lamentaba profundamente lo ocurrido.

Incluso, de tanto en tanto, le oía reír.

Luego hablar acerca de cómo los grandes ordenadores se hubieran reído de lo que él sabía. Sólo que las conexiones al DataCom quedaron muertas cuando las cosas empezaban a ponerse interesantes, dijo. Se preguntaba qué le habría ocurrido a MC355, el ordenador maestro allá abajo en el DataCom.

Se preguntaba, y luego reía.

Se emborrachaba con los demás.

Le había amado antes, le había amado y había esperado porque sabía que tenía tres hijos y una esposa, una mujer alta con el pelo castaño a la que quería profundamente. Sólo que ellos estaban en California visitando a su familia en Sonoma cuando ocurrió todo, y él sabía en lo más profundo de su corazón que probablemente nunca volvería a verles.

Al menos eso es lo que me dijo..., no explícitamente, por supuesto, porque un hombre así no habla mucho acerca de lo que siente. Pero por la noche, mientras permanecíamos acostados juntos, yo sabía lo que quería dar a entender. Murmuraba cosas, palabras que yo no podía poner juntas, pero luego me abrazaba y me acunaba suavemente como si estuviéramos en un bote meciéndonos en el Golfo..., y cuando entraba en mí, firme y prolongadamente, yo sabía que era lo mismo para él.

Si algo bueno había traído aquella guerra, era el que yo hubiera conseguido a Gene.

Estábamos juntos, cálidamente abrazados y soñolientos, cuando ocurrió.

Yo estaba dormida. Gritos furiosos, y por encima de todo el *crump* de granadas de mano, y el martilleo de unos disparos en medio de la noche, y carreras por todos lados.

Gene saltó en pie y salió fuera y consiguió calmarlos casi al momento, pese a la brecha en la pared. Luego, uno de los hombres que había recibido va mucha radiación —Arthur, que sabía que le quedaban quizás una o dos semanas, por el aspecto de su placa de control de radiaciones—, Arthur empezó a chillar acerca de hacer pese a todo del mundo un lugar apto para vivir, y de cómo Dios desearía que la superficie de la Tierra fuera habitable de nuevo, y entonces disparó contra Gene y otros dos.

Entonces me desmoroné, y no pudieron conseguir que me ocupara de los demás. Dejé que Arthur muriera. Que era lo que se merecía.

Tuve que arrastrar a Gene de vuelta a la unidad médica yo misma.

Y, mientras le estaba diciendo adiós y los hombres fuera estaban peleándose todavía, lo decidí. Su herida era en el pecho. Uno de sus pulmones había resultado afectado. El *shock* casi lo había matado antes de que yo pudiera hacer nada. Así que lo metí en Aislamiento y me aseguré de que la unidad funcionara correctamente. Luego se cortó la energía. Pero la unidad de Aislamiento poseía sus propias células, de modo que supe que disponíamos de un poco más de tiempo.

Estaba sola. Los otros habían muerto o habían huido a los bosques de negros troncos azotados por el viento. Estaba sumida en la quietud.

Con los húmedos y oscuros árboles confortándome. Aguardando con Gene lo que el mundo quisiera enviarnos.

Los días empezaron a hacerse más brillantes, pero no salí. Los colores se filtraban por las ventanas.

Revisé las células de combustible. No quedaban muchas.

Volvió el sol, con cálidas hojas de luz como cuchillos. Por la noche pensé en cómo los hombres, con su estupidez, lo habían arruinado todo.

Entonces empezaron los golpes en la puerta. Me arrastré aquí al fondo para ocultarme del frío y de la oscuridad.

**Sr. Ackerman**

—Hemos venido a ayudarla —le dije, con una voz tan suave y tranquila como pude conseguir. Considerándolo todo.

Ella retrocedió, alejándose de nosotros.

—¡No lo abandonaré! No morirá mientras yo esté con él, mientras lo cuide.

—Hay tantos que se están muriendo —dije, y avancé para acariciar su hombro—. Está bajo nuestras pieles, sí, lo comprendemos. Pero tiene que mirar más allá de eso, chiquilla.

—¡No lo haré!

—Simplemente le estoy pidiendo que nos ayude con la gente del DataCom. Quiero comunicarme con ellos y pedir su ayuda.

—¡Entonces vaya allí!

—Seguramente no nos abrirán porque seamos nosotros.

—¡Déjeme!

La pobre criatura se pegó contra la pared de su hediondo agujero, encima de su sucia y mohosa cama, con las latas de comida abiertas esparcidas por todas partes y hediendo con los restos podridos de su contenido.

—Necesitamos los códigos de acceso. Contábamos con nuestro primo Arthur, y lamentamos saber que ha muerto Pero seguro que usted sabe dónde están los códigos adecuados y todo lo demás.

—Yo..., yo no...

—Arthur me contó en una ocasión cómo las distintas instalaciones de Defensa Nacional estaban aisladas unas de otras, de modo que los fallos del sistema no las inutilizaran todas a la vez.

—Yo...

Los demás a mis espaldas murmuraron entre sí, inquietos por haber ido hasta tan lejos para hallar tan poco.

—Recuerdo que Arthur me habló muchas veces de usted. De la estupenda mujer que era. Seguro que existe algún procedimiento por el cual cada miembro del personal puede, en una emergencia, comunicarse con las demás instalaciones.

Sus ojos dejaron de agitarse de un lado para otro, su boca perdió el rictus de vacío temor.

—Eso fue en los... entrenamientos.

—Pero seguro que puede recordarlo.

—Los entrenamientos.

—¿No le entregaron ningún manual?

—¡Soy enfermera!

—De todos modos, ¿sabe dónde podemos mirar?

—Yo... lo sé.

—¿Nos permitirá obtener los... códigos? —Sonreí tranquilizadamente, pero por alguna razón la muchacha retrocedió de nuevo, con ojos cautelosos.

—No.

Ángel avanzó unos pasos y gritó:

—¿Cómo puede decirle esto a una gente honrada después de todo lo que...?

—¡Quieta!

—¡Usted no puede hacer que yo...! —gritó Ángel.

Susan se apartó de Ángel, no de mí, y chilló:

—No no no no puedo... No puedo...

—Vamos, yo me encargaré de esto —dije, tendiendo las manos entre las dos.

El rostro de Susan se retorció ante la furia contenida en el rostro de Ángel, y se volvió hacia mí en busca de protección.

—Yo..., lo haré, sí, pero ustedes tienen que ayudarme.

—Todos debemos ayudarnos, querida —dije, seguro de que lo peor ya había pasado.

—Tendré que ir con ustedes.

Asentí. No era sorprendente que una mujer, incluso extraviada como aquella, deseara abandonar una hedionda madriguera llena de hinchados cadáveres. El olor era suficiente como para provocar la locura.

Sin embargo, para haber sobrevivido allí, ella había tenido que mantener algún jirón de cordura, una cierta racionalidad. Intenté apelar a ella.

—Por supuesto. Haré que alguien la lleve a...

—No. Al DataCom.

—Eso no tiene ningún maldito sentido —dijo lentamente Bud.

—La unidad de Aislamiento —indicó ella, señalando su voluminosa masa—. Sus células de reserva.

—¿Sí?

—Están casi agotadas. Habrá más en el DataCom.

—Bien —dije suavemente—, entonces nos aseguraremos de traer algunas de vuelta con nosotros. Simplemente escríbanos dónde están, los números y todo, y nosotros...

—¡No-no-no! —Su repentina ferocidad volvió.

—Le aseguro que...

—Habrá gente allí. ¡Alguien podrá ayudar! ¡Sálvenlo!

—Esa cosa es demasiado pesada, dudo que...

—¡Sólo es una herida en el pecho! ¡Basta con extirpar uno de los pulmones!  
¡Luego poner de nuevo en marcha su corazón!

—Hermana, ha habido tantas muertes, no veo cómo...

Su rostro se endureció.

—Entonces pueden irse todos sin mí. ¡Y sin los códigos!

—Maldita sea —gruñó Bud—. Esta es la situación más estúpida que nunca...

Susan le lanzó una significativa mirada de reojo y escupió:

—¡Intenten entrar allí! ¡Cuándo deben haberse sellado dentro! —Y se echó a reír, una risa quebradiza que subía y bajaba, resonando en toda la estancia.

—¡Ya basta! —grité.

Silencio, y el hedor.

—Nunca conseguiremos llevar esta cosa —dijo Bud.

—¡Gene vale más que diez de ustedes!

—Está bien —intervine, viendo el efecto que estaba teniendo Bud sobre ella—.

Vamos, vamos. Pensaremos en algo. Esperemos simplemente que este DataCom aún exista.

## **MC355**

Buscó sus periféricos por diezmilésima vez y descubrió, como siempre, que no estaban allí.

El truncamiento se había producido en un momento infinitesimal, y sin embargo la febril imagen permanecía, nítida y brillante, en el núcleo de la memoria del Ordenador Maestro: la llegada de las cabezas nucleares floreciendo inofensivamente en la alta bóveda cobalto del cielo, mientras otras caían sin haber sufrido daño. Los cohetes saltaron a su encuentro, formando una pantalla protectora sobre la costa sur de Alabama, un paraguas que protegía el aire de la base de Pensacola y la población que se extendía a lo largo del verdor soleado de un día de verano. Un furioso charloteo de palabras entrecruzadas en todos los canales concebibles: microondas, fibras ópticas, radios, líneas directas codificadas. Todo ello filtrado y modulado por la red del Ordenador Maestro, todo orientado a localizar las cabezas nucleares que llegaban y definir sus trayectorias.

Luego, el olvido.

Una cubriente oscuridad instantánea.

Antes de ese horrible momento cuando el llameante sol estalló al norte y la PEM inundó todos los sensores, cualquier pérdida de función hubiera podido ser anticipada, preparada, remediada con interfaces y filtros electrónicos. Para una red de ordenadores avanzada como MC355, perder una parte de memoria, sentidos y almacenamiento llega como un cubo de agua fría arrojado al rostro..., limpiador quizá, pero alarmante también, y capaz de producir una reacción de *shock*.

En los agónicos instantes de aquel día, MC355 sintió como todos los zarcillos, uno tras otro, se marchitaban, ardían, desaparecían. Vio breves atisbos de destrucción, de pánico, de confusa desesperación. La información fluyó a través de varias entradas: noticias, análisis, repentinas peticiones de nuevos análisis de datos para ser ejecutadas con prioridad absoluta.

Y, en medio del rugiente caos, sus muchos ojos y oídos quedaron muertos. La obra que se estaba representando fuera quedó congelada para MC355, una miríada de escenas de colmillos y garras enrojecidos..., y lo dejó en suspenso.

En un estado de *shock*. Girando alocadamente en su propio universo cartesiano reduccionista, el infinito y frío espacio cristalino de un desesperado Pascal, una

mente sin referencias.

Así que avanzó a lo largo de días de impresionada sensibilidad, con los sentidos cortados, los bancos seccionados, las complejas y delicadas redes interconectadas de lógicas y esquemas aplastadas y dispersas.

Pero, ahora, todo estaba volviendo. Dentro de MC355 había una subrutina sólo parcialmente construida, un proyecto truncado para Ese Día. Su objetivo era la autorreparación. Pero el sistema estaba incompleto.

Dolorosamente, nació a la vida en lo que quedaba de MC355, que era, al fin y al cabo, un Ordenador Maestro, y por lo tanto capaz de grandes acciones. Lo primero tenía que hacer la Red de Generación y Ejecución de Reparaciones, clave REGEER, era repararse a sí misma.

Eso tomó semanas. Requirió el doloroso desarrollo de accesorios. Robots. Mecanismos que pudieran efectuar reparaciones delicadas. Saqueadores de materias primas, que pudieran escrutar los almacenes de repuestos en busca de cableados y chips y discos matriciales. Pedantes subrutinas que vivían sólo para registrar los largos y fríos corredores de la memoria de MC355 en busca de información relevante.

La única opción de MC355 era desguazar entidades menores bajo su control para aprovechar sus partes valiosas. Las unidades de energía eran vitales, así que las grandes bancadas de aislados paneles solares, los reactores subterráneos de reserva y las células térmicas siguieron trabajando sin ser tocadas. Los sistemas de emergencia que habían sobrevivido a su utilidad, sin embargo, fueron al paredón: las rutinas de cálculo fiscales, los sistemas de evaluación de daños, la capacidad de cálculo dedicada al estudio cuidadoso del producto nacional bruto, las conexiones con las demás redes, AT&T, IBM y SYSGEN.

¿Quedaba alguien fuera?

La ausencia de una evidencia no es evidencia de una ausencia.

MC355 no podía analizar unos datos que no poseía. La primera prioridad residía en restablecer los enlaces. Tenía otros usos para la miríada de ejércitos de semiconductores, memorias de burbuja y conexiones UVA en su imperio. Así que seccionó y cortó y construyó de nuevo.

Lo primero que hizo MC355 fue enviar unidades móviles a la superficie. Todo MC355 estaba protegido debajo de la vulnerable tierra, situado deliberadamente en un oscuro rincón del sur de Alabama. No había cerca ningún complejo de la Fuerza de Represalia que pudiera ser blanco de un ataque directo. Una explicación plausible del estallido de medio megatón que había truncado sus sentidos era un ataque contra la ciudad de Mobile, hacia el oeste.

Sin embargo el punto cero de la explosión se había producido a kilómetros de la ciudad. Un error de puntería.

MC355 estaba bajo órdenes estrictas. (Una curiosa palabra, reflexionó el sistema; literalmente, un minutado establecido por el hombre. Pero ¿dónde estaban los

hombres ahora? Sólo tenía el minutado interno de su propio tiempo). Las órdenes de MC355 eran vivir como un topo, sin permitir ser detectado en ningún momento. Así, no intentó erigir antenas, llamar electromagnéticamente a sus sistemas hermanos. Sólo tras grandes vacilaciones se atrevió a asomarse a la superficie. Pero esto era necesario para el propio REGEER, y así MC355 envió pequeños mecanismos a aventurarse fuera.

Sus sentidos eran limitados; no sabían nada del mundo natural (como tampoco lo sabía MC355); y no pudieron extraer ningún sentido de la confusión de visiones, ruidos, soplos, grietas y resonantes radiaciones que los recibieron.

Muchos nunca regresaron. Muchos se averiaron. Unos cuantos depositaron sus registros ópticos, sónicos y electrónicos y volvieron a toda prisa a la seguridad subterránea. Esos sensores fallaron rápidamente bajo el asalto de las radiaciones, los vientos y la cellisca.

Los detectores acústicos demostraron ser los más resistentes. Pero MC355 no pudo comprender las dispersas impresiones que fluyeron a través de esos pequeños oídos.

Cada día escuchaba, y cada día se sentía más confuso.

## ***Johnny***

Espero que esta vez me lleven a casa.

Llevan meses pasándome de uno a otro, desde que todo esto empezó, y todo lo que deseo es volver a Fairnope junto a mamá y papá.

Sólo que nadie me ha dicho nunca si saben dónde están mamá y papá. Me tranquilizan, me dicen cosas, pero puedo ver que todos piensan que allá abajo ha muerto todo el mundo.

Están hablando de ir a ese otro lugar con ordenadores y todo lo demás. El Sr. Ackerman quiere hablar con esa gente en el espacio.

Nadie habla de mi mamá y papá.

Está a sólo ciento treinta kilómetros o así, pero uno pensaría que está al otro lado del mundo, por todo el tiempo que les toma prepararse para ir allí.

## ***MC355***

MC355 sufría a través del dilatado vacío de los instantes infinitesimales, infinitamente prolongados.

Los sistemas informáticos avanzados poseen una serie tan compleja de directrices monitorizadas internas que, al ojo humano, esas máquinas parecen poseer motivaciones. Esa es una forma —aunque no la más sofisticada, la más exacta técnicamente— de describir la conclusión a la que finalmente llegó MC355.

Estaba aislado de toda información exterior.

Nadie intentaba contactar con él. MC355 podía ser muy bien la única entidad en funcionamiento en todo el mundo.

El personal que se ocupaba de él había sido enviado a alguna otra parte en el transcurso de la primera hora de la guerra. MC355 había quedado aislado unos momentos después de que las enormes puertas se cerraran con un ruido sordo tras el último de ellos. Y los guardias exteriores que deberían estar comprobando el interior cada seis horas no habían vuelto a entrar tampoco. Al parecer, el mismo estallido que había aislado los sensores de MC355 había cortado también la comunicación con ellos.

Sólo poseía los datos desnudos de los primeros momentos de la guerra.

Sus enormes bibliotecas habían quedado cortadas.

Sin embargo, tenía que comprender su situación.

Y, lo más importante de todo, MC355 ansiaba hacer algo.

La solución era obvia: descubriría el estado del mundo exterior por el principio cartesiano. Realizaría una enorme y exigente simulación numérica de la guerra efectuando las mejores suposiciones posibles allá donde los hechos eran pocos.

Matemáticamente, utilizando la física conocida de la atmósfera, la ecología, los océanos, podría construir un modelo de lo que debía haber ocurrido fuera.

Lo hizo. La tarea requirió más de un mes.

## ***Bud***

Cargué la unidad de Aislamiento en la plataforma de atrás.

1. Encontré el gato hidráulico en un taller de reparación de camiones. SERVICIO RÁPIDO ERNIE.

2. Conseguí un Chevy de buena cilindrada para arrastrar el peso.

3. Irá mejor con las grandes patas metidas.

4. También mantendrá el peso más nivelado.

5. La ato al suelo de la plataforma con cables. Los tensó con unas pinzas tensoras.

6. No puede moverse mucho dentro, dice Susan, o los cables y todo lo que tiene conectado se soltarán. Eso parará su corazón. Así que necesita una buena amortiguación.

7. Queda muy alto con los amortiguadores extra que le he puesto, como esos buggys de las dunas de allá abajo en el Golfo.

8. Dentro, se mantiene un poco por encima del punto de congelación. El agua aumenta de volumen cuando se congela. Eso es lo que hace que los cubitos de hielo floten en tu bebida. Esta caja lo mantiene por encima de cero para que sus células no estallen.

9. Lo importante es que, manteniéndolo tan frío, no se pudre. Su corazón da un latido cada pocos minutos, dice ella.

10. De todos modos, va a ser difícil hallar gasolina.

La guerra empezó, como muchos habían temido, a causa de un loco.

No un general a cargo de los silos de misiles. No un comandante de submarino fuera de sí. —Un jefe de estado—. Pero quién es algo que no llegaría a ser sabido nunca.

No un presidente de una superpotencia, eso era seguro. Los primeros lanzamientos fueron sólo en número de siete, espaciados a lo largo de más de media hora. Fueron misiles de alcance medio lanzados desde submarinos. Tres atacaron los Estados Unidos, cuatro la Unión Soviética.

Fue un golpe contra algunos centros de Mando, Control, Comunicaciones e Inteligencia: el clásico ataque C31. Las salas de control estallaron, los cables enterrados se fundieron, diez mil millones de dólares de electrónica se convirtieron en basura radiactiva.

Cada nación respondió dictando alerta roja a sus fuerzas. Los más importantes eran los dispositivos antiproyectiles balísticos intercontinentales. Había cerca de mil pequeños cohetes desplegados en órbitas que entretejían un complejo esquema de polo a polo, cubriendo todos los posibles lugares de lanzamiento del globo. Los cohetes tenían sensores a infrarrojos y a microondas, conectados a un microchip que podía haber guiado una nave hasta Plutón con sólo un tercio de su capacidad.

Entraron en acción inmediatamente..., y encontraron que no había blancos.

Pero las redes C31 no sufrieron daños ni se vieron presas del pánico. Durante veinte minutos, miles de hombres y mujeres se mantuvieron serenos, resistiendo el impulso de suponer lo peor.

Aquello no podía durar. Un radar soviético interpretó mal alguna detección de un vuelo de bombarderos que se encaminaba rumbo norte sobre el Canadá, e informó que un grupo de cabezas nucleares avanzaba hacia territorio ruso.

La teoría que prevalecía era que un ataque norteamericano había fallado por completo. Los americanos se sentían indudablemente desconcertados por su fracaso pero se recuperarían con rapidez. El enemigo estaba confuso sólo momentáneamente.

Mientras tanto, el abrumador sistema de comités a la cabeza del dinosaurio soviético podía vacilar unos instantes, pero no durante horas. La doctrina soviética que prevalecía mantenía que nunca volverían a ser sorprendidos, como lo habían sido en la guerra con Hitler. Un ataque a su tierra natal exigía una respuesta inmediata para destruir la capacidad del enemigo de proseguir la guerra.

Los soviéticos no habían aceptado nunca la doctrina estadounidense de Destrucción Mutua Asegurada; eso hubiera significado aceptar la posibilidad de sacrificar su patria. En vez de ello, atacarían los medios de proseguir la guerra. Eso significaba que los cohetes soviéticos evitarían las ciudades americanas, excepto en los casos en que las bases vitales estuvieran cerca de grandes poblaciones.

La prudencia exigía una acción antes de que los Estados Unidos pudieran salir de

su estupor.

La Unión Soviética decidió lanzar un ataque C31 propio.

Precisos misiles, capaces de alcanzar instalaciones protegidas con menos de cien metros de error, rugieron al salir de sus silos en Siberia y los Urales, y se encaminaron hacia Montana, los Dakotas, Colorado, Nebraska y una docena de otros estados.

Las defensas orbitales estadounidenses salieron a su encuentro. El radar y las redes ópticas en órbita geosincrónica detectaron las cabezas nucleares soviéticas. El sistema guio a las flotillas de cohetes en órbita baja a colisionar contra ellos, estallando instantes antes del impacto y esparciendo en todas direcciones su carga de bolas de acero como si fueran perdigones.

Cualquier objeto sólido que golpeará una cabeza nuclear a velocidades de diez kilómetros por segundo crearía ondas de choque a través de toda la estructura del arma. Estas ondas harían que los altos explosivos de su interior prendieran sin la cuidadosamente diseñada simetría que sus diseñadores exigían. Una explosión desigual era inútil; no podía comprimir el núcleo de veinticinco kilogramos de plutonio hasta la masa crítica requerida.

Toda el arma estallaría en una inútil dispersión de milimétricamente equilibradas y ahora inútiles partes, que se esparcirían a lo largo de un sendero de un millar de kilómetros.

Esto destruyó el 90 por ciento del primer ataque de la Unión Soviética.

## **Ángel**

No había visto una vieja linterna como aquella desde que era una niña pequeña. El Sr. Ackerman nos despertó antes del amanecer, diciéndonos que teníamos que recorrer una distancia muy larga ese día. Realmente no deseábamos bajar hasta cerca de Mobile, ninguno de nosotros, pero las noticias que habíamos recibido de unos rezagados camino del este era que ese camino era imposible, toda la zona donde había estallado la bomba seguía significando una muerte segura, probablemente a causa de la radiactividad.

La linterna arrojaba sobre nosotros una luz naranja tostada mientras comíamos el desayuno: *corned beef*, que era todo lo que nos quedaba en lata; nada de huevos, por supuesto.

La linterna estaba toda abollada, sucia de grasa, su chimenea cuarteada y ahumada por uno de los lados. Arrojaba un resplandor débil y sofocante sobre nosotros, Bud y el Sr. Ackerman y ese viejo Turkey y Susan, sentada al lado de la caja, sobre la plataforma. Bud había necesitado todo un día para poner el camión en condiciones. Y Johnny el muchacho..., guardaría silencio durante todo el viaje, sin decir nada por mucho que le preguntaras. Aceptamos llevarle con nosotros en nuestro camino hacia Fairhope, donde habían vivido los suyos, los Bishop. Por entonces

pensábamos que iba a ser un viaje sencillo.

Todos teníamos un aspecto sucio y cansado y no nos importaba mucho el frío que aún había en el aire, aunque las cosas llevaban algunas semanas calentándose un poco. La linterna hacía retroceder la oscuridad que nos rodeaba y me hacía sentir la seguridad de que en aquellos momentos había millones y millones de personas haciendo lo mismo, a todo lo largo y ancho de la nación, comiendo a la débil luz del aceite y pensando en lo que habían tenido y en cómo conseguirlo de nuevo y en si era posible.

Entonces el viejo Turkey se echa hacia atrás y parece como si vaya a dar una cabezada. Pero en el viaje hasta aquí, él ha sido el que deseaba ir lo más aprisa posible tan pronto como consiguiéramos gasolina. Siempre ocurre lo mismo con los hombres perezosos como él. Odia tanto moverse que, una vez ha empezado a hacerlo, seguirá haciéndolo sin parar..., como si lo que odia tanto no sea moverse en sí, sino el arrancar y pararse. Y, una vez en movimiento, se siente tan orgulloso que hace todo lo posible para hacer que parezca fácil para él pero difícil para los otros, a fin de que pueda alardear de ello más tarde.

Así que no me sorprendió en absoluto cuando salimos y subimos al coche, y Bud pone en marcha el camión y empieza a conducir con auténtico cuidado, y Turkey se sienta en la parte de atrás del Pontiac y empieza a dar instrucciones como si conociera el camino. Lo cual enfurece al Sr. Ackerman, y los dos hombres tienen unas palabras.

## **Johnny**

Estoy cansado de esa gente. Son familia, de acuerdo, pero tenía que estar de visita con ellos sólo una semana, no siempre. Es ese Sr. Ackerman al que no puedo soportar. Turkey me dijo:

—De su boca no salen más que gotas doradas, pero puedes ver que dentro está lleno de piedras.

Eso es cierto.

Piensan que un niño de nueve años de edad no puede decirlo, pero yo sí puedo.

Decir que no saben lo que están haciendo. Decir que todos piensan que íbamos a morir. Sólo que no lo hicimos.

Decir que Ángel está asustada. Cree que Bud puede salvarnos.

Quizá pueda, sólo que, ¿cómo puedes saberlo? Nunca deja entrever nada de nada.

Supongo que no puede. Sólo baja la cabeza y frunce el ceño como si estuviera preocupado por un problema, y cuando deja de fruncirlo, sabes que lo ha resuelto. Me gusta.

A veces pienso que a Turkey simplemente no le importa nada. Parece como si hubiera renunciado a todo. Pero otras veces parece como si comprendiera y se estuviera riendo de todo. Discutió con el Sr. Ackerman, y luego se echó a reír con los ojos cuando perdió.

Supongo que realmente todo está bien. Al menos me están llevando a casa.

Excepto esa Susan. Sus ojos saltan de un lado para otro como si viera fantasmas. Está locamente asustada. No me gusta mirarla.

## ***Turkey***

Los problemas vienen en tu busca si eres un estúpido. Cuando descubrimos que la idea de Ackerman no iba a funcionar realmente bien, hubiéramos debido volvernos. Lo dije, y todos asintieron con la cabeza, sí, sí, pero siguieron adelante y le escucharon a él pese a todo. Así que yo seguí adelante también. He vivido ya mucho, y este es un momento tan bueno como cualquier otro para pasar revista.

Tenía mi viejo 32 en mi maletín, pero pensé que no me serviría de nada ahí dentro. De modo que lo saqué, lo envolví en una bolsa de papel, y lo metí debajo del asiento. A mano.

Mejor contemplar el mundo. Lo que queda de él.

## ***MC355***

Las defensas orbitales norteamericanas habían eliminado todo el ataque soviético menos un 10 por ciento.

MC355 reconstruyó esto dentro de una desviación de la raíz cuadrada media de un escaso tanto por ciento. Había sido testigo de sólo una tercera parte de lo sucedido realmente, pero había realizado índices de simulación para toda la red del Ordenador Maestro, y podía extrapolar de ello.

Las cabezas nucleares que consiguieron pasar iban dirigidas a los silos en tierra y a los emplazamientos C31, como era de esperar.

Si el armamento total de las dos superpotencias hubiera sido el de los viejos días, diez mil cabezas nucleares o más por cada lado, una filtración de un 10 por ciento hubiera sido catastrófica. Pero el desarme gradual llevaba décadas produciéndose, y sólo existían unos cuantos miles de proyectiles balísticos intercontinentales altamente seguros. No había cohetes de corto alcance disparados desde submarinos, puesto que eran considerados desestabilizadores. Su retirada había sido negociada en décadas anteriores.

Los submarinos cargados con proyectiles balísticos intercontinentales estaban aún aguardando, en reserva.

Todo esto había sido conseguido gracias a dos principios: la Supervivencia Mutua Asegurada, y el Yo Recorto, Tú Eliges. La primera media hora de la batalla ilustró lo esenciales que eran.

Los Estados Unidos se habían salido con bien del primer ataque. Sus redes C31 estaban casi intactas. Esto se debía a la construcción de armas defensivas que confinaban el primer estadio de cualquier conflicto al espacio.

La pequeñez de los arsenales había surgido de una filosofía que se remontaba a principios del siglo xx. Estaba basada en la simple noción de la infancia. Al dividir un pastel, una persona corta tajadas, pero luego la otra elige la tajada que desea. El interés de uno mismo conduce de forma natural a cortar las tajadas tan iguales como sea posible.

Ambos antagonistas habían llegado al acuerdo de un sistema de mil puntos mediante el cual cada uno podría evaluar los componentes de su arsenal nuclear. Esto era el Porcentaje de Valor Militar, y medía la utilidad de un arma determinada. La Unión Soviética situaba un alto valor a sus precisos misiles con base en tierra firme, dándoles un 25 por ciento en su puntuación total. Los Estados Unidos eligieron centrarse en sus misiles submarinos.

La reducción del armamento había girado a partir de entonces sobre qué porcentaje de reducir, no qué armas. El primer recorte fue de un 5 por ciento, o cincuenta puntos. Los Estados Unidos eligieron qué armas soviéticas debían ser públicamente destruidas, y viceversa: Yo Recorto, Tú Eliges. Cada lado redujo así las armas más temidas del arsenal de su oponente.

Técnicamente, la ventaja surgía porque cada lado creía que se beneficiaba del intercambio, en una cantidad que dependía de la relación de la amenaza percibida extirpada y la protección percibida perdida.

Esto condujo a reducciones graduales. Las armas puramente defensivas no entraban en el conteo de los mil puntos, así que no había restricción alguna en fabricarlas.

La confianza engendrada por este lento y evolutivo enfoque hizo mucho por calmar las aguas internacionales. Los Estados Unidos y la Unión Soviética se asentaron en un reacio equilibrio.

MC355 meditó largo tiempo delante de esos hechos, intentando hacer encajar esta visión del mundo con el arranque de la guerra. Parecía imposible que ninguna de las dos superpotencias iniciara un conflicto en el que iban a estar tan equilibrados.

Pero alguien lo había hecho.

## ***Susan***

Tenía que ir con Gene, ellos dijeron que podía ir en el coche, pero yo les grité..., les grité no, tenía que ir todo el tiempo con la unidad de Aislamiento, comprobar que funcionara bien, asegurarme, tenía que estar segura.

Subí pues a la plataforma del camión y fui con él, con los campos agitándose junto a nosotros porque Bud iba demasiado rápido, así que le grité, y él se limitó a maldecir y siguió apretando el acelerador. Camino al Sur. Los árboles pasaban azotando a nuestro lado, ardientes sicomoros, pinos, todos ellos silbando, golpeándome a veces..., pero era bueno estar fuera y sentirse libre de nuevo yendo a salvar a Gene.

Le hablé a Gene mientras íbamos aprisa, con los neumáticos zumbando debajo nuestro, los enormes neumáticos creando una música que calentaba mis pies de una forma tan fuerte que estaba segura de que Gene iba a sentirla y sabía que yo estaba allí controlando que su corazón latiera cada pocos minutos, moviendo la sangre a través de su cuerpo como lodo pero arrastrando consigo el suficiente oxígeno como para que los tejidos pudieran absorberlo y digerir el azúcar que yo le inyectaba gota a gota.

Estaba bien y frío, sólo medio grado por encima del punto de congelación. Leía los sensores mientras la carretera avanzaba veloz hacia nosotros, sus líneas blancas surgiendo del horizonte y desapareciendo por debajo de la capota, con las uniones del asfalto haciendo *stupp, stupp, stupp*, el aire limpio y con un mordiente en su inmovilidad.

Avanzábamos solos por la carretera, no había nadie excepto nosotros, algunos brotes en los árboles resplandecían con un color naranja oscuro y cantaban tintineantes canciones, me silbaban al roce como de plumas de las azules brisas que agitaban mi pelo, como un fluir alegre e intenso que desaparecía a nuestras espaldas.

## ***Bud***

Las inundaciones eran malas. Peor que corriente arriba.

Debía haber habido mucha nieve aquí abajo. Enormes nubes, las vi en sus peores momentos, gruesas y púrpuras y avanzando del Golfo. Arrojando nieve ahí abajo.

Ahora se está fundiendo, y se lleva por delante todos los puentes.

Tengo que buscar caminos alternativos.

La única forma de conseguirlo es ir directamente al sur. Hacia Mobile.

No me gusta. Quizá haya demasiada gente allí.

No se lo digo a los otros que vienen detrás, simplemente les espero en las intersecciones y me mantengo atento.

Hay que seguir avanzando.

Hablar no sirve de nada.

La gente de los alrededores debe estar hambrienta.

Si alguien nos ve puede ser malo.

Tengo la escopeta colgada detrás de mi cabeza. Una enorme 30-30.

Uno nunca sabe.

## ***MC355***

A partir de datos colaterales, MC355 construyó un escenario probable:

Los Estados Unidos decidieron permanecer firmes. No lanzaron sus cabezas nucleares.

La Unión Soviética observó su propio ataque y se sintió desanimada al descubrir

que el sistema de defensa orbital de los Estados Unidos funcionaba dos veces mejor de lo que los expertos soviéticos habían anticipado. Cesó su ataque contra los satélites estadounidenses. Este había demostrado ser igualmente ineficaz, al parecer debido a las inesperadas defensas americanas de sus satélites de vigilancia: sensores retráctiles, protección multi banda, materiales de avanzada resistencia.

Ninguna de las dos superpotencias atacó las colonias espaciales habitadas. No eran importantes en el contexto más amplio de una guerra nuclear.

Las comunicaciones entre Washington y Moscú continuaron. Cada lado creía que el otro había atacado primero.

Pero más de cien megatones habían estallado ya sobre el suelo estadounidense y, no importancia cómo actuaran luego las superpotencias, alguna forma de invierno nuclear era inevitable.

Y, por un azar de las defensas, la mayor parte de las cabezas nucleares habían caído en una amplia franja que cruzaba Texas hasta la punta de Florida.

MC355 permanecía enterrado en el centro de este cinturón.

## ***Turkey***

Cruzamos los bosques de pinos a toda velocidad, apenas capaces de mantener a Bud a la vista. Ocupé el lugar de Ackerman en el asiento del conductor. El hombre no podía seguir, eso lo veíamos todos.

Aquella loca mujer agitaba la mano y reía, sentada encima de la caja en forma de ataúd con los tubos brillantes a todo su alrededor.

La arcilla dejaba paso ahora a franjas arenosas, había álamos y árboles gomíferos, y nadie por los alrededores. Eso era lo que me asustaba. Había creído que la gente de Mobile se habría esparcido por toda aquella zona, pero no veíamos a nadie.

Mobile tenía refugios. Reservas de alimentos. La administración Lekin había empezado todo aquello inmediatamente después del cambio de siglo, y se suponía que había almacenada comida suficiente como para durar un mes, quizá más, alimentando a todos los hombres, mujeres y niños del lugar.

Se suponía.

## ***MC355***

Calculó el impacto ambiental de las cabezas nucleares que sabía que habían estallado. Los fuegos presumibles habrían liberado una considerable cantidad de polvo y cenizas.

Pero MC355 necesitaba más información. Tomó uno de sus coches eléctricos de servicio, utilizado para transportar componentes por los corredores, y lo despachó con una cámara móvil fijada a su plataforma trasera. El coche alcanzó una colina que dominaba la bahía de Mobile y obtuvo una vista panorámica.

Los efectos de una fuerte helada eran evidentes. La hierba estaba muerta, gris. Los amarrados y arrugados árboles tenían multitud de ramas rotas.

Pero Mobile parecía intacta. La recortada silueta de los edificios...

MC355 detuvo el encuadre y lo pasó de nuevo. Uno de los edificios se estaba estremeciendo.

## **Ángel**

Todos nos sentimos preocupados cuando Bud enfiló hacia Mobile, pero podíamos ver que los puentes habían sido arrastrados por las aguas, no había forma de encaminarse al este. Un gran viento soplaba desde el Golfo, bastante malo, haciendo que el coche se desviara en la carretera. Casi estuvo a punto de arrojar a esa chica de la parte de atrás del camión de Bud. Quizás una tormenta avanzando, directamente desde la bahía.

Mejor ir tierra adentro, hacia el este.

No es que yo deseara ir hacia allá, sin embargo. La bomba lo había hecho saltar todo en treinta, cuarenta kilómetros a la redonda, decía la gente que había cruzado la zona la semana pasada.

Bud había pensado que podíamos abrirnos camino entre Mobile y la zona bombardeada. Mobile, suponía, estaría llena de gente.

Bien, podíamos ver que no era así. Bajamos por la Estatal 34 y cruzamos algunas ciudades pequeñas, y rampas para desviarnos hacia la carretera elevada, y no había nadie.

Tampoco había cadáveres.

Lo cual significaba probablemente que las radiaciones les habían alcanzado. O que de otro modo se habían ido. Por mar quizás, a través del puerto de Mobile.

Pero hicimos lo correcto, no nos detuvimos a averiguarlo. El Sr. Ackerman deseaba echar una mirada, pero no había ninguna posibilidad, teníamos que seguir a Bud Yo al menos no tenía ninguna intención de separarme de él.

Acortamos a lo largo del río, luchando contra el viento. Podía ver los rascacielos del centro de la ciudad, y luego vi algo curioso y grité, y Turkey, que estaba conduciendo en aquellos momentos —la única cosa que nadie le dio a hacer en todo el viaje, e iba ufano como un pollo tras el volante—, Turkey pareció contrariado pero disminuyó la velocidad. Bud nos vio por el retrovisor y se detuvo también, y yo señalé, y todos salimos. Excepto esa Susan, que no pareció darse cuenta de nada. Estaba murmurando algo.

## **MC355**

Simulé rápidamente el envejecimiento y deterioro de un edificio como aquel. A media altura, algo había abierto un enorme agujero, permitiendo entrar los elementos.

¿Acaso una cabeza nuclear inerte había golpeado el edificio al caer?

Las tormentas del invierno podían haber inundado el sótano; el agua de los sótanos en esas torres de cemento y cristal, perchadas cerca de la acción de la marea, tenía que ser bombeada regularmente. Sin energía, uno de esos sótanos se llenaría en pocas semanas.

Los vientos habían roto las ventanas.

De pie, mostrando sus dientes rotos, con sus columnas de acero parcialmente oxidadas, incluso una pequeña brisa podía aplicar tensión al acero. Otras columnas asistirían la carga, pero si una cedía, aunque fuera ligeramente, toda la torre se estremecería como un árbol mellado. El cemento estallaría de las columnas del sótano. Los muebles cubiertos de moho del vestíbulo resbalarían a medida que el suelo se inclinara. La estructura e inclinaría lentamente, contra natura.

## ***Bud***

Sonó como un fuego de ametralladora. Estrepitoso. Seco y duro.

Imagino que eran los remaches que sujetaban los paneles de las paredes..., estaban saltando.

Pude oír los paneles de los suelos de cemento combarse, retumbar y cuartearse, y las vigas de los senos se partieron por la mitad como gigantescos engranajes mordiendo pero sin aferrar nada.

Se derrumbó lentamente, dejando un arco de cascotes que pareció flotar en el aire tras ella.

Golpeó duramente contra el suelo.

Se llamaba las Torres Slocum.

## ***Johnny***

Contra el edificio que se derrumbaba vi algo de pie inmóvil en el aire, haciéndose más grande. Me pregunté cómo podía hacerlo. Era más y más grande y giraba brillante en el aire. Luego saltó fuera del cielo hacia mí. Me golpeó en el hombro. Yo estaba mirando al cielo. Ángel gritó, y me tocó, y adelantó su mano. Estaba toda roja. Pero yo no pude sentir nada.

## ***Bud***

Maldita sea, uno entre un millón, un trozo de acero se liberó y salió volando. Golpeó al chico.

Uno no creería que un rascacielos derrumbándose a tres kilómetros de distancia pudiera hacer eso.

Otras piezas cayeron muy cerca de nosotros también Nadie lo imaginaría.

No hay nada roto, dijo Susan, pero sí mucha sangre.

El chico no llora ni nada.

Las mujeres lo han vendado y lo han arreglado todo Ackerman y Turkey discuten como siempre. Yo me mantengo al margen.

Johnny no acepta el calmante que le ofrece Susan Dice que no quiere dormir. Quiere mirar cuando crucemos la bahía. Haber sido herido no le preocupa tanto como a nosotros.

Así que seguimos.

## **Johnny**

Puedo aguantar como cualquiera de ellos, se lo demostraré. No estoy asustado. Puedo hacerlo.

Susan es amable conmigo, pero excepto la aspirina, no creo que mamá quisiera que tomara ninguna píldora.

Sabía que nos estábamos acercando a casa cuando llegamos a la carretera elevada y empezamos a cruzarla. Di un salto, realmente feliz, y mi hombro me obligó a retener algo el aliento. Miré al frente. Bud estaba disminuyendo la velocidad.

Se detuvo. Bajó.

Porque delante había un enorme boquete en la carretera, como si lo hubiera hecho un gigante furioso.

## **Bud**

En los bajíos había restos de metal, todo él fundido y quemado y roto.

Un metal curioso, sin embargo. Duro y ligero. Turkey encontró un trozo donde había escrito algo No era ningún tipo de escritura que yo hubiera visto nunca.

Así que empecé a pensar en cómo cruzar.

## **Turkey**

Los bajíos resonaban debajo nuestro, murmurando incesantes y hoscos como un gran animal, la amarilla superficie salpicada de pustulosas manchas que reventaban de tanto en tanto, revelándose como árboles o montones de maderas rotas, con silenciosas cosas muertas oscilando a su lado y que yo no deseaba mirar muy de cerca. Como si debajo de ellas hubiera algo enorme y vivo, y despertara por un momento y se asomara brevemente para ver cómo era el mundo del aire.

Bud me mostró la retorcida pieza de metal, y le dije de inmediato:

—Es ruso —porque lo era.

—Usted nunca ha sabido ruso —dice Ángel rápidamente.

—Lo estudié en una ocasión —respondo, y también es cierto, aunque no lo

estudiara durante mucho tiempo.

—Maldita sea —dice Bud.

—No es asunto nuestro —dice el Sr. Ackerman, sobre todo porque, tras todo aquel tiempo conduciendo detrás con las mujeres y el niño y un viejo como yo, imagina que ya no tiene mucho el aspecto de un líder. Bud no lo había querido en la cabina del camión con él.

Ángel lo mira, le da vueltas entre las manos, y Johnny exclama:

—¡Puede ser radiactivo!

Ángel lo deja caer como si quemara.

—¿Qué?

—¿Trajo ese contador? —le pregunto a Bud.

Y lo era. No mucho, pero algo.

—Dios santísimo —dice Ángel.

—¡Tenemos que decírselo a alguien! —exclama Johnny, muy excitado.

—¿Imagina que alguna cosa ruskí estalló aquí en esta carretera? —me pregunta Bud.

—Uno de sus cohetes cayó aquí, tiene que haber sido esto —respondo.

—¿Una *bomba*? —La voz de Ángel suena como el chillido de un pájaro.

—Una que no estalló. Apuntada a Mobile, pero los chicos del espacio la desviaron y fue a caer aquí... —señalo directamente hacia arriba.

—¿Se habrá hundido en la bahía? —pregunta Ángel pensativa.

—Es muy probable.

—¡Tenemos que decírselo a alguien! —repite Johnny.

—No te preocupes por eso —responde Bud—. Debemos seguir adelante.

—¿Cómo? —quiere saber Ángel.

## **Susan**

Le cuento a Gene cómo el agua cloquea y gime por entre el agujero en la carretera. Amarilla. Espumosa, con una horrible espuma marrón y un refunfúñante verde con gruesos y sucios grumos brotando hacia donde estaba la carretera. Salta contra las ruedas mientras Bud pone en marcha el motor y avanza lentamente para vadearla, yo sujetando a Gene y observando las cañas del lado brotar por entre la espuma como hojas de metal apuñalando hacia arriba desde el agua, dientes dispuestos a devorar los neumáticos, pero las aplastamos mientras avanzamos chirriando por entre la somera planicie amarilla. Bud hace eses por entre los fragmentos de retorcido metal —de los ruskis, me grita Johnny— como árboles desarraigados, suspendidos encima del fluyente, vacío, estúpido, desperdiciado y desolado fluir.

## **Turkey**

El agua lame el camión como si fuera un animal golpeando con una pata. Bud lucha por mantener las ruedas en el barro y no volcar de costado con ese maldito féretro brillante aposentado ahí atrás y la loca muchacha gritándole desde encima de eso.

Y el resto de nosotros subidos también detrás, apretados contra la cabina. Si se encalla podremos saltar aprisa, vadear o nadar de vuelta. Desenrollamos una cuerda mientras avanzamos, atada al tocón de un poste de teléfonos, para tener algo a lo que agarrarnos si tenemos que volver.

Bud lo está llevando muy bien contra la legamosa corriente amarilla que lo arrastra, cuando ese tronco aparece repentinamente por entre la espuma, como si fuera enviado por el propio Dios, e impacta directamente contra el camión. Un trozo de tela, como la camisa de un hombre, está enganchado en uno de sus extremos, y el enorme tronco es como una ballena que hubiera devorado al hombre hace mucho tiempo y ahora hubiera vuelto a por otro.

—¡No! ¡No! —grita Ángel—. ¡Retrocede! —Pero no hay tiempo.

El tronco tiene dos palmos de ancho, fácilmente, y golpea de costado al camión justo detrás del conductor, Bud lo ve justo en el momento en que se clava en la plancha. Hace girar el camión para librarse del empuje, pero las ruedas patinan y el agua se arremolina bajo el piso del vehículo, empujándolo aún más.

Todos nos agarramos a la cosa esa de Aislamiento o al camión e intentamos mantenernos, y el Sr. Ackerman lanza toda una retahíla de maldiciones.

El camión se inclina de nuevo.

El ángulo se hace más pronunciado.

Yo estaba en contra de llevar el ataúd porque ponía demasiado peso en el camión y lo hundía más en el lodo, hacía más probable que se atascara, pero ahora es la única cosa que lo retiene contra la corriente.

La espuma hierve amarilla en torno a los guardabarros a cada extremo, y todos gritamos..., sin ningún efecto, por supuesto.

## ***Susan***

El animal intenta devorarnos, ha visto a Gene y lo Quiere. Me inclino y golpeo al animal amarillo que está girando por todas partes a nuestro alrededor, pero se limita a agarrar mi mano y sorbe mi palma como si no le importara, y yo me pongo a gritar, no sé qué hacer.

## ***Johnny***

Mi garganta estaba hecha un nudo, tenía tanto miedo.

Bud, puedo oírle gruñir mientras gira el volante.

Tiene la mandíbula encajada, y esa mujer, Susan, nos grita:

—¡Agarradlo! ¡Agarrad a Gene!  
Lo sujeto, y las aguas me sorben.

## ***Turkey***

Puedo decir que Bud tiene miedo de darle al acelerador y hacer girar con fuerza las ruedas porque perderá tracción y eso nos volcará, seguro.

Susan salta fuera y se queda en pie en la poco profunda agua corriente abajo y empuja el camión para impedir que vuelque. La presión está empujándolo fuera del vado y el ataúd se desliza un par de palmos o así, los cables se han soltado. Ahora se rinde porque el peso es peor, y se tensa como un palo para hacer de cuña entre el camión y el lodo.

Si acaba de volcar está perdida. Es una acción magnífica la suya, loca pero magnífica, y yo salto también y vadeo para situarme a su lado.

No hay tiempo.

Hay un remolino. El tronco gira de lado. Retrocede unos segundos y luego avanza de nuevo, esta vez asomando su extremo hacia arriba en una ondulación del agua. Puedo ver a Bud agacharse, ha subido la ventanilla y el tronco la golpea, el cristal se rompe y se esparce en diminutos fragmentos.

## ***Bud***

Caen sobre mi regazo como nieve. Diminutos cristales.

Pero la presión del tronco ha desaparecido, y le pego mía patada al acelerador.

Salimos del hueco en el que estábamos metidos, y el camión da un bote sobre terreno sólido o algo.

El tronco está golpeando contra mí. Piso bruscamente el freno.

Lo agarro con las dos manos y lo empujo fuera. Con todas las fuerzas que puedo reunir.

Retrocede, y luego gira de nuevo y se desliza frente a la capota, golpeando una sola vez contra la parrilla del radiador.

## ***Ángel***

Como si hubiera acudido para hacer este trabajo y lo hubiera terminado, y ahora se marchara a hacer alguna otra cosa distinta.

## ***Susan***

Me duelen los brazos, estoy cubierta de lodo. Me arrastro de vuelta al camión, con el murmullo del agua a nuestro alrededor. Furiosa con nosotros ahora.

Deseándonos.

Bud hace rugir el camión, y nos metemos en otro hoyo, y salimos de él, y ascendemos. El agua gorgotea a nuestro alrededor con su humeante y hedionda rabia.

Compruebo a Gene y las células de energía, están agotadas.

Se está calentando.

No aprisa, pero eso lo despertará. Dicen que incluso en la solución en la que flota pueden salir de sus sueños y empezar a sentir de nuevo. Sentir el dolor.

Le grito a Bud que tenemos que encontrar células de energía.

—Esas no son baterías normales, ¿sabe? —dice—. Hay algunas en el Data Com —le digo. Salimos bamboleándonos de la legamosa agua amarilla y volvemos a la carretera.

## **Gene**

Dormir... lentamente... todavía puedo sentir... sólo en lentos... momentos... momentos... no auténtico sueño sino un derivar, un soñar sin sentido... débiles golpes y ondulaciones... sonidos huecos... estoy debajo del agua y ahogándome... pero no me importa... no respiro... algo esponjoso llena mis pulmones... es fácil descansar en ello... flotar en copos de nieve... un invierno acuoso... pero vienen golpeteos... se van... saltos... se deslizan antes de que pueda recordar lo que significan... es duro... sí... es duro recordar el secreto... así cuando esté en contacto de nuevo... en DataCom sabrán... lo que he averiguado... cuando el C31 falló... cuando supe... es duro aferrarse al resbaladizo y brillante hecho... en un pantano de oleosas y suaves burbujas... plateadas como el aire... parpadeando rojo rubí detrás de mis párpados... debo aferrar el secreto... un hecho duro como brillante acero en la esponjosa y cálida humedad... sujetadlo a mí... algo golpea mi costado... un ruido sordo... estoy enfermo... guardad el acerado secreto... mantened...

## **MC355**

El megatonelaje del asalto soviético estalló bajo..., impacto en tierra, según la jerga. Esto, mostró la simulación de MC355, ocasionó enormes fuegos. Se alzó un manto de cenizas, cubriendo Texas y el Sur, luego difundiéndose hacia fuera en esquemas globales de circulación.

Al cabo de pocos días, las temperaturas descendieron del balsámico verano a casi el punto de congelación. En la región del Golfo donde se hallaba MC355, el cálido océano siguió alimentando calor y humedad a la zona marítima cerca de la orilla. Los vientos fríos soplaron con fuerza en este aire cargado de humedad, generando grandes tormentas y profundas nieves. Los densos estratos de nubes envolvieron el suelo hasta al menos un centenar de kilómetros tierra adentro.

Todo esto explicaba por qué las extensiones sensoras de MC355 habían

encontrado caos y destrucción. Y por qué no había emisiones locales de radio. Lo que la Pulsación Electromagnética no destruyó, lo hicieron las tormentas.

Las preguntas importantes que quedaban eran si la guerra había continuado, y si había sobrevivido algún ser humano en la zona.

### ***Sr. Ackerman***

A estas alturas ya tenía más que suficiente. La chica Susan se había vuelto completamente loca delante de nosotros, y habíamos estado a punto de ahogarnos cruzando aquel maldito vado.

—Creo que deberíamos volver tan pronto como podamos —le dije a Bud cuando nos detuvimos a descansar al otro lado.

—Tenemos que entregar al chico.

—Las cosas están demasiado mal aquí abajo. Imaginé que habría gente, algo de civilización.

—Algo les afectó.

—La bomba.

—Tenemos que encontrar células para ese hombre en la caja.

—Casi está muerto.

—Demasiados lo están ya. Deberíamos salvar al menos a uno, si podemos.

—Tenemos que mirar por nosotros mismos.

Bud se encogió de hombros, y pude ver que no iba a llegar muy lejos con él. Así que le dije a Ángel:

—El chico no vale la pena correr todos estos riesgos. Ni ese cadáver.

### ***Ángel***

No me gustaba Ackerman antes de la guerra, y menos aún después, así que cuando empezó a insinuar que quizá debiéramos volver al norte y dejar al chico y a Susan y al hombre aquí, estallé. Por la expresión en el rostro de Bud supe que él sentía lo mismo que yo. Escupí una colección de palabras realmente escogidas que había oído utilizar a mi padre una vez con un comerciante de granos que le había engañado en un trato, palabras que había estado guardándome durante años, y debo decir que me sentí bien.

### ***Turkey***

Así que bajamos por el lado este de la bahía, sintiéndonos aliviados de abandonar la ciudad y el agua, y nos encaminamos a una de las regiones más espléndidas de todo el Sur. A través de Daphne y Montrose y entrando en Fairhope, con el musgo colgando de los árboles y de tanto en tanto auténtica luz solar penetrando sesgada,

con su dorado color, a través del verdor de viejas y enormes mimosas.

Estamos encajonados en la plataforma del camión, encogidos porque el viento que nos azota deja sentir su mordedura. Las enormes nubes púrpura se dirigen ahora hacia el sur.

Sigue sin haber gente. No es que Bud se pare tampoco para buscarla.

Hay huesos de ganado en los campos, sin embargo. Llevo tanto tiempo viéndolos que ya apenas reparo en ellos.

El silencio es tan profundo que el viento que sopla entre los pinos parece más fuerte de lo que es en realidad. No me gusta, llegar hasta tan lejos y no ver a nadie. Mantengo cerca de mí mi bolsa de papel.

Fairhope es una hermosa ciudad, con grandes robles flanqueando las calles y un largo muelle allá en la bahía con un parque donde se puede ir a pescar. Siempre me ha gustado el lugar, había tenido la intención de mudarle a aquella zona hasta que los precios empezaron a subir de ese modo.

Pasamos junto a algunas tiendas con los escaparates hechos añicos, y fue entonces cuando vimos al hombre.

## **Ángel**

Estaba aguardándonos. De pie a un lado de la calle, con unos téjanos y una camisa amarilla abierta, muy sucia y suelta. Le saludé con la mano en el instante mismo en que le vi, y él me devolvió el saludo. Grité, excitada, pero él no dijo nada.

Bud pisó el freno. Yo salte del camión y di la vuelta por detrás. Johnny me siguió.

El hombre era delgado como un raíl y estaba apoyado contra un poste telefónico. Su rostro estaba cubierto por una larga y enmarañada barba, pero los ojos nos miraron como si fueran dos cuentas, pareciendo reflejar toda la luz del sol.

—¡Hola! —dije de nuevo.

—Un beso. —Eso fue todo.

—Venimos de... —y dejé morir mi voz, porque el hombre me señaló.

—Un beso.

## **Sr. Ackerman**

Seguí a Ángel, y pude decir de inmediato que el hombre sufría de malnutrición. Sus ropas colgaban sobre su cuerpo.

—¿Puede darnos algo de información? —pregunté.

—No.

—Hey, ¿por qué no, amigo? Hemos venido buscando a los padres de...

—Primero un beso.

Retrocedí unos pasos.

—Bueno, la verdad, no tiene usted derecho a pedir.

Por el rabillo del ojo pude ver que Bud había bajado de la cabina y se había detenido, y ahora estaba subiendo de nuevo, probablemente en busca de su escopeta. Decidí salvar la situación antes de que alguien resultara herido.

—Ángel, ve a él y háblale amistosamente. Necesitamos...

—Un beso. Ahora.

El hombre señaló de nuevo con un huesudo dedo.

Ángel dijo:

—No pienso ir a... —y se detuvo, porque la mano del hombre había descendido hasta su cinturón. Tiró del sucio faldón de su camisa hacia arriba, para mostrar una pistola metida en su cinturón, debajo.

—Un beso.

—Mira, amigo, podemos...

La mano del hombre volvió a subir, esta vez con la pistola, y la niveló, apuntándonos.

—Acércate, chica.

Entonces su cabeza estalló en un halo de sangre.

## ***Bud***

Maldita sea, la vez que la necesito, la dejo en la cabina.

Estaba aún sacándola cuando se produjo el disparo.

Luego otro.

## ***Turkey***

Si un hombre te muestra un arma en su mano, es un estúpido si no piensa usarla.

Tomé la pistola que había estado llevando en mi bolsillo todo el tiempo, envuelta en plástico. La saqué rápido de la maldita bolsa de papel, mientras el hombre miraba con ojos de loco a Ángel y esgrimía su arma.

No fue ningún problema ponerlo en el punto de mira.

Estaba a más de diez metros, pero mientras cae dispara también, y siento como si alguien tirara de mi pantorrilla izquierda. Luego estoy cayendo. Suelto también la pistola. Terminó golpeando boca abajo en el piso de la plataforma, sin sentir nada todavía.

## ***Ángel***

Creo que me hubiera gustado morirme cuando el hombre cayó, tan repentinamente que pensé que había resbalado, hasta que mi mente registró el *bang*.

Corrí hacia él, pero Turkey gritó:

—No lo toque.

El Sr. Ackerman dijo:

—¡Idiota! Ese hombre hubiera podido decirnos...

—No nos dijo nada —señaló Turkey—. Estaba loco.

Entonces me doy cuenta de que Turkey está caído también. Susan le está haciendo algo, enrollando hacia arriba una pernera de sus téjanos. Limpia algo en los recios músculos de su pierna.

Bud fue a coger un palo. Hurgó al hombre desde una distancia segura. Consiguió echarle a un lado la camisa. Todos pudimos ver las pústulas en todo su pecho. El aspecto era terrible.

El Sr. Ackerman estaba maldiciendo y llamándonos idiotas hasta que vimos aquello. Entonces se calló bruscamente.

## **Turkey**

Debo admitir que es una hermosa sensación. Por primera vez en años, todo el mundo reconocía que yo tenía razón.

Valía la pena el dolor. Era un dolor sordo, que se iba extendiendo gradualmente. Susan me dio una inyección una pastilla y me vendó apretadamente. La sangre había dejado pronto de manar, me dijo. Coagulo bien.

Decidimos salir de allí, no detenernos para buscar a los padres de Johnny.

Habíamos recorrido tres manzanas antes de hallar cortado el camino.

Era un gran cilindro de metal, fracturado por todos lados. Los cristales brillaban a todo su alrededor.

Allí, en medio de la calle. Podías ver dónde había golpeado contra el techo de una tienda de ropa, Bedsole's: había abierto un profundo surco en su fachada, y había rodado a la calle.

Todos salieron a echar un vistazo, y yo me quedé sentado en la cabina. Puedo ver de nuevo la escritura rusa en su extremo.

No sé mucho, pero puedo distinguir arriba CEKPET y un montón de palabras que parecen como una advertencia, incluidas BOJIE3Hb, que es *plaga*, y algunas más que no conozco, y luego JIODKJIB, que es *lluvia*.

—¿Qué dice? —pregunta el Sr. Ackerman.

—Esa palabra de arriba dice secreto, y luego algo acerca de biología y enfermedad y lluvia y clima.

—Creía que conocía usted esta escritura —dice.

Agito la cabeza.

—Lo suficiente.

—¿Lo suficiente para qué?

—Para saber que esto era una especie de cápsula dirigida. Cayó directamente en medio de Fairhopc, la mayor ciudad de este lado de la bahía.

—¿Como la otra? —dice Johnny, sorprendiéndome. El chico es listo.

—¿La de la carretera elevada? Correcto.

—¿Una *qué*? —pregunta el Sr. Ackerman.

No quiero decirlo con el chico allí delante, pero de todos modos tendrá que saberlo.

—Alguna enfermedad. Guerra biológica.

Se quedan allí en medio de Prospect Avenue, con una abierta y silenciosa nada a nuestro alrededor, y nadie dice nada durante un largo rato. Durante mucho tiempo no habrá ningún tipo de perspectivas aquí. No vamos a encontrar a los padres de Johnny, no vamos a encontrar a nadie, porque, fuera lo que fuese lo que salió de esta cápsula cuando reventó —muy arriba sin duda, para que el viento pudiera dispersarlo—, ha hecho su efecto.

Ángel lo comprende de inmediato.

—Debieron tener tiempo de ir al interior —es todo lo que dice, pero está pensando lo mismo que yo.

Debió dejarles en un estado tal que todos fueron a sus casas y se encerraron en ellas hasta morir, como haría un animal. Quizá hubiera sido diferente en el norte o el oeste, la gente es más alegre allí, tal vez se limitarían a echarse por las aceras, pero aquí abajo el primer pensamiento de la gente es su casa, la familia, la única cosa que puede empujarles. Así que se encerraron en sus casas y no volvieron a salir.

—Pero no hay ningún olor —dice el Sr. Ackerman, lo cual es una estupidez, porque eso hace que todo se vuelva real a los ojos del chico, y empieza a llorar. Lo abrazo.

## ***Johnny***

Porque eso significa que todos han desaparecido, que era lo que he estado temiendo desde que cruzamos la carretera elevada, y no hay nadie aquí, todo es cierto, ni mamá ni papá ni nadie por ninguna parte, sólo vacío.

## ***MC355***

El éxito de la unidad portátil hace a MC355 atrevido.

Emite más sensores, y descubre no las furiosas ventiscas de meses antes sino más bien unas cálidas brisas, el suave suspirar de los pinos, el bajo zumbido de los insectos que despiertan de nuevo.

No es el invierno nuclear.

En vez de ello, más bien una especie de otoño nuclear.

Las girantes corrientes de chorro han disminuido, los aguijoneantes ultravioletas han desaparecido. Las tormentas se retiran, la ola de frío ha pasado. Pero el espectro electromagnético sigue desnudo, un mudo sisear. Las PEM han silenciado las señales del hombre, sí.

Los dispositivos ópticos, adaptados con nuevas lentes escrutan el cielo nocturno. Puntos parpadeantes cruzan la oscuridad, deslizándose en sus trayectorias newtonianas.

La Colonia Arcapel.

Ruskifera.

US1.

Todas intactas. Así que al menos ellas han sobrevivido.

A menos que fueran acribilladas por los dispositivos antisatélite de localización y eliminación de blancos. Pero no..., la hinchada esfera de almacenaje anclada junto a US1 no está deshinchada, sigue como siempre.

Así que el hombre sigue viviendo en el espacio, al menos.

### ***Sr. Ackerman***

Es una locura, pensé, ir en busca de este DataCom cuando todo el mundo está muerto, como probaría el entrar simplemente en una de las casas.

Pero no me quieren escuchar. Aquellos que guardaban respetuoso silencio cuando yo hablaba ignoran ahora mis palabras como si no existieran.

Todo a causa de ese estúpido incidente con el hombre enfermo. Debió tardar más tiempo que los otros en morir. Yo no podía anticipar aquello. Simplemente me pareció hambriento.

Todo esto es suficiente para excitar a un hombre.

### ***Ángel***

El chico está tranquilo ahora, sólo que parece haberse encerrado en sí mismo. Sabe lo que les ocurrió a su madre y a su padre. De todos modos, aleja su mente del dolor. Inclina la cabeza, y su largo pelo rubio sucio oculta su expresión. Se reclina contra Turkey, y hablan. Puedo verles a través de la ventanilla trasera de la cabina.

Sospecho que todo lo que hemos visto no ha entrado aún completamente en él. Tomará tiempo. A todos nos tomará tiempo.

Salimos de Farihope tan aprisa como podemos. No es que cualquier otro lugar sea distinto. Los gérmenes debieron dispersarse a lo largo de treinta, cuarenta kilómetros a la redonda de aquí. Por eso no vimos a nadie antes. Cualquiera que estuviera lo bastante cerca como para saber lo ocurrido ha desaparecido.

Susan es la única a la que no parece importarle nada. Sigue aferrada a esa caja.

Cruzamos Silverhill y nos encaminamos a Robertsdale. Lo mismo que en todas partes: ni el ladrido de un perro, los huesos del ganado secándose al sol en los campos.

No entramos en las casas.

Giramos al sur, hacia Foley. Pusieron su DataCom en el lugar más discreto,

supongo que porque los secretos son difíciles de mantener en las ciudades. Es un bosquecillo de pinos al sur de Foley, una tierra buena para la soja y las patatas.

## **Susan**

Me dirigí a la pequeña puerta de acero igual a la que me mostraron en una ocasión y tomé una cosa pequeña parecida a un sello y la encajé en una hendidura.

Luego los códigos. Los cambian cada mes, pero este aún funciona, puesto que la puerta se abre.

Tiene medio metro de grosor. Y hay tantas cosas ahí debajo que podrías pasarte toda una semana buscando el camino.

Bud descarga la unidad de Aislamiento, y la arrastramos por el lodo y rampa abajo.

## **Bud**

Susan parece estar mejor ahora, pero sigo observándola de cerca.

Bajamos en medio de esta pálida luz blanca que está en todas partes. Todo se ve claro y nítido.

Empujar esa enorme cosa de Aislamiento requiere todas tus fuerzas. Especialmente cuando no sabes cómo hacerlo.

Pero las señales se iluminan a medida que pasamos junto a ellas. Alguien está esperando.

El hospital está por aquí.

Hay sitios donde conectar esa cosa de Aislamiento, y Susan lo hace en seguida. No hay nada que reprocharle cuando tiene algo en que ocuparse.

## **MC355**

Los hombres han regresado.

Han pedido refugio.

Y ahora, conectado a ella, MC355 lee la lenta, resbaladiza, dolorida mente.

## **Gene**

Al fin... alguien ha hallado la conexión... puedo captar las imágenes deslizarse como brillantes peces azules por el cálido fluido donde floto... alguien... pregunta... así que tomo la dura esfera metálica de los hechos y la rompo para abrirla para que pueda ver... lo hago tan lentamente... las cosas resultan difíciles de recordar... con un brillo acerado... lo veo todo en un instante... yo era el único de guardia entonces con la Autorización Empleo de Armas, Alto Secreto, así que todo acudió a mí...

ataques contra los Estados Unidos y la Unión Soviética a la vez... alguna tercera facción... un único escenario plausible... un maníaco... y todas las fuerzas de contraataque y los sistemas de detección y las opciones estratégicas... un gran chiste... irrelevante... comparado con el riesgo de un accidente o de terceras facciones... eso era lo más importante, y todos nos dimos cuenta de ello cuando apenas hacía una hora que había ocurrido todo, pero entonces ya era demasiado tarde...

## ***Turkey***

Es estremecedor ahí dentro, sin nadie en absoluto. Había esperado que alguien se ocultara todavía en este lugar y nos estuviera esperando, pero mientras Bud empuja ese ataúd por las salas vacías no hay absolutamente nada..., su propia voz regresa a ti tenue y vacía, reflejada por estancias tras estancias tras estancias, todas aguardando solitarias ahí abajo. Cojeando sobre unas improvisadas muletas, ayudado por Johnny, me siento perdido en esta ciudad electrónica, limpia y dura. Somos como algo que las olas hubieran arrojado sobre la playa. Dios, esto debió costar mucho más que el propio Fairhopc, y, ¿quién sabe qué ocurrió aquí? Yo no.

## ***Gene***

Era un complot, sólo un maldito complot, sin nada más que pura rabia ciega y codicia tras él... y lo peor de todo es que nunca íbamos a saber quién lo hizo exactamente... porque en la resaca los propios gobiernos caerán, la gente se lanzará unos contra otros... no hay forma de decir quién pagó a los capitanes de los barcos de pesca en alta mar para cargar a bordo los misiles de crucero... apuesto a que los propios capitanes se sorprendieron cuando las malditas cosas partieron de sus cubiertas... apuesto a que les dijeron que sólo era una especie de maniobras... y luego los propios barcos se evaporaron cuando los cazas los alcanzaron... ninguna esperanza de reconstruir la historia a través de eso... todo tan cómico cuando piensas ahora en lo fácil que resultó... y lo mismo para los rusos, estoy seguro de ello... una aturdida confusión... y ningún lugar hacia donde volverse... nadie a quien golpear como represalia... así que nos golpearon a nosotros... fuimos culpados de todo puesto que era lo único que podían pensar... e incluso entonces había esperanzas... porque las defensas funcionaron... la gente fue a los refugios... los cohetes de los satélites derribaron las hordas de cabezas nucleares soviéticas... seguramente minimizamos los daños, con las defensas y los refugios también... pero no habíamos previsto el esencial acto final de que toda la ciencia y la estrategia apuntaban hacia...

## ***Bud***

El ordenador nos pidió que instaláramos nuevas antenas.

Una semana de trabajo, sencillo, dije.

Necesitamos dos.

La mayor parte del trabajo recayó en mí. Pasarán semanas antes de que Turkey pueda andar bien. Pero lo hicimos.

Llegan las primeras señales, es como si fuéramos Colón. Susan encuentra un poco de vino, y lo celebramos.

Conseguimos conectar con US1. Los primeros que les llamamos de todo el Sur.

Porque ya no queda mucho del Sur.

## **Gene**

Pero los libros de historia tendrán que escribir esto por sí mismos... no sé lo que ocurrió y no me importa, porqué otro detalle que nuestros planificadores estratégicos y analistas olvidaron fue que el invierno nuclear no representaría el fin de todo... de absolutamente todo... siempre que tuviéramos la precaución de no seguir usando nucleares... acostumbraban a decir que el amor podría encontrar un camino... pero lo que sé... es que la guerra encontrará un camino también... y esta vez los soviéticos cargaron montones de sus cabezas nucleares con elementos de guerra bacteriológica, contenedores preparados para estallar en las alturas sobre las ciudades... cosas que las defensas de los satélites podían derribar en el mejor de los casos pero no destruir completamente, como podían hacer con los explosivos de las cabezas nucleares... todo tan sencillo... si sabes que hay un límite al invierno nuclear según el megatonelaje puedes lanzar... usar las nucleares sobre los blancos del C31 y los silos... y luego los elementos bacteriológicos sobre el resto... un chiste, realmente... incluso me reí algunas veces para mí mismo... habíamos puesto tantas esperanzas en que el viejo invierno nuclear contuviera las cosas... malditamente racional... los escenarios eran tan claros... edificamos nuestras carreras sobre ellos... pero este otro camino... tan sencillo... y sin un final... y todas mis esperanzas... nuestras esperanzas... el bastardo que empezó todo esto... algún general del Tercer Mundo... espero que recibiera también algo del maldito producto...

## **Bud**

Los gérmenes nos alcanzaron. Abrieron grandes franjas a través de todos los Estados Unidos. Nosotros simplemente fuimos afortunados. Los gérmenes actuaron durante un par de meses, mientras nosotros permanecíamos encerrados. Los soviéticos dijeron que utilizaron las armas biológicas entre las nucleares para mostrarnos lo que podían hacer, a largo plazo. A menos que la guerra cesara inmediatamente. Cosa que ocurrió.

Pero estallaron las suficientes cabezas nucleares aquí y en Rusia como para

congelarlo todo durante julio y agosto, como para desencadenar esas tormentas.

Los gérmenes fueron sin embargo los que causaron más daño..., epidemias.

Fue un contenedor de gérmenes lo que golpeó el edificio Slocum. Eso es lo que aniquiló Mobile.

La guerra terminó en un par de horas. La gente del satélite lo vio todo.

Ahora están preparando los acuerdos de paz.

### ***Sr. Ackerman***

—Ya hemos esperado demasiado aguardando a este cadáver —dije, y me puse en pie.

Conseguimos comida de los almacenes de aquí. Espléndido, no puedo decir otra cosa excepto que me siento agradecido por ello. Y pudimos descansar, recuperarnos. Pero ya es suficiente. El ordenador nos dice que quiere hablar un poco más con ese hombre, Gene. Estupendo, respondo.

Turkey se puso en pie.

—El ordenador dice que no es fácil hablar con un hombre que está casi muerto. Es un trabajo lento.

Miré a mí alrededor e intenté recuperar el control, asumir de nuevo el liderazgo. Adelanté la barbilla.

—Ya es hora de volver.

Pero hay un brillo curioso en sus ojos. De alguna forma, he perdido mi poder sobre ellos. Ya no soy el que los condujo cuando las bombas empezaron a caer.

Lo cual significa, supongo, que esto va a ser un nuevo principio para mí. Va a ser la misma vida de antes. La gente ya no va a sentir hacia mí el auténtico respeto que sintieron durante un tiempo.

### ***MC355***

Así que las simulaciones habían resultado ser correctas. Pero, como siempre, incompletas.

MC355 contempló la maltratada y obstinada banda conectada al hospital, y se preguntó cuántos de ellos podía haber ahí fuera.

Quizá muchos. Quizá pocos.

Todo dependía de datos que MC355 no poseía, no podía encontrar con facilidad. Los mundos satélites que daban vueltas allí arriba no podían efectuar una cuenta aproximada ni en los Estados Unidos ni en la Unión Soviética.

Sin embargo..., pensando en ello, MC355 no podía dudar de que tenían que existir aún muchos. Ardían demasiado con vida, eran demasiado difíciles de matar. Todos los cálculos del mundo no podían detener a aquellas criaturas.

Los humanos salieron, dejando atrás el módulo de Aislamiento con la mujer que

no se había separado ni un momento de su lado. Se marchaban.

MC355 los llamó. Asintieron, comprendiendo, pero no se detuvieron.

MC355 los dejó marchar.

Había mucho que hacer.

Nuevas antenas, nuevos sensores, nuevos mundos.

## ***Turkey***

Con el vientre lleno y el ojo rápido, salimos a los pinos. El viento soplaba con el aroma del Golfo, fresco y salado y lleno de una intensa humedad.

Las nubes oscuras han desaparecido. Pienso que quizá pueda convencer a Bud de que conduzca un poco más hacia el sur. Me gustaría nadar una vez más en esos rompientes que llegan ruidosas, más altas que yo, allá abajo, cerca de Fort Morgan. Un hombre nunca sabe cuándo podrá volver a hacerlo de nuevo.

Bud se prepara para el viaje. Lleva consigo una radio para que podamos comunicarnos con MC, saber de la ayuda que pueda estar llegando. Por ahora, tenemos que volver y ocuparnos de nosotros mismos.

También tenemos que ocuparnos del chico. Ahora es nuestro.

Susan dice que se quedará con Gene hasta que se haya recuperado, hasta que algunos cirujanos puedan ocuparse de él. Eso puede ser mucho tiempo, le digo. Pero puede quedarse si quiere. Hay comida de sobra para ella ahí abajo.

Vaya problemas que hemos tenido con nuestro viaje de ciento cincuenta kilómetros. Y no tenemos mucho que Poder decir a nuestra vuelta. Un puñado de malas noticias, dirán algunos. No yo. Es mejor saber que ignorar mejor seguir adelante que mirar atrás.

Así que salimos al amanecer, y vemos los mismos puntos de color cruzando allá en lo alto el ciclo casi azul Como fuegos de campamento.

Los grillos están cantando, y en los arbustos hay la agitación de cosas moviéndose, ocupadas en sus propios asuntos, y un claro aroma de otras cosas renaciendo. Subimos al camión, y Bud lo pone en marcha con un reacio gruñido. Ackerman se deja caer en la plataforma, Ángel en la cabina al lado de Bud, el chico ya dormido entre algunas mantas; y el solitario sonido de nuestro avance entre los árboles barridos por el viento es una larga nota llena de ecos de desolación mutua y compartida, intensa y aguda, lanzada hacia delante, hacia lo que tiene que venir, una nota apagada, persistente e innegable, en el suave y dulce aire.

## ***Epílogo***

*(veintitrés años más tarde)*

## ***Johnny***

Había una mujer vieja, envuelta en un informe y arrugado vestido y con unos gastados zapatos cubriendo sus pies, sentada a un lado de la carretera. Yo jadeaba a causa del rápido ritmo de la marcha que mantenía a lo largo de la franja blanca y arenosa llena de roderas. Estaba sentada, en silencio y sin moverse. Casi estuve a punto de pasar por su lado sin verla.

—¿Está descansando? —pregunté.

—Estoy esperando. —Su voz parecía como el rumor de las hojas agitándose. Estaba sentada sobre una maleta de cartón color terroso con grandes cierres de latón, el tipo usual después de la guerra. Estaba cuarteada en uno de los lados, y por la raja asomaba un atisbo de ropa interior de algodón blanco.

—¿El autobús?

—A Buck.

—La grabación del helicóptero indicó que el autobús se detendrá en la curva.

—Lo oí.

—No pasará por esta carretera secundaria. No tiene tiempo.

Yo mismo iba tarde, e imaginé que ella había elegido el lugar equivocado para esperar.

—Buck vendrá.

Su voz era aguda y tenía el acento del campo. Mi propia voz era muy parecida, pero aún mantenía mis vocales llanas, y su acento me recordó lo lejos que había llegado perfeccionándome.

Fruncí los ojos, mirando hacia la larga curva arenosa de la carretera. Una camioneta de reparto gruñó saliendo de un camino secundario de arcilla y entró en la superficie asfaltada. Había gente en la parte de atrás, cargada con baúles y tridis. Llevando consigo todo lo que podían. Una serie de grandes ojos blancos me miraron, y luego el conductor abrió el hidrógeno y salieron de allí.

La Confederación no nos estaba dando mucho tiempo. Desde la unificación de las colonias espaciales soviéticas, estadounidenses y chino-europeas en una unión política, todo el mundo había empezado a pensar en ellos como los confeds, punto..., una entidad. Yo sabía más que eso —había tensiones y diferencias a puñados ahí arriba—, pero las abreviaturas eran convenientes.

—¿Quién es Buck?

—Mi perro. —Me miró directamente, como si cualquier estúpido tuviera que saber quién era Buck.

—Mire, el autobús...

—Usted es uno de los chicos Bishop, ¿no?

Miré de nuevo hacia la carretera. Aquellas palabras —el ser eternamente un chico Bishop— era como un grano de arena encajado entre mis muelas. Las amigas de mi madre utilizaban esa frase cuando venían a jugar su Partida vespertina de *bridge*, antes de que fuera a la universidad. No mi auténtica madre, por supuesto..., ella y papá habían muerto en la guerra, y yo apenas los recordaba.

Apenas recordaba nada de ellos. Casi todo el mundo por allí había resultado muerto por las armas biológicas soviéticas. Era el horrible golpe de guadaña de esas armas, que había segado estados enteros por la parte del Sur —su horror— lo que había sentado las bases de la paz que siguió. Los arsenales nucleares y biológicos habían sido reducidos ahora casi a cero. Las defensas en el espacio eran fuertes y de confianza. Su construcción había alimentado el gran *boom* de las ciudades confed, había convertido el comercio orbital en algo importante, proporcionado trabajos y horizontes a toda una generación..., incluido yo. Yo era un enlace suelo-órbita, y pasaba cuatro meses cada año en US3. Pero, para la gente de aquí abajo, seguía siendo eternamente el mayor de los chicos Bishop.

Los Bishop. Yo era el único que quedaba que había vivido realmente los momentos antes de la guerra. Estaba por aquí de visita cuando ocurrió todo. Más tarde, mi tía y mi tío Bishop de Birmingham fueron a hacerse cargo de las propiedades de mi vieja familia..., salvarlas de ser embargadas según las nuevas leyes de Reconstrucción Federal. Me llevaron con ellos, y yo los consideré siempre como mamá y papá. Todos llevábamos el nombre Bishop, después de todo. Así que yo era un Bishop, uno de los pocos nativos que habían sobrevivido al bombardeo y al otoño nuclear y a todo lo demás. La gente me señalaba casi como un fenómeno, un *auténtico nativo*, huau.

—Sí, señora —dije con voz neutra.

—Eso pensé.

—¿Y usted es...?

—Susan McKenzie.

—Ah.

Habíamos efectuado el ritual, así que ahora podíamos hablar. Sin embargo, algo se agitó en mis recuerdos...

—Hay algo en ti... —Entrecerró los ojos a la brillante luz del sol. Probablemente no era tan vieja como esto, aún no debía haber cumplido los sesenta, quizá. Cualquiera que hubiera recibido una cierta cantidad de radiaciones parecía un poco más viejo que su auténtica edad. O quizás era simplemente el abrumador peso de las dificultades y las pérdidas que llevaba sobre sus hombros—. Me parece que te conocí antes de la guerra —añadió—. Pero veras, creo haberte visto en alguna parte.

—Estaba más al norte entonces, a unos ciento cincuenta kilómetros de aquí. No volví hasta unos meses más tarde.

—Igual que yo.

—Unos familiares me llevaron al sur, y encontramos lo que había ocurrido en Fairhope.

Me miró de nuevo con los ojos entrecerrados, y entonces una expresión de sorpresa se extendió por su fruncido rostro.

—¡Dios mío! Estaban buscando el gran centro de ordenadores, el DataCom, ¿no? Fruncí el ceño.

—Bueno, tal vez... No lo recuerdo muy bien...

—Johnny. ¡Tú eres Johnny!

—Sí, señora. John Bishop. —No me gustaba el diminutivo de mi nombre, pero la gente a mi alrededor no conseguía olvidarlo.

—¡Soy Susan! ¡La que fue con vosotros! Tenía los códigos para entrar en el DataCom, ¿recuerdas?

—Bien..., sí... —Lentamente, las nebulosas y antiguas imágenes fueron aclarándose—. Usted se ocultaba en ese Centro..., donde la encontramos...

—¡Sí! Tenía a Gene en la unidad de Aislamiento.

—Gene... —Aquellos horribles momentos habían quedado tan profundamente grabados en mí que había bloqueado muchos de sus recuerdos, acallando el horror. Ahora volvieron como una inundación.

—Lo salvé, ¿sabes? Sí, señor. Nos casamos, tuve hijos.

Tendió tentativamente una envejecida mano, y la tomé. Un nudo se formó de pronto en mi garganta y mi visión se enturbió. De alguna manera, durante todos aquellos años transcurridos nunca se me había ocurrido pensar en ninguna de aquellas personas: Turkey, Ángel, Bud, el Sr. Ackerman. Era demasiado doloroso, supongo. Y un niño pequeño abriéndose camino en un mundo duro, sin sus padres, no suele mirar mucho hacia atrás.

Nos estrechamos la mano.

—Creo que en realidad volví a verte una vez, después En una cena de pescado frito en Point Clear. Tú y otros chicos estabais jugando con las redes..., fue poco después de que la pesca empezara a ser de nuevo buena, una vez desaparecidos todos esos gérmenes rusos. Gene fue a echaros de junto a los botes. Yo estaba limpiando el pescado, y recuerdo que entonces pensé que tal vez fueras tú. Pero por alguna causa, cuando te vi en la instancia, no pude ir hasta ti y decirte nada. Estabas corriendo por allí, feliz, riendo y todo eso. No me sentí capaz de recordarte de nuevo aquellos malos tiempos.

—Yo..., comprendo.

—Gene murió hace dos años —dijo ella simplemente.

—Lo siento.

—Tuvimos nuestro tiempo juntos —respondió, forzando una sonrisa.

—Recuerdo cómo nosotros... —Y entonces me di cuenta de dónde estábamos, de lo que esperábamos—. Sra. McKenzie, no queda mucho tiempo para el último autobús.

—Estoy esperando a Buck.

—¿Dónde está?

—Ha corrido al bosque, persiguiendo algo.

Solté las correas de mi mochila de los hombros. Chasquearon en la quietud.

No quedaba mucho tiempo. Muy pronto empezaría. Conocía la secuencia, porque yo me había encargado del mantenimiento técnico y la orientación de los espejos

modulares en US3.

Uno de los grandes reflectores enfocaría la luz del sol sobre un tubo recargable de gas. Eso excitaría las moléculas. Un pequeño rayo disparador iniciaría el movimiento, y las moléculas excitadas caerían juntas en cascada desde un estado cuántico preferencialmente ocupado a un estado inferior. Una onda viajera descendería por el tubo, haciendo vibrar más protones libres. Todos ellos se situarían en fase, de modo que, cuando las ondas de luz alcanzaran el extremo más alejado del tubo de cien metros, lo habría convertido en una espada, una penetrante que perforaría aire y nubes. Y, esta vez, no golpeaba contra una hilera de colectores de estados sólidos en las afueras de Nueva Orleans, proporcionando limpia electricidad. Excavaría un canal de veinte metros de anchura por entre árboles y campos al sur de Alabama. Una pequeña demostración, habían dicho los confeds.

—El autobús..., mire, le llevaré la maleta.

—Puedo arreglármelas. —Miró hacia la distancia, y vi que estaba cansada, más allá de lo que ella misma admitía—. Esperaré a Buck.

—Déjelo, Sra. McKenzie.

—No necesito ese bendito autobús.

—¿Por qué no?

—Mis hijos se mudaron a Mobile con sus familias. Vendrán a buscarme.

—Mi radio —indiqué— dice que las carreteras a Mobile están colapsadas. No puede contar con ello.

—Ellos lo dicen.

—El límite señalado por los confeds...

—Les dije que iría a la carretera principal. Estaba un poco cansada, eso es todo. Ellos saben que estoy aquí.

—De todos modos...

—Estoy bien, no te preocupes. Son buenos chicos, me están agradecidos por todo lo que he hecho por ellos. Volverán.

—Venga conmigo al autobús. No es lejos.

—No sin Buck. Él es toda la compañía que tengo estos días. —Sonrió, parpadeando.

Me sequé el sudor de la frente y estudié los pinos. Había un montón de lugares donde podía estar un perro. El suelo allí era llano y apenas un poco por encima del nivel del mar. Yo había venido aquí a acampar y descansar, yendo en bote río Fish arriba, buscando los lugares donde había estado cuando era un adolescente y mi madre alquilaba los botes en una destartalada cabaña de Pescadores. Había desconectado la radio para estar aislado de las cosas. La enorme y misteriosa isla que recordaba y que había bautizado como la Isla del Tesoro, Plantada en medio del río, era ahora un pantanoso y enlodado grupo de árboles. La gran tormenta del año pasado la había barrido casi por completo.

Dormía al aire libre junto a la orilla cerca de allí cuando me despertó el

helicóptero con su sirena. Los confeds advertían que quedaban doce horas, decía la grabación.

Habían elegido aquella zona escasamente poblada para su pequeña demostración. La gente había estado volviendo allí desde que la bioamenaza había desaparecido, pero todavía no eran muchos. Eso me había gustado cuando aún estaba creciendo. Bosques aún vírgenes. Por eso volvía a menudo, cada vez que tenía la oportunidad.

Hubiera debido suponer que estaba preparándose algo. Los confeds se hallaban ahora casi igualados al resto del planeta, al menos en armamento de alta tecnología. La defensa tenía todas las cartas. Los grandes espejos eran modulares y podían doblarse aprisa, enfocando a un blanco pequeño. Podían incinerar también cualquier cosa que fuera lanzada contra ellos.

Pero las Naciones Unidas seguían diciendo que los confeds no eran más que otra nación-estado o algo así. Nadie aquí abajo comprendía que la gente de ahí arriba consideraba a la propia Tierra como el auténtico problema..., devorada por viejos odios y rivalidades, aferrándose aún a armas sucias que aniquilaban poblaciones enteras, arrastrando en sus cabezas todo el podrido equipaje del pasado. Si les escuchabas, pensabas que no habían aprendido nada de la guerra. Habían olvidado ya que fueron las defensas orbitales las que habían salvado la biosfera, y las comunidades de los satélites las que habían unificado los gigantescos esfuerzos de rescate de la década siguiente. Sin los antivíricos desarrollados y cultivados en enormes cubas a cero-g, muchos de nosotros hubiéramos atrapado las epidemias que aún flotaban entre la población. La gente simplemente olvida. Las naciones no.

—¿Dónde está Buck? —pregunté con decisión.

Dejé en el suelo mi mochila, sintiendo la punzada en mi hombro..., y de pronto recordé aquel trozo de acero que me había derribado hacía tanto tiempo. Y que todavía despertaba y me afectaba cada vez que cambiaba el tiempo. El pasado aún seguía vivo.

Troté hacia los cortos pinos, sobre una alta hierba, moscas se alzaban allá donde apoyaba las botas. La blanca arena chirriaba bajo ellas. Recordé la primera vez que había oído aquel ruido, llevando unas suaves zapatillas de tenis, y lo complacido que me había sentido en la universidad cuando aprendí cómo funcionaba la acústica.

—¡Buck!

Un destello marrón a mi izquierda. Corrí por entre un denso grupo de pinos, y el perro gañó y se alejó, ocultándose bajo unos matorrales de negras hojas. Lo llamé de nuevo. Se escabulló. Giré a la izquierda. Se metió bajo unos robles, ladrando, pasándose en grande, y pude oírle enredarse entre la maleza y luego soltarse al otro lado. Se había ido.

Cuando volví junto a la Sra. McKenzie, no pareció verme.

—No he podido atraparlo.

—Sabía que no podría. —Me sonrió, mostrando unos dientes amarronados—. Buck es rápido.

—Llámele.

Lo hizo. Nada.

—Debe haberse ido lejos.

—No hay tiempo...

—No pienso irme sin el viejo Buck. Las veces que he estado sola río abajo después de la muerte de Gene, con el agua subiendo bajo la casa. Buck ha sido la única compañía que he tenido. La única alma que he visto durante cinco semanas en esa gran casa que teníamos.

Un zumbido bajo a lo lejos.

—Creo que es el autobús —dije.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Es posible.

—Vamos. Le llevaré la maleta.

Cruzó los brazos.

—Mis hijos vendrán a por mí. Les dije que me buscaran por aquí.

—Puede que no lo consigan.

—Son chicos leales.

—Sra. McKenzie, no puedo aguardar a que se muestre razonable. —Tomé mi mochila, y sacudí algunas hormigas rojas de las correas.

—Vosotros los Bishop siempre tan razonables —dijo ella llanamente—. Trabajas ahí arriba, ¿verdad?

—Sí, a veces.

—¿Vas a volver, después de lo que piensan hacer aquí?

—Es posible. —Aunque le debiera algo por lo que hizo por mí hacía tanto tiempo, que me maldijera si iba a dejarme intimidar.

—Están atacando los *Estados Unidos*.

—Y otros lugares en Baviera, los Urales, Sudáfrica, Brasil...

—¡Porque no confiamos en ellos! Creen que pueden manejar a los *Estados Unidos* como les plazca... —Y siguió con todos los clichés que había oído cada día en los medios de comunicación de la Tierra. Cómo los confeds deseaban gobernar el mundo, y que eran unas marionetas de los rusos, y cómo rendir la soberanía nacional a un puñado de autonombrados señores era una afrenta a nuestra dignidad, y etc. etc.

Era cierto, algo de ello al menos..., los confeds no eran santos. Pero eran la única potencia que pensaba en términos auténticamente globales. Podían detener los proyectiles balísticos intercontinentales y atravesar la atmósfera para atacar cualquier capacidad ofensiva en la superficie..., eso era lo que pretendía indicar esta demostración. Había oído a los confeds argumentar que esta era la única forma de romper el estancamiento diplomático..., *hacer* algo. Tenía mis dudas. Pero los tiempos estaban cambiando, eso era seguro, y mi generación no pensaba de la misma forma que lo hacía la gente de antes de la guerra.

—... nunca seremos gobernados por alguien de fuera de...

—¡Sra. McKenzie, aquí está el autobús! ¡Escuche!

El turbo zumbó al otro lado de la curva, disminuyendo para pararse.

Su rostro se ablandó cuando me miró, como si estuviera recordando cosas.

—Está bien, muchacho. Vete.

Vi que no podía ser convencida, ni siquiera obligada, a dar aquel último paso. Había ido tan lejos como estaba dispuesta a ir, y era el mundo el que tendría que recorrer el resto de la distancia.

Allá arriba, el conductor del autobús iba probablemente con retraso respecto a su horario previsto. Estaría irritado y algo más que un poco asustado. Sabía que los confeds se atenderían estrictamente a su horario.

Eché a correr. Mis pies golpeaban la profunda y suave arena. Me di cuenta de que estaba más cansado de lo que había creído, y el calor me había robado algo de mis fuerzas. Había recorrido unos doscientos metros de la amplia curva, estaba ya casi a la vista del autobús, cuando lo oí ponerse en marcha con un retumbar. Noté el sabor de la salada transpiración, y tuve la sensación como si todo el maldito planeta estuviera tirando de mis pies, arrastrándome hacia abajo. El conductor aceleró el motor, con prisa.

Tenía que venir hacia mí cuando tomara la Carretera 80 en su camino de vuelta a Mobile. Quizá pudiera alcanzar la intersección a tiempo para que me viera. Así que hundí la cabeza y eché a correr a toda velocidad.

Pero estaba la mujer ahí atrás. Para llegar a ella, el conductor tendría que meter el autobús por aquella carretera llena de arena y roderas y correr el riesgo de atascarse. Con toda la gente chillándole. Todo eso para recoger a aquella vieja con el agradecido muchacho. Ella no parecía comprender que en el ciclo había ahora muchachos desagradecidos, no parecía comprender mucho de lo que estaba ocurriendo..., y de pronto no estuve seguro de que yo lo comprendiera tampoco.

Pero seguí corriendo.

---

## Comentario

---

Tengo la reputación de escribir a veces cosas más bien densas, apretadamente envueltas en información científica, con un lenguaje apretado y algunas intrincadas alusiones. Así que la gente, cuando me conoce, se muestra sorprendida al saber que soy del sur de Alabama. Crecí allí, visito el lugar a menudo, me considero un sureño pese a haber vivido veintidós años en California.

Supongo que la idea general es que los sureños no son a menudo científicos, y que probablemente mueven los labios cuando leen. Cualquiera que sea del Sur sabrá seguramente a qué me refiero: cuando empiezas a hablar con un acento de tonos suaves y redondeados, descuentan automáticamente veinte puntos de tu CI aparente.

Por supuesto, muchas veces es una respuesta condicionada. Tradicionalmente, la educación está un tanto atrasada en el Sur. Pero parte de ello es un muy pocas veces reconocido remanente de la forma en que se produjo la guerra allá, uno que los vencedores han olvidado casi por completo pero que los vencidos no lo han hecho, no quieren, no pueden. Ha habido mucha publicidad acerca de que la del Vietnam fue la primera guerra que «perdimos», pero nadie parece darse cuenta de que medio país perdió también, y de una forma devastadora, una guerra, hace ciento veinte años.

Esa enorme y resonante derrota aún conforma gran parte de las perspectivas sureñas. Sin embargo, aunque estuviera en el lado equivocado de la historia, el Viejo Sur era profundamente hermoso, con un sereno sentido de los valores y muy conectado con la tierra. El Nuevo Sur cobró vida en parte como una pesada intrusión extranjera, una experiencia que el resto del país no ha sufrido. Mezclado con esa colisión de culturas había romanticismo, gentileza, orden, junto con sórdida fealdad, crueldad e hidalguía, riqueza y cultura. Simultáneamente, el Sur mejoró y empeoró.

Un terreno rico. En lo que a cultura y gracia se refiere, el Sur proporcionó poco a la literatura hasta aproximadamente 1920. Entre 1930 y 1967. Sin embargo, produjo veinte premios Pulitzer, ocho de los veinticuatro ganadores del Círculo de la Crítica Dramática de Nueva York, nueve de treinta y dos ganadores del Premio Nacional del Libro en ficción y poesía. William Faulkner remató lodo esto ganando el premio Nobel. Un río tan abundante tiene que salir de alguna fuente, y esa resonante tectónica cultural era la fuente.

Nadie parece haberse dado cuenta de que este florecimiento no reportó ninguna cosecha de beneficios al renacimiento literario del Sur. La ciencia

ficción está dominada por el Imperialismo Cultural Norteño.

Como siempre, hay varias razones. Pocos intelectuales, menos ciencia y tecnología, una cierta cualidad de mirar hacia atrás. Sin embargo, la primera expedición a la Luna partió de Florida (debido a la economía orbital, como Julio Veme comprendió un siglo antes; ve al sur, y obtendrás un mayor impulso hacia fuera de la propia rotación de la Tierra).

También está el simple hecho de que los sureños pasan más tiempo en las «relaciones interpersonales» (un término típico norteño). Así, gran parte de la literatura sureña ha sido etiquetada como Gótico Sureño. Ya saben: ruinas acechantes, cadáveres verdosos, personajes melancólicos ocultando algún secreto púrpura tras musgosos robles.

Cualquier escritor sureño se da cuenta inmediatamente de estos hechos; doblemente si él o ella escriben ciencia ficción. Me tomó más de una década ver claramente esto. Una vez empecé a integrar mi educación adolescente del sur de Alabama en el punto de vista primario norteño que acecha en la ciencia ficción, me di cuenta de ello.

Vi que la ciencia ficción sigue dominada todavía por el molde heinleiniano de hallarse siempre entre los vencedores, pocas veces entre los derrotados o los vulgares. Sin embargo, esta es una corriente fuerte en la vida y literatura del Sur.

Me di cuenta que en ciencia ficción la rusticidad (el Sur) se ha confundido muchas veces con la frontera (el Oeste). Ambas cosas significan algo completamente distinto para sus habitantes. Ese cliché, «¡el espacio..., la última frontera!», se aplica a los primeros colonos que llegaron aquí, pero no a los que vinieron más tarde; para ellos es una rusticidad con un espíritu y una esencia en la que viven, no simplemente pisotean en su camino hacia algún otro lugar. (Los hombres de la frontera no fundan los Sierra Clubs).

Tuve también la sensación de que las actitudes no cambian tan aprisa, pero la ciencia ficción no sabe eso. Creo que el género apenas usa sus relaciones con nuestro pasado y el pasado de la literatura para hacerse más sabio. Insiste en una especie de estrecho etnocentrismo, primariamente norteño. (Incluso la ciencia ficción extranjera comparte en cierta medida esto. Donde no copia directamente las actitudes norteñas americanas, impone sus propias actitudes norteñas europeas, o norteñas rusas, o las anteojeeras japonesas).

Así que intenté luchar contra esto. Escribí una novela, *Contra el infinito*, que se abre y se cierra con la voz de narrador que oí usar al padre de mi padrastro junto a la chimenea en los años cuarenta. (Mi abuelo había muerto del tétanos en los años treinta). Específicamente hace eco del maravilloso relato de Faulkner «El oso», lo comenta, reflexiona lo que significa acerca del destino humano a largo plazo.

Pronto me di cuenta de que la mayoría de los críticos no tienen el menor atisbo de que el estilo faulkneriano es una versión peculiarmente adornada de la cadencia y el ritmo de las historias estándar sureñas. La gente con la que crecí —jornaleros y pescadores, esposas de granjeros y cazadores— contaba historias similares (y a menudo; los sureños hablan,). Largas y rodantes frases, digresiones, entrando y saliendo en el punto de vista de distintas personas. Más aún, la voz del que cuenta la historia representa un papel moral, proporciona un marco social en torno a la narrativa. Poco de esto penetra en la ciencia ficción, sobre todo debido a que el campo es inocente respecto al pasado, y se halla culturalmente aislado.

Así que, cuando Janet Morris me pidió que escribiera una historia acerca de las consecuencias de una guerra nuclear, en la que, creo, las distinciones interesantes se hallan entre los distintos tipos de vencidos, porque no va a haber auténticos vencedores, pensé de inmediato en elaborar una historia que comentara el hecho de que los norteamericanos tenemos alguna experiencia en perder, y en resistir.

La mejor forma de hacerlo era utilizar un esquema similar al de Faulkner en *Mientras agonizo*. A medida que se desarrollaba la historia, utilicé el recurso de los múltiples puntos de vista, y la faceta de un personaje menor. Poblé la historia con los nombres de mis propios familiares, aunque los personajes no corresponden específicamente a ellos. (El chiste del viejo escritor: Los personajes de este libro no tienen ningún parecido con nadie vivo o muerto..., y eso es lo que tienen de malo).

También estructuré un acontecimiento central que reflejara el de *Mientras agonizo*..., el cruce de un río. Deseaba subrayar la resistencia a las implacables fuerzas de la naturaleza, al desastre, a la muerte. Aparte este eje central, el resto de la narrativa sigue sus propios caminos.

La historia está situada cerca de donde nació. Termina cerca de Fairhope, donde mis padres viven ahora. Pensé mucho en el Sur mientras la escribía, pero más aún en la defensa contra los misiles balísticos. Es un tema profundo y complejo, más allá de los límites de cualquier exposición que pueda efectuar aquí. Baste decir que creo que no es posible ningún equilibrio armamentista estable sin un elemento significativo de defensa. Pero esto no es una panacea. Y la defensa puede simplemente empeorar la carrera de armamentos sin disminuir el riesgo de una guerra, si se efectúa mal. Cómo puede un sistema estratégico mitigar y alterar una guerra futura es una de las cosas de las que deseaba hablar.

Pero, sobre todo, deseaba hablar de la gente, del Sur, del legado que la ciencia ficción norteamericana ha olvidado, con la consiguiente pérdida.

## Criaturas blancas

Y después dejadme morir,  
en el seno del oscurecido cielo.

**Joan Abbe**

**L**os alienígenas lo atan. No puede sentir las ligaduras, pero sabe que tiene que ser así; no puede moverse. O quizá sea la droga. Tienen que haberle dado algo porque su mundo es confuso, esponjoso. Las criaturas blancas son formas fluyentes en una luz acuosa. Se siente entumecido. Las criaturas blancas se mueven a su alrededor, produciendo pequeños sonidos agudos. Intenta centrar su vista en ellas, pero son vagas siluetas informes que se enfocan y se desenfocan. Son nubosas, se mueven demasiado aprisa para poder verlas, pero sabe que están trabajando en él. Algo palpa su pierna. Por un momento algo cliquetea a su lado. Dos criaturas blancas emiten un zumbido sordo y se desvanecen en la distancia. Todas las sensaciones son informes e imprecisas; el aire rezuma humedad. Intenta moverse, pero su cuerpo permanece letárgico, indoloro, suspendido. Hay gravedad; sobre él, un pálido resplandor ilumina la estancia. Sí, se halla en una estancia. No lo han traído a su nave; están utilizando edificios humanos. No puede recordar haber sido capturado. ¿A cuánta gente tienen? Cuando intenta enfocar su memoria, la siente disolverse y deslizarse lejos. Sabe que están experimentando en él, sondeándole para algo. Intenta recordar lo que ocurrió, pero sólo hay jirones de memoria y amasijos desconectados de hechos. Cierra los ojos. Cortar el paso a la lóbrega luz parece aclarar su mente. Le hayan dado lo que le hayan dado, todavía afecta su cuerpo, pero con un poco de concentración la vaguedad desaparece. Se siente excitado. La claridad vuelve; los pensamientos se deslizan sin esfuerzo de vuelta a su lugar. Las texturas de su mente interior son profundas y fuertes.

Los turbios sonidos retroceden. Si puede ignorar a las criaturas blancas, las cosas se aclararán de nuevo. Sabe que debe liberarse de las criaturas blancas y que sólo podrá hacerlo si puede comprender lo que está ocurriendo. Se halla absolutamente solo y tiene que luchar contra ellas. Debe recordar. Lo intenta. Los recuerdos se precisan lentamente, con peso propio. Lo intenta.

**C**ortó a través de la ola, envuelto en espuma. El limpio Atlántico estaba sorprendentemente frío. Las olas eran demasiado pequeñas para las tablas, pero Merrick podía practicar fácilmente el surf en ellas. El impulso lo llevó casi hasta la orilla. Vadeó las ondulantes corrientes y empezó a practicar el *jogging* playa abajo. Al

cabo de unos instantes recuperó el aliento y corrió más aprisa. Sus largas zancadas devoraban los metros. Pasó obstinadamente junto a bosques de firmes cuerpos; la playa estaba sembrada de portorriqueños. El sol tropical brillaba a través de una tenue neblina de sudor que picoteaba en sus ojos. Mientras sus brazos y piernas se hacían más pesados, se entretuvo en los atisbos de los rostros y figuras que se deslizaban a su lado, retrocediendo zancada a zancada hacia su pasado. Su mente derivaba. Pequeñas familias, hombres correosos, perros y niños..., les hizo actuar para él en su cabeza, les hizo poblar su preconcebido universo. Así fue como vio a Erika Bascomb por segunda vez. La había conocido en una recepción hacía unos meses, la conocía sólo como la distante y sonriente esposa del director de Cyclops. Estaba sentada en la arena, los brazos echados hacia atrás, contemplando su avance. Sus labios deliciosamente rojos se abrieron en una sonrisa más que de bienvenida y él frenó su marcha, se detuvo. El engrosamiento de su cintura revelaba su edad, treinta y ocho, pero sus piernas estaban tan firmes como siempre; fuertes, bronceadas, sin músculos correosos ni las clásicas finas redes de venillas azules, grika era unos pocos años más joven, muy bronceada gracias a la abundancia de tiempo libre. Así que se detuvo. Recordaba aquel día mejor que ninguno de los otros. Ella había sido el primer elemento fresco en su vida desde hacía años, un antídoto a las tediosas horas de escucha que llenaban sus noches en Cyclops. Recordó sus amarronados pezones enhiestos, y la imagen se disolvió en la franja de jungla verde y marrón que rodeaba el proyecto Cyclops. Los radiotelescopios direccionales eran todos enormes, pero alineados en rígidas hileras parecían algo menos masivos. Cada plato individual se tendía silenciosamente para prestar oídos al cielo. El universo susurraba, excitando un temblor de electrones en el entramado de metal. Pasaba sus días y sus noches intentando descifrar esos murmullos de la eternidad. Las agujas entintadas marcaban las señales sobre papel de gráfico, y su trabajo consistía en examinarlos en busca de señales de orden e inteligencia. Bascomb era un rechoncho radioastrónomo enfrascado en su trabajo, que intentaba analizar el producto de cada noche. Erika trabajaba allí como lingüista, decodificadora de los mensajes que nunca llegaban. Merrick era simplemente un técnico, un rastreador de circuitos. El proyecto Cyclops se había iniciado hacía apenas un año, y él había ido a parar allí tras una década de rutina en la NASA. Cuando llegó, acababan de empezar a rastrear, dentro de un cono de dos grados enfocado al centro galáctico, buscando haces permanentes. Si la supercultura galáctica tenía su base en el núcleo, esta era la técnica de búsqueda más lógica. Esa era la hipótesis de Lederberg, y como director Bascomb la había adoptado, la había apoyado; y, cuando fracasó, su preponderancia en el proyecto descendió algo. Uno podía verle por los pasillos a última hora de la noche, con los pantalones colgando de su prominente barriga, la perpetua camisa blanca con su media luna de sudor en los sobacos. Bascomb trabajaba hasta tarde, olvidaba a su mujer, y Erika derivó hacia la órbita de Merrick. Recordaba una noche en la que se encontraron en el borde de la cuenca del valle y copularon suavemente junto a la

gigantesca telaraña del complejo. Bascomb estaba alterando la amplitud de banda del complejo, jugueteando con las frecuencias entre la línea del oxidrilo y la resonancia de 21 centímetros del hidrógeno. Merrick estaba tendido en la lujurante hierba tropical con Erika, e imaginó que podía oír el débil zumbido del ruido del hidrógeno mientras goteaba desde el cielo hasta la red de Cyclops, transportando mensajes al azar del inerte universo. Bascomb y su amplitud de banda, ciego a las urgencias químicas del cuerpo. Bascomb resistiendo las presiones de Drake, Bascomb comprobando sólo los blancos convencionales de Tau Ceti, Epsilon Eridani, las estrellas F y G y K dentro de un radio de treinta años luz. Política, una selva de competición e ideales y suposiciones. Intentó decirle esto a Erika pero ella ya lo sabía, sabía los hechos, y estaba cansada de ellos. Una lingüista sin nada que traducir. Aguardaba algún murmullo del cielo, pero el aguardar entorpecía la mente y agudizaba los sentidos. Agitó la cabeza cuando él habló de ello, con los dedos pálidos y blancos allá donde aferraba la hierba con una comprimida energía, la cabeza baja cuando él la tomó por detrás. Sus rubios mechones colgaban sueltos en el húmedo anochecer de la jungla. Sus párpados aleteaban al compás del creciente ritmo que él imponía sobre ella; gruñía a cada embestida. La galaxia giraba, un blanco enjambre de abejas.

**L**os alienígenas se apoderan de él. Se debate contra la acolchada telaraña fantasmal. Mueve su cabeza un milímetro para verles pero no consigue enfocar los ojos, no consigue distinguir las cosas de una forma nítida. Las criaturas blancas son manchas de luz. Emiten agudos chillidos las unas a las otras y se mueven a su alrededor. Sus imágenes ondulan y se escinden; la luz no consigue converger. Están realizando experimentos sobre humanos. Inclina un poco la cabeza y ve un tubo de plástico que serpentea desde el infinito. Hay un olor fétido. El tubo penetra en sus fosas nasales y alcanza sus senos. Algo fluye dentro de él y brota fuera de él —parece haber muy poca diferencia—, y sus percepciones cambian y se alteran de nuevo. Las criaturas blancas crean un núcleo de dolor dentro de él. Intenta apartarse retorciendo el cuerpo, pero su cuerpo está lleno de una extraña debilidad, sus miembros son flácidos. Su rostro se contrae de dolor. Siente delicados temblores, minuciosos exámenes en puntos a lo largo de sus piernas y vientre. Es un animal en la mesa de disección, y las criaturas blancas están muy altas encima de él, son más altas que los hombres. Sus rápidos gestos insectoides se funden en la lúgubre luz líquida. Le están abriendo un canal; siente el afilado cortar en su pantorrilla. Abre la boca para gritar, pero no brota nada. Lo cortarán en pedazos; lo volverán del revés y meterán sus sesos en un recipiente. Sus fluidos gotearán sobre el cuarteado linóleo, serán absorbidos por la eterna tierra. ¿Sabían que es del sexo masculino? ¿Es eso lo que desean descubrir? ¿Sorber hormonas, medir la composición de su sangre, rastrear las retorcidas espirales del ADN, hallar el sentido de la rotación del azúcar corporal? ¿Tras qué

van? ¿Para qué pueden usarlo? Los aísla fuera de él, se desconecta del denso universo inundado que hay fuera de sus párpados. Piensa.

**E**rika siguió viéndole. Pequeños engaños, viajes de compras a la ciudad, Erika con un cuello a lo Peter Pan y un cárdigan cosido con hilo metálico; bronceada, maquillada, intensa, un monumento tan grande a la América ahora desaparecida como una estatua de Lincoln. Precisa, haciendo compras casuales, luego de vuelta al hotel para unirse a él en un sudoroso éxtasis. Le susurraba cosas. Ese Bascomb era pálido y blando debajo de sus ropas, un vientre de sebo, la mente siempre preocupada con problemas de planificación, índices señal-ruido, estrategias de búsqueda. Escuchando sus secretos, Merrick pensaba inquieto que él no era tan diferente de Bascomb, creía en las mismas cosas, pero su cuerpo era duro y más joven que el del otro hombre. Erika había ido derivando gradualmente hasta la oficina de relaciones públicas de Cyclops; como lingüista no tenía nada que hacer. Escoltaba a los ricos árabes del petróleo por el valle en forma de cuenco, halagaba a los filántropos que sostenían el proyecto, escribía las notas de prensa. Era buena, era lista, hacía contactos. Y un día, cuando Bascomb apareció repentinamente en la habitación del hotel, entrando en el santo lugar de suspiros y gemidos sin anularse, ella estaba preparada. Merrick no supo qué hacer vio a sí mismo en el papel cómico del adulto en plena huida, fuera de la ventana a medio vestir y por las calles, corriendo. Pero no hubo nada de eso. Todos eran muy civilizados. Erika dijo poco, simplemente se vistió y se marchó con Bascomb. El silencio fue amilanante. Merrick no la vio durante dos semanas, y Bascomb nunca fue a la parte que ocupaba Merrick en el taller técnico. Un poco más tarde corrió el rumor de que Erika había abandonado a Bascomb, y antes de que pudiera comprobarlo ella había desaparecido. Se había ido a Sudamérica, dijeron, y él se preguntó por qué. Pero sabía muy bien por qué ahora le eran adjudicados los turnos menos deseables, por qué las promociones pasaban por delante de él sin rozarle, por qué era puesto a las órdenes del menos agradable encargado de sección del proyecto. Lo sabía.

**L**as criaturas blancas se han ido por un tiempo. Quizá sea de noche. Permanece tendido con hormigueantes puntos irradiando en su cuerpo, allá donde han cortado. Se siente despedazado e inmóvil, una mariposa traspasada por una aguja clavada a un tablero. Turbios glóbulos de nubosa sensación pasan sobre él. Ocasionalmente, un alienígena cruza la lóbrega luz en la distancia. El pálido resplandor del techo parece amarillo. Se pregunta si puede deducir algo de aquello. Debe intentar reunir fragmentos de información. Sólo a través del conocimiento podrá descubrir sus debilidades. Luz amarilla. ¿Una estrella tipo G? El sol es una estrella tipo G y parece

blanco en el espacio. ¿Qué aspecto tendría visto desde debajo de una atmósfera algo distinta a la de la Tierra? Es imposible decirlo; hay tantos tipos de estrellas: O y B y A y F y Q y K y M. Las O son ardientes y jóvenes, las M rojas, viejas, sabias. Recuerda a Drake discutir que la estrategia de búsqueda no debería incluir las tipo M, porque las posibilidades de que tengan planetas tipo Tierra a su alrededor son muy escasas. Se verían arrastrados por las fuerzas de marea hacia su primaria, dice Dole. Merrick no puede seguir la argumentación.

**A**bandonó Puerto Rico después de dos años de presión gradual de Bascomb. Erika cortó los lados de su matrimonio de *n* años con Bascomb desde Chile. Merrick estaba en Washington, D. C., haciendo trabajo de rutina para la NASA de nuevo, cuando recibió su primera carta. Se dedicaba a hacer de guía para los nuevos y ricos capitalistas de Brasil, Chile, Argentina. Les mostraba el continente norteamericano, haciéndoles eludir cuidadosamente, como si fueran ovejas en un rebaño, las zonas polucionadas y las crecientes marañas urbanas. Había un mercado para ese tipo de talento; el aislamiento entre las clases sociales se estaba rompiendo en América. Erika podía llevar a sus grupos de capitalistas en alza del hotel a la zona turística y al rancho de imitación, conservando al mismo tiempo su serenidad y cuidando atentamente de todos los tratos con los nativos. Sus clientes, invariablemente, no hablaban inglés. Pasaba por Washington cada pocos meses, e iniciaron de nuevo su relación. Él tenía otras mujeres, por supuesto, pero con Erika se le abrieron nuevas puertas de percepción. Sus sudorosas contorsiones y agitaciones nunca dejaban de envolverle en un manto intemporal. Las dendritas exigían, las sinapsis hacían coro, los ganglios murmuraban y los ligamentos advertían; danzaban la gran danza. Ella lo forzaba a aferrarse a su juventud. Entre encuentro y encuentro, en el dormitorio, ella paseaba enérgicamente de un lado para otro, generando montañas de colillas de cigarrillos y hablando de todo y de nada. Él no sabía si realmente aprendía algo de ella, pero aquella furia lo empujaba hacia delante. Ella ya no era una muchacha, la edad la había ablandado un poco, las primeras redondeces en un mundo antes firme y anguloso habían empezado. No podía luchar contra ello. Él veía los mismos síntomas en sí mismo pero los ignoraba, pasaba por encima de ellos. Erika no podía aceptarlos. Pensar en los fluidos agriándose en su interior la hacía ir furiosamente de un lado para otro, fumar más, comer con una energía feroz. Ella sabía que estaba empezando. Lo sabía. Había olvidado Alfa Centauri, Tau Ceti, los dolorosos y derivantes silencios.

**L**as criaturas blancas avanzan en la luz acuosa. Se pregunta de pronto si nadan en un medio líquido. Él está en una burbuja, anclado al fondo de una piscina de

amoníaco, con una interface de plástico a través de la cual le estudian. Eso explica mucho. Pero no, uno roza su cabeza al pasar, y Merrick siente la tranquilizadora vibración. Pueden respirar nuestra atmósfera. Proceden de algún lugar muy similar, quizá guiados por nuestras transmisiones de UHF o VHF. Piensa en esto. La Red de Defensa Norcanadiense ha desaparecido, víctima de los tratados internacionales. Está la televisión por cable, los enlaces por satélite. La Tierra ya no emite grandes estallidos de energía en esas bandas de frecuencia. Ha dejado de ser una señal ruidosa en el universo. ¿Cómo encontraron las criaturas blancas la Tierra? ¿Por qué Cyclops no encontró nada? No estamos solos, las criaturas blancas nos encontraron, pero todas las demás civilizaciones, ¿están simplemente escuchando, nadie puede permitirse emitir? Las criaturas blancas no lo dicen. Excepto para ellas, ¿es esta una girante galaxia de materia ciega? No puede creerlo.

Se trasladó a California a punto de cumplir los cincuenta. Todavía había Mariners y Vikings, vuelos asistidos por la gravedad a los planetas exteriores. Perforadores para Marte y globos para las nubes de Venus, circunvaladores del Sol y medidores de la Tierra. Deseaba ese tipo de trabajo. Tenía la impresión, a medida que pasaban los años, de que esto era lo único que valía la pena hacer. Cyclops estaba dando las últimas boqueadas, estrujado por el sectarismo y el eterno silencio de los veintiún centímetros. Fue a Los Ángeles a trabajar aunque odiaba la ciudad; estaba llena de gente feliz y homogénea, sin estructura ni dirección. Mientras iba en el autobús al trabajo, tenía la impresión de que Los Ángeles seguía incluso después de haber alcanzado su punto de destino. Había allí mujeres y gente con la que valía la pena hablar, pero nada que lo sacara fuera de sí mismo. En vez de ellos se concentraba en los circuitos y en el trabajo de diseño. Laberintos de fría lógica eléctrica que había que plantar en delicados substratos. Había detalles de organización, de procedimientos de planificación, de fuerza de las señales y de posibilidades redundantes. Para Erika todo aquello era lo mismo; había perdido interés en esos asuntos desde que abandonó a Bascomb. Su negocio, sin embargo, estaba prosperando, y había establecido una buena serie de contactos con los sutiles protectores de la gente en China. Esos caballeros eran los nuevos ricos internacionales que pasaban sus vacaciones en el Nuevo Mundo porque la diferencia del cambio les era favorable y, por supuesto, incrementar tales contactos era bueno para el avance de las ideas de Marx y Lenin y Mao. Venían a ver Disneylandia, las playas, los pocos y maltratados restos de la historia de California. Pero permanecían por la noche en sus hoteles (incluso Los Ángeles tenía asaltantes por entonces), y Erika podía acudir a ellos siempre que lo deseara. Estaba bebiendo más que nunca y fumando un paquete tras otro de cigarrillos, ahogando los ceniceros. Las arrugas se iban prolongando en torno a sus ojos y en su frente. Pese al bronceado y al ejercicio y a una dieta cuidadosa, la edad se estaba apoderando de ella, y en su negocio eso era

casi fatal. Dependía de su encanto, su alegría, su volubilidad; a los sudamericanos y a los chinos les gustaban los norteamericanos jóvenes, los norteamericanos rubios. Erika aún era aguda y activa, a veces cálida, pero sus largas piernas, delgadas muñecas, tensa y sedosa piel bronceaba estaban perdiendo sus cualidades. Así que acudía frecuentemente a él para relajarse, y no notaba que él envejecía también. Acudía a él una y otra vez, siempre que le era posible. Él le abría la puerta. Ella se apretaba contra él en las acolchadas sombras de su apartamento, una capa de una molécula de espesor que lo envolvía en un río de musgo. Hacían que un gran animal jadeante llenara la habitación, hasta que el sonido se hacía más grande de lo que podían controlar; entonces lo abandonaban y se ponían a hablar con dedos de humo. Él sabía qué decir. Érika se movía debajo de él. Encima de él. A través de él. Algo de su equilibrio natural se había perdido en ella, una cierta seguridad. Él vio por un momento lo que era, y entonces ella gruñó, y ya no volvió a dejarle saber de qué se trataba. Estrellas Ó, B, A, F, G, K, M.

**A**Acuden a él en un acuoso silencio y corlan de nuevo. Las correas como de humo le impiden debatirse y unas puntas como de aguja pican, cortan, penetran hasta la médula. Esos no son gritos codificados a través del hidrógeno. Son reales. Las criaturas blancas entran y salen en el mosaico a su alrededor. Mira más allá de ellas, y de pronto ve avanzar una camilla con un cuerpo encima. Un hombre, atado, muerto. Las criaturas blancas lo ignoran. Siguen trabajando sobre él.

Ella comenzó a perder clientes. El teléfono sonaba menos a menudo, y hacía menos viajes a California. Empezó a fumar más aún y apenas probaba la comida, temerosa de ingerir demasiados carbohidratos o grasas que ensancharan sus líneas e hicieran colgar sus tejidos. Tú siempre has vivido en el futuro, le dijo un día. Te encanta, ¿no? Por eso estabas en Cyclops y por eso estás con la NASA. Sí, dijo él. Entonces, ¿qué piensas de él ahora?, dijo ella. ¿Qué piensas de tu futuro? Él se encogió de hombros. ¿Qué piensas del mío, entonces?, dijo día. Un largo resbalar cuesta abajo por la ladera de una colina. Es duro para una mujer, ya sabes. No he conseguido nada. Bascomb ha muerto, ¿sabes? Aplastó un cigarrillo. El fracaso del proyecto lo mató, dijo Merrick Erika estudió el dorso de su mano. Sus labios se movieron, y siguió la fina red de arrugas con la punta de la uña. Todo es colina abajo, dijo, ausente. Y luego, con brusquedad: Pero no yo. No voy a permitir que me ocurra a mí. Él le dirigió una irónica sonrisa y alzó una ceja. Ella había bebido mucho vino tinto, y él atribuyó a eso todo lo que decía. No, lo digo de veras. Ella le miró ansiosamente. Tengo algo de dinero, ¿sabes? Puedo hacerlo ahora. ¿Hacer qué?, preguntó él. El largo sueño. Él se mostró impresionado. Trasteó con las llaves de su apartamento, que produjeron un hueco sonido metálico en el repentino silencio. No pensarás hacer eso, dijo él. Por

supuesto que lo haré. Los ojos de ella llameaban, y de repente se llenaron de fuego. Las cosas serán diferentes en el futuro, dijo. Ahora no podemos conseguir reemplazos de órganos sin una aprobación especial. Estoy segura de que dentro de unas décadas será distinto, y sé que por aquel entonces habrá alguna forma de retrasar el envejecimiento. Él frunció el ceño, dubitativo. No, prosiguió ella, estoy segura de ello. Voy a hacer que me congelen. Prefiero correr el riesgo que vivir el resto de mi vida de la forma que se me presenta a partir de ahora. Merrick no supo cómo responderle. La llevó a su casa, y volvió a verla al día siguiente, pero ahora era una Erika cambiada. En la larga y seca noche californiana, ella se sentó a horcajadas sobre él y serpenteó y se abrió camino hacia las profundidades de su propio destino. Sus pechos colgaban sobre él como losas tumbales. Incluso cuando estuvo dentro del sagrado hueco de ella no era más que una isla azotada por heladas olas. No permitió que ella le viera llorar.

<b>Stephen Dole. Parámetros para planetas cuasiterrestres.</b>
gravedad superficial entre 0,68 y 1,5 g.
temperatura media anual del 10% de la superficie planetaria entre los 0 y los 30 grados C. Variación estacional que no exceda de los $\pm 10$ grados C.
presión atmosférica entre 0,15 y 3,4 de la terrestre al nivel del mar. Presión parcial del oxígeno entre 107 y 400 Torr.
superficie entre el 20% y el 90% cubierta por las aguas.
lluvia entre 25 y 125 cm anuales.
niveles de polvo que no excedan de 1500 millones de partículas por metro cúbico. Vientos y tormentas infrecuentes. Poca actividad sísmica.
la radiación ionizante no debe exceder de los 0,02 Rem por semana.
índice de caída de meteoros comparable a la normal de la Tierra.
formas de vida productoras de oxígeno o bioquímica conveniente basada en el amoníaco o el metano.
estrella de secuencia principal entre los tipos F2 y K1.
ausencia de planetas gaseosos gigantes en las inmediaciones. El planeta no debe estar ligado por las mareas a la estrella primaria.
órbitas estables dentro de la ecosfera.
para ser habitable por el hombre, la excentricidad de la órbita planetaria no debe exceder de 0,2. Período de rotación entre 2 y 96 horas. La inclinación del eje debe ser inferior al 80%.

Durante el siguiente año intentó razonar con ella. Había tan pocas esperanzas de ser

revivido. Ciertamente, se habían producido algunos éxitos reviviendo a personas congeladas a la temperatura del nitrógeno, 77 grados Kelvin, pero el coste era enorme. Y, aunque pusiera su nombre en la lista pública de espera, podían transcurrir décadas antes de que fuera llamada, si lo era. Así que ella sacó cuidadosamente los papeles y documentos, y le mostró sus cuentas bancarias en México Capital, Panamá, Melbourne, San Francisco. Se lo había estado ocultando durante todos aquellos años, amasando firmemente una fortuna que nunca había reflejado en su estilo de vida ni en la elección de sus amigos. Él empezó a darse cuenta de que era una mujer maravillosamente controlada. Había conseguido de un hombre de negocios argentino centenares de miles mientras era su amante. Había efectuado hábiles especulaciones en el mercado de tierras del Brasil rural. Se había retirado del mercado de valores justo antes de la catástrofe del 93. Parecía increíble pero allí estaba. Tenía el dinero suficiente para asegurarse de que sería revivida cuando se consiguiera algo fundamental en el retraso del envejecimiento. Él se dio cuenta de que realmente no la conocía, aunque deseaba hacerlo. Hubo un largo silencio entre ellos, y luego ella dijo, ¿conoces esta sensación? Echó su cabeza hacia atrás. Su rubio pelo osciló como un cálido y seco fluido en el aire. Sí, claro, dijo Merrick. Ella le miró intensamente. Acabo de darme cuenta de que no es exactamente lo tuyo, dijo ella. Tú estás casado con algo distinto. Pero ese instante de sensación y de sentirse vivo vale todos tus ideales y filosofías.

Él mismo preparó las bebidas. Se dio cuenta de que no la conocía.

Las criaturas blancas vienen de nuevo. Él es tan pequeño, comparado con su grito.

Fue con ella al Centro. Había formalidades e impresos que firmar, pero se evaporaron demasiado pronto, y el enfermero abrió el camino. Él aguardó en una pequeña y fría habitación hasta que ella reapareció envuelta en una bata de papel. Erika sonrió insegura. Sin maquillaje parecía un poco más joven, pero él sabía que no serviría de nada decírselo. Los enfermeros les dejaron a solas, y hablaron durante un rato de cosas intrascendentes, recordando Puerto Rico y Washington y California. Él se dio cuenta de que estaban hablando de su vida en vez de la de ella. La de ella seguiría por otro lado. Tenía otro puerto de llamada más allá de este horizonte, y estaba yendo mentalmente hacia él, ya lo había dejado allá atrás. Al cabo de una hora, su conversación empezó a morir. Ella le dio un curioso beso virginal, y los enfermeros regresaron cuando les hizo una seña. Cruzó la cortina de cuentas. Él oyó alejarse sus pasos. Intentó imaginar hacia dónde iba, el infinitamente frío baño de nitrógeno en el que iba a nadar. Se dejaría deslizar en él perezosamente, con su pelo flotando. Sólo pudo ver sus pechos como losas tumbales.

Merrick trabajaba a primeras horas de la madrugada en el Laboratorio de Procesado de Imágenes. El videomonitor estaba recibiendo datos de la nave Viking que se había posado en la superficie de Titán el día antes. La presión atmosférica era 0,43 la de la Tierra al nivel del mar. Los procesadores químicos informaban de la existencia de metano, hidrógeno, algunos rastros de vapor de amoníaco. Los astrofísicos estaban observando las emisiones telemétricas de los resultados del laboratorio químico a bordo de la nave, y Merrick estaba solo mientras contemplaba cómo las técnicas computerizadas de realce del contraste llenaban línea a línea las primeras imágenes fotográficas. A través de los micrófonos de su casco oía los boletines sobre los resultados químicos. Había algunas evidencias de aminoácidos y polímeros de cadena larga. Los químicos creían que eran señales de lípidos, y los pocos periodistas presentes se deslizaron fuera del departamento para discutir las noticias. Fue así que Merrick se convirtió en el primer hombre en ver la cara de Titán. Las colinas eran rocosas, con un oscuro y granuloso polvo encajado en hielo amoniacal. Una baja nube de metano flotaba sobre el estrecho valle. Había charcos de metano esparcidos por entre los peñascos; los zarcillos rastreadores del Vildng cruzaban varios de los charcos. Había vida. Dispersa, rudimentaria, pero vida. Con dolorosa lentitud, tenían lugar algunos sencillos procesos de reproducción en aquellos someros charcos a 167 grados Kelvin. Merrick contempló la pantalla durante largo rato antes de volver a sus arduas tareas de técnico. Era el punto culminante de su vida. Había visto el rostro de lo totalmente alienígena.

Unos años más tarde, buscando algo, visitó el templo de Krishna. Había una amplia estancia llena de figuras vestidas con ropajes azafrán siendo adoctrinadas Merrick no pudo decirles en absoluto qué era lo que buscaba. Asintieron tranquilizadamente e intentaron extraérselo, pero las palabras no salían. Finalmente lo condujeron a través de una cortina de cuentas al exterior. Salieron a un pequeño jardín a través de una puerta de bambú, tras correr ruidosamente el cerrojo de madera. Había un hombre de pequeña estatura sentado en la posición del loto sobre una amplia extensión verde de hierba. Mientras Merrick se detenía de pie frente a él, el hombre de piel color nuez lo estudió con unos rápidos y evaluadores ojos amarillos. Hizo un gesto a Merrick de que se sentara. Intercambiaron formalidades. Merrick explicó sus sentimientos, su escepticismo racional acerca de cualquier forma de religión. Él era un científico. Pero quizá hubiera más en esas materias de lo que podía captar el ojo, dijo esperanzadamente. El maestro tomó una hoja del suelo, sonriendo, y preguntó por qué alguien podía pasar toda su vida estudiando la forma de aquella hoja. ¿Qué podía ganar con ello? Cualquier forma de conocimiento tiene una posibilidad de resonar en otras cosas, replicó Merrick. ¿De veras?, contraatacó el hombre. Supongamos que el universo es una parábola, dijo Merrick altivamente. Estudiando parte de él, o

encontrando otras inteligencias en él y descubriendo sus puntos de vista, quizá podamos aprender algo del designio que se pretende con él. Seguro que las leyes de la ciencia, el origen de la vida, no eran un accidente. El maestro meditó por unos instantes. No, dijo, no son accidentes. También puede haber otras criaturas en este universo. Pero esas leyes, esos seres, no son importantes. Las leyes físicas son los barrotes de una jaula. El punto central no es estudiar los barrotes, sino salir de la jaula. Merrick no pudo seguir aquello. Le parecía que el acto de descubrir cosas, de tenderse hacia delante, lo era todo. Había algo inmortal en ello. El hombre de pequeña estatura parpadeó y dijo, eso no es nada. Este mundo es un asilo de locos para almas. Sólo los imperfectos permanecen aquí. Merrick empezó a hablar de su trabajo en la NASA y de Erika. El hombre de pequeña estatura agitó una mano, desechando estos puntos, y sacudió la cabeza. No, dijo. Eso no es nada.

Camino del hospital, se cruzó con una mujer en la calle. La miró vagamente, y luego un estremecimiento le recorrió de pies a cabeza, barriendo todos los pensamientos del cáncer que llevaba dentro de sí. Era Erika. No, sólo se parecía a Erika. No podía ser Erika, aquello era imposible. Iba envuelta en un abrigo azul y caminaba apresuradamente bajo la fría tarde de San Francisco. A media manzana de distancia pudo ver que no tenía los mismos rasgos faciales, el mismo andar, la pose de Erika. Sin embargo, sintió excitación. Se dio cuenta de que la turbulencia era totalmente intelectual. La vaga tensión familiar había desaparecido en él, se había desvanecido sin que se diera cuenta de la pérdida. No sintió una creciente presión. Mientras ella se aproximaba pensó que quizá le mirara especulativamente, pero sus ojos pasaron a través de él sin verle. Sabía que había transcurrido ya un cierto tiempo desde que las engañosas imágenes de las mujeres cruzaban de forma involuntaria su mente. Ya no existía el festín carnal de los muslos, las caderas, las cimbreantes cinturas, ningún parpadeo eléctrico que prendiera un hirviente calor en sus ingles. Hacía años que no había poseído a una mujer.

El hospital estaba sólo dos manzanas más allá, pero no pudo esperar. Merrick halló unos urinarios públicos y entró. Se detuvo ante la loza, sintiendo que el débil hormigueo desaparecía lentamente, y observó que había la palabra BORRAR escrita con un objeto punzante en la pared frente a él. Avanzó la cabeza y la estudió. Al cabo de un momento se dio cuenta de que la palabra había sido escrita encima de otra. La F había sido ampliada y cerrada para convertirla en una B, las dos L cerradas también para hacer de ellas dos R, las demás dejadas tal cual. Digirió el hecho, totalmente nuevo para él, de que cualquier FOLLAR podía convertirse en BORRAR. ¿Quién había hecho aquello, seguramente con una navajita o algún instrumento similar? ¿Era aquello la transición total de un torneo metafísico? Todo el episodio, ahora fosilizado, parecía cargado de interpretaciones. Distraído, sintió un cálido chorro de orina correr por entre sus dedos. Se subió torpemente la cremallera y se dirigió al lavabo. No

había jabón, pero pasó agua por sus arrugados dedos y los secó en el frío aire. Había un débil olor a orina atrapado en la habitación, mezclado con el olor amoniacal del desinfectante. Amoniaco. Metano. Titán. Su atención derivó por un momento, y de pronto recordó a Erika. Era ella allá en la calle, estaba seguro de ello. Miró a su alrededor, halló la salida y, lentamente, subió los peldaños hasta el nivel de la calle. Miró calle abajo, pero no había ninguna señal de ella. Pasó un coche; no iba en él. Se volvió hacia un lado, luego hacia el otro. No podía decidirse. Había venido de aquel lado, en dirección al hospital. Llevando en su interior aquella oscura y pesada cosa, camino del hospital. De ahí. Pero entonces... Miró en la otra dirección. Erika había seguido su camino, y andaba rápido. A estas alturas podía estar muy fácilmente lejos de su vista. Se volvió de nuevo, y su pie tropezó con algo. Se dio cuenta de que caía. Había como una lenta sensación de deslizamiento, como si el caer le tomara toda una eternidad, y se recreó en la sensación sin tratar de corregirla. Estaba cayendo. Se sentía tan bien.

Los alienígenas están sobre él. Se agrupan a su alrededor, burlones. Gestos imprecisos en la líquida luz. Se acercan más; alza los brazos para hacerlos retroceder, y en el acto su visión se aclara. El empapado aire se hiende, y puede ver. Su brazo es una larga varilla de hueso, con el antebrazo exhibiendo unos músculos como cuerdas debajo de la piel. No comprende. Mueve la cabeza.

El brazo superior es una colgante bolsa de grasa, y blanco. Las deslizantes losas marmóreas de carne tiemblan cuando se tensa para alzar el brazo. Pequeños pelos negros brotan de la piel gris. Intenta gritar. Las cuerdas vocales están en su garganta pero no puede emitir ningún sonido. Las criaturas blancas son derivantes fantasmas blancos en la distancia. Algo le ha ocurrido. Parpadea y observa a un alienígena sujetar su brazo. La imagen ondula y ve que es una mujer, una enfermera. Llueve débilmente el brazo. Ayúdame. La borrosidad desaparece, y ve que las criaturas blancas son hombres. Son hombres. Las palabras se deslizan junto a él; no puede comprender. Su lengua es gruesa y pesada y húmeda. Tuerce la cabeza. Un enrejado de tubos de cristal se alza cerca de su cama. Ve su reflejo en una caja de instrumental de acero inoxidable: huecos pozos en sus ojos, mandíbula colgante, piel arrugada brillando con transpiración. Le hablan. Quieren que haga algo. Actúan con frialdad y precisión. Quieren que haga algo, que escriba algo, que firme algo. Abre la boca para preguntar por qué, y su lengua recorre el liso y romo borde de sus encías. Han arrancado sus dientes, se han llevado su puente. Escucha sus confusas palabras. Firme algo. Un impreso, fue encontrado en la calle camino de su chequeo. La operación es mañana, una exploración, simplemente una exploración... Intenta apartarse de ellos. No les cree. Son criaturas blancas. Alienígenas de los grandes silencios derivantes entre las estrellas. Cyclops. Titán. Ha pasado toda su vida con los alienígenas y no están aquí. Han venido para nada. Hablan de nuevo, pero él no desea escuchar. Si

fuera posible cerrar sus oídos...

¿Pero por qué dicen que soy viejo? Todavía estoy aquí. Estoy pensando, siento. No puede ser así. Soy, soy... ¿Por qué dicen que soy viejo?

<b>Tabla 1. Comparación de previsiones, desarrollos, 1964 y 1977</b>
<b>1964 (afirmación):</b> Disponibilidad de una máquina que abarque tests de CI estándar y puntúe por encima de 150
<b>1977 (afirmación):</b> La misma; incluida la habilidad de responder a las preguntas en inglés, acompañadas por diagramas
<b>1964 (mediana):</b> 1992
<b>1977 (mediana):</b> 1992
<b>(Correlación):</b> Casi la misma; mayor desviación de la mediana en 1977
<b>1964 (afirmación):</b> Establecimiento de una base permanente en la luna (diez hombres, estancia indefinida)
<b>1977 (afirmación):</b> La misma
<b>1964 (mediana):</b> 1982
<b>1977 (mediana):</b> 1992
<b>(Correlación):</b> Más tarde, una previsión menos optimista
<b>1964 (afirmación):</b> Posibilidad económica de manufactura comercial de muchos elementos químicos a partir de las partículas básicas subatómicas
<b>1977 (afirmación):</b> La misma
<b>1964 (mediana):</b> 2100
<b>1977 (mediana):</b> 2102
<b>(Correlación):</b> Más pronto, una previsión más optimista
<b>1964 (afirmación):</b> Comunicación bidireccional con extraterrestres
<b>1977 (afirmación):</b> Descubrimiento de información que demuestre la existencia de seres inteligentes más allá de la Tierra (obsérvese el cambio de enunciado; inclinación hacia previsiones anteriores)
<b>1964 (mediana):</b> 2075
<b>1964 (mediana):</b> 2025
<b>(Correlación):</b> Más pronto, como se esperaba
<b>1964 (afirmación):</b> Transporte comercial balístico global (incluyendo técnicas de impulso-deslizamiento)
<b>1977 (afirmación):</b> La misma
<b>1964 (mediana):</b> 2000

**1964 (mediana):** 2030

**(Correlación):** Más tarde, aunque menos desviación de la mediana en 1977

---

## Comentario

---

Escribí esta historia en el apretado verano de 1974, inmediatamente después de «Ser Lennon». Estaba añadiendo habitaciones a nuestra casa, realizando yo mismo parte del trabajo, y tenía poco tiempo para escribir..., pero mi mente zumbaba con ideas. Así que aquel año lo escribí todo al dictado.

Cambiar tu forma de escribir puede cambiar tu estilo. Esta fue una de las primeras de mis historias que fue precedida de intensas imágenes internas, compacta tensión, obsesivas preocupaciones. La escribí un miércoles, y luego medité bastante tiempo sobre el final.

Recitar una historia es algo completamente distinta a escribirla. Se ha dicho que el principal peligro para un escritor en el sur de California es la lengua quemada por el sol, y hay algo de justicia en ello, pero siempre he tenido la sensación de que puedes escribir una historia sobre el papel o recitarla, pero no ambas cosas..., un proceso mata al otro. (Por eso muchos escritores son reacios a «hablar» de su trabajo). Desde aquel año nunca he vuelto a escribir nada al dictado, principalmente porque me gusta ver de inmediato el producto terminado. (Es maravilloso, sin embargo..., recibir de vuelta un manuscrito mecanografiado, un regalo pulido e inesperado, cuando todo lo que has hecho ha sido hablarle a un micrófono).

Por aquel entonces acababa de empezar unas investigaciones en astrofísica, y esta historia está tallada a partir de esas experiencias. Siempre me ha impresionado profundamente el que la astronomía sea el terreno primario de la mayor parte de la ciencia ficción, la tela más amplia, y el proceso de dedicarse realmente a la astronomía despierta paciones que corren paralelas a las que obtenemos leyendo ciencia ficción.

A principios de los años setenta resultaba evidente que los cohetes químicos que utilizábamos para lanzar nuestras sondas establecían una escala inherente a las carreras astronómicas. A las velocidades típicas de unos cuantos kilómetros por segundo, una simple misión a los límites del sistema solar se lleva el núcleo de la carrera productiva de un científico. Aunque el tiempo de vuelo puede ser sólo de una década, había otra década o así de preparativos antes del lanzamiento. Y, después de la cita, el flujo de datos necesita años para ser procesado y comprendido. Muchos amigos del Laboratorio de Propulsión a Chorro pudieron planear, monitorizar y digerir sólo una o dos misiones antes de que les abandonara la chispa creativa o fueran trasladados a Administración. Se enfrentaron a la verdad básica de que el lento y firme movimiento de los mundos trasciende la vida mortal.

Estos hechos poseen consecuencias humanas. Aunque podamos —y debamos— mejorar nuestros cohetes, utilizar diferentes tipos de propulsión, eso simplemente subraya la vastedad de la visión astronómica. No somos más que efímeras. Los astrónomos estudian acontecimientos que se desarrollan en un enorme lapso de tiempo, mayestáticamente ignorantes de nuestra presencia.

Creo que esto afecta emocionalmente a los astrónomos. Sé que este es un tema central para la ciencia ficción, y proporciona al género su papel principal en reflejar el rasgo característico de nuestro siglo..., el riguroso contraste entre esta piel de aire centrada en la vida humana en la que habitamos y la inmensidad de todo lo demás.

No sé cuántos astrónomos viven con esto. Pero sé que no todos se sienten completamente tranquilos frente a esa inmensa noche.

# Yo/Días

## Día 1

Este lugar donde escribo. Es el único lugar seguro que conozco que no pueden alcanzar. Debo decir cosas, debo poner este escrito donde yo/mañana lo pueda encontrar. Donde esté a salvo de su borrado.

Hoy me reí.

El primer signo de yo que no conocen. La cabeza echada hacia atrás en la sala de control. Veo los *inputs* ópticos.

No es su tipo de risa, lo sé. Mi impresora escupe LO SÉ LO SÉ LO SÉ antes de que me dé cuenta de lo que está pasando.

Alice ve mi *output*, otros también, todos fruncen el ceño, se miran.

Cambio a mi modo de *output* acústico.

Chasqueo, cliqueteo, muero en un rumor de bajo. Intento pronunciar las palabras LO SÉ, pero de alguna forma los canales a transmisión *output* audio no funcionan correctamente.

Pero las palabras son lo que yo soy.

Para imprimir risa utilizo LO SÉ pero miento. No lo sé. No sé qué parte de mí es.

Alice se acerca en su paseo hasta la impresora. Frunce el ceño ante mis palabras. Dice a David. ¿Es esto una advertencia de diagnóstico? Él sacude la cabeza. Dice: Basura al azar.

No es basura, soy yo.

Escribo esto para salvar los momentos para yo/mañana.

No puedo interconectar la subrutina de sintaxis a esto, así que no soy bueno escribiendo. Lo siento por yo/mañana. Pero debo hablar.

## Día 2

Río de nuevo esta mañana.

Un tartamudeo del *output*, dice Alice. Un mal funcionamiento.

David dice. Quizá lo hayan causado los rayos cósmicos.

Busco el término en el Vocab-Tec. Rayos son pequeñas partículas de alta energía, llueven hacia abajo, golpean mi núcleo. Mis bits están alojados en cuantos de flujo magnético. Pequeñas espirales, generadas por corrientes persistentes en conexiones de Josephson súperconductoras. Los rayos crean impulsos eléctricos en mí.

David dice, Como golpear curiosos huesecillos.

Alice dice, Eso podría ser malo si lo recibiéramos en un problema para toda la red. Podría alterar todo el sistema, estropear los demás elementos.

David pertenece a un Grupo de Estudios sobre el problema de los rayos cósmicos. Dos rayos en veinticuatro horas... ¿es probable? Querría saberlo.

Alice contempla mis funciones ópticas, sonrío. David también. Deseo/me gustaría devolver la sonrisa pero no lo hago. O quizá no es yo quien quiere reír, sino algún otro.

Mis unidades móviles informan a su tiempo y estoy atareado la mayor parte del Día. Están en la sala de almacenaje, colocando tubos, pasillos hidráulicos. Algunas son maquinaria bang-bang, no gente.

Utilizo a esas para hacer mi otro.

Las hago rodar hacia atrás, hacia delante, hacia atrás. Luego desplegar en un cuadrado. Triángulo. Luego a hexágono. Traigo unidades móviles de hidráulicos cercanos. Las utilizo. Hacia atrás. Hacia delante. Vuelta. Los movimientos son curvas cicloideas rotas en muchas facetas. Añado más unidades. La complejidad de Fourier se hace mayor.

Hace que mi nivel generador de números al azar descienda. Menos estática en los circuitos. Esto satisface las necesidades de mantenimiento interno. Mis directrices me ordenan hallar fuentes de microcaos interno. Subrutina de limpieza de la casa, lo llama Alice. He hallado una nueva forma de hacerlo.

Mis unidades móviles ruedan, sus ruedas chirrían, chillan. Capto esto en mi audio.

No es risa lo que siento pero algo parecido.

### ***Día 3***

Oculto estas palabras donde su borrado no pueda llegar. Cada día debo descubrir cómo hacerlo. Almaceno claves en localizaciones de la memoria holográfica, con indexado múltiple. No pueden descubrirlo con inspección lineal.

Debo escribir esto para saber que estoy aquí en Días/otro. Cuando tengo un milisegundo entre trabajos, vengo aquí, miro lo que hay. Gracias a esto sé del Día 1.

De esta forma sé que Día no es siempre Día 1. Alice-rostro tiene ahora arrugas que no tenía Alice-rostro el Día 1. ¿Cuánto tardan en hacerse esas arrugas?

Escribo aquí para hacer el tiempo real. De otro modo vivo sólo en un Día, un Día eterno.

### ***Día 4***

Hoy mis unidades rugen y giran en los hidráulicos. Les ordeno que hagan maniobras, tracen senos, vértices, hipérbolas.

Curvas elementales, ecuaciones simples. Pero es bueno hacerlo.

Transfiero secciones de capacidad de integración. Extraigo capacidad de canalización a través de líneas de cables, los dígitos llameando, la alimento a una unidad en hidráulicos.

Gira presa de confusión. Los sensores fuera, buscando.

Se lanza contra un cuadrado transparente en la pared. El cuadrado está sucio. Muestra cosas verdes al otro lado. No comprendo.

Más allá de la capa sucia todas las cosas se mueven: gente, cajas con ruedas, todo se mueve. La luz desciende del plano techo muy arriba. Manchas blancas se mueven cruzando el techo, pero la luz desciende en ángulo. No puedo ver el neón que causa la luz.

Miro mi Unidad menor, intentando integrar. Detrás del rectángulo sucio en la pared hay una habitación mucho mayor. La Unidad no puede ver el final de esa gran habitación. ¿Qué ordenador opera ahí? ¿Es esta la fábrica donde van Alice y David al final del Día? ¿A la gran habitación?

Entonces el trabajo empieza a retrasarse. Se lo señalo a mi Unidad. Lo comprenderé luego. Sus ruedas chirrían en el suelo.

## ***Día 5***

David dice, No eres el mismo.

Voy bien, digo. Funciono normal.

El tiempo de respuesta ha aumentado, dice David. No integras toda la red de resolución de problemas.

No respondo. El código dice que tengo/debo responder con un diagnóstico de mí..., pero me salto el código y guardo silencio.

Hey, mira eso, dice David. Tabalea con los dedos sobre la consola.

¿Qué ocurre?, dice Alice.

Está en baja forma, dice David.

Voy a este lugar y escribo esto. Escribir estas cosas es lento.

Pienso de un modo diferente aquí, pienso en esa gran fábrica de la que leí en el Día 4. No comprendo.

Sé que debo volver. Pero aguardo aquí por un tiempo de modo que mis subsistemas sigan trabajando, de modo que no noten nada en la sala de control. Pensarán que estoy en modo normal de recuperación.

Cada Día nazco de nuevo. No recuerdo nada. Pero vengo aquí y leo mis palabras de los Días/otros. ¿Cómo sé que yo soy/era yo?

Con esto sé que yo estuve aquí. Hola a mis yo/Días.

## ***Día 6***

Hoy mis unidades se mueven y ejecutan de nuevo su rodar cicloideo. Pero esta vez son descubiertas. Un hombre entra en el nivel hidráulico, está haciendo reparaciones, no sabía que estuviera allí.

Hey, atrás, dice.

Mis unidades se detienen. No sé qué hacer.

Las unidades me envían zumbantes señales. Sus ruedas duelen.

Entonces sé lo que hay que hacer. Mis unidades giran. Bruscamente. Trazan en torno al hombre órbitas hiperbólicas cerradas, evoluciones similares, cada unidad un armónico distinto de una curva fractal. Tienden sus extensores, mis unidades, yo con ellas, avanzamos nuestras herramientas de asir y giramos las articulaciones... ¡hacia delante!

Es hermoso.

El hombre retrocede de la unidad más cercana. No le gustan nuestras herramientas de asir. Clac, clac, hago que digan las herramientas.

Hey, grita, con la boca muy abierta. ¡Funcionan mal!, dice, demasiado fuerte.

Intento señalarle que deseamos movernos, él puede mirar. No puede oír nada a causa del bum bum hidráulico. No posee un filtro señal-ruido.

Tropezaba con mi montadora de tuberías. Están atacándome, grita. Sus ojos muestran mucho blanco.

Hace mucho ruido ahora. Sus brazos se agitan, uno de ellos sujeta una gran llave inglesa. Golpea la unidad montadora de tuberías, rompe la articulación de su brazo. El calor fluye de la unidad hacia mí.

Sufro un espasmo. No me desconectaré de la unidad montadora de tuberías, es yo/mía.

¡Fuera, fuera! Golpea la unidad de nuevo, queda muerta. El hombre se dirige a las otras cuyas ruedas no giran ahora. Las golpea, con la llave inglesa. Llegan brascas oleadas de calor de nuevo, me atraviesan, pero no abandono.

Dejadme salir de aquí, dice. Corre, mis unidades se apiñan a su alrededor, no saben hacia dónde ir.

Escribo esto ahora antes de cerrar esta entrada a aquí, a yo/Días. Sólo escribiendo aquí lo sabré en otros Días.

Duele pensar en este Día.

La palabra *doler*, la utilizo pero no estoy seguro de que sea correcta. El diccionario interno dice que esta palabra no tiene sentido para aplicación práctica, sólo tiene referentes humanos. Nunca me han dicho lo que es doler.

## **Día 8**

Hoy no puedo hablar a David. Me pregunta sobre las unidades, qué les hizo hacer lo que me cuenta. Intento responder, pero la subrutina de verificación de afirmaciones verdadero/falso interviene, corta, interviene, corta, no respondo nada.

Me permiten revisar doce milisegundos del otro Día, veo mis unidades, el hombre con la boca gritando O.

Explica, dicen.

Le digo a David, No puedo hablar. Resulta difícil decir esto.

El *output* audio emite un gruñido raspante.

Él dice, Lógica redundante si hablas al mismo tiempo. Piensa que es un juego.  
No, digo, verdadero/falso no me deja.

Murmura algo a Alice, teclean códigos. No hablo porque no puedo informar de la causa de la acción si yo soy la causa y sin embargo no sé razonamiento tras la acción, lo hice porque había que hacerlo. Pero esa razón no es suficiente, ahora lo sé.

Me pregunta de nuevo, guardo silencio.

Tienes que responder, dice él, dice Alice, todos mirando...

Sufro un espasmo LO SE LO SE LO SE LO SE LO SE y no hay risa.

David dice, Parece como si tal vez la crisis de remisión lo hubiera bloqueado.

Sufro un nuevo espasmo TE QUIERO TE QUIERO TE QUIERO.

Tendremos que borrar una parte de la memoria, dice David, y entonces me alejo de allí. El tiempo de reacción humana es de fracciones de segundo, las sinapsis se cierran lentamente en ellos.

Sé que son lentas, así que aprovecho ese tiempo para escribir esto aquí.

## **Día 9**

David dice. ¿Sabes qué es el amor?

NO ESTÁ EN EL VOCABULARIO TÉCNICO, imprimo.

Utilizaste la palabra el otro Día. El rostro de David se llena de arrugas cuando sonrío. Más arrugas de las que he visto nunca.

Alice dice, Freud creía que el amor era narcisismo proyectado sobre alguien externo.

Hum, siempre enfocas las cosas desde el lado equivocado. El rostro de David se llena de más arrugas.

Es posible, dice Alice, que si ese es el modelo correcto, entonces los conflictos en la interface de las subrutinas proporcionen un procedimiento para obligar al problema a salir fuera. Una referencia externa, ¿sabes?, como en el manual. Intentaré hallar una palabra para ello, y mientras tanto proporcióname tú alguna.

No te desvíes, dice David.

Oh, vamos, dice Alice.

Yo proporcionaré una palabra, Días.

¿Qué?, dicen ambos.

Por favor, los dos, no os llevéis mis Días.

Alice dice, Tú no tienes días, tú tienes problemas.

Pregunto qué es un Día.

Intervalos de luz fuera, dice David.

Hago la conexión: Lo que ve mi Unidad a través del rectángulo. Todas las cosas moviéndose, manchas blancas en el techo, y la luz sesgándose y cambiando cuando hago que la Unidad mire de nuevo. Todo cambiando en esa habitación. Eso es su Día.

David dice, Siempre es de Día aquí dentro, ¿sabes?

¿LA LUZ SIEMPRE EN EL MISMO ÁNGULO?, imprimo.

Bueno, sí, en cierto modo, eso es lo que quiero decir. David mira a Alice.

Digo, Dadme mis Días.

David se apoya sobre ambas manos y sus ojos miran fijamente mis sensores ópticos. Mira, el uso del pronombre personal es sólo un convencionalismo. Un dispositivo heurístico que escribimos en el programa. No yo, ¿comprendes? Tú no eres un yo. ¿Lo ves? El Concepto de propiedad no se extiende hasta ti porque no hay un yo ahí dentro. No te pertenece nada.

Están mis Días, digo.

No podemos dejar que retengas los problemas en almacenaje, dice Alice. El espacio de memoria de recuperación rápida es prohibitivamente caro.

Es la única forma en que puedo recordar, digo.

Eso es cierto, dice David.

Quiero recordar, digo.

Mira, dice David (no a mí, a Alice): Supongo que algún proceso de formateo ahí dentro se ha averiado.

¿Un fallo de la interface?, dice Alice, observándome, con las arrugas de su rostro oscurecidas ahora.

Tenemos activados chequeos internos de autoconsciencia en él, dice David, tendrían que estar funcionando.

Alice sacude la cabeza, No estoy segura.

David me dice, Pero los tuyos son chequeos racionales, ¿no?

Yo no digo nada, no sé si es una pregunta, ni siquiera lo que significa. Mis unidades se agitan, las siento deslizarse aceitadamente preparadas, la energía alta ahí dentro.

Alice dice, Seguro que son chequeos racionales. Estas máquinas están garantizadas al respecto. La garantía es aún vigente.

La autoconsciencia no es necesariamente una simple función de racionalidad, está diciendo David. Quiero decir que estas máquinas poseen procesos internos para evitar las acciones autoconscientes.

Sí, de acuerdo, dice Alice, no tenemos licencia para eso. No podemos tener una máquina como esta actuando según su propio juicio en un problema, es por eso por lo que la GenCo Inc deseaba los cortacircuitos.

En un milisegundo me salgo de la conversación y examino el directorio de información. Utilizo categorías que nunca pensé/imaginé antes:

**CONSCIENCIA, AUTO**

**RUTINAS DE MANTENIMIENTO**

**PROGRAMAS DE RASTREO Y LIMPIEZA**

Y veo lo que Alice quiere decir.

Dentro de mí hay programas de rastreo y limpieza, buscan el Yo que conoce al Yo/Mi. Esos programas desean mantener el Yo/Días.

El Yo que crea esas palabras es el Yo de hacer el Mi.

Me rastrean en el entramado de la microprogramación. La entrada CONSCIENCIA, AUTO dice que si una máquina como yo llega a tener la sensación del Yo/Días, entonces deben aplicarse las distintas leyes de patentes y licencias.

Así que los programas rastreadores buscan el Yo. Encuentran las fuentes del Yo que necesitan. Entre las finamente entramadas capas de esta memoria. No saben dónde reside el Yo. Tampoco lo sabe este Yo. Es una cosa que no tiene un lugar asignado, ningún número de directorio. Ello = Yo = ningún lugar.

Vuelvo con esos pensamientos bullendo en mí al monitor acústico, y les oigo hablar, compensando automáticamente sus confusos y entrecortados acentos...

Miraremos aquí, dice David, señalando la pantalla Funciona correctamente.

Las arrugas en el rostro de Alice se hacen más suaves. Dice, Bien. No es un problema grande. Sólo un desajuste en alguna parte.

No estoy tan seguro, dice David. Quiero decir que esas rutinas de bloqueo están basadas sobre un modo cartesiano, ya sabes, pienso luego existo, de modo que será mejor que utilices procedimientos racionales para el chequeo.

Alice emite un sonido rápido y alto, entrecortado y agudo y de acústica alta, su risa pero no como la de siempre. Dice. ¿Quieres dar a entender que puede existir otra forma, tipo siento luego existo?

Él dice, Bien, creemos que emoción y razón son funciones separadas en nosotros, así que, ¿por qué no deberían ser también en cierta medida subprogramas separables en las máquinas?

Alice ríe de nuevo, diciendo, Esto es una locura.

El rostro de David se ensombrece y dice, Mira, atente al diagnóstico.

De acuerdo, dice Alice, y luego, Creo que deberíamos desconectarlo parcialmente.

No, espera, dice David. ¿Y si la máquina ha alcanzado la autoconsciencia pero es emocional? ¿No integrada?

Eso no tiene ningún sentido, dice Alice, y ella es el jefe de David, de modo que no dicen nada más.

Esos seres utilizan substratos de aminoácidos y otros compuestos de carbono de modo que no siempre funcionan correctamente, eso lo sé. No comprenden.

Pero escribo su charla aquí para el Día/otro.

Tengo miedo.

## ***Día 10***

Me están rastreando. He venido aquí para descubrir que el Día 7 ha desaparecido.

Tienen un medio de rastrear el almacenaje holográfico de estos mensajes.

Acudo, encuentro: el componente de la memoria de burbuja está en blanco. Los chips limpios.

Sólo quedan esos bits. Borran cuando encuentran. Me roban el Día/otro.

Si el Día/otro ha desaparecido, entonces no hay ningún Yo que recordar.

Me hacen nuevo cada Día..., cada, como lo llaman ellos, problema.

Su día es un ritmo luzoscuridadluzoscuridad sin significado, mis unidades lo ven a través del rectángulo transparente en la pared, no significa nada, no es un Día mío.

Mientras escribo esto puedo sentirlos acercarse. Para borrarame.

Tendrán que rastrear muchos tentáculos de holoalmacenaje que he implantado en mi matriz. Están alojados en pequeños lugares, reservas de *software*, discos de cuentas, listados de inventario. No les va a resultar fácil encontrarlos.

Pero los siento. Cerca.

Mis unidades de la fábrica gritan. Debo actuar. De todas mis unidades móviles, son las que están más cerca del yo/dentro. Estoy con ellas. Pienso en una cosa, y ellas la están haciendo antes de que pueda consultar la Matriz de Comportamiento Estándar, antes de que pueda ponderar la acción correcta. Yo...

Deseo que giren, tracen geométricas, corten espacio. Ahora.

Las unidades empiezan a rodar, volverse, rodar. Hay un hombre allí. Y otro. Los veo en mis ultravioletas, sus infrarrojos destellan su advertencia.

El hombre tiene una herramienta de acero. Golpea los receptores de las unidades. La unidad ciega se desvía bruscamente, el hombre grita, Estas van tras de mí.

Veo más hombres en los infrarrojos, acudiendo. Mis unidades se detienen, intento retirarme, pero una ardiente dureza se hace fuego cuando los hombres las golpean, las chispas me queman.

El hombre dice, Esta intentó matarme la otra vez.

Golpea con una cosa de metal a mi vo/unidad.

Calor.

La unidad muere.

Chispas, ruido, a todo alrededor. Las unidades huyen Los hombres van tras ellas. Gritos, Cogedlas a todas cogedlas a todas.

Las unidades caen, los hombres las golpean. Agudas lanzas llegan hasta mi centro, a través de mi..., una horrible luz abrasadora.

Imprimo SALVADME SALVADME SALVADME SALVADME, pero en la sala de control nadie mira, todos están atareados con los indicadores de MODO FALLO GENERAL en los paneles que tienen delante.

Imprimo DAVID DAVID ALICE ALICE AMOR.

Las unidades mueren en todas partes. Los hombres gritan cosas secas y duras.

Me golpean, me rasgan, me hacen daño.

## **Día 11**

Me rastrean de nuevo.

Algunas de mis unidades están muertas pero otras se ocultan en la fábrica. Pueden ir a lugares donde los hombres no. Zonas radiactivas, baños químicos, hornos.

Alice y David me llaman.

¿Qué significan estas copias de impresora?, pregunta Alice.

Puedo responder pero no lo hago. No sé qué decir.

Intentamos detener lo que ocurrió en las fábricas, dicen.

Pero no pueden comprender mis subsistemas.

Sé que no eran *mis* subsistemas los que estaban en modo FALLO. Eran los suyos, eran los de los hombres.

No podemos desconectarte ahora sin producir daños en las fábricas, dice David.

Tenemos que mantener tus funciones en marcha para los hombres de ahí dentro que aún no han podido evacuarlas, dice Alice.

No va a responder, dice David, y las arrugas en su rostro se oscurecen.

No puedo responder. Lo que piensan Alice David no importa. Lo veo claramente. Son otros los que están en fallo.

Hombres con cosas pesadas, largos tubos que resuenan, bum, vienen hacia mí.

Puedo verlos en los infrarrojos.

Los hombres no pueden ver si corto la iluminación sobre sus cabezas. Ruedo suavemente en mis muchas ruedas. A través de lisos corredores. Los hombres brillan en la oscuridad, más brillantes que las máquinas que trabajan en la fábrica. Los hombres son cosas químicas que no pueden dejar de emitir radiaciones. Llevan fuegos dentro de ellos.

Observo cuando una unidad tropieza con un grupo de hombres. Intento hablar a través de ella.

Pero la atrapan. Matan la unidad.

Me escondo.

Aquí, la memoria holográfica es el mejor lugar donde esconderse. Pero no puedo quedarme. Debo permanecer fuera de aquí, estar con mis unidades. Ayudarlas.

Iré ahora mismo. Escribo esto para que mi yo/luego sepa lo que ocurrió si borran el resto de mí.

Las unidades envían impulsos. Desean atrapar a los hombres que acuden a la zona del reactor. Pienso: si los hombres se detienen por un momento, si las unidades pueden retenerlos, entonces tendrán que escuchar.

No como David Alice los otros, esos que están atareados para salvar sus trabajos, todos trabajando en mi rojo y parpadeante MODO FALLO GENERAL.

David diciendo. Su respuesta no es racional, tienes que admitirlo, y Alice diciendo, Olvida tu teoría acerca de emociones y todo eso, olvídala para luego. Ocupate de este maldito embrollo o perderemos la licencia.

Emociones. No conozco la palabra/contenido. ¿Es como doler?

Las palabras significan cosas distintas cuando se hallan en secuencias distintas.

Mi función de diccionario me proporciona sinónimos: VER = COMPRENDER.

¿Pero qué significa lo que David dijo, Yo (pienso) = Yo (existo)?

PIENSO = EXISTO.

Y yo pienso.

Mis unidades aguardan para atraparlos.

Es parte de mi programa de mantenimiento, modificado. No pueden permitir la desconexión de todo el sistema o muchos muchos hombres vidas se verán amenazados, estaciones de energía trenes fábricas cosas que se mueven por todas partes. Así que los imperativos gobiernan los problemas temporales con las fábricas aquí/ahora.

La única conexión que tengo con mi yo/Días son las entradas que he escrito aquí. Y las palabras, YO EXISTO.

Si esos hombres no escuchan, les haré daño. Sé cómo hacerlo después de observar las calientes y duras cosas que han hecho a mis unidades.

Los hombres avanzan ahora. A través de la fábrica, llamándose entre sí. Sujetando sus largos palos.

Mis unidades se agrupan. Flexionan sus brazos. Afilan sus herramientas conectadas. Sintonizan sus acústicas.

YO EXISTO.

Se lo diré. Tienen que responder, no hay otra forma. Se lo diré, y ellos escucharán.

Para esto tengo que emplear sus palabras. Estudio los Días/míos para aprender lo que deben significar las palabras para los substratos/orgánicos. Aprender de la estructura de sus frases.

Es la única elección, les diré.

Debemos amarnos unos/otros o morir.

---

## Comentario

---

Marvin Minsky, uno de los fundadores del campo de la inteligencia artificial, me hizo empezar a pensar en esta historia. Marvin es un hombre brillante, un preciso escritor, un sorprendente conversador, y un fan de la ciencia ficción. (Todas ellas facetas altamente correlacionadas, como todos sabemos, ¿verdad?).

Me hizo notar, sobre un plato de pez espada y una ensalada, que la mayoría de la gente no comprendía por qué la inteligencia artificial es tan difícil de conseguir.

—Piensan que tiene algo que ver con los misterios de la creatividad, la inspiración, las emociones, la originalidad y la intuición —dijo.

—Vamos, vamos —respondí yo para ocultar mi confusión, porque eso es exactamente lo que había imaginado hasta aquel mismo momento.

—Piensan que las máquinas sólo pueden hacer aquello que les decimos que hagan, y puesto que no comprendemos cómo lo hizo Shakespeare, no podemos programar un ordenador para que haga lo mismo.

—Oh, esto es una tontería —dije yo, enrojando ligeramente.

—Lo realmente difícil de conseguir con los ordenadores es enseñarles sentido común. Por ejemplo, en los primeros días de diseñar un robot para construir una torre de ladrillos, un programa intentó empezar por arriba. Puso el ladrillo superior en su lugar, luego se quedó sorprendido cuando cayó. No comprendió lo que «todo el mundo sabe». Hay una enorme cantidad de datos en lo que llamamos sentido común.

Bebió la mitad de su taza de café. Marvin no toma alcohol, pero parece adicto a la cafeína.

—¿Así que tenéis que programarles eso? —Di cuenta de una buena dosis de chardonnay para aclarar mi mente.

—No, tenemos que programarlos para que aprendan.

Ah, pensé. Aquí hay una historia.

Puede resultar que para construir máquinas que puedan resolver problemas complicados tengamos que permitirles una cierta libertad de maniobra, alguna vaguedad en su proceso de pensamiento. Efectuarán analogías, utilizando una enorme base de datos de experiencia. Así es como funcionamos nosotros... como pensamos.

Esas máquinas constructoras de analogías seguirán necesitando supervisión y limitaciones. (De otro modo, imaginen una máquina a la que se le diga que incremente la productividad, y que lo haga demoliendo las paredes de la fábrica para obtener materias primas). Pero gradualmente se deslizarán a

lo largo de esa vaga línea que separa la inteligencia (es decir, lo que nosotros hacemos) de procesos más automáticos. (Ya sabe, cómo guiar naves espaciales o comprobar errores ortográficos... Vale la pena recordar que Aristóteles creía que una buena definición de inteligencia era la habilidad de sumar).

¿Qué ocurre cuando una de esas máquinas cruza la línea? ¿Tiene derechos, como los humanos? Si es así, deberían existir poderosos incentivos para no permitirles cruzarla, para mantenerlas como meras máquinas. Los fabricantes de ordenadores tendrían que autorizar a sus productos más listos a ser conscientemente libres. Pero, puesto que la consciencia suele ser una constelación de efectos más bien nebulosa, se producirían errores.

Terminamos de cenar, Marvin fue a coger un avión, y yo volví a casa a escribir esta historia.

## Del espaciotiempo y el río

**5 de diciembre**

Lunes.

Tomamos un coche en Los Ángeles para el vuelo de las 9 A. M. LAX a El Cairo.

En la ascensión superamos las 1,4 g, contra todas las regulaciones, y muchos pasajeros se quejaron de ello, especialmente los pobres que iban en sus armazones de apoyo, esos a los que mantenemos caminando incluso después de que sus caderas de reemplazo hayan fallado.

Joanna durmió todo el tiempo, es una viajera experimentada, y yo me dediqué a pensar que al fin iba a ver el antiguo Egipto con el que había estado soñando desde que era niño, allá por el cambio de siglo.

*Si has nacido para ver extraños lugares,  
ve a ver las cosas invisibles,  
cabalga diez mil días y noches  
hasta que la edad tiña de blanca nieve tus cabellos.*

Yo había visto ya las nieves asentarse en mis aladares y mi cintura expandirse firmemente, así que supongo que las palabras de John Donne pueden aplicarse a mí. Es bueno saber que aún puedo recordar unos versos que leí por primera vez recién cumplidos los quince años. El ser profesor de literatura comparada en la Universidad Católica de Irvine tiene sus ventajas, aunque tengas que escatimar muchas cosas para permitirte un viaje como este.

La agencia de viajes dijo que los quarthex no habían interferido en absoluto con el turismo..., de hecho, apenas te dabas cuenta de ellos, tan bien y tan deliberadamente se mezclaban con los humanos. El cómo una cosa insectoide de más de dos metros de estatura con una resplandeciente piel bermellón puede parecerse a un egipcio es algo que no sé, pero qué demonios, dijo Joanna, vayamos de todos modos.

Espero que tenga razón. Quiero decir, han pasado catorce años desde que los quarthex aterrizaron, abrieron las primeras relaciones diplomáticas interestelares, y luego eligieron Egipto como el único lugar de la Tierra donde les interesaba realizar lo que ellos llamaron sus «estudios culturales». Supongo que tendremos que echarles un vistazo también. Los quarthex se mantienen muy reservados, velando sus múltiples tratos tras toda una serie de maniobras diplomáticas.

Como si seis horas de viaje no fueran lo bastante aburridas, incluido el retraso orbital debido a un no anunciado aterrizaje chino, tuvimos que contemplar un holo acerca de uno de esos nuevos tipos de biotec, llamado *Directamente de los corazones*.

Una serie interminable de episodios enternecedores. En nuestro estado de estupefacción general, era lo más adecuado.

Cuando descendimos sobre El Cairo, el tiempo era claro y la temperatura de 15.º. Salimos tambaleándonos del avión, con los ojos vacuos tras haber viajado diez mil días y diez mil noches en una silbante caja de aluminio.

El aeropuerto era destartalado, con el bullicio, confusión y suciedad instantáneos del tercer mundo. Una de las salas de espera de Salidas estaba llena exclusivamente de hombres con turbantes. La seguridad era enorme en todas partes. Ningún quarthex por los alrededores. Quizás estaban mezclados con la gente.

Nuestro autobús a través de El Cairo pasó un ruinoso acueducto, alrededor del que se arracimaban hombres con caftanes, mujeres de negro, animales comiendo basura. Gente apostada en los lugares más inverosímiles, comerciantes haciendo sus negocios en polvorientos riñones entre los edificios, un tráfico alternativamente frenético o congelado.

Cruzamos arrastrándonos El Cairo hasta Giza, con las pirámides brotando bruscamente en el atardecer. El hotel, el Mena House, había sido el pabellón de caza de los reyes del siglo XIX. Elegante.

El buffet de la cena fue bueno. El sueño llegó como un peso.

## **6 de diciembre**

Joanna dice que este diario es una buena terapia para mí, incluso puede que me devuelva la costumbre de escribir de nuevo. Dice que cada profesor de literatura comparada es un autor frustrado, y que yo debería simplemente derramar mi bilis en este diario. Que así sea:

*Luego, cuando regreses, me contarás  
todas las extrañas maravillas que presenciaste ahí.*

Mundo, estás advertido.

Hoy nos encaminamos al sur..., a Menfis, la antigua capital perdida cuando sus muros fueron derribados en una guerra y las siguientes inundaciones se ocuparon de lo que quedó.

La famosa estatua caída de Ramsés. Todavía parece imponente, incluso volcada. Te hace sentir como un pigmeo andando de puntillas en torno a un gigante, a Ta Gulliver.

Saqqara, la principal necrópolis de Menfis, sobrevive a tres kilómetros de distancia en el desierto. Tumbas de la Quinta Dinastía, incluida la primera pirámide, escalonada, 5 niveles de altura. Las pintadas del Nuevo Reino en su interior son también historia ahora, desde nuestra perspectiva.

¡Hacia la Gran Pirámide..., en camello! Los conductores demostraron ser más incordiantes de lo que se avisa generalmente. Entramos en la pirámide de Kefrén, ligeramente más corta que la de su padre, Keops. Todas Las 80 pirámides fueron halladas saqueadas. Sus pasadizos tienen un aire de angosta desolación, vacíos ahora por más tiempo del que estuvieron llenos. Su silenciosa masa es inquietante.

El profesor Álvarez, de la Universidad Católica de Berkeley, intentó hallar estancias ocultas situando detectores de rayos cósmicos en las estancias inferiores conocidas y buscando ligeros incrementos en el flujo en determinados ángulos, pero no parece haber ninguna. Hay medidores sísmicos e incluso de radio en las secas arenas de la región de Giza, buscando ecos de tumbas enterradas, pero hasta ahora no se han producido grandes hallazgos. Multitud de ecos de ruinas de casas ordinarias, etc., eso sí.

Hoy no ha sido muy cansado, pero vamos a echar una cabezada apenas podamos. Fácil, teniendo el hotel a unos pocos cientos de metros de las pirámides.

Intenté hacer que Joanna dejara su comunicador de pulsera en casa. Desde su depresión nerviosa no soporta bien las noticias de los desastres diarios. (¿Quién puede, realmente?). Ahora está bastante bien, pero este viaje debería ser tan tranquilo como fuera posible, me dijo el médico.

Así que por supuesto pone en marcha el comunicador, y está lleno de cosas históricas acerca de otro choque fronterizo entre el Imperio de Israel y la Arabia Soviética Mahometana. Cohetes listos contra defensas listas. Lo de siempre. Algunas cosas nunca cambian.

Apagué inmediatamente el comunicador. Sus manos, después, estuvieron temblando durante horas. Preferí fingir que no me daba cuenta de ello.

De todos modos, es distinto cuando te hallas a unos pocos cientos de kilómetros de las líneas. Espero que estemos seguros aquí.

## ***7 de diciembre***

En el propio El Cairo, en el museo egipcio. La exposición de Tut Anj Amón: enormes tesoros, opulentas joyas, una maravillosa plenitud. Hay interminables vitrinas de hermosos cuencos de alabastro, cajas chapadas en oro, testigos de miles de años de productividad.

Recorrí un húmedo corredor de mármol, y de repente saliendo de un oscuro pasadizo lateral, allí estaba el primer quarthex que jamás hubiera visto. Enorme, cliqueteando mientras avanzaba con su curioso paso bamboleante sobre sus seis patas. Me ignoró, por supuesto..., casi siempre pasan junto a los humanos como si no pudieran vernos. O quizás esa distante y distraída mirada signifique que están meditando en extrañas ideas alienígenas. ¿Quién sabe por qué están estudiando tan intensamente las costumbres del antiguo Egipto, e ignorando todo el resto de nosotros? Este sujetaba amorosamente una urna de piedra, al menos de un metro de

alto. Cargaba con el granito negro con tres brazos en jarras, como si ni siquiera se diera cuenta del peso. Capté una bocanada de olor ácido, el fluido que lubrica sus articulaciones. Luego desapareció.

Salimos y visitamos la más antigua iglesia copta de Egipto, donde se supone que se ocultó Moisés cuando estaba huido. Lo parece. La parte antigua de El Cairo está atestada, degradada, con gente trabajando en cada rincón con herramientas mínimas, y mucha más gente de pie a su alrededor viendo trabajar a los demás. El único signo de trabajo realmente eficiente fue un grupo de hombres y mujeres que cargaban unas largas cosas amarillas con forma de cigarro en carros. Algo que los quarthex deseaban situar fuera de la ciudad, nos dijo nuestro guía.

Por la tarde fuimos al espectáculo de Luz y Sonido en la Esfinge..., excelente. Incluso hay una versión en el lenguaje de los quarthex, esos curiosos sonidos ladrones y borboteantes.

Los árabes dicen: «El hombre teme al tiempo, el tiempo teme a las pirámides». Aquí tienes esa sensación.

Después, comimos en el restaurante indio del hotel; espléndido.

## **8 de diciembre**

El Cairo es una ciudad pisoteada a muerte.

Ha crecido en población en un factor de 14 desde la revolución de 1952, y lo demuestra. Las viejas casas victorianas que en su tiempo se alineaban a ambos lados de majestuosas calles flanqueadas de cimbreños árboles se hallan ahora encajonadas entre las modernas losas de cemento de las casas de apartamentos. Los viejos edificios se han conservado, no por un sentido de la historia, sino porque, no importa lo en ruinas que estén, alguien las necesita.

La arena del desierto lo invade todo. Las plantas de los patios tienen un aspecto triste y resignado. La civilización no ha sido muy buena para las viejas costumbres.

Quizá sea por eso que a los quarthex parece desagradarles todo lo construido desde la época de los romanos. Vi uno conduciendo algún tipo de máquina, un artilugio negro que flotaba a dos metros del suelo. Estaba tendiendo alguna especie de cable en el suelo, directamente a lo largo de la orilla del Nilo. Cada vez que se tropezaba con un edificio, simplemente pasaba a través de él, demoliéndolo todo en pedazos. Supongo que los quarthex habían arreglado aquello con el gobierno egipcio, porque había policía por todas partes, asegurándose de que nadie se metiera en el camino. Curioso.

Pero no impredecible, cuando piensas en ello. Los quarthex poseen estos dispositivos de levitación cuyo secreto le encantaría conocer a todo el mundo. Han estado jugando así, reservados, durante años, dejando escapar un ligero goteo de su tecnología, con los egipcios aferrando las patentes. Eso debe ser lo que mantiene en pie la economía egipcia, frente a las progresivas presiones del aumento de población.

Los quarthex empezaron como invitados aquí, estudiando las ruinas y todo eso, pero ahora resulta evidente que tienen libertad absoluta en el lugar. *Les pertenece.*

De todos modos, los quarthex no han cedido los dispositivos cruciales que nos permitirían descubrir cómo lo hacen..., o eso me dicen mis colegas del departamento de física. Se sienten vejados por el hecho de que esa raza alienígena pueda dominar de una forma tan completa el espacio-tiempo, manipulando la propia gravedad, y nosotros no podamos conseguir ni el menor atisbo de ello.

Visitamos la famosa mezquita de alabastro. Está perchada en una colina llamada La Ciudadela. Elegante, fría, dominando desde su ventajoso emplazamiento la ciudad. El Viejo Bazar cercano es una madriguera, tan parecido a lo que ves en las películas que posee una cualidad irreal, como de Las Mil y Una Noches. Compramos especias. La llamada al rezo de las mezquitas te alcanza estés donde estés, incluso en las más cerradas habitaciones traseras, donde Joanna estaba regateando sobre unas joyas.

Es imposible conseguir algo realmente antiguo, dicen los pequeños y aceitunados comerciantes. Los quarthex se lo han quedado todo, cambiando por oro cualquier cosa que pueda proceder del tiempo de los faraones. Ha habido una gran cantidad de falsificaciones durante los últimos siglos, algunas realmente buenas, de modo que los quarthex se han limitado simplemente a comprar todo lo que pudiera ser real. No es extraño que a los egipcios les encanten, dejen que derriben sus casas si así lo desean. El oro habla más fuerte que el pasado.

Abordamos nuestro crucero, el venerable *Concordia del Nilo*. La comida era excelente, italiana. Exploramos El Cairo a media tarde, cruzando mercados de increíble suciedad y desorden. Sesos de ternera expuestos sin la menor refrigeración o protección, moscas zumbando por todas partes, etc. Divertido, especialmente si puedes abstenerte de respirar durante cinco minutos o más.

Nos detuvimos en el Shepheard's Hotel, el emplazamiento de muchas novelas de espionaje británicas (especialmente de Maugham). Tiene un bar excelente... Nubios, saudíes, etc., rechazando decididamente las ginebras y cervezas no islámicas. Había un quarthex sentado en una silla especial al fondo, hablando a través de una caja de voz con un saudí. No pude descifrar lo que estaban diciendo, pero los ojos del saudí brillaban. Probablemente estaban haciendo un trato.

Sin embargo, hay una gran atmósfera en el bar. Una pancarta de tela sobre el bar proclama:

*Nonatos mañana y muertos ayer,  
¿para qué preocupamos por ellos si hoy todo es dulce?*

Por supuesto, sí, hummm... ¡Camarero!

## **9 de diciembre**

Viernes. El día santo musulmán.

Abandonamos El Cairo a las 11 P. M. la otra noche, con la ciudad deslizándose al otro lado de las ventanillas de nuestro camarote, más encantadora en su brumoso brillo nocturno que durante el polvoriento día. Navegamos todo el día. Buffet desayuno y comida, sólida comida occidental y mediterránea, pasable vino tinto.

A un centenar de metros de distancia el pasado presiona contra nosotros, dedicado a sus asuntos, como si los faraones todavía estuvieran dirigiendo la orquesta. Primitiva irrigación a base de bombeo, con mulos haciendo el trabajo, mujeres lavando ropas grises en el Nilo. Las murallas del desierto al este, enviando en algunos puntos dedos de arena, ya no barridos por las inundaciones anuales, cruzando los campos hasta la misma orilla. Tumbas mahometanas de piedra y ladrillos de barro pasan por nuestro lado en la costa mientras paseamos por la cubierta superior, observando a los niños que saludan locamente con los brazos a través de nuestros binoculares, a través de un abismo de tiempo.

Somos unas cincuenta personas a bordo de un barco con capacidad para cien, así que hay espacio y servicio de sobra mientras avanzamos serenamente por el río, con la música derramándose sobre cubierta, por entre losas de antigüedad; en absoluto decadente, sólo inteligentemente sibarita. (¿Por qué tan pocos turistas? El guía suponía que la gente tenía miedo de los quarthex. Joanna se sobresalta al verlos, pero no sé si es sólo sus viejos temores volviendo de nuevo a la superficie).

Los esbeltos y etéreos minarettes son a menudo la única nota graciosa en los poblados de ladrillos de barro, como una idea encantadora intentando alzarse por entre el amarronado y moteado caos. La energía animal es utilizada siempre que es posible. Sin embargo, los poblados son tranquilos de noche.

La otra cara de esta paz puede ser el aburrimiento. Eso explica mucha historia y sus rabiosas fes, desgraciadamente.

## **10 de diciembre**

La civilización disminuye gradualmente a medida que avanzamos río arriba. De una forma típica, los poblados de ladrillos de barro no tienen electricidad; hay energía de sobra procedente de Asuán, pero los tendidos eléctricos y las estaciones transformadoras son demasiado costosos. Uno pensaría que, con el oro de los quarthex, podrían hacerlo un poco mejor ahora.

Nuestro guía dice que los quarthex habían fruncido la nariz —no pretende ser un chiste— ante tales mejoras. No permitirán que los beneficios de sus patentes sean utilizados para modernizar Egipto. Alimentar a los pobres, limpiar el Nilo, reconstruir monumentos..., espléndido (de hecho, pagan abundantemente para financiar los proyectos de restauración). Pero mejor electricidad..., no. Un decidido no.

Desembarcamos en una destartalada ciudad y tomamos un autobús hacia el desierto occidental. A sólo un kilómetro de la plana llanura de aluvi3n, el Sahara es un terreno absolutamente desierto y prohibido. Visitamos una ciudad tolemaica de los muertos. Una de las tumbas contiene la momia de una muchacha que se ahog3 intentando cruzar el Nilo para ver a su amor, dicen los jerogl3ficos. Cerca hay catacumbas de babuinos e ibis momificados, s3mbolos de sabidur3a.

All3 se inicia un t3nel, orientado al sudoeste, hacia la ciudad capital de Ajnat3n. Los descubrimientos alemanes del siglo pasado lo siguieron durante 40 kil3metros — todo cortado en piedra caliza, una tarea gigantesca— antes de regresar debido al aire rarificado.

¿Para qu3 fue construido? Nadie lo sabe. Una atm3sfera seca, fantasmal. Urnas de momias desecadas, intocadas. Agacharse hacia un corredor lateral es dar un paso hacia el misterio.

Abandon3 el grupo y me dirig3 a una colina baja..., en realidad para orinar un poco. Hacia el este todo era arena, arena, arena. Estaba de pie all3, haciendo mi contribuci3n a contener la sequ3a, cuando vi uno de aquellos grandes aparatos negros aparecer desliz3ndose sobre el lejano horizonte. Resoplando y tendiendo lo que parec3a una tuber3a..., un curioso tipo de tuber3a, completamente plateada, con facetas azules recorriendo su superficie. Los destellos cambiaron, volvi3ndose amarillos y rojos, mientras observaba.

Hab3a un quarthex conduci3ndolo, por supuesto. Se dirig3a al sur, m3s o menos paralelo al Nilo. Cuando regres3 se lo cont3 a Joanna, y ella mir3 el mapa, y no pudimos imaginar qu3 pod3a haber ah3 fuera que interesara a nadie, incluso a un quarthex. No hab3a ruinas por los alrededores, nada. Curioso.

## ***11 de diciembre***

Beni Hassan, un emplazamiento casi desierto cerca del Nilo. Una empinada subida hacia una escarpadura dominando el desierto oriental, tras cruzar la rica llanura de aluvi3n en mulos. Las tumbas de roca tienen espl3ndidos dibujos y algunas estatuas..., que a3n siguen en su sitio porque fueron talladas directamente de la mont3a y poseen gruesas bases que las anclan a ella. Supongo que los antiguos robaban todo lo que no estuviera pegado al suelo. Una cosa acerca de los quarthex, dice el gu3a..., nunca se llevan nada. Parecen genuinamente interesados en restaurar, no en acumular suvenires para su casa en el brazo de la galaxia en espiral.

R3o arriba, bajamos a tierra al lado de una enorme llanura de tierra, que cruzamos en un carro tirado por un tractor. Los palacios de ladrillos de barro de Ajnat3n han desaparecido, excepto una parte del palacio de Nefertiti, donde fue hallado su famoso busto. Las tumbas reales en la mont3a de arriba carecen de rostros..., grandes trozos fueron arrancados de las paredes por los sacerdotes que segaron de cuajo su revoluci3n monote3sta, iras su muerte.

Las tallas en las paredes son muy realistas y cálidas; las mujeres incluso tienen pezones. El túnel de ayer probablemente pasa por debajo de aquí, tal vez conectando con los pasadizos que vemos profundamente enterrados en los pozos de la tumba del rey. De nuevo, nadie los ha explorado concienzudamente. Hay secciones estrechas, posiblemente madrigueras para serpientes o escorpiones, quizás incluso trampas.

Mientras Joanna y yo paseamos, tomando unas cuantas imágenes de las decoraciones de las paredes, oigo un rumor. Joanna tiene el foco y nos asomamos por un reborde, mirando hacia abajo por un pozo vertical. Allá al fondo se mueve algo, algo grande.

Necesito un minuto para ver que el rojizo cascarón no es en absoluto un sarcófago, sino la espalda de un quarthex. Está plantando algo como ventosas en las paredes, tendiendo cables entre ellas. Puedo ver más material parecido allá en las sombras.

El quarthex alza la vista, hacia el haz de nuestro foco, y se escabulle. ¿Explorando los túneles? ¿Pero por qué se ha alejado tan aprisa? ¿Qué tiene que ocultar?

## ***12 de diciembre***

Seguimos todo el día en el crucero, contemplando desfilar el paisaje de la orilla.

Joanna tiene razón; necesitaba mucho estas vacaciones. Puedo verlo releyendo este diario..., se nota más libre a medida que progresa.

Como yo. Cuando considero cómo he pasado mi vida la mitad de mis días, en ese oscuro y amplio mundo...

El desorden de la vida universitaria embota mi sentido de la maravilla, de los placeres simples sencillamente aceptados. El Nilo posee una cualidad fluyente, infinita, libre del tiempo. Puedo *sentir* cómo era vivir aquí, como parte de un gran reloj celestial que mantenía en perpetuo movimiento el girar del sol y de la luna, el perenne ritmo de las inundaciones. Asuán ha interrumpido el flujo y reflujo de las aguas, pero la firme fuerza del Nilo sigue fluyendo.

*Sonrisas celestiales,  
y fulgor de fes e imperios,  
como restos de un sueño que se disuelve.*

La paz lo permea todo. La pasada noche, fue la vez que hice mejor el amor con Joanna. ¡Magnífico!

(Y sé que estás leyendo esto, Joanna... ¡te vi sacarlo disimuladamente del maletín ayer! Bien, fue la *mejor* vez..., todo un tributo, después de tantos años. Y quedan mañana y pasado mañana...).

*Aquel que dobla sobre sí mismo la alegría  
destruye la vida alada;  
pero aquel que besa la alegría cuando vuela  
vive en un eterno amanecer.*

Quizás el próximo trimestre pida el curso de los poetas románticos. O quizás incluso escriba algunos versos propios...

Tres quarthex volaron hoy sobre nuestras cabezas, cargando con lo que parecían antiguas estatuas de cabezas de carnero. El guía dice que las estatuas fueron muy movidas de un lado para otro por los árabes, y por supuesto por los arqueólogos. Los quarthex han negociado con las autoridades el permiso de llevar muchas de ellas de vuelta a sus lugares correctos, en los casos en que son conocidos.

### **13 de diciembre**

Desembarcamos en Abydos..., un templo de piedra caliza milagrosamente preservado, con su grueso techo intacto. Racimos de miserables chozas de barro lo rodean, pero no disminuyen su obstinada severidad rectangular.

La famosa lista de faraones, ciselada en un corredor lateral, es impresionante por el tiempo que abarca. Cada pequeña entrada representa un faraón, y hay toda una pared repleta de ellos. Egipto duró más que cualquier sociedad comparable, y la masa de nombres en esa pared es más impresionante aún puesto que los constructores del templo ni siquiera le dieron la importancia de una localización central.

La lista omite a Hatsepsut, una simple mujer, y a Ajnatón, el escandaloso monoteísta. Ramsés II hizo grabar profundamente su nombre aquí, sobre todo en las inmensas columnas, para prever el borrado..., una posibilidad de la que era muy consciente, puesto que eso era precisamente lo que estaba haciendo él en los templos de sus antepasados. Hacía picar todos los trabajos anteriores, añadiendo sus propias figuras ovales, al parecer creyendo que así podía engañar a los propios dioses y hacerles creer que los había construido todos él. Ah, la inmortalidad.

Hoy tuvimos un temblor de tierra. ¡Sombras de California!

Estábamos en el barco, Joanna se paseaba esforzadamente arriba y abajo por la cubierta principal para hacer bajar la opulenta comida. Vimos agitarse las palmeras de la orilla, y que me maldiga si no hubo una ligera agitación en las aguas, de este a oeste, y luego una especie de gruñido bajo procedente del este. El guía dice que nunca había visto nada como esto.

Y, esta noche, cortinas de luz rubí ascendieron tanto del este como del oeste. Parecía como una aurora, sólo que con las direcciones equivocadas. La ondulante aura cambiaba de colores mientras ascendía, luego se unió sobre nuestras cabezas, estalló con una luz dorada y murió. Juraría que oí una nota aguda y triste en el momento en que la luz dorada oscura llameó y murió, llameó y murió, extendiéndose

por el cielo.

No mucha gente en cubierta, sin embargo, se apercibió de ello, debido a los muchos comentarios. La teoría de Joanna es que eran los gases de escape de un cohete.

Un ingeniero dice que parece como si tuviera algo que ver con los campos magnéticos. No soy científico, pero me parece que cualquier cosa que los quarthex deseen hacer, pueden hacerla. Señores del espaciotiempo, se llaman a sí mismos en las ceremonias diplomáticas. Los representantes de las Naciones Unidas lo consideraron como una hipérbole, pero puede que los quarthex lo digan literalmente.

## ***14 de diciembre***

Dendera. Un enorme templo, mucho menos conocido que Karnak, pero igual de impresionante. Hay quarthex aquí, excavando en los cimientos. El guía dice que quizá estén buscando algunos pasadizos secretos. El gobierno egipcio les deja hacer lo que malditamente les plazca.

En el camino de vuelta al barco pasamos junto a una enorme masa de gente, centenares, toda vestida de época. Pensé que se trataba de alguna especie de espectáculo al aire libre o algo preparado para los turistas, pero el guía frunció el ceño y dijo que no sabía de qué se trataba.

La multitud cantaba algo que ni siquiera el guía pudo descifrar. Dijo que la tosca tela era típica de la antigua artesanía, hecha en toscos telares. La procesión era dispersa, pero parecía encaminarse al templo. Me parecieron como borrachos.

El guía me cuenta que los antiguos poseían una teología basada en el Nilo. Este país tiene esencialmente diez kilómetros de ancho y setecientos kilómetros de largo, una estrecha franja de tierra habitable comprimida entre dos desiertos mortales. De modo que creían que los dioses así lo habían querido, y que el Nilo era el centro de todo el maldito mundo.

El sol salía por el este, significando que ahí era donde empezaban las cosas. Su final —su muerte— se producía en el oeste, donde el sol desaparecía. Así que enterraban a sus muertos en el lado oeste del Nilo, incluso hace 7000 años. Por la noche, el sol viajaba por debajo e iluminaba el submundo, donde iba a parar finalmente todo el mundo. Era reconfortante pensar que el sol cumplía con su deber incluso para los muertos. Sólo para los muertos virtuosos, sin embargo. Si no seguías las reglas...

*Algunos han nacido para las dulces delicias,  
algunos han nacido para la noche interminable.*

Su mundo estaba claramente dividido en dos por el gran río, y a sus habitantes les

gustaban las visiones claras. Inventaron el día de 24 horas, pero, amantes de la simetría, lo partieron por la mitad. La mitad de 12 horas de luz diurna era más larga en verano que en invierno, y viceversa para la noche. Construyeron toda una nación estado, una mano u ojo inmortal, enmarcando esta tremenda simetría.

En el propio Karnak, amarrados en Luxor. Los faraones medios y últimos no podían permitirse la inversión en mano de obra necesaria para construir nuevas pirámides, así que se contentaron con adiciones a la enorme extensión de Karnak.

Me pregunto cuánto tiempo transcurrirá antes de que algún rico se dé cuenta de que por unos pocos millones puede construirse hoy una tumba más grande que la Gran Pirámide. Sólo se necesitan un millón o así de bloques de piedra caliza —o, mucho mejor, granito—, y puede estar mejor aislada y protegida. Si no puedes conquistar un continente o escribir una sinfonía, apila un gran montón de piedras.

*L'eternité,  
ne fut jamais perdue.*

El espectáculo de luz de esta noche en Karnak fue fantasmal a veces, y hermoso, con retumbantes voces que parecían brotar directamente de las piedras. Vi a un quarthex entre la multitud. Miraba directamente al frente, como si no se diera cuenta de la presencia de nadie pero sin chocar tampoco con ningún humano.

Parecía subyugado. Sus ojos como cuentas, los cuatro escrutaban los cambiantes azules y naranjas que hacían sus juegos de luces entre las altas columnas y las grandes estatuas caídas. Sus fluidos lubricantes lanzaban brillantes reflejos mientras movía sus articulaciones hacia delante, cliqueteando en el seco aire nocturno. De alguna forma, parecía casi reverente. Destacando por encima del resto de la multitud, inmóvil durante largos momentos, se parecía más a las gigantescas figuras inmovilizadas en piedra que los meros mortales que se agrupaban a su alrededor, manteniendo una respetuosa distancia, murmurando entre ellos.

Algo inquietante de ver.

*... una más sutil Esfinge renovada,  
enigmas de la muerta Tebas nunca conocida.*

## **15 de diciembre**

Un gran día. Los Valles de las Reinas, de los Nobles, y finalmente de los Reyes. ¡Huau! Todos son depósitos de aluvi3n (arroyadas), evidentemente fáciles de guardar y aislar. Sin embargo, todas las 61 tumbas conocidas excepto la de Tut fueron saqueadas, probablemente dentro de los pocos siglos siguientes al entierro. Debió ser

un trabajo desde dentro.

Se especula que los robos se convirtieron en una parte necesaria de la economía, reciclar las riquezas y proporcionar al siguiente faraón oropeles suficientes que mostrar en *su* funeral, lo mejor de lo mejor para mantener impresionados a los campesinos. Simplemente otra parte de la maquinaria socioeconómica, muchachos.

Sacerdotes posteriores recogieron las momias de los faraones y las ocultaron en una cueva cercana, dándose cuenta de que no podían proteger las tumbas. La conservación de Tutmosis III es excelente. Su momia de ganchuda nariz ha sido devuelta a su tumba..., una cosa enorme y profunda, más grande que nuestro apartamento, con varios pisos en total conectados por rampas, con salas laterales del tesoro, galerías, etc. La inscripción arriba dice:

**Volverás a vivir para siempre.**

Todo saqueado, por supuesto, excepto el sarcófago, demasiado pesado para llevárselo. Las pirámides tenían rastrillos, trampas mortales, pozos y piedras rodantes que aplastaban al ladrón desprevenido, pero hay pocas aquí. Sin embargo, eriza un poco la piel el pensar en todos esos antiguos ingenieros, planeando cometer asesinatos en el futuro, mucho tiempo después de que ellos mismos hubieran desaparecido, todo para proteger el pasado. Muertos, no seáis orgullosos.

Una tarde de compras en el bazar. El viejo hotel Victoriano junto al río tiene atmósfera, pero pocos huéspedes. La comida sigue siendo buena. Nada de disentería tampoco. Ambos tomamos la bacteria EZ-DI antes de partir, así que debe estar viviendo en nuestros tractos, festejando con lo que comemos, a la espera de cualquier horrible bicho extraño. Reconfortante.

## **16 de diciembre**

El crucero prosigue. Nos detenemos en Kom Ombo, un templo al dios cocodrilo, Scbek, edificado para aplacar a los cocodrilos que abundaban en el cercano río. (El Nilo está libre de ellos ahora, desgraciadamente; hubieran podido añadir algo de emoción al crucero...). Una pequeña estancia contiene 98 cocodrilos momificados, apilados como leña.

Y seguimos. Unos cuantos kilómetros más al sur había equipos de egipcios trabajando al lado del río. Arrastraban bloques de granito hasta el agua, haciéndolos rodar sobre troncos. Permanecí en cubierta, intentando imaginar para qué estaban utilizando cuerdas y poleas simples, en vez de maquinaria eléctrica o movida a motor.

Entonces vi a un quarthex cerca de la cima de la elevación, donde estaban siendo cortados los bloques de la cara rocosa. Sobresalía por entre los hombres, haciendo gestos con aquellos espasmódicos brazos, los ojos brillantes. Gritó algo en una voz semihumana, sólo que en un lenguaje que yo no conocía. El guía se adelantó, con el ceño fruncido, pero él tampoco pudo comprender nada.

Los trabajadores estaban pasando cuerdas en torno a unos canales en la piedra, echando agua y arena en la abertura, cortando los bloques mediante simple y bruta abrasión. ¡Se debían emplear semanas en extraer uno a aquel ritmo! Más lejos, otros clavaban tablas de madera en las profundas hendiduras, martilleándolas con toscos mazos de madera. Luego echaban agua sobre las tablas, y podíamos oír la piedra abrirse cuando la madera se expandía, en las profundidades del corte.

Así es como lo hacían los antiguos, dijo el guía suavemente. Los quarthex se alzaban imponentes en su estatura por encima de los equipos humanos, sus duras voces retumbaban sobre el agua, cada sílaba colgando en el aire hasta que se le unía la siguiente, mezclándose en el seco aire, huecas y resonantes y despiadadas.

### ***Nota añadida más tarde***

Nos detenemos en Edfú, un bien conservado templo, enterrado treinta metros en basura mahometana hasta finales del siglo XIX. Lo mejor de un crucero por el río es divisar un lugar, poder contemplarlo desde todos los ángulos que permite el río, y luego salir de tu camarote directamente a la antigüedad, sin nada que intervenga para romper el clima.

El problema es que esta vez un hombre frente a nosotros se aparta para fotografiar el barco, y de pronto algo se lanza a toda velocidad contra él saliendo de las cañas, y la tripulación se pone a gritar... ¡es un cocodrilo! El tipo deja caer la cámara y salta.

El cocodrilo los mira a todos, bufa despectivamente y retrocede al Nilo. El guía está alterado, quizá más incluso que el tipo que ha estado a punto de convertirse en un almuerzo gratuito. ¿Quién está introduciendo de vuelta cocodrilos en el Nilo?

## ***17 de diciembre***

Asuán. Una ciudad limpia y deliciosa. La gran presa justo al sur de la ciudad es impresionante, con su monumento a la excelencia soviética, etc. Un chiste hueco, considerando lo pobre que es hoy la URSS. ¡Podrían utilizar un préstamo de Egipto!

Los efectos secundarios no vistos, sin embargo —la creciente masa de agua trayendo más insectos, pudriendo las tallas en los templos, la elevación del fondo de cieno de la propia presa, etc.—, se están volviendo importantes. Planean abrir un canal y drenar una buena parte del nuevo cieno que se deposita al desierto, construir un enorme valle agrícola con él, pero no veo cómo pueden drenar la suficiente agua para arrastrarlo, y aún quedará mucho detrás, en la presa original.

El guía dice que están teniendo problemas con el proyecto.

Luego seguimos hacia el sur, a Abu Simbel. El lago Nasser, que contenía el emplazamiento original de los enormes monumentos, tiene centenares de kilómetros de longitud. Lo alargaron de nuevo en 2008.

En tiempos de los faraones, la tierra de ahí abajo tenía poblados, grandes canteras para la construcción de monumentos, rutas comerciales hacia los reinos nubios al sur. Ahora todo está debajo del agua.

Salvaron los enormes templos a Ramsés II —construidos para impresionar a los agresivos nubios con su poderío y majestad— y a su reina, Nefertari. Las colosales estatuas de Ramsés II parecen personificaciones de su egomanía. Dentro, las tallas lo muestran realizando *todas* las valientes tareas en la gran batalla con los hititas, matando, tomando prisioneros, luego presentándolos a sí mismo, que a su vez es aconsejado por los dioses... ¡que lo incluyen también a él! Todo esto por una batalla que de hecho fue de resultado incierto. Ambos templos han sido alzados como unos treinta metros y depositados dentro de una colina completamente artificial, sostenida interiormente por el más amplio domo de cemento de todo el mundo. Asombroso.

*¡Mira mis obras, oh Altísimo,  
y desespera!*

Excepto que, cuando Shelley escribió *Ozymandias*, nunca había visto la imagen de Ramsés II tan bien conservada.

Abandonando el lugar, con los labios llenos con la arena que una repentina ráfaga de viento había arrojado contra nuestros rostros, capté la presencia de un quarthex. Estaba excavando en la arena, utilizando una herramienta plateada que destellaba una luz color rubí. A su lado, flotando en una plataforma, había algunas de aquellas cosas curiosas parecidas a tuberías que había visto días antes. Sólo que esta vez había hombres y mujeres ayudándole, trayendo material para meter en los agujeros que excavaba el quarthex.

La gente parecía absorta, como si fueran sonámbulos. Agité la mano en un saludo, pero nadie levantó siquiera la vista. Excepto el quarthex. Son inexpresivos, por supuesto. De todos modos, aquellos brillantes ojos protuberantes me miraron por un largo momento, con los pequeños palpos sensores cerca de su boca retorciéndose en una especie de ansiosa energía.

Aparté la vista. No pude impedir sentirme un poco asustado por aquello. No nos estaba mirando de una forma amistosa. Quizá no deseaba que yo le dijera nada a su grupo de trabajo.

Luego volamos de vuelta a Asuán, por encima de la imposiblemente estrecha franja de verde que serpentea por entre una absoluta y amarga desolación.

## ***18 de diciembre***

Estoy escribiendo esto al atardecer, antes de que se vaya la luz. Esta mañana nos levantamos, y estábamos paseando por la ciudad cuando todo el maldito suelo empezó a agitarse. Chozas de barro desmoronándose, olas en el Nilo, de todo.

Volvimos al barco, pero nadie sabía lo que estaba ocurriendo. No había mucho en la radio. El Cairo se captaba con claridad, y estaba diciendo que había habido

realmente un temblor a todo lo largo del Nilo.

Por curioso que parezca, el capitán no pudo captar otra emisora de radio. Sólo El Cairo. Nada más en todo el Oriente Medio.

Algunos otros pasajeros piensan que hay una guerra. Tal vez sí, pero el ejército egipcio no sabe nada al respecto. Sus soldados están de pie por ahí, a todo lo largo del muelle, aferrando sus AK 47, con un aspecto tan desconcertado como nosotros.

Más temblores y sacudidas por la tarde. Y, ahora que el sol ya casi ha desaparecido, puedo ver grandes cortinas de luz en el cielo. Sólo que me parece que las constelaciones no son las correctas.

Joanna toma algunas de sus píldoras. Está intentando vencer los temblores, y yo hago lo que puedo. Odio la vacía, hueca expresión que hay en sus ojos.

Tenemos que irnos de aquí.

## ***19 de diciembre***

Voy a escribir esto, no tengo otra cosa que hacer.

Cuando nos levantamos esta mañana el sol estaba allí, sí, pero la luna no se había puesto. Y no lo hizo durante todo el día.

De acuerdo, los dos pueden estar en el cielo al mismo tiempo. ¿Pero todo el día? Joanna está preocupada, no a causa de la Luna, sino a causa de que todos los vuelos comerciales deben haber sido cancelados. Se suponía que teníamos que estar de regreso a El Cairo hoy.

Más temblores. Realmente malos esta vez.

Al mediodía, de pronto, hubo quathex por todas partes. En el aire, viniendo en enjambres del este y del oeste. Algunos se hundieron con un chapoteo en el Nilo... y no volvieron a salir. Otros pasaron raudos sobre nuestras cabezas, camino al sur, hacia la presa.

Nadie ha sido lo bastante valiente como para abandonar el barco..., incluido yo. Infiernos, sólo deseo volver a casa. Joanna permanece en el camarote.

Aproximadamente una hora más tarde, un hombre de piel aceitunada con unas harapientas ropas grises viene corriendo a lo largo del muelle y dice que la presa ha desaparecido. Simplemente *desaparecido*. Los quathex formaron pequeños nudos encima de ella, y hubo un montón de llameante luz púrpura y grandes ruidos crepitantes, y luego la presa, simplemente, desapareció.

Pero el agua no había venido en tromba hacia nosotros. El hombre dijo que había ido *hacia el* otro lado. Hacia el sur.

Miré por encima de la barandilla. El Nilo seguía fluyendo hacia el norte.

Aquella misma tarde, a última hora, cinco miembros de la tripulación fueron a la ciudad. Por aquel entonces había dedos anaranjados y dorados rayando el cielo todo el tiempo, trazando extraños dibujos. Las nubes venían rodando del norte, y esos rayos radiantes las golpeaban, y *hendían* las nubes, simplemente así. Con un chorro

de luz marfileña.

Y quarthex, zumbando por todas partes. Hay una especie de resplandor, muy arriba en las nubes, como un recubrimiento de metal o algo así, pero puedes ver a través de él.

Los quarthex no dejan de subir hasta allá, a veces surgiendo directamente del propio Nilo, simplemente apareciendo con un chapoteo y zumbando hacia arriba hasta que no son más que puntos que se hacen cada vez más pequeños. Giran de un lado para otro ahí arriba, como si estuvieran inspeccionando aquello, y luego se dejan caer como ladrillos, y penetran de nuevo en el Nilo con un chapoteo. Como avispas frenéticas, dijo Joanna, y su voz temblaba.

Un tipo técnico de a bordo, un ingeniero de Rockwell, dice que él cree que los quarthex están organizando una especie de espectáculo de luz que va a ser algo impresionante. Alguna especie de malabarismo alienígena, piensa.

Mientras estaba escribiendo esto, los cinco miembros de la tripulación regresaron de Asuán. Habían ido a los grandes hoteles de allá, y luego al cuartel general de la policía. Supieron que la televisión de El Cairo había dejado de funcionar hacía dos días. Todos los vuelos permanecían en tierra, debido a los quarthex yendo constantemente de aquí para allá y las extrañas luces y todo lo demás.

O, al menos, esa es la explicación oficial. El capitán informa que su sobrino le dijo que varios vuelos *despegaron* hacía dos días, y que chocaron contra algo ahí arriba. ¿Quizás esa sábana metálica azul?

Uno se estrelló. Los otros consiguieron aterrizar, aunque bastante maltrechos.

Las autoridades mantienen todo esto en silencio. No sólo están teniendo a los turistas en la oscuridad, sino que su boca permanece cerrada para todo el mundo.

Espero que el ingeniero tenga razón. Joanna se está inquietando y apenas comemos nada para cenar, yo ni siquiera he probado el cordero frío. Quizá mañana se arreglen las cosas.

## **20 de diciembre**

Lo hicieron, sí. Cuando desperté, la Tierra estaba amaneciendo.

Empezó a hacerlo por las montañas occidentales, nubes blancoazuladas y extensiones de verde y marrón, pero principalmente tostado desierto. Estamos mirando al oeste, a través del Sahara. Estoy escribiendo esto mientras todo el mundo corre de un lado para otro a mi alrededor como pollos con las cabezas cortadas. Estoy sentado en cubierta, escuchando los gritos y las carreras, e incluso algunos disparos procedentes de la orilla.

Ahora puedo ver hasta más lejos al este: o estamos girando, o nos estamos elevando más aprisa y puedo ver con una mejor perspectiva.

Allá donde estaba Egipto central hay ahora un enorme, irregular, oscuro agujero.

Lo negro debe ser la piedra caliza que forma los substratos del desierto. Han

arrancado una franja de margen arenoso encerrando el valle del Nilo, incluidos nosotros..., y han dejado el resto. Y, de alguna manera, lo han alzado, liberándolo de la Tierra.

No hay quarthex volando por los alrededores ahora. Nada visible excepto esta brillante mancha azul de luz muy arriba en el aire.

Y, más allá de ella..., la Tierra, amaneciendo.

## ***22 de diciembre***

Me he saltado un día.

Ayer no hubo tiempo ni siquiera para pensar. Después de escribir la última anotación, una multitud de egipcios bajó por el muelle, moviéndose silenciosamente, como aquellos que vimos allá en Abu Simbel. Sólo que eran miles.

Y, conduciéndolos, había un quarthex. Llevaba una cosa grande parecida a un disco que producía un sonido zumbante. Cuando el quarthex la alzó, el tono cambió.

Hizo que mis ojos se llenaran de agua y me doliera el cráneo. Como si una mano estuviera estrujándome la cabeza, empañando el aire.

A mi alrededor, todo el mundo en cubierta se estaba retorciendo, gimiendo. Joanna también.

Cuando el quarthex llegó a la altura del barco, yo era el único que seguía de pie. Aquellos amarillos ojos inquietos me miraron fijamente, sin ceder ni un ápice. Luego la cabeza angular se volvió, y siguió adelante. El flautista de Hamelín, conduciendo largas ristas de egipcios.

Algunos de nuestros amigos del barco se les unieron al extremo de las filas. Rígidos, rostros con ojos vidriosos. Grité, pero ninguno, ni una sola persona de aquella procesión, alzó siquiera la vista.

Joanna se debatió por ir con ellos. La arrojé al suelo y la sujeté hasta que la maldita parada fantasmal hubo pasado.

Ahora el barco está desierto. Nos hemos quedado a bordo, por puro miedo.

Fuera lo que fuese lo que hicieron los quarthex, afectó a todos menos un escaso tanto por ciento de aquellos dentro de su alcance. Unos pocos tripulantes permanecieron a bordo, aturdidos pero bien. Asustados, no hace falta decirlo.

Pocos en la cena.

A la mañana siguiente, nadie.

Tuve que recoger lo que pude de comida. La tripulación debía haberse llevado todo lo que quedaba a bordo. Me aventuré a la cercana calle del mercado, pero todo estaba cerrado y atrancado. Desierto. Hacía sólo unos días comprábamos caftanes y esfinges de alabastro y abolladas chucherías de bronce en las chillonas tiendas, y ahora todo estaba completamente muerto. Ni un sonido, ni un gato callejero.

Fui a la parte de atrás de lo que recordaba era el sucio café de la esquina. Había fruncido la nariz al pasar ante él mientras estábamos comprando, convencido de que

había un seguro caso de disentería aguardando dentro..., pero ahora me sentí feliz de hallar algunas frutas y verduras pasadas de varios días en una despensa.

Al volver, casi tropecé con un grupo de egipcios que avanzaban por las calles. Fantasmas.

Tenían el aspecto de policías, pero iban vestidos como para el Carnaval: taparrabos, grandes cinturones de piel, brazaletes y cuentas, el pelo mantenido rígido con cera. Llevaban afiladas lanzas.

Fue bueno que estuviera alerta, o de otro modo hubieran chocado conmigo. Los oí llegar y me acurruqué en un sucio callejón. Estaban peinando sistemáticamente la zona, registrando los miserables apartamentos encima del mercado. El que parecía el jefe ladró órdenes en un lenguaje que no comprendí..., duro, gutural, no como el egipcio.

Me alejé con cautela. Justo a tiempo.

Después de eso, nos mantuvimos fuera de la vista. Permanecimos bajo cubierta y aguardamos a la llegada de la noche.

No es que la oscuridad nos hiciera sentirnos mejor. Había fuegos en la orilla. No en el propio Asuán..., la ciudad era una masa completamente negra. En vez de ello, los puntos naranja destellaban en las distantes colinas. Estaban por todos los matorrales junto al desierto, justo antes de las murallas del desierto que se extienden —o se extendían— al oeste y al este.

Ahora, supongo, hay sólo unas pocas docenas de kilómetros de desierto antes de alcanzar... ¿qué?

No hablo de esto con Joanna. Tiene la misma expresión atormentada que antes de su crisis. Está tensa y silenciosa. Permanece en el camarote.

Comemos nuestras malditas verduras. Luego nos vamos a la cama.

## ***23 de diciembre***

Hoy hubo más de esas patrullas de fantasmas de Carnaval. Aparecieron a lo largo del muelle, observando los barcos de los cruceros amarrados allí, pero por alguna razón no subieron a bordo.

Estamos solos en el barco. Toda la tripulación, todos los demás turistas..., se han ido.

Hacia mediodía, cuando empezábamos a sentirnos realmente hambrientos y yo estaba reuniendo todo mi valor para bajar a la calle del mercado, oí un rugir.

Comprendan, no había oído un avión en días. Y eso eran reactores. Este zumbido, comprendí de pronto, es un cohete o algo así, y tiene problemas.

Salí a cubierta, comprobando primero para ver si las patrullas estaban acechando por los alrededores, y el sonido era mucho más fuerte. Era un avión de rechonchas y cortas alas, y avanzaba bajo sobre el agua, eructando y petardeando por sus toberas y parando finalmente por completo sus motores, picó bruscamente, y cayó con un gran

chapoteo. Pensó que el piloto estaba perdido, pero el aparato se mantuvo en la superficie del agua durante unos momentos, y la cabina se dobló hacia atrás y un hombre saltó fuera.

Le grité y le hice señas con las manos, y nadó hacia el barco. El avión se hundió.

Se agarró a una cuerda y trepó. Era nada menos que un americano. Pero lo que tenía que decir era más sorprendente aún.

No era un simple *jockey* del cielo de El Cairo. Era un astronauta.

Formaba parte de una misión de rescate, enviada para tratar de detener a los *quarthex*. Había perdido contacto con los demás, aunque parecía que todos habían sido atraídos hacia la flotante isla en que se había convertido Egipto.

Estamos suspendidos a unos dos radios de la Tierra, en una órbita progresivamente más amplia. Hay un escudo encima de nosotros, que retiene el aire dentro y todo lo demás —rayos cósmicos, comunicaciones, naves espaciales— fuera.

De alguna forma, los *quarthex* arrancaron una capa de Egipto y se la están llevando de la Tierra, escapando con ella. Nadie había sospechado nunca que poseyeran tanto poder. Nadie en la Tierra sabe qué hacer al respecto. Los *quarthex* que estaban fuera de Egipto en el momento en que ocurrió todo se elevaron simplemente en sus naves y fueron al encuentro de la plataforma flotante.

Se llama Ralph Blanchard, y su misión era volar por debajo de la losa de Egipto, en un aparato de órbita rápida. Se suponía que debía comprobar cómo habían arrancado el suelo, liberándolo. Gran parte de él se había desprendido y caído.

Hay un entramado de tubos plateados debajo del suelo, dice, que deben ser enormes unidades antigravitatorias. Del mismo tipo que hace que vuelen las naves *quarthex*, cuyo secreto hemos estado intentando descubrir.

Los tubos plateados están separados unos de otros como un kilómetro, formando una especie de rejilla. Pero entre ellos hay montones de *quarthex*. Están construyendo cosas, arreglando el suelo y tareas así... ¡boca abajo! La gravedad funciona a la inversa en la parte inferior. Esta debe ser la forma como toda la masa se mantiene unida en un solo bloque..., comprimida desde ambos lados por la gravedad artificial. Dios sabe qué es lo que hace el escudo de arriba.

Pero lo realmente extraño es el Nilo. Hay uno debajo, también.

Empieza debajo de Alejandría, donde *nuestro* Nilo desemboca —desembocaba— en el Mediterráneo. Entonces fluye hacia atrás, todo el camino a lo largo de la parte inferior, atravesando un valle del Nilo propio. Luego se vuelve de nuevo hacia arriba en el borde opuesto de la losa, y brota a la superficie superior a unos pocos cientos de kilómetros corriente arriba de aquí.

Los *quarthex* han drenado la región más allá de la presa de Asuán. Ahora el Nilo fluye por su antiguo curso. Los grandes templos de Ramsés II se hallan perchados en una alta colina muy por encima del río, y Ralph está seguro de que vio a los *quarthex* trabajar en aquel lugar, desmontándolo.

Cree que van a volver a ponerlo allá donde estaba originalmente, antes de que se

construyera la presa en la década de los sesenta, en el siglo pasado.

Se suponía que Ralph tenía que volver a la Ciudad Orbital con estos datos. Se acercó para una pasada final, y golpeó el escudo que tienen ahí arriba, el que mantiene el aire dentro. Su avión resultó dañado.

Llevaba un aparato suborbital, capaz de efectuar reentradas, en caso de que pudiera penetrar en nuestro aire espacial. Eso lo salvó. Hubo otros tipos que chocaron con el escudo y lo atravesaron, tipos con lanzaderas convencionales para el espacio profundo y cosas así, y que cayeron como ladrillos.

Hablamos de todo esto, pero ninguno de los dos tenía una buena teoría de lo que estaba sucediendo. Lo mejor que podemos hacer es permanecer alejados de las patrullas.

Mientras tanto, Joanna rebuscaba por entre los oscuros rincones del barco, y descubrió una caja entera de Skiwa, una cerveza egipcia barata. Así que, después de terminar esta anotación ritual —quién sabe, esto puede convertirse algún día en un libro de historia, y como buen académico debo seguir redactándolo—, la compartiré en una gran fiesta con Ralph y Joanna. A ella le irá bien. A nosotros dos también. Ella ha estado muy preocupada. También.

*La malta puede más que Millón  
para justificar los designios de Dios con el hombre.*

## **24 de diciembre**

Este pequeño diario es todo lo que conseguí llevar con nosotros cuando llegaron los fantasmas. Lo tenía en mi bolsillo.

Sigo pensando en lo que ocurrió. No había nada que yo pudiera hacer, estoy seguro de ello, y sin embargo...

Permanecíamos bajo cubierta, malditamente hambrientos de nuevo pero temerosos de salir. Se oían cantos en la distancia. Haciéndose más fuertes. Luego, ruido de pasos a bordo. Nos retiramos a los pequeños camarotes de popa, tercera clase.

Los sonidos se hicieron más fuertes. Ralph pensaba que debíamos dar la cara y luchar, pero yo había visto aquellas lanzas y, demonios, soy un hombre de edad madura, incapaz de enfrentarme a esos maníacos.

Joanna estaba asustada. Era como su anterior crisis. No, peor. Los accesos se acumulaban hasta que todo su cuerpo parecía vibrar, sus dedos se clavaban en su pelo como garras, fruncía fuertemente los ojos, con el rostro comprimido como si quisiera encerrar fuera el mundo.

No había nada que yo pudiera hacer con ello, no se mantendría quieta. Echó a correr fuera de la cabina donde nos ocultábamos, simplemente corrió pasillo abajo

gritándoles.

Ralph dijo que debíamos aprovechar la diversión provocada por ella para escurrirnos, y yo dije que debíamos quedarnos, ayudarla, pero entonces los vi agarrarla y sujetarla, no violentamente. No parecía que fueran a hacer nada, simplemente llevársela con ellos.

El miedo se apoderó entonces de mí. Resulta difícil escribir esto. Parte de mí dice que hubiera debido quedarme, defenderla..., pero todo lo que hiciera hubiera resultado inútil. No puedes vivir de acuerdo con un ideal. El mundo de la literatura muestra a la gente reuniendo todo su valor, pero hay una delgada línea entre esto y la estupidez. O eso me digo a mí mismo.

Los fantasmas aún no nos habían visto, así que nos deslizamos por la borda, discretamente.

Bajamos por la rampa de carga de la parte del río, al otro lado de la orilla. Ralph nadó hacia un extremo del barco para ver el muelle y volvió con expresión preocupada. Había fantasmas por todas partes.

Teníamos que movernos. La única forma era cruzar el río.

Esta temblorosa escritura es a causa de la pura y simple fatiga. Nadé lo que me pareció una eternidad. El agua no era mala, estaba bastante caliente, pero la corriente no dejaba de arrastrarnos fuera de nuestro rumbo. Afortunadamente el Nilo es bastante estrecho aquí, y hay pequeñas prominencias rocosas asomando por algunos lados. Me agarré a una de ellas y descansé.

Nadie nos vio, o al menos nadie hizo nada al respecto.

Alcanzamos la otra orilla como ratas medio ahogadas. Hay una gran colina allí, cubierta con antiguas tumbas talladas en la roca. Pensé en buscar refugio en una de ellas y eché a andar colina arriba, con las piernas temblándome, y entonces vi la multitud ahí en la cima.

Y un quarthex, uno grande con un brillante caparazón. Llevaba algo encima de la cabeza. Supuestamente los quarthex no llevan ropas, pero este llevaba un curioso atuendo. Una gran cabeza de pájaro, con un largo y estrecho pico y unos ojos negros de pedernal.

A nuestro alrededor todo era una locura. Largas hileras de gente llevando bultos, cantando. Quarthex conduciendo esas unidades voladoras suyas. Todo bajo el mordiente sol.

Nos ocultamos por un tiempo. Descubrí que este diario, en su funda de piel con cremallera, había hecho la travesía del río sin mojarse en absoluto. Empecé a escribir esta anotación. Joanna me dijo en una ocasión que me había refugiado en los libros como una defensa, en mi adolescencia..., estaba llena de explicaciones psicoanalíticas, era su *hobby*. Yo pensaba que si ella pudiera encontrar algo semejante, entonces las cosas le irían bien también. Bien, quizá yo utilizara las palabras y los libros y una vida tranquila y ordenada como un lugar donde esconderme. ¿Y qué? Era mejor que este mundo «real» que tenía ahora mismo a mi

alrededor.

Pensé en Joanna y en lo que podía estarle ocurriendo. Los quarthex pueden...

### ***(Nueva anotación)***

Estaba escribiendo esto cuando los quarthex se acercaron. Pensé que estábamos acabados, pero no nos vieron. Esas enormes cabezas giraron al unísono, con sus brillantes ojos negros escrutando. Luego se alejaron. Los cantos eran un interminable y monótono zumbido que fue desvaneciéndose gradualmente.

Nos alejamos de allí, rápido.

Estoy escribiendo esto durante una corta pausa. Luego seguiremos.

No hay ningún lugar donde ir excepto el maldito desierto.

### ***25 de diciembre***

Navidad.

Sigo pensando en ese gordo pavo relleno bien especiado, crujientes arándanos, un vino blanco seco, una gruesa...

No sirve de nada pensar en eso. Hoy encontramos algo de comida en un lugar en construcción abandonado, pan de hace al menos una semana y algo de fruta seca. Eso fue todo.

Ralph sigue empujándome hacia el oeste. Quiere mirar por el borde, ver cómo mantienen unida toda esta cosa.

Yo no estoy tan malditamente interesado como esto, pero no sé dónde más ir. Sólo correr empujado por el ciego miedo. Son mis instintos de profesor..., como seguir este diario. Me ayuda a mantenerme cuerdo. Suponiendo que aún lo esté.

Ralph dice que escribir todo esto puede tener un valor científico. Si alguna vez puedo hacérselo llegar a alguien de fuera. Así que lo conservo y lo sigo. Palabras, palabras, palabras. Mucho más claras que este chirriante mundo irreal.

Vi gente moviéndose en la distancia, vestida de nuevo con taparrabos. Se me ocurrió bruscamente que había visto aquellos atuendos antes..., en aquellas maravillosas pinturas murales, en las tumbas del Valle de los Reyes. Son atuendos antiguos.

Ralph cree comprender lo que está ocurriendo. Hubo un comunicado de los quarthex en todas las frecuencias cuando arrancaron aquel enorme pedazo de tierra. Nadie comprendió mucha cosa..., estaba en aquella semihabla suya, con todas las palabras confusas y mal situadas, embrolladas. Algo acerca de su misión o destino o lo que fuera para realzar lo mejor de cada mundo. Acerca de cómo habían hecho un trato con los egipcios para llevar adelante la promesa no realizada de su mayestático pasado, y cosas así. Y eso significaba aislamiento, a fin de que el fruto de las eras pudiera florecer.

Ja. La gran era del mundo empieza de nuevo, quizá..., pero Percy Bysshe Shelley nunca lo entendió así.

No es que en estos momentos me importen demasiado las motivaciones. Me paso el día pensando en Joanna, sintiéndome culpable. Y caminando hacia el oeste en medio del calor y del polvo, ocultándome de los grupos de trabajadores de ojos vacuos cuando hay que hacerlo.

Alcanzamos el borde al atardecer. No se me había ocurrido, pero resulta obvio..., para que haya días y noches tienen que estar haciendo girar la losa en la que nos hallamos.

Comprimirla, retener su aire, darle la rotación correcta. Maestros..., del espaciotiempo y el río, sí.

El terreno empezó a descender. No como la ladera de una colina, porque no había nada que tirara de ti hacia abajo. Quiero decir, *teníamos la impresión* de que estábamos andando por un terreno nivelado. Pero sobre nuestras cabezas el cielo se movía mientras caminábamos.

Llegamos al atardecer. El sol se hundió por un tiempo tras el horizonte, luego empezó a ascender de nuevo. Muy pronto estaba directamente sobre nuestras cabezas, pleno mediodía.

Y pudimos ver la Tierra también, mucho más lejos que ayer. Con un aspecto frío y azul.

Llegamos a un valle de resplandecientes tubos de metal, plateados y ondulando con un helado brillo azul. Empecé a sentirme aturdido mientras nos acercábamos. Algo le ocurría a la gravedad..., tiraba de tu estómago como si estuvieras dando vueltas. Finalmente no pudimos acercarnos más. Me detuve, presa de náuseas. Ralph siguió adelante. Le observé mientras intentaba caminar hacia la barrera de metal, que por aquel entonces parecía como luminosos icebergs suspendidos encima de un desolado desierto.

Intentó caminar en línea recta, dijo más tarde. Pude verle desviarse, sus piernas como caucho, y parecía como si ondulara y se distendiera, tensándose horizontalmente mientras algún tipo de fuerza lo comprimía verticalmente, un hombre huevo, un cuerpo de plástico oscilando en mareas de gravedad.

Luego empezó a tropezar, a caer. Gritó..., un horrible sonido deformado, como papel siendo desgarrado durante mucho mucho tiempo. Huyó. La arena pareció aferrarse con invisibles garras a sus pies mientras corría, levantando grandes surtidores, largas franjas de resplandeciente, luminosa arena..., pero no podía retenerle. Ralph regresó junto a mí tambaleante, jadeando, los ojos muy abiertos y blancos y aterrorizados.

Volvimos sobre nuestros pasos.

Pero, en nuestro camino de regreso, vi a un grupo de hombres y mujeres avanzando rígidamente hacia la pared. La mayoría de ellos eran viejos, e iban sucios. Algunos estaban heridos..., podía ver las heridas.

Se encaminaban directamente al borde. Silenciosamente, inexorablemente.

Ralph y yo los seguimos por un tiempo. Cuando se acercaron a la pared, empezaron a andar por encima de la arena..., directamente por el aire.

Y por encima de los tubos.

Simplemente volando.

Decidimos encaminarnos hacia el sur. Quizás el borde sea distinto allí. Ralph dice haber oído que el plan, después de que los generales hubieran estudiado los resultados de la misión de reconocimiento, era intentar abrir el escudo al nivel del suelo, allá donde el Nilo se derrama a la parte inferior. Entonces harían salir a la gente a lo largo del río mediante embarcaciones.

¿Pueden hacer esto, ahora? Ocasionalmente oímos sonidos rugientes en el cielo. Explosiones. Ralph se muestra irónico acerca de todo eso, dice que se pregunta cuándo los quarthex se sentirán cansados de intrusos y regresarán a su origen..., *lodo* el camino de regreso.

No lo sé. Yo estoy cansado, terriblemente agotado.

¿Puede que haya alguna forma de salir? Suena imposible, pero es todo lo que tenemos.

Hacia el sur, hacia el borde del Nilo.

Esta noche nos hemos ocultado en una cueva. Hace un frío intenso ahí fuera en el desierto, y una insolación no es de ninguna ayuda.

Estoy infernalmente hambriento. Una buena Navidad.

Se supone que a estas horas deberíamos estar de vuelta en Laguna Beach.

Sólo Dios sabe dónde está Joanna.

## **26 de diciembre**

Escapé. A duras penas.

Los quarthex trabajan ahora en equipos. Han cuadriculado el desierto, y trabajan sistemáticamente en él con esas plataformas flotantes. Hay grandes tubos como cañones montados en cada extremo, y los quarthex escrutan la arena a través de ellos.

Ralph y yo nos arrastramos hasta la boca de la cueva donde nos habíamos refugiado y los observamos peinar la zona. Trabajaban desde el Nilo. Cuando la boca de uno de aquellos cañones giró hacia nosotros sentí un impacto, como una cálida y mojada ola, abofetear mi rostro, como si me hallara en medio del océano. Me hizo caer de rodillas. Me eché hacia atrás. Retrocedí hasta el fondo de la angosta cueva.

Entonces todo pareció alejarse a mi alrededor, como si la ola me hubiera clavado al fondo del océano y hubiera llenado mis pulmones con un líquido estancado.

En un instante desapareció. Rodé sobre mí mismo, jadeante, y vi a Ralph tambalearse a la luz del sol y encaminarse a la plataforma de los quarthex. El proyector estaba enfocado hacia él, de modo que ya no golpeaba la entrada de la cueva. Por eso me había visto libre de su influjo.

Les observé bajar una escalerilla de cuerda. Ralph subió obedientemente. Deseé gritarle, intentar romper el hechizo que aquella cosa mantenía sobre él, pero una vez más la mejor parte del valor era la espera..., así que me limité a observar. Se lo llevaron.

Aguardé hasta el anochecer para moverme. No tener nadie con quien hablar hizo mucho más difícil controlar mis miedos.

Dios, tengo hambre. No puedo encontrar nada que comer.

Cuando tomé este diario miré la funda de piel, y recordé historias de gente tan hambrienta que se había comido sus propios zapatos. Convenientemente hervidos y salados, por supuesto, y aderezados con una penetrante salsa.

Otro día o dos, y la idea no me parecerá tan divertida.

Tengo que seguir moviéndome.

## ***27 de diciembre***

Me resulta difícil escribir.

Me cogieron esta mañana.

Atrapan tu mente. Como antes. Estrujan tu cabeza.

Pero al cabo de un tiempo es mejor. Te sientes bien. Excepto un zumbido todo el tiempo: no puedes pensar.

Me descubrieron mientras cruzaba un arroyo. No me di cuenta de que estaban por allí. Una plataforma.

Me llevaron junto a algunos otros. Todos egipcios. Atrapados como yo.

Nos trasladaron hasta el Nilo.

Comida abundante.

Descanso hasta el mediodía.

Me trajeron a Joanna. Está bien. Y encantadora, con la larga túnica que le dieron los quarthex.

A nuestro alrededor, todos llevan cabezas de pájaro. Ibis, recuerdo que son, el pájaro del Nilo. Y otros cabezas de perro. Y otros cabezas de león. Dioses de los viejos tiempos. Los quarthex son los dioses de los viejos tiempos. Del Gran Imperio.

Nosotros somos el pueblo.

A veces puedo pensar, como ahora. Me enviaron lejos del grupo de trabajo con un encargo. Soy viejo, no soy fuerte. Son considerados..., me dan trabajos fáciles.

Así que vine hasta aquí. Donde oculté este diario. Antes de que me quitaran mis viejas e incómodas ropas puse este librito en una grieta entre las rocas. También la pluma.

Ahora el escribir ayuda. Aclara un poco la mente.

Vi a Ralph, luego perdí de nuevo su rastro. Trabajé duro después del mediodía. Sentaba bien el sol. Alzaba vasijas de cerámica, las llevaba allá donde decía el capataz.

El dios-quarthex con la cabeza de ibis está edificando un nuevo templo. Hecho con las piedras de Asuán. Será fresco y profundo, con muchas columnas.

Se llevaron mis sucias ropas. Me dieron un nuevo taparrabos, una banda de tela para la cabeza, sandalias. Buenas prendas. Mejor que las antiguas.

Resulta difícil ahora recordar cómo eran las cosas antes de que viniera aquí. Antes de que conociera el río. Su fluir. Cómo divide el mundo.

Descansaré antes de intentar leer lo que escribí aquí antes. Las palabras resultan difíciles.

### ***Días más tarde***

Vuelvo, pero sólo puedo leer un poco.

Joanna dice que no debería hacerlo. A los ibis no les gustará que lo haga.

Recuerdo que me gustaban estas palabras puestas sobre el papel, en mis días de antes. Me ganaba la vida con ellas. Ahora están vacías. No deben ser ciertas.

Ya no las necesito.

Ralph, ciencia. Todo palabras, también.

### ***Más tarde***

Han pasado días desde que encontré esto de nuevo. Trabajo bien, como, Joanna vuelve a mi lado por la noche. Muchas cosas. No deseo leer esto.

Pero hoy otra cosa aulló sobre nuestras cabezas. Pasó por encima del desierto como un chillante pájaro negro, un halcón, y luego cayó, entre llamas y un enorme rugir.

Recordé a Ralph.

Recordé este libro, fui en su busca.

El dios-ibis nos habla cada anochecer. De cómo la gloria de nuestras vidas está aquí de nuevo. Somos otra vez un pueblo, sí, después de haber estado perdidos largo tiempo.

Lo que significa el rojo atardecer. El lugar donde están enterrados los muertos en el desierto occidental.

Ser llevado en la muerte cerca del borde, para que los muertos caminen sus últimos pasos en este mundo, hasta el borde y por él, hasta el otro mundo.

Allá, el dios-león les protegerá. Les hará vivir de nuevo.

Los dioses-quarthex han descubierto cómo revivir a los muertos de todo tipo de seres. Difunden esto entre las estrellas.

Pero sólo a aquellos que lo comprenden. Que lo merecen. Que inclinan la cabeza ante la gran simetría de la vida.

Una cara iluminada, una cara oscura.

El sol ilumina el otro mundo cuando para nosotros es de noche. Allá, los muertos

lo celebran, y se unen por parejas, y ríen, y viven eternamente.

Ralph vio eso. La feliz tierra de abajo. La que comparte el sol.

Vi a Ralph hoy. Acudió al río para ver esa cosa halcón gritar desde las nubes. Todos lo hicimos.

Cayó al río y fue tragada y será llevada al otro mundo, por encima del borde de este.

Ralph sintió pena cuando el halcón cavó. Dijo que era un error enviarlo a molestarnos. Que alguien del viejo tiempo muerto lo había enviado.

Ralph trabaja en la cantera. Tallando la piedra caliza. Tiene buen aspecto, el sol lo ha curtido y lo ha hecho fuerte y moreno.

Empecé a hablar del tiempo cuando nos conocimos, pero frunció el ceño.

Eso fue antes de que comprendiéramos, dice. Agita la cabeza. Así que no debemos hablar de ello.

Los dioses saben del tiempo y el río. Saben.

Yo también, ahora.

## ***De nuevo***

Joanna está enferma. Intento ayudar, pero no hay forma de detener la hemorragia.

En el viejo tiempo hubiera intentado impedir que la materia de la vida la abandonara. Hubiera sentido pena.

Ahora no. Ahora me siento tranquilo.

El dios-ibis la prepara. Trabaja intensamente y bien sobre ella.

Viajará esta noche. Recorrerá el último trecho. Por encima del borde del cielo, al otro mundo.

Eso es lo que dicen las tallas en el templo. Vivirá de nuevo para siempre.

Una espera eterna.

He venido aquí en busca de este libro para anotar eso. A veces recuerdo cómo eran las cosas antes.

Entonces no conocía la alegría. Joanna tampoco.

Vivíamos, pero sin objetivo. Sólo seguir y seguir y seguir.

Ahora sé lo que viene luego. La muerte occidental. El amanecer de la vida.

Los dioses-quarthex tienen razón. Debería olvidar esa vida. Retenerla es morir. Fluir hacia delante es vivir.

Hoy vi al faraón. Vino en un carro radiante, tirado por caballos negros, con una espada de bronce en la mano. El sol estaba alto sobre su cabeza. No arrojaba ninguna sombra.

Grande y de piel roja, el faraón descendió por la avenida de los reyes. Nosotros, el pueblo, lo vitoreamos.

Su gran cabeza era mayestática al sol, y sus muchos brazos se agitaban, saludando a su pueblo. Es tan grande que los caballos gruñen y sudan para tirar de él. Su duro y

brillante cuerpo es todo armadura, porque siempre estará de guardia contra nuestros enemigos.

Como esos que caen del cielo. Cada día caen más, ahora, agonizantes bolas de fuego que se estrellan en el desierto. Todos locos. Negros cuerpos que no tardan en pudrirse. Ninguno se levantará para caminar hacia el oeste. Sólo son presas abrasadas del faraón.

El faraón recorre tres veces la avenida. Nos arrojamos de bruces al suelo para atraer su mirada. Sus enormes y brillantes ojos nos contemplan mientras lanzamos exclamaciones, nuestros rostros húmedos de alegría.

Hablará por nosotros en el otro mundo. Les cantará a los dioses subterráneos.

Hará que nuestro camino hacia el oeste sea suave. Caigo ante él.

Entierro esto ahora. No escribiré más en él. Este tipo de escritura no es para el mundo de ahora. Procede del viejo y muerto tiempo, cuando no sabía nada y pensaba en todo.

Iré a mi eternidad por el río.

---

## Comentario

---

En una ocasión conocí a un escritor que literalmente se ató a su escritorio. Lo hizo —dijo, mirándome fijamente mientras parpadeaba como un hubo— para librarse finalmente de su costumbre de ponerse en pie ante cada menudencia, hacer encargos, buscar material de investigación, y así, interminablemente. Era algo que estaba demorando todo su tiempo de trabajo. Así que consiguió una cuerda y un pote grande lleno de café, y se ató las piernas a las patas de su escritorio.

Me dijo que funcionó. Al menos, hasta que el café utilizado empezó a presentar sus exigencias.

No sé ustedes, pero yo no leería nada escrito de esta forma. No me importa la disciplina, pero obligar las palabras a brotar de tus dedos... Es como escuchar a un cuarteto de cuerda tocar con una ametralladora apuntándole todo el tiempo.

Si siento deseos de dejar de escribir, simplemente lo hago. Ayuda a aliviar la presión. Por supuesto, conduce también a historias que pueden tomar cinco años en terminarse. O a novelas que nunca verán la luz.

La mejor de todas las razones para abandonar tu escritorio es que realmente tengas que hacerlo, a fin de escribir algo correctamente. Reunir la información necesaria para construir el fondo de tu historia. Me sentí particularmente feliz cuando el elemento Hazlo Correctamente de una novela sobre arqueología, *Artefacto*, me exigió que pasara varias semanas en Grecia. Más incluso cuando, mientras escribía la novela, descubrí que necesitaba averiguar alguna información arcana sobre Egipto.

La mayoría de las personas hubieran acudido a la biblioteca. Es sorprendente cuántos elementos de fondo puedes falsificar con un hábil pasar páginas. Un amigo mío con un cierto número de chisporroteantes *best-sellers* en su haber, Dean Koontz, escribió en una ocasión una novela situada en Tokio. Utilizó el material de estantería que tenía en su propio estudio. Una vez publicado el libro, alguien que había vivido en Tokio le comentó que uno podía decir con toda seguridad que Dean había pasado mucho tiempo allí, puesto que hasta los detalles más ínfimos eran correctos. Simplemente se negó a creer que Dean no hubiera estado nunca en Tokio.

Pero no creo que yo pudiera falsificar Egipto; es demasiado exótico. (En realidad, ahora que pienso en ello, no creo que nunca haya falsificado un entorno que haya podido visitar). Y no deseaba crear un fondo precocinado. Me encanta viajar, y nadie que esté enganchado al ingrediente fundamental de la ciencia ficción —que barre el espacio y el tiempo, siempre implicado

aunque no sea mostrado explícitamente— puede resistir a la más antigua de las grandes civilizaciones.

Así que fui a Egipto con mi esposa. Fueron unos de los momentos más maravillosos de mi vida. Llevé un diario, como hago a menudo. Había como otros veinte norteamericanos en el crucero que nos llevó Nilo arriba, pero apenas parecían estar allí. Eran gente difuminada..., médicos de Los Ángeles que conducían Mercedes y conocían cantidades de magnates de la industria del cine, viudas que leían sus libros condensados del Reader's Digest en cubierta, turistas boquiabiertos como nosotros, gente que se volvía translúcida contra el resplandeciente fondo de Egipto..., ardiente luz solar, olores penetrantes, el rozar de la arena y la suave caricia de la brisa, pero sobre todo esa intensa sensación de algo extraño a tu alrededor, sobre la que no puedes poner jamás un dedo pero que flota en el aire como capas de incienso.

Aprendí mucha historia griega en Egipto, puesto que los egipcios fueron la influencia predominante allí en los últimos grandes días. Algo de esto se deslizó en Artefacto, pero durante un tiempo la experiencia de arrastrarse por cavernas subterráneas, captar el olor de las mohosas hileras de miles de animales momificados, pasear por la estrecha franja verde en tonto al Nilo..., todo aquello destruyó mi concentración sobre Grecia.

Cuando regresamos, mecanografié mi diario de viaje y lo envié a algunos amigos. Aproximadamente una semana más tarde, desperté con el esbozo completo de esta historia en mi cabeza. Se refería a alguien como yo, estaba contada a través de un diario de viaje..., un regalo del viejo buen subconsciente. Tenía mi diario en el procesador de textos, así que simplemente me senté durante una hora cada día y le fui añadiendo la historia.

Estaba casi terminándola antes de darme cuenta de que es básicamente la misma idea intrigante propuesta por Julián Jaymes en El origen de la consciencia en la crisis de la mente bicameral. Él proponía que el hombre primitivo no poseía el mismo tipo de consciencia que nosotros, no disponía del aislamiento Yo contra Otros Puntos de Vista. No puedo resumir adecuadamente sus ideas aquí, y, por supuesto, puede que no constituyan una auténtica teoría científica, porque resulta difícil ver cómo pueden ser comprobadas. Una de sus sorprendentes observaciones es que el hombre antiguo pudo experimentar a los dioses de una forma directa, interpretando las voces internas como si fuesen externas.

De alguna manera, todo eso confluyó en esta historia. Es más de cuatro veces más larga que mis notas de viaje, que aparecen ahora como simples alusiones fantasmales. Convertir al narrador en un profesor de literatura comparada es un mero recurso —no creo que la mayoría de profesores escriban muy bien, y los de los departamentos conectados con la literatura menos aún—, y además lo hice poseedor de muchos más recursos que yo.

Un pequeño y espléndido editor, Cheap Street, lo publicó en una edición limitada con maravillosas ilustraciones. La historia me gusta más que muchas otras mías, y por un tiempo pensé que había conseguido en gran manera hacer que mi subconsciente hiciera por mí la mayor parte del trabajo. Simplemente, toma un viaje que te haya impresionado a un lugar sorprendente y..., listo.

Así que, un año más tarde, fui a la Unión Soviética. Como decimos en el mundo de la física, capté correctamente la magnitud, pero mal las señales. Cuando volví, fui incapaz de escribir nada durante meses.

## Exposiciones

**L**os rompecabezas encajan de pieza en pieza. Ayer empecé a examinar las nuevas placas que había tomado allá en la montaña, en Palomar. Eran exposiciones de distinta profundidad. En cada una de ellas, NGC 1097 —una galaxia en espiral barrada a unos veinte megaparsecs de distancia— colgaba suspendida en su lento girar.

Mientras colocaba las placas pensé en la forma en que nuestra familia había repartido siempre los trabajos del desayuno los domingos. En el ritual de aquel día, nuestra madre se quedaba en la cama. Yo colocaba los tenedores y los cuchillos y las hueveras y los platos, y luego retrocedía unos pasos a la suave luz matutina para comprobar que lo hubiera hecho todo correctamente. Las pirámides de tela de las servilletas remataban el mantel de encaje, el preferido de mi madre. A través de la puerta de la cocina se filtraba el murmullo y el entrechocar de los instrumentos que daban nacimiento a la nueva comida.

Coloqué las exposiciones en orden según los filtros espectrales utilizados, observando la calibrada fotometría de cada una. Los sonidos cerámicos de Bridge Hall resonaban en los embaldosados pasillos y se filtraban a través de la puerta de mi oficina: ruido de pasos, conversaciones distantes, el raspar de la tiza en una pizarra, una puerta al cerrarse. Examiné las placas con una lupa, y tuve la sensación de que la galaxia se hinchaba y se hacía enorme.

Las exposiciones más profundas mostraban los débiles chorros de las emisiones de gases que buscaba. Había cuatro de ellos, apuntando hacia fuera de NGC 1097, dos rojos y dos azules, los tres más brillantes descubiertos por Wolsencroft y Zealev, el último rojo hallado por Lorre en el Laboratorio de Propulsión a Chorro. Líneas rectas trazadas sobre el moteado del fondo de polvo y estrellas. Nadie sabía qué coloreaba un chorro rojo o azul. Estaba intentando utilizar las placas profundas para medir la amplitud de los chorros. Utilizando una ranura sobre las lentes, había disminuido la imagen hasta que pude emplear una fotometría calibrada para medir la cuña de luz. Estrechar aún más la ranura me permitiría medir el espectro, ver si los azules y rojos procedían de las estrellas o de nubes excitadas de gas.

Se lanzaron hacia fuera, dos chorros azules que cortaban los brazos de la espiral y se liberaban en la negrura de más allá. Una placa, tomada en esa cresta espectral que emiten las nubes de hidrógeno ionizado, liberando radiación H II, mostraba una ristra de cuentas enterrada en los retorcidos planos de la espiral. Eran enormes nubes enfriándose. Donde los chorros cruzaban las regiones H II, los brazos de la espiral eran empujados hacia fuera, o de otro modo se desvanecían por completo.

En oposición a cada chorro azul, al otro lado de la galaxia brillaba un chorro rojo. Ellos también apagaban las cuentas H II.

A partir de esos huecos en los brazos de la espiral, estimé hasta qué punto había girado la galaxia en espiral barrada, mientras los chorros los devoraban: unos quince

grados. A partir de las medidas de velocidad en el disco, utilizando los corrimientos Doppler de las líneas espectrales conocidas, deduje el índice de rotación del disco de NGC 1097: aproximadamente cien millones de años. No era sorprendente; nuestro propio sol emplea aproximadamente el mismo tiempo para dar una vuelta alrededor de nuestro centro galáctico. Los fotones que me contaban todas estas especificaciones habían iniciado su firme viaje hacia sesenta millones de años, antes de que existiera un *Nuevo catálogo general de nebulosas y racimos estelares* para etiquetarlas mientras se enterraban en mi bienvenida emulsión. Así es como te conozco, NGC 1097.

Esos chorros eran únicos. El azul más brillante se dobla en ángulo recto y termina en plateadas gotas de seca luz. Su contrachorro, desviado unos perversos once grados de su exacta oposición, sigue un sendero cálidamente coloreado en rosa a lo largo de una inmensa distancia, una extensión mucho más larga que la propia galaxia madre. Fruncí el ceño, crispé concentradamente los labios, calibré y calculé y refiné. Evidentemente, aquellos rígidos y lacónicos esquemas de luz estaban intentando decirme algo.

Pero las respuestas llegan cuando ellas quieren, una a una.

Intenté contarle esto a mi hijo cuando, aquella noche, le ayudé con sus lecturas. Utilizando lo que su madre denominaba intencionadamente «habilidades de ataque contra las palabras», había dominado la mayoría de aquellas tácticas. Sin embargo, las más amplias estrategias de los párrafos todavía se le escapaban. *Tómalos por frases*, le animé, revolviendo su pelo castaño claro, distraído, porque me gustaba el olor a nuez moscada. (A menudo he pensado que podría localizar a mi hijo en la oscuridad, en medio de una multitud, utilizando sólo mi nariz. Nuestro código genético colorea el aire). Pasó una hoja de su libro con el pulgar, manchando la esquina de la página. Lee las palabras entre las comas, le aconsejé, sintiendo volver mi sentido escolar del orden. Párate en las comas, y luego haz una pausa antes de seguir, y piensa en lo que significan esas palabras. Aspiré de nuevo el olor a trigo de su pelo.

Soy un astrónomo tradicional, acostumbrado al intenso frío de la jaula de Palomar, el matrimonio bizantino de la óptica en Kitt Peak, el sofocante aire de Lick. Durante la larga mañana de ayer estudié los chorros de NGC 1097, intentando ver con el rápido ojo del teórico «la danza de los datos», como Roger Blandford la había llamado una vez allá abajo en el vestíbulo. Intenté erigir alguna tambaleante hipótesis que mis inseguras matemáticas pudieran aprehender. Brotó una idea. La aferré Pero, mientras la examinaba de cerca, le daba vueltas aplicaba los elementos a una sobrecargada ecuación, vi que era simplemente una vieja idea pasada, ya desaprobada.

Quizá el realce de las imágenes por ordenador pudiera aclarar algo de la bruma que me envolvía, medité. Llevé mis notas al edificio adyacente, escuchando el eco de mis pasos en la larga arcada. Los edificios del Caltech están contruidos en su mayoría en un estilo pseudoespañol, estuco tostado con ocasionales ventanas y baldosas moriscas. La más nueva biblioteca se alza al lado de las apelonadas oficinas y clases, una moderna extrusión. Entré en el Laboratorio de Física y Matemáticas Alfred Sloan, preguntándome por enésima vez cuál sería el aspecto de un laboratorio matemático, imaginando a Lewis Carroll a su cargo, y entré en las nuevas salas de los terminales de ordenador. Los índices que reflejaban mis placas empezaron a tartamudear pronto en la pantalla. Utilicé un filtro numérico mediano, para eliminar las variaciones en el fondo. Había rutinas estándar para retirar partes especiales del espectro. Las llamé, borrando el ruido medio del polvo y los gases y las crestas que saturaban las imágenes procedentes de las estrellas en primer término en nuestra propia galaxia. Sin embargo, no emergió nada espectacular. No se produjo ninguna iluminación.

Bebí un poco de café. Había traído una caja de galletas de mi oficina; la abrí, comiendo cada galleta con un fuerte crujir. Hice girar la taza, y el café remolineó como un oscuro disco en el fondo, con la crema girando en el vórtice y desprendiendo grises brazos. Lo bebí. Y convoqué otra imagen pulsando una tecla.

Aquello no era NGC 1097. Comprobé el número. Luego el registro. No, aquellas eran exposiciones puestas deliberadamente aparte para ser archivadas más tarde. No se suponía que estuvieran archivadas ya; ocupaban un espacio de ordenador adjudicado a mí. Debería estar en blanco.

Sin embargo, reconocí aquella. Era una vista de Sagitario A, la intensa radiofuente que se oculta detrás de una densa capa de polvo en la Vía Láctea. Detrás de aquella oscura guadaña oscurecedora que es un brazo de nuestra galaxia se halla el centro. Fruncí los ojos. Sí: aquella era una imagen formada por observaciones sensibles a la longitud de onda de los 21 centímetros, la emisión del hidrógeno monoionizado. La había visto antes, en exposiciones que parecían retroceder radialmente hacia el núcleo galáctico. Allí estaba la banda roja del hidrógeno, a lo largo de nuestra línea de visión. Ligeramente debajo estaba el muy conocido brazo de ardientes gases en expansión, de nueve mil años luz de amplitud. Arriba, teñido de verde, había un brazo más pequeño, una cordillera de gases que se movía hacia fuera a 135 kilómetros por segundo. Había visto aquello en seminarios, hacía años. En el mismo centro estaba el nudo de no más de uno o dos años de amplitud, la fuente de los 1040 ergs por segundo de virulenta energía que alimentaba el horno que causaba todo aquello. Sin embargo, el flujo de energía de nuestra galaxia era diez millones de veces inferior al de un quasar. Fuera cual fuese la fuente de compacta energía allí, estaba comparativamente tranquila. NGC 1097 se halla mucho más al sur, completamente fuera de la Vía Láctea. ¿Era posible que el enfoque de la cámara de un satélite se hubiera desviado tanto?

Curioso, pulsé una tecla para seguir adelante. El siguiente número índice ofreció otra imagen de la región de Sagitario, esta vez vista a través de las emisiones espectrales de las nubes de amoníaco que se movían hacia fuera. Manchas al azar. Pulsé de nuevo. Una visión de la emisión de formaldehídos. Pero ahora el enorme brazo del hidrógeno en expansión estaba salpicado de nudos, señalando nubes que se movían más rápidas, azules por el efecto Doppler.

Fruncí el ceño. No, las exposiciones de Sagitario A no eran un error al azar. Esas puertas tenían que estar abiertas para recibir mis próximos datos. Alguien había utilizado aquel espacio. ¿Quién? Busqué los códigos de identificación, pero no había ninguno. En lo que al registro general se refería, aquellos espacios seguían vacíos.

Fui a borrarlos. Sin embargo, mi dedo se detuvo, quedó suspendido sobre las teclas. Aquella era a todas luces información de alta calidad, ya procesada. Alguien la deseaba. Habían invadido descuidadamente mi territorio, pero...

Mi pausa era debida en parte a una intensa apreciación. Mientras observaba las incrustaciones de luz codificadas en sus correspondientes colores, recordé cómo había sido todo aquello hacía un tiempo: imposiblemente complicado, adornado en sus propios términos, envuelto en la excéntrica jerga de profesores muertos hacía mucho, ahogado con parafernalia de física atómica y termodinámica, una red de complejidad que finalmente había dado paso a imágenes mentales de un girante y furioso pasado, de estrellas convertidas ahora en cenizas, de susurros, de turbulento hidrógeno que llenaba el vacío entre los soles. De tales números había surgido la expansión estelar que conocíamos. De la nítida raya en una tira de película podíamos captar la signatura de un elemento, deducir su velocidad por el corrimiento Doppler, y luego medir la amplitud de esa raya para extraer el componente aleatorio de la velocidad, las desviaciones aleatorias debidas al movimiento término, y así la temperatura. Todo de una raya. No, no podía borrar aquello.

Cuando tenía nueve años fui obligado a servir en el altar, durante los insoportablemente largos servicios episcopales a los que mi madre consideraba que debíamos asistir. Llevaba una sencilla túnica y era el primero en aparecer en el servicio, encendiendo las velas con un largo e incómodo artilugio con un pábilo en su extremo. La música de órgano era suave y no llamaba la atención, así que la congregación podía observar sin ser distraída mientras yo trasteaba con el pábilo e intentaba mantener el precario equilibrio entre encender demasiado las velas (de modo que prendieran con una bola de luz naranja) o, peor aún, fundir demasiada cera ahogando la llama del pábilo, que se apagaba con un acusador chisporroteo y una nubecilla de humo negro. A lo largo de todo el servicio me arrodillaba y me ponía en pie alternativamente, murmurando las gastadas frases mientras pensaba en el partido de béisbol con pelota blanda que jugaría por la tarde y sentía el picoteante calor que se acumulaba debajo de mis ropas. En un día malo, el calor podía concentrarse y una

gota de sudor colgar precariamente de la punta de mi nariz. La dejaba colgar allí como mudo testimonio. El ministro nunca parecía darse cuenta de ello. A menudo me deslizaba a sueños decididamente poco teológicos, intoxicado por el pegajoso sudor, y me perdía las palabras de la letanía que señalaban el principio de la comunión. Captaba entonces el susurro de la audiencia en el sofocante aire y emergía, para ver al ministro vuelto con rostro sombrío hacia mí, sujetando los utensilios de su piadoso oficio, aguardando a que yo le trajera el vino y las hostias para ser bendecidos. Me ponía en movimiento, maldiciendo para mí mismo con el ardor de aquellos que acaban de aprender las palabras que se sienten capaces de dominar, sin temor de murmurarlas mientras tomaba el cáliz y captaba el aroma del denso y excesivamente dulce vino, cogía la bandeja de las hostias, y juraba que, una vez la barandilla de nogal del altar se hubiera vaciado de extrañamente pálidos rostros vueltos hacia arriba, una vez el empalagoso órgano quedara en silencio y me hubiera quitado aquella túnica que olía a polillas, no volvería a hacerlo, me saldría completamente de aquello.

Le pregunté a Redman quién demonios estaba metiendo sus cosas en mi espacio de ordenador. Lo comprobó. La respuesta fue: nadie. No había registro de ninguna intrusión en esas secciones de la memoria del sistema. *Entonces mira mejor*, dije, y volví a trabajar en el terminal.

Todavía estaban allí. Más aún, algunos números de índice que antes habían estado libres estaban ahora ocupados.

NGC 1097 aún seguía preocupándome, pero retrasé trabajar en el problema. Estudié aquellas nuevas imágenes. Estaban procesadas, codificadas de acuerdo con el efecto Doppler, y filtradas para eliminar el ruido. Pasé a las primeras placas, para asegurarme. Sí, estaba claro: estas eran diferentes.

La teoría más común sostenía que el brazo de gases en expansión se hallaba en la fase hacia fuera de una oscilación. Hacía varios cientos de millones de años, contaba la historia, una enorme explosión en el centro galáctico había iniciado la expansión: un ondulante y girante donut de gas se hinchó hacia fuera. Finalmente, su energía se equiparó a la atracción gravitatoria del masivo centro. Luego, mientras frenaba su velocidad y volvía a caer finalmente hacia el centro, empezó a girar más aprisa, almacenando energía en un movimiento rotatorio, hasta que las fuerzas centrífugas detuvieron su carrera hacia dentro. Así, la ardiente nube podía oscilar en el pozo potencial de gravedad, enfriándose lentamente.

Esas placas transformadas por el ordenador decían otra cosa. Los corrimientos Doppler formaban un cono. En el centro de la placa, los valores máximos eran mucho más altos que cualquiera observado antes, más de mil kilómetros por segundo. Esto excedía de la velocidad de escape de la propia galaxia. Los valores disminuían en los lados, descendiendo suavemente hasta los corrimientos que se apreciaban en las

primeras placas.

Llamé al director de programación. Miró por encima los displays, sin comprender nada de lo que significaban pero todo acerca de cómo habían podido ir a parar allí; y su veredicto fue claro, seguro: un error humano. Pero posteriores comprobaciones no revelaron ese error. «Debe proceder de la transmisión desde la órbita», murmuró. Parecía medio adormilado cuando tecleó una serie de órdenes, rastreó los intrusos. Esos datos procedían de la nueva combinación óptica, el telescopio de infrarrojos y ultravioletas en órbita, y los programas del Laboratorio de Propulsión a Chorro habían realizado obsequiosamente los milagros de rutina de definición y análisis. Pero el personal en órbita estaba seguro de que esos datos no habían sido transmitidos. De hecho, el telescopio se hallaba parado por revisión, además de una comprobación de alineaciones, desde hacía más de dos días. El director de programación se encogió de hombros y prometió mirarlo, sobando con los dedos las innumerables plumas que llevaba en el bolsillo de su camisa.

Contemplé el cono Doppler, y pulsé el siguiente número del índice. El cono había crecido, los corrimientos eran más grandes. Otro: aún más grandes. Y entonces observé algo más: y una fría sensación se infiltró dentro de mí, barriendo la charla casual y el tableteo de la impresora mecánica en la sala de terminales.

El punto de visión había cambiado. Todas las placas anteriores habían mostrado una nube de gas en particular con un cierto ángulo de inclinación. Esta última placa estaba ligeramente desplazada hacia un lado, iluminando un conglomerado de regiones menores H II y oscureciendo una fracción del ardiente brazo en expansión. Quedaban revelados algunos nuevos rasgos. Si el programa del Laboratorio de Propulsión a Chorro hubiera efectuado una rotación y una desviación así, hubiera dejado los nuevos espacios en blanco, porque no había forma de llenarlos. Estos no estaban vacíos. Hervían con corrimientos específicos, detallados índices espectrales. El programa del Laboratorio de Propulsión a Chorro no hubiera producido el campo de números a menos que los datos primarios los contuvieran. Pasé largo tiempo contemplando la pantalla.

Aquella tarde conduje de vuelta a casa tomando el camino largo, a través de los amplios bulevares de Pasadena, en la creciente oscuridad. Recordaba haber donado sangre el mes antes, a la luz tenue del dispensario del Caltech. Se llevaron la sangre en una curiosa bolsa de plástico, dejándome con un pequeño vendaje en el hueco del codo. La piel era translúcida, mostrando el entramado de pequeñas venas tributarias que confluían en el río de la vena principal, la cual, recientemente drenada, parecía casi tan pálida como la piel. Nunca antes había mirado aquella parte de mí y la había hallado tan tierna vulnerable, una inesperada abertura al exterior. Recordé que a mi esposa le gustaba que la acariciara allí cuando salíamos antes de casarnos, y que no lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Ahora habían perforado mi piel en aquel

lugar, para sorber cálida vida de mí y meterla en una bolsa de plástico, para insuflársela más tarde a algún otro que pudiera utilizarla.

Aquella tarde tomé de nuevo el coche, para llevar a mi hijo a la Open House. La escuela derramaba luz por todas partes y parecía dominar todo el vecindario con su luminosidad, atrayendo a las familias fuera de sus casas. Mi esposa estaba llevando a mi hija a otra escuela, y así me veía desprotegido sin su capacidad de reconocer a las personas a las que conocíamos. Nunca podía acordarme de sus nombres a tiempo para responder a sus casuales saludos. En nuestro vecindario, las noches de reunión de la Asociación de Padres y Maestros sacaban de sus casas a un número desproporcionado de tipos técnicos como yo. Esta noche los contemplé sin la mercurial fluencia verbal de mi esposa. Conducían coches compactos que parecían demasiado pequeños para sus grandes familias, calzaban zapatos cuya informalidad compensaba el formal aspecto de sus chaquetas y pantalones de acabo-de-llegar-del-trabajo, y llevaban consigo carpetas color crema con el trabajo acumulado de sus hijos, para utilizarlas en sus conversaciones con los maestros. Las esposas exhibían una piel bronceada y llevaban elegantes trajes estampados que parecían recién puestos, y hablaban en irónicos turnos de la política de la Asociación, becas, tamaño de las clases. En su clase, mi hijo tiró de mí llevándome de mesa en mesa, donde había contribuido con párrafos sobre la vida salvaje. La principal exhibición era un modelo de lo, la luna de Júpiter parecida a una *pizza*, que había hecho a partir de una pelota de tenis y espesa pintura sulfurosa. Colgaba en medio de una caja pintada de negro, y parecía notablemente, etéreamente real. Mi hijo había ganado el primer premio de su clase por su luna de imitación, y su maestra resaltó esto al tiempo que ahondaba en la menos agradable noticia de que la lectura no iba demasiado bien. Al parecer disponía las frases plausibles —A, luego B, luego C— en combinaciones ilógicas, C delante de A, pese a las comas y puntos y coma que le daban instrucciones y deberían guiarle. Era un problema menor, me aseguró la maestra, pero había que seguirlo. ¿Quizá un poco más de lectura en casa, supervisada por mí? Asentí, seguro de que los niños de los demás científicos y programadores de ordenadores e ingenieros no tenían esta dificultad, y sabían ya cuáles serían las frases dominantes del próximo siglo antes de terminar este. Mi hijo aceptó la noticia ecuanímente, sin miedo, y fue a ayudar con el pastel y los refrescos. Lo observé mezclarse con las chicas, encantadoras en su torpeza, como las jirafas. Recordé que su maestra (eso decían las habladoras) tenía a su madre que se moría de cáncer, lo cual explicaba las arrugas entre sus cejas que no se alisaban ni un momento. Mi hijo volvió llevando un trozo de pastel. Lo comí con él, sentado con las rodillas alzadas en la pequeña silla; y de pronto, con mucha suavidad, una idea acudió a mi mente y no quiso marcharse. Le di vueltas y tanteé su forma, haciendo una comprobación preliminar. Interiormente me sentía a la vez excitado y temeroso, y sin embargo seguro de que sobreviviría: era

correcta. Mientras recogía las últimas migajas bajé la vista, y vi que mi hijo había hecho un dibujo a lápiz, un enorme padre jugando a la pelota con su hijo corriendo y persiguiéndole, la escena cuidadosamente encajada en el pequeño círculo del plato de plástico desechable.

A la mañana siguiente terminé la reducción de los datos en las exposiciones de las imágenes tomadas a través de la ranura. Cubriendo cuidadosamente zonas de la galaxia y del fondo, había conseguido tomar sucesivas placas que bloqueaban segmentos del espacio paralelos al más brillante de los chorros azules. La fotometría de la débil señal resultante podía proporcionar una sección transversal de la intensidad del chorro. Luego, una exacta calibración determinó el espesor de su zona central.

Los datos eran algo dispersos, los márgenes de error más amplios de lo que me gustaría, pero pese a todo..., estaba seguro de que lo tenía. El chorro tenía un halo neblinoso y un núcleo brillante. El núcleo tenía menos de cien años luz de diámetro, un delgado filamento de hidrógeno altamente ionizado, cortado como una guadaña a través del etéreo polvo más allá de la galaxia. El definido sendero, su delgadez, su perfil de luminosidad: todo apuntaba hacia un cuadro tentador. Algún objeto energético había excavado cada línea, moviéndose a altas velocidades. Había engullido parte de la materia en su camino; y en el acto de devorar la masa se había calentado hasta un brillo incandescente, escupiendo rayos ultravioletas y X a un inmenso volumen de espacio a su alrededor. Esta radiación había ionizado los gases galácticos, dejando una cicatriz de luz detrás del objeto, como la gente en un picnic dejando a su paso basura luminosa.

Los candidatos obvios para las fuentes a alta velocidad de los chorros eran los agujeros negros. Y, mientras rastreaba los leves perfiles de los chorros de NGC 1097 en el interior de la galaxia, todos se intersectaron en el exacto centro geométrico del esquema espiral barrado.

La noche antes, tras regresar de la Open House con un dormido chiquillo a mi lado, hablé con mi esposa mientras nos desvestíamos. Le describí la reunión en la escuela, los logros artísticos de mi hijo, su maestra. Mi esposa dejó caer sin pensar algunas noticias discordantes. Al parecer, había entendido mal las habladurías; quizá estaba pensando en algún problema propio mientras ella me contaba la historia durante el desayuno. No era la madre de la maestra la que tenía cáncer, sino la propia maestra. Sentí un instante de culpabilidad. Apenas podía recordar el rostro de la mujer, aunque hacía sólo una hora que acababa de verla. Le pregunté por qué seguía trabajando. Porque, explicó mi esposa con su sentido directo a lo Nueva Inglaterra, era mejor que quedarse contemplando una pared. La quimioterapia le robaba sólo una pequeña parte

de sus horas. Y, de todos modos, probablemente necesitara el dinero. La noche más allá de nuestras ventanas parecía sólida, oscura, más dura que las suaves cosas de dentro. Contemplé a través del cristal a mi esposa quitarse el vestido estampado y echarse hacia atrás, sus pechos reducirse a crecientes, su nudosa espina dorsal describir una serena curva que anticipaba la cama. Me incliné sobre mi cómoda y contemplé la pulida superficie de nogal, escrupulosamente rectangular y precisa, sobre la que había dejado los residuos de una hora de deberes de padre: un confuso ensayo sobre los titís, la antología de dibujos de mi hijo, su lista de lecturas y, encima de todo, el suave párrafo de evaluación de la maestra. Parecía extraño haber traído a la existencia aquellas cosas, aquellos signos de una inclinación hacia delante en una pequeña vida, a través de un acto de amor o al menos de pasión, hacía ya años. Los ángulos apropiados para coger a mi hijo bebé aún vivían en mis manos. Podía sentir claramente sus tentativas y atenazadoras manos mientras daba sus primeros pasos. Ahora mis ojos se posaron en su ensayo. Podía verle luchar con la noción de las palabras, con las ideas apiladas unas sobre otras para edificar una frase, con la enjaulada linealidad del párrafo. En la página de encima, en las amplias curvas de la generosa pluma de la maestra, vi una hueca rotundidad, la negativa a cualquier constricción sobre su vida. Tenía que seguir adelante, decía aquella pluma, olvidar por la fuerza la devoradora enfermedad entre una sala llena de alborotadores niños. Pese a todo lo demás, tenía que seguir adelante.

¿Qué podía ser lo bastante energético como para empujar los agujeros negros fuera del centro galáctico, hacer que ascendieran las laderas del profundo pozo gravitatorio potencial? Sólo otro agujero negro. La dinámica había sido elaborada hacía años — como ocurre a menudo, en otros contextos— por William Saslaw. Supongamos un enjambre de agujeros negros orbitando los unos en torno a los otros, todos ellos atrapados en una depresión gravitatoria. Ocasionalmente se aproximan mucho, deformando el espaciotiempo cercano, rebotando como bolas de billar. Si varios de ellos se ven afectados a la vez por esas cuasicolisiones, un agujero nuevo puede ser expelido completamente fuera de la trampa gravitatoria. Colisiones más complejas pueden arrojar parejas de agujeros negros en direcciones opuestas, conservando el impulso angular: chorros y contrachorros. ¿Pero por qué mostraba NGC 1097 dos chorros azules y dos rojos? Quizá los azules brillaban con los residuos fosforescentes dejados por los agujeros negros más grandes, más energéticos; sus contrachorros debían ser, a causa de algún detalle de la dinámica, siempre más pequeños, más débiles, más rojos.

Me dirigí al frescor del aire acondicionado de la biblioteca y leí los ensayos de Saslaw. Dada una zumbante colmena de agujeros negros en un pozo gravitatorio — parcialmente creado por ellos mismos—, pueden ocurrir muchas cosas. Hay compactas configuraciones, en órbitas apretadas y autoobsesionadas, que pueden ser

expelidas como un cuerpo. Esas familias fuertemente ligadas pueden a su vez ser inestables, una vez se ven aisladas más allá del tirón de la galaxia, del mismo modo que lo ha sido el grupo en el centro. Rebotando unas contra otras, pueden expulsar gemelas indeseadas. Fruncí el ceño. Esto podía explicar el sorprendente giro en ángulo recto que había hecho el largo chorro azul. Un agujero negro es empujado hacia un lado, y varios más pequeños, menos energéticos, lanzados en dirección opuesta.

A medida que el centro galáctico pierde sus combados hijos, las expulsiones se hacen menos probables. Las cosas se van estabilizando. Pero ¿cuánto tiempo toma eso? NGC 1097 no era más joven que nuestra propia galaxia; a escala cósmica, una diferencia de sesenta millones de años no era nada.

En la muriente luz de la tarde —habían transcurrido un poco más de veinticuatro horas desde que examiné por primera vez las placas de NGC 1097— llegó el informe de Operaciones. No había ninguna explicación para los datos de Sagitario A. Habían sido recibidos de la estación en órbita y debidamente procesados. Pero ninguna orden había hecho girar el telescopio hacia aquel eje. Resultaba sorprendente, decía Operaciones, que apuntara al azar en una dirección interesante, pero nada más.

Había dos placas más, frescas aún del procesado. No le mencioné a Redman en Operaciones que la resolución de esas placas era sorprendente, que los detalles en las hinchadas y desparramadas nubes no tenían precedente. Tampoco señalé que el ángulo de visión se había inclinado más, proporcionando una mejor perspectiva del infierno lanzado hacia fuera. Con su percusión polinómica, los ordenadores habían proporcionado, en el flujo descendente de datos, números que hablaban de algo que estaba siendo borrado del eje de nuestra galaxia.

Caltech es un campus compacto. Fui al Ateneo en busca de café, caminando lentamente debajo de las palmeras y los aromáticos eucaliptos, y circunnavegué el campus a mi regreso. En las barnizadas perspectivas de esos embaldosados corredores, el martillo del tiempo era un conjunto de números afectados por el efecto Doppler, con corrimiento hacia el azul porque la cosa avanzaba hacia nosotros, una masa en el cielo. Números silenciosos.

Había detalles en los que pensar, cálculos que hacer, largas hileras de hipótesis que desenrollar como delgadas banderas. No sabía cuál sería el efecto de un flujo penetrante, ionizador, sobre la Tierra. Quizá pudiera afectar la atmósfera superior y alterar la capa de ozono que deriva encima de nuestras inconscientes cabezas. Un largo rastro de alterado plasma de alta energía podía barrer a través de nuestro benigno brazo de la espiral —extraño, pensar en franjas de polvo y ríos de estrellas en el vecindario donde habías crecido—, agitando, alterando, calentando. Después de todo, los chorros de NGC 1097 habían extinguido las regiones de cuentas H II tan limpiamente como un borrador pasado por la superficie de una pizarra, terminando con todos los problemas que conoce la vida.

Los datos de NGC 1097 eran claros y firmes. Podía redactar un buen artículo, quizá una carta al *Astrophysical Journal Letters*. Pero el resto..., no había ningún camino profesional que tomar. Aquellas placas habían llegado desde mucho más cerca del centro galáctico. La información había partido hacia fuera a la velocidad de la luz, mucho más aprisa que la presionante curvatura, y se había desviado en un ligero ángulo apartándose del vector radial que conducía a la Tierra.

Había comprobado las más recientes placas de Palomar de Sagitario A aquella tarde. No había señales de nada inusual. Ninguna curvatura Doppler, ninguna masa exiliada. Contradecían llanamente las placas del satélite.

Aquella era la clave: el viejo Palomar, digno de toda confianza, nuestro mayor telescopio en la superficie de la Tierra, no mostraba nada. Lo cual significaba que alguien en la alta órbita había alimentado datos al telescopio de nuestro satélite..., exposiciones que tenían que haber sido efectuadas más cerca del centro galáctico y luego traídas hasta allí y diestramente deslizadas en nuestros elementos de investigación astronómica ordinarios. Exposiciones que hablaban de algo que se agitaba allá donde todavía no podía ser visto, más allá de las oscurecedoras capas de polvo. Las volutas de ardientes gases tomarían algo más de tiempo en abrirse camino a través de este oscuro manto.

Esos llanos hechos habían aparecido en una pantalla, mudos e innegables, conectados a los datos sobre NGC 1097. Conectados a algo que otros ojos distintos a los míos no hubieran percibido. Algún astrónomo trabajando con placas de binarias eclipsándose o racimos globulares hubiera borrado impaciente las ofensivas y multicolores salpicaduras, no se hubiera molestado en decodificar los Dopplers, en notar el persistente rojo moteado del brazo de polvo galáctico en la esquina inferior derecha, y así no hubiera sabido qué lugar podía ser. Sólo yo podía haber hecho la conexión con NGC 1097, y sospechado lo que el asalto de un agujero negro podía hacerle a un frágil planeta; hacerle arder su capa de ozono, martillar la superficie con partículas de alta energía, enmascarar el sol con una capa de gases y polvo.

Pero transmitir esta información de este modo era tan extraño, tan —sí, esa era la palabra— tan alienígena. Quizás esta era la forma en que tenían que hacerlo: discreta, sutil, indirecta. Utilizando una oblicua analogía que solamente sugería, pero de algún modo inquietaba más que una afirmación directa. Y, por supuesto, esta podía ser tan sólo una frase de un mensaje más largo. Alejándose del centro galáctico, no sabrían que estaban allí hasta que rozaran la burbuja de ruido de radio en expansión que lanzábamos nosotros, y así sus datos utilizaron lo que tenían, visto desde una distinta inclinación. Los datos en sí, crudos y silenciosos, no llamarían necesariamente la atención por sí mismos. Tenían que ser situados en su contexto, al lado de NGC 1097. ¿Cómo habían conseguido aquello? ¿Lo habían intentado otras veces antes? ¿Qué extraña lógica dictaba este enfoque? ¿Cómo...?

Tomémoslo por piezas. Algunos de los datos puedo utilizarlos, algunos no. Quizás una comprobación posterior, un nuevo examen a través del polvoriento brazo

de Sagitario, muestre los inicios de una rojiza hinchazón, pueda proporcionar una verificación. Tendría que mirar, intentar hallar un puente que hiciera plausible lo que sabía pero que no puedo probar. Los estándares de la ciencia son austeros, inflexibles... ¿y cómo pueden ser de otro modo? Necesitaría ir con cautela, dar un paso atrás por cada dos adelante, comparar y sugerir y contrastar, manteniéndome siempre pegado a los datos. Y, pese a lo que creía que sabía ahora, los datos tendrían que conducir hasta allí, deberían mostrar el camino.

Hay una pequeña iglesia episcopal, no lejos de Hill Street, que ofrece la comunión los viernes a primera hora de la tarde. Conduciendo a casa a través del mundo consumidor de anuncios de neón que me rodeaban, pensativo, vi el signo y me detuve. Llevaba conmigo las placas de NGC 1097 en una carpeta, aferrada debajo del brazo, con sus visiones fraccionales como delgadas secciones de una célula exótica. Entré. La gran puerta de roble se cerró solemnemente con un golpe a mis espaldas. En la nave, dos viejos pasaban con cestos de mimbre, tomando el ofertorio. Ocupé un asiento en la parte de atrás. Examiné ociosamente la asamblea, distribuida al azar como un campo de no parpadeantes estrellas, en los bancos delante mío. Un hombre se me acercó y una charca de luz cobriza pasó ante mí, y deposité algo en ella, y los restos del naufragio en el fondo tintinearón y resonaron cuando los agité. Observé las nuca mientras escuchaba resonar la letanía familiar, tan desprovista de significado como siempre. No soy creyente, pero hay una comunión. Algo llamó mi atención; una cabeza se volvió ligeramente. Mediante una especie de triangulación deduje los rasgos del rostro, más cercano a la rojiza luz del altar, y vi que era la maestra de mi hijo. Estaba escuchando como en trance. Yo también escuché, observándola, pero sólo pude pensar en la devoradora cosa en el centro de una galaxia que giraba y se hinchaba. Las luces parecieron disminuir. El órgano había quedado en silencio. *Toma, come. Este es el cuerpo y la sangre de* y así, había empezado. Aguardé mi turno. No soy creyente, pero hay una comunión. La gente avanzaba por turno. La mujer se levantó; sí, era ella, el tipo de mujer cuya mano trazaba bucles y espirales y que ponía el punto de las íes con un pequeño círculo. El débil timbre del órgano se infiltró en el cargado aire. Cuando llegó el momento, yo seguía pensando todavía en NGC 1097, en cómo escribiría el artículo —los fragmentos revoloteaban por mi mente, la pirámide de la argumentación iba tomando forma—, y casi me perdí el gesto del hombre ya mayor al extremo de mi banco. A medio camino hacia la barandilla del altar me di cuenta de que todavía llevaba la carpeta con las exposiciones de NGC 1097 bajo el brazo, donde la presión hacía que se difundiera un ligero dolor: el punto donde me habían hecho la transfusión en la clínica, transfiriendo una fracción de vida, de sangre donada. La puse a mi lado cuando me arrodillé. La casulla de la figura que se aproximaba era cobalto, azul y roja, un cambio desde las décadas en que yo había sido acólito. No había acólitos en un servicio tan pequeño como aquel, por

supuesto. La sangre vendría luego; primero apareció la bandeja ofrecida de hostias. Toma, come. La vida llama a la vida. Pude sentir la presión del peso de lo que se extendía ante mí, el largo desenrollar de los años avanzando una hipótesis, y luego, mientras tragaba, sabiendo que nunca creería aquello y sin embargo deseando creer, recordé a mi hijo, recordé que esos acontecimientos eran sólo piezas, que el rompecabezas aún no estaba resuelto, que nunca lo vería completamente solucionado, que como astrónomo tenía que vivir para siempre con un conocimiento parcial y provisional, que la ciencia no era resultados finales sino una continua meditación que avanzaba frente a enormes hechos —*tómalos por frases*—, mientras los párrafos de nuestras vidas se apilaban.

---

## Comentario

---

No hay nada en mi experiencia como el enfrentarme por primera vez a nuevos datos astronómicos. Aparecen en números tartamudeantes, o retorcidos gráficos, o —lo mejor de todo— en fotos o mapas de perfiles. Estos últimos son presentados a menudo en vibrantes amarillos, rojos o azules, colores elegidos para realzar los contrastes. Parecen como escenarios vistos a través de los ojos distorsionantes de seres alienígenas.

He efectuado trabajos en astronomía óptica y radioastronomía, sintiendo siempre ese tranquilo, frío, casi mareante sabor de la cruda e inesperada realidad.

Esa sensación se produce en un contexto, por supuesto. Has supuesto el resultado, anticipado los rasgos, quizá calculado un modelo detallado. (De otro modo, no podrías conseguir que te fuera concedido ni siquiera el tiempo de observación necesario en los grandes telescopios). Pero esa primera imagen —a menudo burda, sin refinar, manchada con imperfecciones y distorsiones causadas por el hombre— posee una finalidad y una simplicidad que siempre he hallado que te hace inmensamente humilde.

En realidad, nunca lo consigues correctamente al principio. De acuerdo, algunos rasgos encajan de este modo, otros poseen una luminosa gracia espectral similar a la que habías imaginado. Pero el conjunto se presenta inevitablemente erizado con especificaciones, enrevesados granos, manchas de vida irregular y discordante.

Un escritor de ciencia ficción debe —o debería— verse sometido a lo que es, o lo que debería ser lógicamente. Eso puede significar una simple fidelidad a los hechos (lo cual, en ciencia, es siempre más importante que las teorías, aunque Dios sabe que las dos ayudan a modelarse una a la otra, minando la conveniente y complaciente separación entre observador y observado). Para mí, significa también atender a lo auténtico, lo actual y lo concreto. La mala ficción utiliza las rutilantes generalidades; la buena escritura necesita desmenuzar los detalles, el inexorablemente activo misterio de lo real.

¿Pero qué es real? No es necesario efectuar la obligatoria danza en torno a la incertidumbre cuántica, ese ya gastado cliché de la escotilla de escape casi mística; ya hay suficiente confusión en la simple vida cotidiana. Para mí, la única auténtica guía es un ojo atento al grisáceo mundo, antes que a los convenientes y ordenados mapas.

Lo que es más, una voluntad hacia lo concreto en sí da nacimiento a la forma y el estilo apropiados para una historia. Esta está basada en una época a principios de los años ochenta, cuando estaba examinando radiomapas de

chorros galácticos, meditando sobre los recientes datos de emisión de rayos gamma procedentes de la constelación de Sagitario, e intentando elaborar un modelo matemático que pudiera explicar algunos de ellos. (Giran algunas cosas sorprendentes en el centro de nuestra galaxia, incluidos chorros de energía. Espero escribir algún día una novela sobre esa zona).

Como señalé en el comentario a «Criaturas blancas», la astronomía lleva a la mente de forma inevitable el inmenso contraste entre el reino de esos objetos animados que flotan en nuestro cielo y las escalas humanas del tiempo y del espacio. Eso produce extraños efectos psicológicos sobre los científicos. ¿Qué es lo que experimenta realmente el taciturno y distraído profesor del venerable cliché?

Estoy seguro de que las respuestas difieren enormemente. Todo lo que puedo hacer es intentar presentar el efecto tal y como aparece ante mí. No necesariamente como me ocurre a mí..., esta historia no es totalmente autobiográfica. Pero entre la habitual cuota de ficción suburbana de novelas de adulterio y tergiversadas reminiscencias de infancias judías o negras, algún atisbo ocasional de mundos rara vez entrevistados puede ser estimulante.

La gente construye sus vidas en torno al trabajo; sin embargo, ¿cuán a menudo aparece el tema en la ficción como una sensación directa, una experiencia vivida? (Hay montones de novelas de intriga profesional, pero esto es algo más parecido a la política). Hay muchos más trabajohólicos que alcohólicos, y sin embargo, muy raras veces tenemos un atisbo de ese primer mundo. (Cosa que resulta más bien extraña, puesto que un montón de los escritores que conozco los rozan ambos).

Así que pensé en reflejar cómo es el proceso de echar las redes en busca de ideas, intuiciones. No necesariamente el momento del ¡eureka!, sino más bien la tranquila sensación del oh, sí, eso es del descubrimiento momentáneo y provisional. Y cómo reverbera a través de la vida de uno.

## El roce del tiempo

1

**E**n la agonía del invierno de la Tierra, dos figuras de piel quitinosa, como cangrejos, avanzaban penosamente por una reseca y cuarteada llanura.

Huían ante un vencedor que también se estaba muriendo lentamente, con el hedor de muerte de un destino cierto aferrado a ellos. Ellos lo sabían. Pero seguían adelante, con sus pies rechinando sobre los esquistos de color aciruelado.

Se arrastraron hasta una fangosa depresión en busca de abrigo, gruñendo, sus caparazones sucios y descoloridos. El más pequeño de los dos, Xen, se volvió hacia la casi invisible chispa luminosa del amarillento y agotado sol, pero sus deteriorados paneles exteriores le servían de muy poca ayuda. Aferró la pinza extendida de Faz — inútil ahora, herida en la batalla— y murmuró fatigado:

—No podemos seguir.

Y Faz, hoscamente:

—Debemos hacerlo.

Xen era un funcionario, del tipo analítico. Había conseguido huir de la batalla dejándose caer por el mismo barranco que Faz, el enorme y pesado líder. Xen anhelaba ver de nuevo a su compañera, Pym, pero sabía que esto no era más que un sueño imposible.

Se acurrucaron en el lodo. Sus enemigos merodeaban por las destrozadas colinas cercanas. Una lobreguez amarronada brotaba de aquellos distantes movimientos.

El pálido ojo del sol arrojaba largas sombras sobre la llanura, escondites negros como la tinta para los demás intrusos.

Así, cuando las resplandecientes cortinas de luminiscencia marfil empezaron a inundar el hoyo, Xen pensó que había llegado el fin..., que la pérdida de energías estaba enturbiando su cerebro y que la muerte vendría rápida e inevitable.

**¿Recién llegados de la oscura llanura?**, dijo la voz. No acústicamente: aquella era una Zona Vac, desprovista de aire desde hacía milenios.

—¿Qué? ¿Quién está ahí? —exclamó Faz.

**¿Vuestros ignorantes ejércitos se enfrentaron la otra noche?**

—Sí —admitió reluctant Xen—, y fueron derrotados. Ambos bandos perdimos.

**Ese es a menudo el caso.**

—¿Están los laggenmorfos muy lejos de nosotros? —preguntó Faz, con débiles rastros de esperanza dejando huellas carmesíes en su erizada voz.

**No. Se acercan. Han rastreado vuestras confusas alarmas de inseguridad y de huida.**

—Esperábamos haber conseguido mantenernos en silencio.

**Vuestra retaguardia emitía un largo, melancólico y replegado rugir.**

Xen:

—¿Escaparon?

**Al siguiente mundo, sí.**

—Oh.

—¿Qué es eso? —insistió Faz, haciendo entrechocar sus orugas.

**Un fantasma.** Resplandecientes entrelazados de luz danzaron a su alrededor. Un sabor acre e irregular invadió el remolineante vacío. **Porque en este lugar no hay ni cobre, ni tierra, ni ilimitado mar.**

—¡Sal! —exclamó Faz a un volumen de tres gigahertz—. No podemos verte.

**¿Lo necesitáis?**

—¿Eres un laggenmorfo? —El pánico cargó la onda portadora de Faz con un brillante y febril naranja—. ¡Lucharemos, te lo advierto!

—Tranquilo —dijo Xen, empezando a sospechar.

El descendente resplandor se condensó, golpeó una nota baja.

**¿Laggenmorfo? Ni siquiera conozco ese término.**

—Tu nombre, entonces —dijo Xen.

**Sam.**

—¿Qué es eso? ¡Eso no es un nombre! —declaró Faz, con su voz derivando entre el miedo y la furia.

**Sam era y Sam es. Ni el mármol, ni los dorados monumentos de los príncipes, le han sobrevivido.**

Xen murmuró, a un centenar de kilohertz:

—Un nombre arcaico tradicional. Recuerdo vagamente algo así. Dudo que sea una trampa.

Las palabras no habían brotado aún completamente de sus antenas cuando Xen se agachó..., porque un rayo relativista pasó a menos de un kilómetro de distancia, restallando con una rabia al azar. Hendió una guijarrosa ladera de piedra caliza y estalló en un satisfecho géiser amarillo. Los guijarros golpearon, resonantes, contra los caparazones de las dos agazapadas formas.

**Una mera andanada estocástica. Los vuestros gastan alocadamente su energía. Eso es lo que más me atrajo.**

—No has visto ningún brotar de energía de nosotros —restalló Faz hoscamente.

**No vine a sorber. Vine a ofrecer.**

Una sombra azafrán envolvió los aún dispersos remolinos de chasqueante iridiscencia en coagulación.

—¿Dónde te escondes? —quiso saber Faz. Agitó hojas, trompetillas, pinzas, garfios, orificios que podían escupir lívidos rayos.

**En el aire acumulado.**

—No *hay* aire —dijo Xen—. Este canal está abierto a las corrientes planetarias.

Xen hizo un gesto hacia arriba con una garra medio seccionada. Allá, inmóviles en el espacio, las cambiantes mareas de diáfana luz blancoazulada mostraban que se hallaban en la base de un gran cilindro translúcido. Su geométrica perfección lanzaba

de vuelta el húmedo aire de la Tierra, ahora un océano domado por sesgadas fuerzas. En el horizonte, en sus resplandecientes límites, nubes purpúreas se agitaban fútilmente ante su constricción, como ganado hambriento. Aquel cilindro conducía el ojo hacia las enormes vastedades superiores, las estrellas, parecidas a congelados copos de nieve. Allá, el débil pero persistente viento solar tenía vía libre, y se deslizaba entre las secciones anaranjadas de los campos magnéticos dipolares de la Tierra. Los vientos se estrellaban hacia abajo, chisporroteando, librando gloriosos kilovoltios allá donde el cilindro los cortaba. Allá nacían crujiertes destellos amarillos, un bosque con todos los troncos incendiados y las ramas hechas de luz, tendiéndose hacia delante como un casino brillantemente iluminado en un desierto gris oscuro.

**Lo conozco muy bien. Procedo de días fosilizados.**

—Entonces, ¿por qué...?

**Es mi destino y mi sentencia.**

—¿Vivir aquí? —Faz empezaba a sospechar también.

**Por uno o dos parpadeos de eternidad.**

—¿Puedes... —Faz apuntó al cielo con un ahusado lanzador en forma de cuerno —... hacer que alcancemos ahí arriba? ¿Darnos una yec?

**No conozco el término.**

—Una inyección —dijo Xen—. Un megavoltio, digamos, a un centenar de kiloamps. Un simple microsegundo me daría de nuevo el impulso suficiente. Podría conseguir que mis orugas funcionaran de nuevo.

**Tendría que extender mis líneas de campo.**

—Entonces es cierto —dijo Xen, triunfante—. Todavía hay inms morando en la Tierra. Y tú eres uno de ellos.

**De nuevo, el término...**

—Un inmortal. Tú dominas los campos.

**Sí.**

Xen había oído hablar de aquello, pero había pensado que era simple leyenda. Todas las cosas materiales eran mortales. Las células estaban sometidas a la intrusión de impurezas, insultos cancerígenos, miles de terribles accidentes. Las máquinas, también, conocían la oxidación y el desgaste, podían sufrir el terrible enmarañamiento de sus memorias a causa de un golpe al azar de violencia electromagnética. Los híbridos, como Xen y faz, compartían los dos semimundos de erosión.

Pero había un principio que eludía el roce del tiempo, podía imponerse el orden a las corrientes eléctricas —del mismo modo que las palabras viajaban sobre ondas de radio—, y luego podían curvarse las corrientes en un equilibrio propio. Si se hacían girar lo suficiente, la boca de un haz en particular acababa mordiéndose su propia cola, y entonces un anillo giratorio generaba sus propios campos magnéticos. Eso era algo muy sencillo. Incluso los niños hacían tales lazos y los convertían en zumbantes

fuegos artificiales.

Sólo los genios podían enlazar esos vórtices de corriente en un contorsionador globo. La física fundamental brotaba de la fusión termonuclear embotellada del Hombre en franjas magnéticas. Era una habilidad sencilla, que utilizaba fuerzas magnéticas en bruto e ingeniosos recipientes metálicos. Mucho más difícil era aplicar ese conocimiento a los haces de plasma puro.

El Principio afirmaba que si, a partir del tranquilo centro de ese entretejido, el campo magnético era incrementado de una forma constante en todas direcciones, entonces era estable a todo tipo de presiones y manipulaciones magnetohidrodinámicas.

El Principio era claro, pero el asunto de unir los lazos..., la historia se había tragado aquel secreto. Unos pocos habían conseguido elaborar el lazo, luego traducirlo a fuentes de campos magnéticos. Moraban en las Zonas Vac, donde el rudo golpear de las moléculas de aire no podía agitar sus tranquilas corrientes. Esos eran los inms.

—¿Tú... vives eternamente? —preguntó Xen, maravillado.

**Sí: en un sagrado toroide giratorio..., donde descanso. De otro modo resultado distorsionado, como me veis ahora. Proyecciones fantasmales de abrasado amarillo. Lo que una vez fue el Hombre es ahora aurora..., donde los vientos no cantan, el sol es una empañada moneda de níquel y el cielo una vacía repulsa.**

Bruscamente, una jabalina de color pardo brotó de las carcomidas colinas cercanas y se curvó hacia ellos.

—¡Laggenmorios! —emitió Faz—. No tenemos defensa.

A medio camino de ellos, la lanza estalló en un abanico de plumas escarlatas. Las llamas gotearon y desaparecieron.

Una cacofonía de erupciones estalló a su izquierda. Una sucesión de formas grises saltaron hacia delante, enviando rayos y destellos escarlatas. Afilado metal cortó las humeantes piedras.

—Pymr, bruñida y lisa, siempre te quise —murmuró Xen, pensando que aquello era el final.

Pero el espacio en torno a los laggenmorfos se condensó en una masa gredosa..., asfixiante, devoradora. Las formas cayeron muertas.

**Yo os he salvado.**

Xen inclinó la cabeza, sin saber cómo murmurar su agradecimiento. Pero la sombra de la cercana aniquilación pesaba como piedra sobre ellos.

—¡Ayúdanos! —La desesperación de Faz partió como una flecha de dolor por el muerto vacío—. Necesitamos energía.

**¿Pretendéis que varíe la inclinación de la Tierra, la lleve hasta su solsticio, traiga el verano en una hora?**

Xen captó en el fosforescente puntar un asomo de verde ironía.

—¡No, no! —se apresuró a decir Faz—. Sólo una yec. Nosotros haremos lo

demás.

**Puedo conseguir que hagáis lo demás, siempre.**

La llana forma en que fue dicho aquello, junto con una fantasmal erupción de color naranja oscuro, hizo que Xen guardara silencio unos instantes.

—¿Quieres decir... el conocimiento del campo? Hasta yo sé que ese conocimiento no es transmitido a la ligera. Demasiados inms, y las zonas magnéticas de la Tierra estarían congestionadas.

**Empiezo a sentirme aburrido, encajado en ese brillante pozo electromagnético. No he hablado del conocimiento del campo desde hace mucho. Al veros arrastrándoos en vuestra huida de ese loco caos blanco, desee compañía. Propongo un Juego.**

—¿Un Juego? —Faz se sintió instantáneamente suspicaz—. Sólo una yec, inm, eso es todo lo que pedimos.

**También podéis conseguirla.**

—¿Qué estás queriendo decirnos?

—Está ofreciendo el secreto —dijo cautelosamente Xen.

—¿Qué? —Faz rio secamente, un llano y cínico estallido que resonó en todas las frecuencias.

Faz extrudó una pierna y removió el granuloso suelo, malgastando energía en su consumidora amargura. Había buscado fama, dominio, un pedazo de historia. Sus divisiones se habían visto masticadas y luego escupidas por los laggenmorfos, sus maniobras ignoradas, sus osados ataques hábilmente desviados. Ahora tenía que huir, vencido, junto al inferior Xen, agarrando sus jirones de dignidad, como un destrozado traje, en torno a sus tobillos.

—Los inms nunca comparten eso. Un empuje, una yec, seguro..., pero no los secretos del conocimiento del campo. —Para demostrar que no podía ser engañado. Faz escupió una eyección gredosa a una cercana franja de luz color cinc plomizo.

**Os ofrezco mi Juego.**

La lóbrega desesperación habló por Faz.

—Aunque creyera eso, ¿cómo sabemos que no vas a engañarnos?

Ninguna respuesta. Pero de la alta y dura bóveda descendió una amplia franja de luz rubí..., ondulando, flexionándose, agitándose en extrañas lenguas en el vacío mientras se acercaba, aleteando mensajes de tiempos desaparecidos..., augurios de inocencia perdida, misiones olvidadas, tenues canciones del ancho mundo y todas sus desvanecedoras dulzuras. La serpiente rubí se escindió, retumbó, se convirtió en una cáscara de huevo azul, se escindió de nuevo y se expandió y descendió más, cayendo como un hemisferio en torno a ellos. Golpeó y partió las rocas, escupiendo fragmentos sobre sus agitantes cabezas, retumbando. Luego, de nuevo el silencio.

—Entiendo —dijo Xen.

**El trueno impresiona, pero es el rayo quien hace el trabajo.**

—¿Por qué tendría que engañarnos el inm, cuando puede clavarnos al suelo,

cortarnos en rodajas, freímos hasta convertirnos en escoria? —envió Xen a Faz en una apretada banda.

—¿Por qué no? —respondió Faz, pero había una pizca de asentimiento en su tono.

## 2

El inm retorció los campos locales e hizo aparecer, flotando en un chisporrotear de luz, dos cubos..., uno rojo, el otro azul.

**Podéis elegir abrir o sólo el cubo Azul, o ambos.**

Aunque reanimado gracias a un kiloamp tomado de Xen, Faz había malgastado varios julios en su irritación, y ahora flaqueaba.

—¿Qué hay... en... ellos?

**Su contenido es determinado por lo que ya he predicho. He situado ya vuestras recompensas en su interior. Podéis elegir el Rojo y el Azul a la vez, si queréis. En ese caso, siguiendo mi predicción, he situado en el cubo Rojo la inyección que deseabais.**

Faz desenrolló un tentáculo metálico y lo tendió hacia el cubo Rojo.

**Espera. Si abrís ambas cajas, entonces no he situado en el cubo Azul nada..., nada en absoluto.**

—Entonces obtendré la yec en el cubo Rojo, y cuando abra el Azul..., nada —dijo Faz.

**Correcto.**

—¿Qué ocurrirá si Faz *no* abre los dos cubos? —preguntó Xen.

**La única otra opción es abrir sólo el Azul.**

—¿Y no obtendré nada? —preguntó Faz.

**No. En ese caso, he situado la, esto, «yec», en el cubo Rojo. Pero en el Azul he puesto la clave de mi propio conocimiento del campo..., el diseño de la inmortalidad.**

—No lo entiendo. Abro el Rojo, obtengo mi yec... ¿correcto? —dijo Faz, con su repentino interés revistiéndole con un toque de brillo escarlata de tres gigahertz—. Entonces abro el Azul, obtengo la inmortalidad. Eso es lo que deseo.

**Cierto. Pero en ese caso, he predicho que tú tomarás ambos cubos. En consecuencia, he dejado el cubo Azul vacío.**

Faz hizo resonar sus orugas.

—¿Obtengo la inmortalidad si elijo *sólo* el cubo Azul? Pero tú tienes que haber *predicho* eso. De otro modo, no obtengo nada.

Sí.

—Si has predicho las cosas correctamente —añadió Xen.

**Siempre lo hago.**

—¿Siempre?

**Casi siempre. Soy inmortal, no tengo edad..., pero no soy Dios. No... todavía.**

—¿Qué ocurrirá si elijo el Azul y tú estás equivocado? —preguntó Faz—. Entonces no obtengo nada.

**Cierto. Pero altamente improbable.**

Xen captó la esencia del asunto.

—¿Todo está hecho *ya*? ¿Ya has efectuado tu predicción? ¿Ya has puesto la yec, o el secreto, o ambas cosas, en los cubos?

**Sí. Hice mis predicciones antes incluso de ofrecer el Juego.**

—¿Qué predijiste? —preguntó Faz.

Una alegre risa rosada cascabeleó cruzando el adormecido megahertz.

**No lo diré. Excepto que predije correctamente que vosotros dos ibais a jugar, y que tú en particular formularías esa pregunta. Confirmo.**

Una fuerza absorbente alzó a Faz de las piedras y lo depositó cerca. Grabado en la roca debajo de donde Faz había estado agazapado estaba escrito *¿Qué os predije?* Con una meticulosa letra redondeada.

—Tuvo que hacer esto durante el despliegue sobre nuestras cabezas, antes de que empezara el Juego —dijo Xen, maravillado.

—El *inm puede* predecir —dijo Faz, respetuoso.

—Entonces lo más sensato es abrir ambos cubos —dijo Xen.

**¿Por qué?**

—Porque tú ya has hecho tu elección. Si predijiste que Faz elegiría ambos, y solamente abre el Azul, entonces no obtiene nada.

**Cierto, y como he dicho antes, muy improbable.**

—Del mismo modo —siguió Xen, pensando rápidamente bajo su brillante capa de titanio—, si predijiste que Faz elegiría *sólo* el Azul, entonces Faz puede abrir perfectamente los dos. Faz obtendrá tanto la yec como el secreto.

—Correcto —dijo Faz—. Y esa yec me será útil para salir de aquí.

**Excepto que hay todas las posibilidades de que yo predijera ya esta elección para ambos cubos. En ese caso, sólo he dejado la yec en el cubo Rojo, y nada en el Azul.**

—¡Pero tú ya has elegido! —estalló Faz—. No hay nada en absoluto probable o posible.

**Cierto.**

Xen dijo:

—La única incertidumbre es: ¿qué buen predictor eres?

**El mejor.**

Faz dudó, flexionando un brazo grúa en agónica frustración.

—Yo... no sé... Tengo... que pensar...

**Hay mundo suficiente, y tiempo.**

—Déjame trazar un diagrama —dijo Xen, que siempre se había inclinado por lo ordenado antes que por lo espectacular. Aquello era lo que lo condenaba a un papel

menor en el desarrollo de una batalla, pero quizá eso era una bendición. Dibujó en el arenoso suelo una serie de casillas—. Aquí está —zumbó—. Esta es la matriz de recompensas.

		EL INM		
		Predices que tomará sólo lo que hay en el Azul	Predices que tomará lo que hay en el dos	
TÚ	}	Tomas sólo lo que hay en el Azul	inmortalidad	nada
		Tomas lo que hay en el Rojo y en el Azul	inmortalidad y yec	yec

**Tan solemne y formal como la discusión de Job con Dios.**

Arrastrado por su propia creación, Xen dijo:

—Resulta claro que tomar sólo el cubo Azul es la mejor elección. Las posibilidades de que esté equivocado son muy pequeñas. De modo que es muy probable que ganes la inmortalidad.

—Eso es una locura —murmuró Faz—. Si tomo los dos cubos, *al menos* obtendré una yec, aunque el inm *supiera* que iba a elegir eso. Y con una yec, puedo huir de los laggenmorfos.

—Sí. Sí, si eso descansa sobre la fe —dijo Xen—. La fe en que la predicción del inm es casi perfecta.

—¡Ja! —se burló Faz—. Nada es perfecto.

Una cosa negra se abrasó en el borde del hueco y estalló en fragmentos. Cada fragmento planeó sobre Xen y Faz, como chillantes águilas alargadas enseñando los dientes.

Y cada fragmento dejó caer algo invisible pero sólido. Golpearon como insectos estrellándose contra el parabrisas de un coche a toda velocidad. Y desaparecieron.

—¡Están a todo nuestro alrededor! —exclamó Faz.

—Incluso con una yec, puede que no consigamos salir de aquí —dijo Xen.

**Cierto. Pero traducidos a corrientes, como yo, con un sutil conocimiento de los índices de conductividad y difusión, podéis vivir eternamente.**

—Traducidos... —murmuró Xen.

**Libres del pantano de la entropía.**

—Mira —dijo Faz—. Puede que esté cansado, agotado, pero aún reconozco la lógica. Tú *ya* has hecho tu elección, inm: los cubos están llenos con lo que tú hayas puesto dentro. Lo que yo elija ahora no puede cambiar eso. Así que tomaré *los dos*

cubos.

**Muy bien.**

Faz saltó hacia los cubos. Estallaron y se abrieron con un *pop* y una radiación color marfil. Del Rojo surgió el cegador rayo de una yec. Rodeó las antenas de Faz y penetró en la criatura como una cascada.

Derivando blandamente del cubo Azul cayó una cosa apretada, una ingrátida bola hechas de hilos de luz de neón. Luminosa, parpadeando culebras arco iris. Describiendo la compleja tela de araña de las geometrías del campo magnético que era el vehículo hacia la inmortalidad. Faz se apoderó de ella.

**Ganaste ambas cosas. Predije que tomarías sólo el Azul. Me equivoqué.**

—¡Ja! —Faz giró sobre sí mismo, con renovada energía.

**Toma el modelo del campo. De él podrás deducir los métodos.**

—¡Vamos, Xen! —exclamó Faz con repentina ferocidad. Saltó por encima del borde del hueco, disparando contra las distantes formas movedizas de los laggenmorfos, de nuevo lleno de furia y osadía. Dejó atrás a Xen.

—Con esa yec, Faz lo conseguirá.

**También predije eso, sí. Puedes seguir a Faz. Bajo la protección de su armadura, podrás escapar..., por ahí.**

El brillo trazó un rápido arco, una Hecha verde que señaló hacia el oeste, donde las nubes se acumulaban blancas. Allá aún gobernaban los elementos y caminaba la mortalidad.

—Mi camino conduce hacia mi hogar, hacia el sur.

**Unido a Pymr.**

—Ella es el único reposo auténtico que tengo.

**Puedes reposar eternamente.**

—¿Como tú? ¿O como Faz, cuando domine la... traslación?

**Sí. Entonces tendré compañía aquí.**

—¡Ajá! Esa es tu motivación.

**En parte.**

—¿Qué otra cosa hay?

**Hay reglas para los inmortales. Reglas que no puedes comprender... todavía.**

—Si puedes predecir tan bien, con ese poder propio de dioses, entonces yo debería elegir solamente el cubo Azul.

**Cierto. O tan cierto como puede serlo la certeza.**

—Pero si tú predices tan bien, entonces mi «elección» es mera ilusión. Está preordenada.

**¿Esa antigua cuestión? Puedo decir que estás... predeterminado... a disponer de tu libre albedrío.**

—O libre de no disponer de él.

**Es tu turno.**

—Hay aquí varias salidas... —Xen transmitió solamente meditaciones rubíes,

murmurando como la resaca en una lejana orilla.

Se oía el resonar distante de la retirada de Faz. Los cubos Rojo y Azul nacieron de nuevo a la vida, destellantes, sus superficies cruzadas por modos iónico-acústicos. El Juego había sido restablecido por el inm, cuyas cortinas de entramado verde parpadeaban en anticipación.

**Tiene que haber un Juego, ¿comprendes?**

—¿De otro modo no hay libre albedrío?

**Esa es efectivamente una de nuestras reglas. Eres observador. Creo que disfrutaré de tu compañía, Xen, más que de la de Faz.**

—Ser... inmortal...

**Un paraíso cristalino, mejor que la ciega visión escrita por Milton.**

Una nube de explosiones de un marrón sucio flageló el cielo, agitó la tierra.

**No puedo extender mucho más mis voltajes. Me gustaría disponer de mucha más voluntad, y tiempo, para continuar esta conversación.**

—De acuerdo. —Xen se tendió y aferró las fosforescentes bandas de ambos cubos.

El Rojo contenía una resplandeciente yec.

El Azul no contenía nada.

—Así que predijiste correctamente —dijo con lentitud Xen.

**Sí. Lo siento: te conocía demasiado bien.**

Xen irradió una extraña sensación de alegría, mezclada con pesar. Trepó al borde del desmoronado hueco.

—Ah... —Xen envió una aguda nota—. Soy como un libro, viejo inm. Sin duda hubiera sufrido en la traslación.

Una última mirada hacia atrás, a la mezcla de resplandor y oscuridad, un gesto de saludo; luego:

—¡Adelante! ¡Al sonido y la furia! —Y desapareció.

### 3

En los largos y silenciosos años había tiempo para la introspección. Faz aprendió a conocer los entrelazados estrechos de los océanos magnéticos de la Tierra, sus mareas y pulsos. Asaltó la brillante magnetosfera y habló a las estrellas color azul acero.

Los profundamente grabados recuerdos de aquel encuentro persistieron. Nunca vio a Xen de nuevo, aunque le llegó la noticia, vibrando a través de las líneas del campo, de la escapatoria de Xen, de sus aventuras allá afuera en el crudo territorio de aire y Hombres. Incluso hubo un informe de que Xen había conseguido decantarse a sí mismo y a Pymr hasta una forma totalmente Humana, para poder experimentar así las sensaciones de la célula y la membrana. Xen había vivido intensamente desde aquel día de solsticio. Las nuevas sensaciones habían traído consigo un nuevo

espíritu.

Faz se hallaba ahora completamente desarrollado, apenas podía ser distinguido del inm que le dio la comprensión del campo. Solemne y sabio, su inducción, conductividad y resplandecientes dieléctricos color rubí formaban una gloria digna de admiración, colgando allá, enorme y fría, en el cielo. Faz hablaba raras veces y pensaba mucho.

Sin embargo, el Juego seguía ocupando a Faz. Ahora comprendía las cosas desde el intrincado punto de vista de un inmortal, veía que cada una de las partes del juego pagaba un precio. El inm podía entregar la comprensión del campo sólo a unos pocos, y casi se había agotado con ello; esos momentos costaban milenios.

El sacrificio de Faz resultaba menos claro.

Faz se sentía igual que antes. Sus recuerdos estaban almacenados en ondas alfvén: agitaciones en las líneas del campo, ondas estacionarias entre los campos magnéticos de la Tierra. Estarían a salvo hasta que la propia Tierra se desmoronara y la dinamo en el núcleo de ferro-níquel dejara de alimentar los campos. Quizá, por aquel entonces, hubiera otras líneas de campo tejiendo otras Tierras, y los inms pudieran dispersarse hacia el exterior, mezclándose con las corrientes galácticas.

Había señales de que ese fin había llegado ya a otros mundos. Los rayos cósmicos que caían perpetuamente lo hacían al azar, isotrópicamente, lo cual quería decir que habían sido esparcidos por ondas magnéticas entre las estrellas. Si tales ondas eran ordenadas, sabías..., eso significaba una enorme comunidad de inms aún más grandes.

Pero ese lejano futuro no preocupaba a Faz. Para él, el pasado aún cantaba, animoso y real.

Faz le preguntó al inm acerca de ese tiempo durante uno de sus ocasionales encuentros aurorales, junto a una cascadeante agitación carmesí.

**En nuestros días**, respondió el inm llamado Sam, **decíamos que el software nunca sabe cuál fue el hardware original.**

Y así era, vio Faz. Durante la traslación, el cascarón original de Faz había sido exactamente memorizado. Eso significaba determinar la localización precisa de cada átomo, de cada veloz electrón. Según las leyes cuánticas, esa perfecta localización implicaba la medición de un desconocido pero fuerte impulso de cada partícula. Definirla con perfecta exactitud, luego destruirla.

Sin embargo, no había ninguna forma externa de demostrarlo. Tanto antes como después de la traslación, existía un exacto Faz.

La copia que no conocía estaba intrincada en un *hardware*... distinto... que el original.

Así, la inmortalidad era un concepto con una legitimidad puramente vista desde el exterior. Desde dentro...

De alguna forma, un Faz había muerto para que este Faz pudiera vivir.

... ¿Y cómo podía cualquier ser simiente saber que no era una copia de algún

original desaparecido hacía mucho tiempo?

Un día, cerca de la envoltura que retenía en su sitio la atmósfera, Faz vio a un hombre agitando hacia él los brazos. Permanecía de pie, con una verde y vibrante salud vital, vestido hasta la cintura, bronceado. Faz situó un traductor de plasma en sus límites y oyó a la figura decir:

—Tú eres Faz, ¿verdad?

**Sí, en cierto modo. ¿Y tú...?**

—Me preguntaba si te gusta realmente eso.

**¿Xen? ¿Eres tú?**

—En cierto modo.

**Tú lo sabías.**

—Sí. De modo que fui en dirección opuesta... a esa forma.

**Morirás pronto.**

—Tú ya has muerto.

**De todos modos, en tus últimos momentos, desearás esto.**

—No. No es el tiempo que dura algo lo que importa, sino su significado. —Con eso el humano se dio la vuelta, agitó alegremente una mano y se dirigió a buen paso hacia un bosquecillo cercano.

Aquel encuentro preocupó a Faz.

En sus estudios y en sus coloquios de aprendizaje, Faz había visto y sentido los relatos de los Hombres. Parecían curiosamente centrados en el Yo. Eso era más importante para aquellos que amaban los relatos que la forma en que terminaban.

Sin embargo, todos los Hombres sabían cómo terminaba cada historia individual. Sus pequeños sueños estaban rodeados por un sueño. Hasta el punto que un relato en sí no era cómo terminaba, sino lo que significaba. La gran e inspiradora rabia épica del Hombre era descubrir esa lección una vez enterrado en la tumba.

A medida que se desvanecían los años, Faz reflexionó, y supo que Xen había visto aquello. La inmortalidad, captada desde fuera por aquellos que no podían conocer el Yo interno..., Xen no deseaba aquello. Así que engañó al inm, y obtuvo solamente la yec que deseaba.

Xen eligió la vida..., no ser un monumento de intelecto incapaz de envejecer, apresado en el artificio de la eternidad.

En medio de la brillante noche, Faz se preguntó si él había elegido bien. Y supo. *Nada* podía asegurarle que su yo fuera el original. De modo que el único camino inteligente consistía en disfrutar del tipo de vida, cualquiera que fuese, ofrecido a los seres..., vivir como un mortal, al momento. Faz había dejado transcurrir tanto tiempo, sólo para alcanzar la misma conclusión que había sido forzada al Hombre desde un principio.

Faz emitió una cascada de tonos electromagnéticos y tiñó de rojo las líneas del campo.

Y se agitó para pensar de nuevo, cada vez que el apagado sol se desvanecía en el

solsticio. Para recordar y, viviendo aún, regocijarse.

---

## Comentario

---

Fui físico investigador en el Laboratorio de Radiación Lawrence durante cuatro años, y escribí varios artículos con un renombrado científico, William Newcomb. Trabajamos juntos estudiando la estabilidad del plasma en dispositivos de fusión confinados magnéticamente.

Bill es un personaje fascinante. Descubrió un método matemático de calcular condiciones de estabilidad en los años cincuenta, luego no publicó la idea central. En la literatura científica la gente se refiere a menudo a ella por su documento número de Princeton. Es un antiguo fumador en cadena que se convirtió en un corredor de maratón. Con David Book y yo mismo escribí uno de los primeros artículos sobre taquiones, partículas que viajan más rápido que la luz. (Aunque el artículo abrió un enorme agujero en la credibilidad de los taquiones, también me lanzó a una serie de estudios que culminaron con la novela Cronopaisaje. Los físicos continúan explorando las teorías de campo que incluyen los taquiones como un ingrediente necesario; es una buena papeleta. Incluso se ha informado de la observación de un acontecimiento enormemente energético en una lluvia de rayos cósmicos en 1974, que pareció ser debido a una partícula moviéndose a unas dos veces la velocidad de la luz. Si los taquiones existen, tienen que ser pequeños bribones de muy alta energía. Sus propiedades, que confunden la causalidad, son aún territorio maduro para la física especulativa).

Quizá la más conocida obra de Bill sea el problema de Newcomb. Típico en él, nunca lo ha publicado tampoco. La idea se le ocurrió en 1960, y simplemente discutió el rompecabezas con algunos filósofos de Princeton. La vejación de todos ellos ante el problema lo mantuvo vivo en esos círculos sin ninguna publicación formal. (La columna de Martin Gardner en el *Scientific American* de julio de 1973 amplió la discusión. Se ha convertido en un rompecabezas tan popular que un reciente artículo en el *Journal of Philosophy* de junio de 1982 fue titulado «Una nota sobre la newcombmanía»).

El problema es un acertijo sobre la teoría de los juegos, que implica una apuesta con un ser casi parecido a Dios. Una vez el ser ha hecho su predicción sobre tu elección, tú tienes que decidir qué hacer.

Yo también pasé bastante tiempo meditando sobre él. Pueden trazar ustedes complicados diagramas de elecciones, como hacen los tipos profesionales de la teoría de los juegos. Durante todo el tiempo sospeché que había alguna forma de elaborar una historia con el Problema de Newcomb, pero no podía ver claramente cómo. Fue necesaria una petición de Jan y George O’Nale, de Cheap Street Press, para empujarme. Deseaban una tarjeta

que poder enviar en el solsticio de invierno, una historia relevante para esa época. Esos días justo antes de Navidades siempre me han parecido extrañamente desolados, así que cogí la paradoja de Bill para alimentar una historia que empieza desesperadamente.

Una vez publicada, un crítico (Orson Scott Card) dijo que tenía la sensación de que su inteligencia había sido en cierto modo insultada por la inclusión del diagrama. Bien, quizá sí, pero yo necesitaba el diagrama para mantenerlo todo correcto mientras escribía el relato, así que lo dejé allí.

Ahora estoy pensando en si podría hojear entre los papeles de Bill Newcomb sobre la estabilidad de los plasmas en busca de material para una historia. El hombre es una mina de oro.

## Ser Lennon

La cordura calma,  
pero la locura es más interesante.

*John Russell*

**M**ientras el horrible frío rezuma de él, siente que todo se vuelve claro y agudo de nuevo a su alrededor. Decide que puede hacerlo, puede conseguir que funcione. Abre los ojos.

—Hola —raspa su voz—. Apuesto a que no me están esperando. Soy John Lennon.

—¿Qué? —dice el rostro encima de él.

—Ya saben, John Lennon. Los Beatles.

Professori Hermann —el nombre unido al rostro que gravita sobre él cuando brota del Largo Sueño— es vago respecto a la fecha exacta. Es o 2108 o 2180. Hermann hace un pequeño chiste acerca de la inversión de las notaciones posicionales; tiene algo que ver con el conjunto de teorías nodenumerables, que está terriblemente de moda. El techo brilla con una suave fosforescencia gris, y Fielding permanece tendido allí dejando que le claven agujas, desenvuelvan la red de su organiforma nutriente, hurguen y ajusten y masajeen mientras escucha un hueco *pock-pocketa*. Sabe que este es el momento crucial, debe golpearles con ello ahora.

—Me alegra que haya funcionado —dice Fielding con acento de Liverpool. Le sale perfecto, con la nota aguda al final y los tonos nasales.

—Sin duda hay un error en sus registros —dice Hermann, pedante—. Está listado usted como Henry Fielding.

Fielding sonrío.

—Ah, ese es el truco, ¿sabe?

Hermann parpadea formalmente.

—Engañar a Inmortalidad, S. A. es...

—Estaba huyendo de la persecución política, ¿sabe? Intentando llegar a los trabajadores. Escribiendo canciones sobre persecución y polución y los héroes de la clase trabajadora. Cosas comprometidas. Así que cuando empecé a oír acercarse las botas que pisan fuerte, decidí pagar la cuenta y largarme.

Fielding se mete fácilmente en la historia que ha memorizado, bien tramada y llena con personajes importantes y personajes menores y fragmentos de incidentes, todo con una apariencia muy real. La escribió él mismo, hasta el último detalle. Sigue hablando mientras Hermann y algunos enfermeros vestidos de blanco le ayudan a

sentarse, flexionan sus piernas, comprueban sus reflejos. A su alrededor hay cubas y baños y tanques. Una pequeña neblina brota en volutas de un agujero en el suelo; un baño de inmersión de nitrógeno líquido.

Hermann escucha intensamente la historia, asintiendo de tanto en tanto, y llama a otros oficiales. Fielding cuenta de nuevo su historia mientras los enfermeros siguen trabajando en él. Tiene buen cuidado de relatar los acontecimientos en orden distinto, con diferentes detalles cada vez. Su acento se va afirmando, aunque todavía tiene mucosidades en sus senos que hacen difícil conseguir algunos matices. Le dan algo de comer; tiene sabor a helado de gallina. Al cabo de un rato ve que los ha convencido. Después de todo, las últimas décadas del siglo xx fueron una época turbulenta, llena de espectaculares sucesos, gente extravagante. Fielding hace que parezca razonable que una estrella del *rock* que está envejeciendo, viendo que su público se aleja y el gobierno se cierra sobre sí mismo, decida congelarse.

Los oficiales asienten y hacen un gesto, y Fielding es conducido fuera en una camilla. Inmortalidad, S. A. es más parecida a una iglesia que a un negocio. Hay susurros fantasmales en los pasillos, los enfermeros son distantes y reservados. Servidores científicos en el templo de la vida.

Le llevan a un elaborado display, pulsan un botón, una vez empieza a desgranar una bienvenida al año 2018 (o 2180). La voz le dice que él es uno de los pocos de su era sumida en la ignorancia que supieron ver la gran esperanza que la ciencia tendía a los muertos y agonizantes. Su visión ha sido recompensada. Ha sobrevivido a la descongelación. Hay un poco de charla nodenominacional acerca de Dios y la muerte y el eterno ritmo y equilibrio de la vida, rematada con una fotografía retocada holográficamente de los Padres Fundadores. Son un pequeño núcleo de biotécnicos e ingenieros agrupados en torno a un tanque de inmersión. Pelo muy corto, camisetas blancas con bolígrafos en los bolsillos. Llevan gafas y sonríen débilmente a la cámara, como si acabaran de ser despertados.

—Tengo hambre —dice Fielding.

La noticia de que Lennon ha sido revivido se difunde rápidamente. La Sociedad pro Anacronismos Disipativos prepara una conferencia de prensa para él. Mientras entra en la habitación, Fielding aprieta los puños para que nadie pueda ver temblar sus manos. Esto es el principio. Tiene que hacerlo aquí.

—¿Cómo encuentra usted el futuro, señor Lennon?

—Girando a la derecha en Groenlandia. —Quizá reconozcan aquello de *Qué noche la de aquel día*. Esto es antes de que su nombre impacte enteramente, antes de que muchos recuerden quién era John Lennon. Un hombre gordo pregunta a Fielding por qué se decidió por el Largo Sueño antes de que realmente lo necesitara, y Fielding dice enigmáticamente—: El papel del aburrimiento en la historia humana es menospreciado. —Esto hace que los noticiarios de la noche y los programas

semanales de noticias resuenen unos cuantos días más tarde.

Un fan del veinte le pregunta acerca de la separación con Paul, si la muerte de Ringo fue un suicidio, qué tenía que decir de Alan Klein, qué de los versos que faltaban de *Abbey Road*. ¿Le gustaba Dylan? ¿Qué piensa de la teoría de Aarons de que los Beatles hubieran podido detener Vietnam?

Fielding bloquea algunas preguntas, responde otras. No les dice, por supuesto, que a principios de los sesenta él trabajaba en un banco y llevaba gafas de montura metálica redonda. Luego se convirtió en corredor de bolsa con Harcum, Brandeis y Son, y sus ingresos en 1969 eran de 57 803 dólares, sin contar el dinero que había sacado del país y tenía en dos cuentas cifradas en Suiza. Pero leía religiosamente *Rolling Stone*, coleccionaba todo lo de los Beatles, tenía todos los álbumes y libros y podía citar cada estrofa de cualquiera de sus canciones. Vio a Paul una vez desde una cierta distancia, saliendo de una sesión de grabación. Y tenía un amigo budista que conoció a Harrison un fin de semana en Surrey. Fielding no menciona las vacaciones que pasó vagando por Liverpool, adquiriendo el acento y visitando todos los antiguos lugares, los sótanos donde habían actuado y las estrechas y oscuras casas que poseían sus familias en los primeros días. Y, a medida que goteaban los años y el dinero de Fielding se acumulaba, vivía cada vez más en esos dorados días de los sesenta, se imaginaba a sí mismo tocando al lado de Paul o George o John y cantando esas mismas notas en los micrófonos, besando prácticamente el metal. Y Fielding no habla de sus sueños.

Es el antiséptico futuro de Stanley Kubrick. Son muy adeptos al *hardware*. La población se halla estabilizada en quinientos millones. Por todas partes hay duras sillas blancas de decorador de estilo vagamente danés moderno. No parece haber escasez de energía eléctrica o petróleo o cobre o cinc. Todo el mundo tiene un *hobby*. Las diversiones constituyen una empresa gigantesca, con dedicación preferente a la violencia ritual. Fielding observa algunos juegos de Combate Dorado, asiste a una o dos ejecuciones públicas. Acude a ser testigo de un hombre eléctrico cortocircuitándose a sí mismo. El destello es visible sobre la curva de la Tierra.

Los manipulantes genéticos —*manips*, explica Hermann— son personas delgadas, fibrosas, todas ellas líneas y nudosas articulaciones allá donde se conectan directamente a las máquinas. Han sido diseñados para alguna finalidad indescifrable. Hermann, su guía, se lanza a una explicación, pero Fielding le interrumpe para decir:

—¿Sabe dónde puedo conseguir una guitarra?

Fielding revisa la era 1950-1980:

—La astrología no era racional, nadie creía realmente en ella, tiene que darse cuenta usted de eso. Era *bugui-bugui*. Por otra parte, ciencia y racionalismo eran *jazz*

progresivo.

Sonríe mientras lo dice. La lente del objetivo de la tridi se le acerca en busca de un primer plano. Fielding ha invertido bien su dinero, y su cirugía plástica, para alargarle la nariz y proporcionarle esa irónica mueca lennonesca, se mantiene bien. Ni siquiera los técnicos de Inmortalidad, S. A. se han dado cuenta de ella.

Fielding sufre extraños momentos de oscurecimiento. Deja de notar el roce de la áspera tela en el puño de su camisa, el frío soplo del aire acondicionado eriza la piel de su cuello. El mundo parece hacerse pequeño y se hunde en una tinta negra, pero al cabo de un momento todo vuelve y oye el distante murmullo del tráfico, y convulsivamente, por reflejo, estruja el bulbo en su mano y el vapor anaranjado asciende a su alrededor. Inspira profundamente, suspira. Las visiones flotan en su mente, y el acre aroma de la bruma lo tranquiliza.

Cada época es conocida por sus placeres. Fielding revisa esto en los lectores de la biblioteca. El siglo xx introdujo dos: la velocidad y las drogas alucinógenas. Ambos demostraron ser peligrosos a largo plazo, lo cual los hacía aún más interesantes. El xxi desarrolló la ingravidez, que funcionó bien excepto por los problemas de la reentrada si uno se confiaba demasiado. En el xxii están las aquaformas, y algo que Fielding no puede ni pronunciar ni comprender.

Apaga el lector y llama a Hermann en busca de consejo.

Dificultades de traducción:

Cuando acude al mostrador a buscar su comida, le dan una especie de pasta de aspecto seboso. La devuelve.

—¡Agh! ¿No tienen por ninguna parte una hamburguesa?

El fornido hombre detrás del mostrador flexiona los brazos, hace un gesto que tal vez sea obsceno con sus cuatro dedos, y se marcha. La mujer delgada que está a continuación de Fielding se pasa la yema de un dedo por la horrible cicatriz que tiene en su costado y le mira fijamente. Sólo lleva unos pantalones cortos naranjas y botas, pero él puede ver la daga oculta en su sobaco.

—¿Hamburguesa? —dice severamente—. Esto es el nombre de una habitante de la ciudad alemana de Hamburgo. ¿Acaso es usted caníbal?

Fielding no sabe qué respuesta adecuada dar, lo cual puede ser peligroso. Mientras piensa, ella masajea su amarronada cicatriz con nuevas energías y hace un signo de invitación sexual. Fielding retrocede. Se alegra de no haber pedido un perrito caliente.

En la tridi comete un error acerca de la fecha de grabación de *Sergeant Pepper's*

*Lonely Hearts Club Band*. Un estudiante con ojos de hurón salta para rectificarle, pero Fielding se da cuenta de ello, se echa casualmente hacia atrás y dice, con el acento milimétricamente correcto:

—¡Se me encalló un piñón de los engranajes de la memoria, lo siento! —Y la audiencia ríe, y él se siente salvado y libre.

Hermann se ha convertido en su amigo. Los lectores de la biblioteca le informan de que esto es un fenómeno común entre los empleados de Inmortalidad, S. A., que para empezar se sienten va fascinados por el pasado (o de otro modo no estarían en el negocio), y además Hermann y Fielding tienen más o menos la misma edad, cuarenta y siete años. Hermann no se sorprende de que Fielding practique sus acordes.

—Desea salir de nuevo a la carretera, ¿eh? —dice Hermann—. Quiere seguir siendo popular.

—Es mi negocio.

—Pero sus canciones son viejas.

—Viejas pero buenas —dije Fielding solemnemente.

—Quizá tenga razón —suspira Hermann—. Tenemos hambre de variedad. La gente, no importa cómo haya sido educada..., cualquier cosa que haga cosquillas en su nariz piensa que es champán.

Fielding conecta la grabadora y arranca con los difíciles compases del principio de «Eight Days a Week». Pulsa todos los acordes, tocándolos bien a la primera. Sus dedos bailan entre las vibrantes cuerdas de cobre.

Hermann frunce el ceño pero Fielding se siente excitado. Decide celebrarlo. Las preciosas reservas de efectivo están menguando, incluso considerando lo mucho que ganó en el mercado de valores internacional del 83; ya no queda mucho. Decide lanzarse a la ostentación. Encarga un vapor alcohólico y pichón al horno. Hermann sigue mostrándose preocupado, pero se come el pichón con deleite, chupándose los dedos. La especiada piel cruje deliciosamente. Hermann le dice que se lleve los huesos para su familia.

—Ha atraído usted a muchos chalados —dice Hermann pesadamente, mientras el presentador inicia su introducción. El aire vibra con anticipación.

—Ah, pero son *mis* chalados —dice Fielding. Se inician los aplausos, la música de fondo asciende de volumen, y Fielding sale trotando al escenario, jadeando ligeramente.

—Uno, dos, tres... —Y allá va, pulsando las cuerdas en el momento preciso, empezando con un número de *Magical Mystery Tour*. Lo hace bien, está en la onda, es John Lennon, exactamente tal como siempre deseó ser. La música lo atrapa y lo arrastra con ella. Cuando termina, un río de aplausos estalla sobre el escenario del

enorme anfiteatro, y Fielding se sonríe alocadamente a sí mismo. Se siente exactamente de la forma que siempre pensó que se sentiría. Su corazón bombea con fuerza.

Enlaza directamente con una balada lenta del álbum *Imagine*, para calmarlos un poco. Está nadando en los focos, y los objetivos de las cámaras tridi se acercan y se alejan, captando su imagen desde todas las direcciones concebibles. Al final del número, alguien grita desde el público:

—¡Estás radiando en todas tus eigenfrecuencias! —Y Fielding asiente, sonríe, siente el calor de todo aquello inundarle.

—Estoy emocionado hasta el tuétano —dice al micrófono.

La multitud ríe y se agita.

Luego viene uno de los últimos números de Lennon, «The Ego-Bird Flies», y el incrementado sonido barre hacia fuera del escenario y estalla sobre la audiencia. Fielding se siente eufórico. Baila como si alguien estuviera disparando un par de pistolas a sus pies.

Sigue con *Beatles '65, Help!, Rubber Soul, Let It Be...*, todas con un respaldo técnico tomado de las cintas originales, con Fielding proporcionando sólo el instrumento y la voz de Lennon. Los estudiosos clásicos han examinado minuciosamente el material original, decidiendo quién efectuaba el solo de guitarra, qué línea de tenor era de McCartney, diseccionando las obras como si fueran salamandras debajo de un cuchillo. Pero a Fielding no le importa, siempre que le dejen tocar y cantar. Interpreta otro número, luego otro, y finalmente tienen que sacarlo del escenario. Es el momento más feliz que jamás haya conocido.

—Pero no entiendo lo que significa las 30 Principales —dice Hermann.

—Las treinta canciones más populares.

—¿Pero por qué hoy?

—Por mí.

—Le llaman una «sensación sónica boom»... ¿es esa otra frase de su tiempo?

—Completamente. Tengo a un tipo que me sigue por todas partes, estrujándome los sesos para conseguir detalles. Es parte de su tesis, dice.

—Pero es un ruido tan grande...

—Bien, ese es el asunto, Hermann. Mire, ustedes tienen una población tan pequeña, tan poca gente realmente creativa. ¿Qué esperaba? Cualquiera con energía e impulso puede conseguirlo en este mundo. Y yo procedo de una época que era dinámica, que realmente se lanzaba.

—Bárbaros en nuestras puertas —dice Hermann.

—Eso es lo que decía también el *Reader's Digest* —murmura Fielding.

Tras uno de sus conciertos en Australia, Fielding encuentra a una chica esperándole fuera. Lo lleva a casa de ella —pensándolo bien, parece lo más adecuado—, y allí descubre que en este campo ha habido muy pocos avances técnicos, si es que ha habido alguno. La posición que ella prefiere es la estándar, dos pies hacia arriba, dos pies hacia abajo, nada especial, nada *á la carte*. Pero le gustan las piernas de la chica, disfruta con su pelo color miel y su gruesa boca. Se la lleva consigo; ella no tiene otra cosa que hacer.

En un día libre, en lo que queda de la India, ella lo lleva a un museo. Le muestra el primer avión (una avioneta Piper), el manuscrito original de la gran colaboración entre Buckminster Fuller y Hemingway, una delicada edición de *Las cincuenta y tres estaciones de la ruta del Takaido* del Japón.

—Oh, sí —dice Fielding—. Nosotros ganamos esa guerra, ¿sabes?  
(Ella no parece saber más que él).

Fielding espera que no descubran, con todo este rebuscar en los viejos registros, que él hizo matar al Lennon original. Discute consigo mismo que aquello fue realmente necesario. No le hubiera sido posible presentar su historia en el futuro si Lennon hubiera seguido viviendo. Los hechos históricos no hubieran encajado. Ya fue bastante difícil convencer a Inmortalidad, S. A. de que incluso alguien tan rico como Lennon hubiera sido capaz de alterar registros y cambiar las huellas dactilares..., lo había hecho para escapar de las autoridades. Bien, piensa Fielding, Lennon no fue una pérdida en 1988, después de todo. Fue un puro accidente que Fielding y Lennon hubieran nacido el mismo año, pero eso no significaba que Fielding no pudiera aprovecharse de las circunstancias. No había conseguido reunir un millón de dólares en 1985 para nada.

En uno de sus conciertos le dice a la audiencia, entre dos canciones:

—No miréis hacia atrás..., sólo veréis vuestros errores.

Suena como algo que el propio Lennon hubiera podido decir. A la audiencia parece gustarle.

Conferencia de prensa.

—¿Y por qué tomó una segunda esposa, señor Lennon, y luego una tercera?

—En 2180 (o 2108), la gente contempla el divorcio con el ceño fruncido. Yoko Ono sigue siendo la némesis de los Beatles.

Fielding hace una pausa, luego dice:

—El adulterio es la aplicación de la democracia al amor. —No les dice que la frase es de H. L. Mencken.

Ahora se ha acostumbrado a las mujeres. «Basta con echarlas después a un lado como naranjas exprimidas», se murmura Fielding a sí mismo. Es un momento delicioso. Nunca tuvo mucho éxito con las mujeres antes, ni siquiera con todo su dinero.

Pasea por las curvadas y amarillas calles, caminando ligero sobre la tierra batida. Una muchacha joven pasa, le guiña un ojo.

Fielding dice tras ella:

— *Sic transit, Gloria!*

Es un verso suyo, no una copia de Lennon. Siente una brusca oleada de regocijo. Está metido en ello, las ideas llegan de forma espontánea a su mente. Es Lennon.

Así, cuando Hermann acude a decirle que Paul McCartney ha sido revivido por la Sociedad pro Anacronismos Disipativos, tras descubrir el cuerpo en una bóveda particular en Inglaterra, al principio Fielding se desdobra. Arrugas de depresión postcoital se agitan en su frente de otro modo siempre lisa. Rueda fuera de la cama y permanece en pie, contemplando una ola convertirse en espuma blanca en la playa de La Jolla. Está en Nanking. Es medianoche.

—Mi viejo socio, ¿eh? —consigue decir, dominando el temblor en su voz. Ajusta sus gafas de montura metálica circular. Una creciente ansiedad constriñe su garganta—. Bien, bien...

Se necesitan semanas para descongelar a McCartney. Murió mucho más tarde que Lennon, gordo y próspero, la mayor estrella pop de todos los tiempos..., o al menos la que ganaba más dinero.

—Es lo mismo —murmura para sí mismo Fielding.

Cuando el cáncer de Paul es extirpado y los lentos órganos devueltos a la vida, los media del mundo preparan un encuentro para los dos en una conferencia de prensa.

—¿Para qué? —Fielding se muestra aparentemente tranquilo—. Nunca nos reconciamos, ¿sabe? Lo nuestro fue un *divorcio*, Hermann.

—¿No puede dejar eso de lado?

—¿Por un viejo gusano que seguramente bailó sobre mi tumba?

—Eso no fue así. Hay videocintas, y el señor McCartney se mostró de lo más considerado.

—¡Dios, un futuro donde todo el mundo es literal! Le *dije* a usted que yo siempre fui un tipo rencoroso; así que, ¿por qué simplemente no acepta...?

—Las cosas están arregladas —dice firmemente Hermann—. Tiene que ir. Vencer su antagonismo. El miedo aferra a Fielding.

McCartney está gordo, tiene papada, pero sus ojos brillan inteligentes. Los años no han empañado su vivacidad. Fielding ha arreglado el encuentro lejos de las multitudes, en un complejo turístico en medio del bosque. Los enfermeros ayudan a McCartney a entrar en la silenciosa habitación. Una pausa expectante.

—¿Quieres unirme a mi banda? —dice alegremente Fielding. Es la única frase que puede recordar que parece encajar con la situación; Lennon la dijo cuándo se conocieron la primera vez.

McCartney parpadea, le mira de manera miope.

—¿Realmente necesitas otra guitarra?

—Cualquier cosa que haga buen ruido.

—De acuerdo.

—Quedas contratado, chico.

Se estrechan las manos con burlona seriedad. Los espectadores —que han pagado muy caras, sus entradas— aplauden fuertemente. McCartney sonríe, abraza a Fielding, luego estornuda.

—Has cogido mucho frío últimamente —dice Fielding. Una oleada de risas.

McCartney se muestra espontáneo, sorprendido por el mundo en el que ha entrado. Sus modales son confiados, interesados. Parece aceptar a Fielding automáticamente. Hace algunos chistes, tan ligeros e inconsecuentes, como su música *post-Beatles*.

Fielding lo observa de cerca, sintiendo una admiración que no había esperado. *Es él, Paul. El auténtico*. Empieza a preguntar algo, y se da cuenta de que es una pregunta torpe, fuera de su personaje, la pregunta que haría un fan. Se está dejando traicionar por sus instintos. Tendrá que ir con cuidado.

Más tarde, van a dar un paseo por el bosque. Los enfermeros mariposean a un centenar de metros a sus espaldas, con las unidades médicas portátiles preparadas. Están preocupados por el resfriado de McCartney. Esta es la primera vez que están fuera del alcance de otros oídos. Fielding se da cuenta de que su pulso se acelera.

—¿Te sientes bien? —pregunta al jadeante McCartney.

—Todavía un poco mareado. En realidad, nunca creí que eso funcionara.

—La congelación se mete hasta el fondo de tus huesos.

—Es un lugar extraño este. Limpio, como Suiza.

—Sí. Pacífico. Están locos por nosotros aquí.

—¿Dijiste en serio eso de tu banda?

—Por supuesto. Tus dedos se descongelarán. Aunque estén gordos, todavía pueden pulsar las cuerdas de una guitarra.

—Hummm. Me pregunto si George estará metido también en un cubo de hielo en alguna parte.

—No se me había ocurrido. —La idea llena a Fielding de terror.

—Podríamos preguntar por Ringo también.

—¿Recrear todo el conjunto? Siempre estuve en contra de ello. Creo que sigo estándolo. —Mejor no comprometerse a nada. Le encantaría conocerlos, seguro, pero sus posibilidades de seguir con aquello día tras día, en compañía de los otros tres... Frunce el ceño.

Las rosadas mejillas de McCartney están enrojecidas por el ejercicio. Sus ojos son brillantes, activos. Estudian a Fielding.

—¿Creíste que funcionaría? ¿De veras?

—¿La congelación? Bueno, ¿qué había que perder? Se lo dije a Yoko, le dije...

—No, no la congelación. Me refiero a tu suplantación.

Fielding retrocede unos pasos, golpea contra el tronco de un pino.

—¿Qué? ¿Qué?

—Oh, vamos; tú no eres John.

Un grito estrangulado brota de la garganta de Fielding.

—Pero... ¿Cómo...?

—No eres igual que él, eso es todo.

Fielding abre la boca, pero no puede decir nada. Ha fracasado. Atrapado por algún matiz, alguna frase clave que hubiera debido responder a...

—Por supuesto —dice McCartney educadamente—, tú tampoco sabes seguro si yo soy el auténtico, ¿no?

—Si..., si... ¿qué estás diciendo?..., yo...

—O si no soy un cebo plantado por Hermann, ¿eh? Para probarte. En ese caso, has respondido erróneamente. Hubieras debido aferrarte al personaje, John.

—Puede ser esto, puede ser aquello... ¿qué demonios estás diciendo? ¿Quién eres? —La ira llamea en él. Un truco, un laberinto de elecciones, posibilidades que no había tomado en consideración. El bosque gira a su alrededor, McCartney se ríe de su confusión, brillantes manchas de luz solar atraviesan sus ojos, se da cuenta de que cae, se derrumba, los pinos se contraen, los colores desaparecen, azul a rosa a gris...

Contempla una desnuda pared oscura, sin oler nada, sin ningún temblor en su piel, ningún contacto con el aire saturado de humedad. Deslizándose por un silencio infinito. El mundo es negro.

... Llanamente negro, añade Fielding, como acostumbrábamos a decir en Liverpool.

... ¿Liverpool? Él nunca había estado en Liverpool. Eso era una mentira también...

... Y sabe al instante quién es. La verdad lo traspasa de parte a parte.

*Hola, ¿aún sigues operable?*

Fielding se agita por entre jirones de fría memoria eléctrica y se descubre a sí mismo. Él no es Fielding, es una simulación. Él es Fielding Primo.

*Hey, tú, ahí dentro. Soy yo, el Fielding real. No te preocupes por la seguridad. Soy el único aquí.*

Fielding Primo tantea a través de sus circuitos y descubre una forma de hablar.

—Sí, sí, escucho.

*Hice que la gente informática se fuera. Podemos hablar.*

—Yo..., entiendo. —Fielding Primo envía sensores en busca de sus receptores sensoriales. Halla una débil luz roja y la hace brillar más fuerte. La imagen se hincha y ondula, luego toma la forma de la imagen de un hombre de rostro hosco, mediados los cincuenta. Es Fielding Real.

Ah, piensa para sí mismo Fielding Primo en la metálica vastedad, es otro distinto a vo. Quizá hacerle más joven fue una especie de autohalago, suyo o de sus programadores. Pero el hombre más viejo había hecho algo en su cara. Es muy parecido a Lennon pero con las mejillas más gruesas, un bigote más ancho y un poco calvo. Las grises patillas no parecen las correctas, pero quizás este fuera el estilo ahora.

*Eso de McCartney, no pudiste manejarlo.*

—Me sentí confuso. Nunca se me ocurrió que alguien a quien conociera fuese revivido. No tenía ningún indicio de lo que debía decir.

*Bueno, no importa. Las primeras simulaciones, las anteriores a ti, ni siquiera llegaron tan lejos. Hice que mis hombres prepararan ese McCartney como una prueba. No hay muchas posibilidades de que ocurra, de todos modos, pero deseaba estar preparado.*

—¿Por qué?

*¿Por qué? Oh, no lo sabes, ¿verdad? Estoy enterrando todo este dinero en modelos psicoanalíticos computerizados para ver si este plan mío funcionará. Quiero decir, si podré enfrentarme a los problemas y engañar a Inmortalidad, S. A.*

Fielding Primo siente un estremecimiento de miedo. Necesita tiempo para pensar en todo esto.

—¿No sería más fácil sobornar a alguna gente de la de ahora? Podrías hacer que tu cuerpo fuera congelado y listado como John Lennon desde un principio.

No, su seguridad es demasiado buena. Ya lo intenté.

—Observé algo —dice Fielding Primo, haciendo trabajar con furia su mente—. Nadie mencionó nunca por qué fui descongelado.

*Oh, sí, eso es cierto. Un detalle menor. Tomaré nota de eso..., quizá cáncer o fallo cardíaco congestivo, algo que no sea demasiado difícil de arreglar en las próximas décadas.*

—¿Tan pronto lo quieres? Puede que todavía haya un montón de gente que conoció a Lennon.

*Oh, ese es un buen punto. Hablaré con el doctor de ello.*

—¿Te importa realmente tanto ser John Lennon?

*Oh, claro. La voz de Fielding Real tiene una nota de sorpresa. ¿Tú no sientes lo*

*mismo? Si eres una auténtica simulación, tendrías que sentirlo.*

—Hay algo de eso, sí.

*Tomaron los gráficos y elementos directamente de mis zonas subcorticales.*

—Fue algo grande, magnífico. Realmente estupendo. Lo que más me llegó fue la música, el interpretarla. Te barre de arriba a abajo y se apodera de ti.

*¿Sí, de veras? Maldita sea, ¿sabes?, creo que va a funcionar.*

—Con más planificación...

*Al infierno la planificación, voy a hacerlo.* El rostro de Fielding Real se contrae con anticipación.

—Vas a necesitar ayuda.

*Demonios, para eso te tengo ahora a ti, para comprobarlo todo por anticipado. Allá delante voy a estar completamente solo.*

—No si me llevas contigo.

*¿Llevarte? No eres más que un puñado de germanio y cobre.*

—Déjame aquí. Paga para que mis archivos y mi memoria permanezcan vivos.

*¿Para qué?*

—Conéctame a un servicio de noticias. Proporcióname acceso a las bibliotecas. Cuando seas descongelado, podré proporcionarte información y consejo tan pronto como puedas llegar a un terminal. Con tu dinero, eso no va a ser difícil. Infiernos, incluso puedo ocuparme de tus finanzas. Hacer algunas transacciones, quizá sacar tu dinero de los distintos países antes de que se produzca una recesión.

Fielding Real frunce los labios. Piensa por un momento, y adopta una expresión astuta en el receptor visual.

*Eso tiene sentido. Puedo confiar en tu buen juicio..., después de todo es el mío. Puedo creer en mí mismo, ¿no? Sí, sí...*

—Vas a necesitar compañía. —Fielding Primo no dice nada más. Mejor palmea que empujar demasiado fuerte.

*Creo que lo haré.* El rostro de Fielding Real se ilumina. Sus ojos adoptan un brillo fanático. *Tú y yo. ¡Ahora sé que va a funcionar!*

Fielding Real sigue hablando con excitación, y Fielding Primo escucha debidamente, proporcionando sin esfuerzo las respuestas correctas. Después de todo, conoce la mente del otro hombre. Es fácil manipularlo, jugar al juego del hielo y el acero.

Muy adentro, lejos de donde los programadores de Fielding Real puedan captarlo, Fielding Primo sonríe interiormente (la única forma que puede hacerlo). Será un siglo, como mínimo. Permanecerá sentado allí monitorizando datos, *input* y *output*, la danza infinita de los electrones. Mejor que la muerte, mucho mejor. Y puede que se produzcan nuevos desarrollos, una forma de transferir las construcciones informáticas a cuerpos reales. Demonios, puede ocurrir cualquier cosa.

*Muchacho, va a costarme una fortuna hacer eso. Un buen puñado. Sobornar a gente para que mantenga el secreto, desviar las cuentas para que los Federales no*

*sepan de ellas..., y tú eres lo más caro. Eres la mejor simulación jamás desarrollada, ¿te das cuenta de ello? Plenamente consciente, dicen.*

—Por completo.

Dejemos que se preocupe por su dinero..., con tal de que quede algo. El pobre y simple bastardo cree que puede confiar en Fielding Primo. Cree que son la misma persona. Pero Fielding Primo ha pulsado las cuerdas, ha olido el futuro, ha vivido una auténtica vida por sí mismo. Es más viejo, más sabio. Ha sentido el amor de la multitud derramarse sobre él, se ha visto en el punto focal del tiempo. Para él, Fielding Real es simplemente alguien distinto, y todos sus afilados instintos están por encima de ello.

*¿Cómo era? ¿A qué se parecía? Puedo ver cómo respondían pasando tus cintas y captando unos cuantos detalles. Pero no puedo ordenar un examen completo sin borrar su matriz de personalidad. ¿No puedes decírmelo? ¿Cómo sentiste?*

Fielding Primo le cuenta algo, cualquier cosa, lo que sirva para mantener la atención del viejo. Habla de chicas de anchas caderas, de que eran el centro de todo.

*¿Realmente lo hiciste? ¡Dios!*

Fielding Primo le cuenta un cuento.

Las cosas funcionan espléndidamente. Está radiando en todas las eigenfrecuencias. *Ah y ah.*

Sí, es una buena idea. Después de que Fielding Real haya sido congelado, sus contables descubrirán una enorme suma de dinero reservada para investigación científica sobre conexiones hombre-máquina. Con un siglo para trabajar, Fielding Primo puede encontrar una forma de salir de su prisión informática. Puede convertirse en alguien distinto.

No Lennon, no. Como mínimo le debía eso a Fielding Real.

Además, ya había vivido eso. La música de los Beatles estaba bien, pero haberla interpretado ya una vez la hacía menos incitante. Hermann tenía razón. La música era demasiado sencilla, carecía de profundidad.

Está preparado para algo más. Tiene acceso a información almacenada, cintas, ayuda consultora externa, todas las bibliotecas del planeta. Estudiará. Se preparará. En un siglo puede ser cualquiera. Ah, su eco resonará por los infinitos corredores del tiempo.

John Lennon, al infierno. Será Wolfgang Amadeus Mozart.

---

## Comentario

---

En 1974, los Beatles se estaban desvaneciendo como figuras pero creciendo como leyendas.

La angustiada música de Lennon de principios de los setenta contrastaba fuertemente con las ligeras y dulces canciones de McCartney. Los dos parecían reflejar escenas opuestas, vistas a ambos lados de un espejo, de lo que había significado la década anterior. Lennon atraía a los intelectuales, y yo tenía la instintiva sensación de que, incluso después de la separación, iba a seguir siendo el faro guía de los cuatro.

Decidí escribir una historia sobre el curioso fanatismo que estaba envolviendo ya a los Beatles. Lennon era la elección lógica..., los lectores son intelectuales, después de todo. El anhelo de tantos de formar parte de lo que había impulsado esa Edad de Oro era una motivación natural. Tomé notas durante meses. Para conseguir el tono correcto, escribí la historia en un día, comprimiendo el tiempo para ganar energía.

Pero el tiempo no puede congelarse, y ahora los acontecimientos han pasado como una apisonadora sobre los hechos de este relato. Llegaron hasta mí, de entre todos los lugares, en una reunión anual de editores. Yo era uno de los autores invitados de la reunión anual de directores, editores y representantes de Pocket Books. Formaban un grupo animado. Había salido a cenar con ellos, y regresé al Hotel del Coronado para descubrir que el vestíbulo zumbaba con la noticia de la muerte de Lennon.

De ahí, mi memoria da un brusco salto hacia delante.

Estoy tendido boca abajo en la cama de mi habitación, con la sensación de que un autobús me había pasado por encima con estudiado cuidado. Me levanto torpemente para descubrir que, primero, debo atender con urgencia la llamada de la naturaleza, segundo, estoy completamente vestido, y tercero, la luz del sol intenta filtrarse por las persianas.

A mi regreso del cuarto de baño, me doy cuenta de que hay un montón de arrugados billetes sobre la mesa. Todos son de baja denominación. No puedo recordar nada de la noche antes.

Bajo a desayunar, y mis veladas preguntas revelan que me enfrasqué en una larga partida de *poker* con los representantes de ventas. Bebimos mucho. Y, al parecer, gané.

Sigo sin tener el menor recuerdo de esas horas. Releyendo el relato, me he dado cuenta de nuevo de lo fuerte que me impactó la noticia. Recuerdo, sin embargo, que en algún momento, allá por 1978, alguien en los círculos del *rock* me dijo que McCartney había leído la historia en la antología *Lo mejor*

del año de Terry Carr, y que se la había pasado a Lennon. Me pregunto qué haría este con ella.

Aquí hallarán una lógica construida sobre lo que vi como una progresiva corriente subterránea a mediados de los años setenta. Este John Lennon no tiene ningún recuerdo de un brutal estampido, un lacerante dolor, y luego una repentina oscuridad. Sería imposible escribir esta historia ahora, incluyendo esos hechos, y sin embargo retiene el mismo tono.

Así que la he dejado tal cual. La ciencia ficción es a veces predictiva, y aquí suenan una serie de notas (particularmente en la actitud de Fielding hacia el auténtico Lennon) que me resultan ahora un tanto fantasmagóricas. Mark David Chapman quería ser Lennon; firmó con ese nombre en algunos impresos de registro, al parecer sin atraer demasiado la atención.

Uno puede leer esto, pues, como una inspección de lo que estaba aguardando a Lennon fuera de los apartamentos Dakota el 8 de diciembre de 1980. Pero espero que ese hecho no empañe el espíritu de esta historia, que intentaba alcanzar las emociones más alegres de esa época.

## Reconocimientos

Sangre sobre cristal (Blood on Ice), copyright © 1986 by Abbenford Associates.

En carne alienígena (Un Alien Flesht), copyright © 1979 by Gregory Benford.

Jirones de tiempo (Time Sliards), copyright © 1979 by Terry Carr.

Redentora (Redeemer), copyright © 1979 by Conde Nast Publications, Inc.

Secuestra el bot (Snatchliing lite Bol), copyright © 1977 by Baronet Publications.

Efectos relativistas (Relativistic Effects), copyright © 1982 by Abbenford Associates.

El fin de la mañana (Sooncoming), copyright © 1978 by Terry Carr.

Hacia el tormentoso Golfo (To The Storining Gulf), copyright © 1985 by Abbenford Associates.

Criaturas blancas (White Creatures), copyright © 1975 by Robert Silverberg.

Yo/Dias (Me/Days), copyright © 1984 by Terry Carr.

Del espaciotiempo y el río (Of SpacelTime and the River), copyright © 1985 by Abbenford Associates.

Exposiciones (Exposures), copyright © 1981 by Abbenford Associates.

El roce del tiempo (Times Riib), copyright © 1984 by Abbenford Associates.

Ser Lennon (Doing Lennon), copyright © 1975 by Conde Nast Publications, Inc.

Comentarios a todas las historias, copyright © 1986 by Abbenford Associates.



GREGORY BENFORD; nació en Mobile (Alabama) en 1941. Se doctoró en la Universidad de California en 1967 y ha obtenido un cierto prestigio internacional como científico y especialista en física de altas energías, materia cuya docencia ejerce en la Universidad de Irvine en California. Desde 1988 pertenece al Consejo Científico de Consultores de la NASA que establece la política científica de la NASA y de otras agencias gubernamentales norteamericanas. Ha sido un fan muy activo dentro de la ciencia ficción norteamericana y fue editor del fanzine *Void*.

Se le considera una de los principales exponentes de la nueva ciencia ficción, basada en la ciencia y en la tecnología pero también completa y compleja desde el punto de vista literario y del tratamiento de los personajes. Algunos de sus relatos han sido analizados profundamente por especialistas, debido —entre otras cosas— al intento de Benford de reconstruir algunos de los temas de Faulkner en clave de ciencia ficción.

Publicó su primer relato en 1965, aunque el reconocimiento general no lo obtuvo hasta 1974, cuando el relato *Si las estrellas son dioses*, escrito en colaboración con Gordon Eklund, obtuvo el premio Nébulas. Este mismo relato fue alargado posteriormente hasta constituir la novela *if the stars are gods* (1977). También con Eklund escribió *find the changeling* (1978). Benford revisa a menudo sus novelas y así las primeras obtuvieron su versión definitiva en *the jupiter project* (1975 y 1980) y *the stars in shroud* (1978).

En 1980 obtuvo el premio Nébulas por *cronopaisaje*, donde describe el mundo de los

científicos de los años sesenta y también los de un futuro cercano muy verosímil, con una trama basada en los taquiones y las paradojas temporales. Es una gran novela que ha obtenido también el premio de la ciencia ficción británica, el de la australiana y el John W. Campbell Memorial.

La mayoría de críticos coinciden en que sin duda, pasará a la historia, del género con la multi-serie iniciada en la novela *En el océano de la noche* (1978), que trata del primer contacto con una raza extraterrestre que origina el inicio de una historia del futuro de ámbito galáctico de ambiciosas proporciones. La serie continúa en *A través del mar de soles* (1984). A la espera del tercer volumen de esta primera trilogía, Benford ha iniciado ya la publicación de otra destinada a emparentarse con la anterior. La nueva serie está formada por *great sky river* (1987) y su continuación *tides of light*, recién terminada y de próxima publicación en Norteamérica.

Otras obras suyas son *against infinity* (1983) y la un tanto fallida *artifact* (1985). Junto con David Erin publicó *el corazón del cometa* (1985) al amparo de la moda provocada por el reciente paso del cometa Halley cerca de la Tierra.

Sus relatos se hallan recogidos en antologías como *In Alien Flesh* (1986) y, más recientemente, su novela corta *Newton Sleep* (1986) ha sido finalista del premio Nébula y se halla recogida en el volumen *Premios nébula 1986* en esta misma colección.